

José Payá Beltrán

DESTILANDO FANTASMAS



Click
EDICIONES

Índice

PORTADA

EL ESPEJO DENTRO DEL ESPEJO

PREÁMBULO NECESARIO

PRÓLOGO. Bonn (Alemania), otoño de 1935

LIBRO PRIMERO. LOS RECODOS DEL CAMINO

las largas avenidas

reivindicación de Heidi

los libros, las manos y John Ford

deporte, tabaco y óleos

la elección de Clara. (disquisiciones onanistas)

... take it easy... and so long...

LIBRO SEGUNDO. JALONANDO EL CAMINO

dicen que la distancia es el olvido

el mundo patas arriba

Dios da pañuelo a quien no tiene narices

—Míster Kellermann ya no está con nosotros...

alea iacta est

LIBRO TERCERO. EL VÓRTICE

mundos exóticos

el reino de Hades

la muerte visita la universidad

la Trama

LIBRO CUARTO. LA DIÁSPORA

súper califrasqui listi cuespi halitoso (revisiones primaverales)

quiquid latet

quiquid latet... apparebit

ex solitudine salus

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

EL ESPEJO DENTRO DEL ESPEJO

Dios mueve al jugador, y este, la pieza.
¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza?

J. L. Borges, *Ajedrez*

Imagina un espejo dentro de un espejo.

Pero no lo hagas de la manera más obvia, rebuscando en los cajones de la memoria (¿no son estos cajones mentales como los ficheros ordenados alfabéticamente del catálogo de una biblioteca?) hasta encontrar la imagen que más se parezca a la idea sugerida: tal vez dos espejos enfrentados, lo cual provoca que uno se refleje en el otro, y a su vez en sí mismo, y una vez más en el otro, hasta configurar una cadena infinita de imágenes decrecientes. Esa idea es sugestiva, y entronca de una manera casi instintiva con el concepto al que quiero dar forma, con la imagen de la novela que vas a leer que quiero bosquejar dentro de tu mente... Sí... Rebuscar entre los archivos de una biblioteca metafórica hasta dar con una recursividad reflexiva e infinita.

Pero no, no es tan sencillo. O tal vez al contrario, tal vez es mucho más sencillo, y por eso, a su vez (el espejo deforma, el espejo retuerce, el espejo invierte), la idea que es más sencilla es al mismo tiempo más profunda y reveladora.

Voy a ser más preciso: imagina un espejo que tiene *dentro de sí* un espejo. No un espejo reflejado, sino un espejo que está verdadera y físicamente dentro del primero. Y este segundo espejo contiene a su vez otro, que nuevamente alberga otro más, formando una serie perpetua que no culmina jamás, que está abocada a un infinito microscópico pero interminable. Quizá se trata del espejo en el que se pierde la Alicia de Carroll (y, sí, no solo bibliotecas, no

solo espejos anidados en espejos, también Alicia está dentro de *Destilando fantasmas*), un espejo rebosante de juegos y metajuegos, reglas caóticas que en el fondo conforman una lógica lúcida y perversamente racional, como esos pasatiempos que consisten en una imagen en la que un bosque abarrotado de ramas ensortijadas acaba configurando el retrato de un conejo que siempre ha estado ahí, aunque al principio parecía impensable.

Ese espejo que contiene a su vez infinitos espejos define (de forma tosca, incompleta, porque la novela que vas a leer es mucho mucho más) *Destilando fantasmas*. Llevo horas dándole vueltas a la cabeza intentando encontrar una imagen simbólica, una metáfora mejor que la presentada que sea capaz de contener el aluvión de sensaciones mentales que provoca su lectura, pero he sido incapaz. Sirva desde ya esa confesión de mi torpeza como disculpa: todo lo que pueda decir este prólogo no será más que una desvaída imagen borrosa en blanco y negro, una sombra difusa, a la manera de la caverna platónica, de lo que encierra esta novela compleja y precisa como el mecanismo de un reloj que fuera capaz de contar hasta el infinito.

El primer espejo, el acercamiento más inmediato, sería la historia que se narra. Pero es que este primer espejo ya cuenta a su vez con múltiples concavidades y facetas que reflejan la luz siguiendo caminos inesperados. Una biblioteca (o Biblioteca, en mayúscula, como se la nombra muchas veces en la historia, con una reverencia y un simbolismo que la convierten en el eje alrededor del que gira todo lo demás) que esconde un secreto, una Biblioteca que encierra un juego que se refleja en sí mismo con fintas y guiños interconectados y recursivos, una Biblioteca que es promesa de un destino que alcanzar, pero donde lo que realmente importa, como para la Ítaca de Ulises y Kavafis, es el camino, el juego, la obsesión destructiva por avanzar un paso más en el acertijo, ya que el fin del enigma lleva aparejado la derrota tácitamente aceptada desde el comienzo, la decepción, la resignación de los sueños inevitablemente marchitos. Ante esta biblioteca, o mejor Biblioteca, simbólica y omnipresente, que vertebra la novela, no hay que pensar mucho para que vengan a la cabeza los nombres de Eco y Borges. La laberíntica Biblioteca de la abadía que alberga el último ejemplar del segundo libro de la *Poética* de Aristóteles, la Biblioteca infinita que alberga todos los libros

posibles, los que prueban todas las ideas y los que refutan los anteriores... Todas esas bibliotecas, todo ese infinito, está en la Biblioteca, y en la trama (y en la Trama) que configura *Destilando fantasmas*. La historia es compleja, rica en matices y metaliteratura (y que se me perdone si por mi incapacidad «metaliteratura» no es la palabra correcta: subtramas, referencias, simbologías cruzadas que crean un *collage* tremendamente inmenso, polifónico, multicolor, en el que todos los diferentes detalles se entremezclan, relacionan y explican en el relato global). Borges está aquí, *El nombre de la rosa* y *El péndulo de Foucault* están aquí, y lo extraordinario es que la genialidad con la que Pepe (para los amigos no es José, es Pepe) Payá recoge el testigo de estos maestros raya al nivel de las verdaderas obras maestras.

El segundo espejo en el que adentrarse, una vez perfilado (¡de qué forma tan simple, comparada con la riqueza de la novela!) el *qué*, sería el *cómo*. Si al hablar del fondo (de la historia) he citado a Borges y a Eco, al pensar en la forma (el estilo, la forma de narrar) quien viene a la cabeza es Javier Marías. El estilo de Pepe es soberbio, lo cual se refleja (se refleja, como los espejos) en un sentido del ritmo cimbreante como una ola, en la fluidez con la que se entrelazan las frases hipnotizando al lector, en la precisa y perfecta elección de las palabras, en la poesía decadente (el hastío de la monotonía, la certeza de la derrota en una espiral inevitable) pero bella de las descripciones, en la verosimilitud y solidez de diálogos y personajes, seres de carne y hueso y obsesiones y flaquezas y delirios y nostalgias... ¿Y Javier Marías, dónde entra aquí? No hay más que asomarse a las obras más paradigmáticas y definitorias de Marías (*Todas las almas*, *Mañana en la batalla piensa en mí*) para comprobar cómo es capaz de aderezar su historia, su argumento, con una serie de..., ¿qué palabra utilizar?, ¿tal vez *subtramas*, aunque no sea la más adecuada? (y tal vez no es la palabra adecuada, porque *subtramas* hace pensar en *tramas*, es decir, en el fondo, pero eso era antes, eso era Eco y Borges, ahora se está hablando de la forma, el estilo). Mejor explicarlo: uno de los toques característicos de Marías es aderezar sus historias con «párrafos» e «ideas» secundarios que, no siendo esenciales para el desarrollo de la historia en sí, lo complementan, le dan color, le dan cuerpo (*Mañana en la batalla piensa en mí* está salpicada aquí y allá por interesantes disquisiciones sobre

el significado y origen de la palabra inglesa *haunted* que acaban configurando el destino de un protagonista *atrapado* —*haunted*— en una tarde aciaga; en *Todas las almas* abundan las reflexiones sobre el paso del tiempo y el sentido que le da a la vida la inexorable acechanza de la muerte y el olvido, siendo esta irremediable nostalgia existencial el punto clave de la novela). Así, en el espejo principal que es la historia, la Trama (la Biblioteca, el juego) de *Destilando fantasmas* se ve entrecruzado por infinitos espejos a diferentes niveles, entrelazándose unos con otros en juegos metaliterarios: el principal, el que los enmarca a todos, es que *Destilando fantasmas* es un libro que habla sobre libros y sobre cómo se construye una trama, pero, a partir de ahí, entretejidos a diferentes niveles, nos encontramos desde unos párrafos casi simbólicos y oníricos que describen la soledad y el hastío con el ritmo poético de la desesperanza irrevocable, hasta una divertida y oportuna disquisición sobre el onanismo, pasando por una magistral e iluminadora conversación entre el protagonista y un amigo pintor en el que este le explica cómo una pintura (o cualquier obra de arte) selecciona primero y dirige luego a su espectador (y el lector *se da cuenta* de que le están hablando *a él*, de que hay un espejo dentro de otro espejo y lo que el pintor le dice al protagonista se lo está diciendo en realidad el autor a él, al lector, en un nuevo juego a varios niveles entrelazados: estoy seleccionándote, estoy guiándote dentro de un misterio que va a acabar por atraparte). Todos esos detalles finamente hilados, cuidadosamente perfilados, le dan a *Destilando fantasmas* ese toque profundo que hace que una novela sea «mucho más» que simplemente una narración, convierten una historia con una (sólida) trama en algo más, en un cuerpo vivo con múltiples senderos (complejos, ricos) que se bifurcan como los de Borges.

Si pudiera llegarse al último espejo anidado dentro de la serie interminable, ahí se encontraría la base desnuda a partir de la cual brotan todos los demás niveles que conforman el complejo cuerpo de la novela como ramas entrecruzadas en una maraña infinita. Y esa base de la que surge todo, la Biblioteca, la historia, la Trama, el juego, las fintas, los reflejos, no puede ser otra que el autor. Los que tenemos la suerte de conocer a Pepe no solo como soberbio escritor, sino como persona, somos capaces de vislumbrar, entre

todos los espejos de *Destilando fantasmas*, ese espejo primario en el que él mismo aparece perfilado y reflejado. Y es que esta novela tiene mucho de Pepe: no es solo que la novela esté protagonizada por un grupo de estudiantes españoles en una universidad ficticia del Medio Oeste americano y que reflejan (¡reflejan!) la similar estancia de Pepe en Estados Unidos a mediados de los noventa, es que muchas de sus obsesiones y temas recurrentes aparecen en esta novela: lo más obvio, claro, es su pertinaz e irrenunciable amor por los libros (¿no sería el sueño de cualquier lector voraz encontrar una aventura, un juego novelesco, que se desarrolla a base de mensajes dentro de libros de una inmensa biblioteca?), pero en *Destilando fantasmas* también está su pasión por el cine clásico, por la literatura policiaca (hasta el punto de permitirse, como un guiño casi hacia sí mismo, introducir una subtrama que describe una ingeniosa variación del *crimen de la habitación cerrada*), por John Ford, por los omnipresentes Eco y Borges, por el 221 de Baker Street, por Alicia, por el jazz..., pero, por encima de todo, está su amor por contar una buena historia, una historia escrita con tanto amor por los libros que inevitablemente esa pasión literaria acaba rebosando de las páginas y alcanzando al lector.

En una ocasión leí una reseña de una novela de la que se decía que era «como *Blade Runner* escrita por Borges». Aunque la novela era buena (para quien tenga curiosidad: *Una investigación filosófica*, de Philip Kerr), se trataba de una atribución exagerada surgida evidentemente de un editor o un responsable de *marketing* entusiastas, pero desde entonces no he podido evitar preguntarme en ocasiones cómo sería si Borges se hubiera decidido a sobrepasar la extensión del relato corto y hubiera escrito una novela enmarcada en tal o cual género, a la manera de tal o cual escritor (lo que no deja de ser una idea profundamente borgiana). Gracias a Pepe Payá, por fin he podido encontrar la respuesta a una de esas posibles preguntas: *Destilando fantasmas* es la novela que habría escrito Borges si se hubiera propuesto desarrollar una trama al estilo de Umberto Eco. O quizá no sea Borges emulando a Eco, sino Eco emulando a Borges. Borges como Eco, Eco como Borges..., da igual: a fin de cuentas, se trata del reflejo del espejo.

César Arza

Alcalá de Henares, abril de 2017

PREÁMBULO NECESARIO

A finales de 2007, y gracias al apoyo de la Obra Social de la Caja del Mediterráneo (CAM), conseguí publicar mi segunda novela, *Destilando fantasmas* (ed. Agua Clara).

En ocasiones me han preguntado cuál es, según mi parecer, el mejor libro que he escrito. Siempre respondo lo mismo: el último. Porque, desde mi punto de vista, en eso consiste la labor de un creador: conseguir dar a luz una producción en que el último título sea mejor que el anterior. Soy consciente de que no siempre se consigue; pero no por ello voy a dejar de intentarlo. También, en ocasiones, el orden en que fueron escritos los diversos títulos no coincide con el orden de su publicación; y este hecho puede llegar a confundir al lector.

También me han preguntado cuál es, de entre todos mis libros, mi favorito. En esas ocasiones contesto que ninguno en concreto y muchos momentos de todos ellos. ¿Cuál es vuestro hijo favorito? Pregunto yo a la vez... Y nadie responde, claro. La primera parte de *Destilando fantasmas*, que lleva por título “Los recodos del camino”, es uno de mis fragmentos favoritos. Para amar no se necesitan razones; ahí reside el mérito. El amor y la fe son, en ese sentido, las dos caras de una misma moneda.

Ahora Click Ediciones —y su directora, Adelaida Herrera— continúan confiando en mi torpeza y se prestan a publicar, en formato digital, *Destilando fantasmas*. Tengo por norma no leer mis libros una vez están ya publicados. En esta ocasión he tenido que hacer una excepción. Al releer mi *Destilando...* he sentido que, durante estos casi diez años, le había crecido el cabello; pero que la novela seguía teniendo la misma garra que cuando fue publicada por vez primera, y también la misma capacidad de sorprender. He cogido las

tijeras y la he aligerado un poco. Muy poquito. Lo que el lector va a leer no es una nueva versión de un viejo libro; es, simplemente, una versión corregida y mejorada. No veo nada malo en ello. ¿Por qué un autor, si se le presenta la oportunidad, no debería mejorar su obra? ¿Por qué ese afán en perpetuar obras imperfectas?

Además, la obra viene ahora precedida de un excelente prólogo a cargo de César Arza-González. Son las palabras de un lector excepcional, de un comedido escritor y, sobre todo, de un gran amigo.

Pero no quiero entretenerles más. Me callo para que disfruten de las peripecias de unos estudiantes españoles en una universidad norteamericana, en una época previa a Internet, donde la búsqueda del conocimiento suponía una aventura y una diversión. Siempre he pensado que la literatura era la capacidad de revivir el pasado.

Biar (Alicante), febrero de 2017

PRÓLOGO

Bonn (Alemania), otoño de 1935

—Han sido unos valientes —afirmó el profesor Franz Kellermann.

—Han sido unos valientes porque están lejos de aquí. Esa es, en cierto modo, su valentía. Y además —aclaró Herman Schlegel—, el pobre Ossietzky nunca recogerá el premio porque está muriéndose en un sucio hospital carcelario.

Un comité designado por el Parlamento noruego había otorgado el Premio Nobel de la Paz al periodista y pacifista Karl von Ossietzky. Nadie se desplazaría a Oslo a recogerlo, pues desde 1932 el galardonado permanecía encarcelado por sus críticas al gobierno nacionalsocialista. Y mientras los políticos escandinavos lanzaban un pulso al Tercer Reich, Ossietzky, víctima de la tuberculosis, moría lenta pero irreversiblemente entre accesos de tos y vómitos de sangre, bajo la férrea vigilancia de enfermeros y carceleros.

Anocheecía. Los viandantes habían comenzado a desaparecer. Algunos paseantes, desafiando la noche gélida, se defendían de las bajas temperaturas alzando las solapas de sus abrigos y chaquetas, inclinando hacia delante las alas de sus sombreros. Desde el río se levantaba una tenue niebla que paulatinamente iba adquiriendo más consistencia. A través del amplio ventanal de la cafetería, sumergido en el ambiente tibio y acogedor de las conversaciones, el profesor Franz Kellermann presintió que en unos minutos la bruma sería un manto denso e impenetrable. Tenía que volver a casa.

—También Mann se fue... Ahora está en Suiza, o quizá más lejos. —Eran unos pensamientos en voz alta, sin ningún destinatario concreto. Un desahogo todavía permitido en un país donde unas leyes absurdas, crueles y racistas lo

habían privado de sus clases en la universidad. Desde la muerte de su esposa, Kellermann solía pensar en voz alta, sin hablar a nadie en particular. Sus conocidos lo sabían y lo aceptaban. Las grandes desgracias conceden ciertos privilegios a quien las sufrió.

El profesor Kellermann dio el último sorbo a su café y dejó la taza sobre la mesilla redonda, pequeña, atiborrada de platos, periódicos, ceniceros y vasos. Siguió pensando en voz alta.

—Hesse hace tanto que se marchó... que ya casi nadie lo recuerda. También salieron de aquí Brecht... y Weill... Aquí ya no queda nadie.

—Solo ustedes... —concluyó Karl-Wolfgang Forster, el más joven de los tres: el antiguo alumno que se resistía a perder drásticamente el contacto con sus profesores, con sus amigos.

—Los más tontos, los últimos monos. —Ahora era Herman Schlegel quien vertía su rabia contenida sobre la mesa y los contertulios.

—Rebeca es todavía una niña... demasiado pequeña para un viaje tan largo —dijo Kellermann.

—¡Excusas! —Schlegel se mostraba enfadado—. Eso mismo dijiste al principio de todo. Y ya han pasado más de dos años. El tiempo suficiente para que todos se fueran. ¡Todos! menos nosotros.

—Entonces la situación era bien diferente...

—Desde luego que sí. Teníamos un trabajo, unos estudiantes que querían imitarnos, que nos escuchaban cada día en silencio, ensimismados. Y se nos respetaba. Teníamos una vida: ahora solo nos queda huir, ocultarnos tras las persianas, bajar de la acera cuando nos cruzamos con un maldito fante con uniforme y brazalete. ¿Qué demonios hacemos aquí, Franz?

Nadie respondió.

Como era de prever la niebla se había convertido en una sábana cuya blancura cegaba al caminante hasta extraviarlo. Lentamente —tenía todo el tiempo del mundo—, el profesor Kellermann se levantó de su silla. El joven Karl apagó su cigarrillo y lo imitó. Schlegel los miraba sentado, alzando el cuello, con una expresión de resignación y de tristeza.

—Me voy a casa. Es tarde. Quiero darle un beso a Rebeca antes de que se acueste —dijo Kellermann.

El espesor de la niebla les impedía ver más allá de sus narices, y el frío les obligaba a encoger los hombros buscando un mínimo de abrigo y de protección. Los tres hombres caminaban muy juntos, como si quisieran compartir el poco calor corporal que emanaban. De cuando en cuando se detenían, intentaban reconocer una fachada, el letrero de alguna calle, el escaparate de una tienda que pudiera servirles de referencia. Las farolas, ya de por sí escasas, vertían una luz lechosa e insuficiente que apenas podía abrirse camino entre la selva blanca y húmeda que parecía engullirles.

—No nos habremos perdido, ¿verdad? —Schlegel era el más pesimista de los tres.

Kellermann sonrió y no respondió. Schlegel volvió a insistir en su pregunta.

—No se preocupe, profesor —contestó Karl—. Vamos bien. Primero paramos en casa del profesor Kellermann y luego en la suya.

—¿Y tú, muchacho? —Había cierta preocupación en la pregunta de Kellermann.

—No se molesten por mí... En un momento estoy de vuelta en casa. —Podía haber añadido «al fin y al cabo, yo soy alemán»; pero le pareció de mal gusto aquel comentario—. Me conozco el camino con los ojos vendados.

—Esta es una venda blanca; pero igual de efectiva —añadió Kellermann.

De repente los faros de un automóvil se abrieron paso a través de las volutas de niebla. Pasó silbando ante ellos y más adelante, apenas cien metros, dio un frenazo. Los tres hombres se detuvieron y se pegaron a la fachada más cercana, en silencio.

Muy pronto oyeron los gritos y las canciones, las puertas que se abrían y cerraban, las botas golpeando sobre los adoquines húmedos y resbaladizos. Muy pronto sintieron el miedo que les atenazaba las piernas y les impedía moverse, correr, huir de la furia que iba a desatarse de un momento a otro.

Entonces llegó el ruido de los cristales rotos. Los golpes se repetían alternados con carcajadas monstruosas intensificadas por la invisibilidad en que la niebla lo había envuelto todo. Una luz se encendió en el interior de la

vivienda. Solo en ese momento, los tres viandantes alcanzaron a apreciar, en los pedazos de vidrio que colgaban de la parte alta del escaparate, los trazos quebrados de unos insultos pintados sobre el cristal, y los rasgos inequívocos de la estrella de David.

—Son las Fuerzas de Asalto —musitó Karl.

—Son unos asesinos que tienen permiso para incendiar la ciudad... si quisieran. —Schlegel no era un hombre alegre porque no había ninguna razón para serlo.

Armados de palos y barras de hierro, aquellos individuos cuidadosamente uniformados entraron en la tienda a través de la luna rota. Y justo en ese momento se abrió una puerta que apenas se apreciaba, junto al escaparate hecho añicos. Un pequeño recuadro de luz iluminó la acera, abriéndose camino entre la bruma. Comenzaban a oírse los gritos de miedo y de dolor, las risas y los cantos de prepotencia, los golpes de los palos y las barras metálicas: el estruendo de la destrucción del débil y del indefenso.

Los tres hombres, paralizados por el miedo y la curiosidad, vieron la pequeña figura de un niño deslizándose lentamente por la puerta abierta. Tenía el cabello revuelto y temblaba quizá de terror o tal vez de frío, porque únicamente vestía una larga camisa de adulto que le llegaba hasta las rodillas. Andaba descalzo. Cuando cruzó completamente el umbral, echó a correr.

Kellermann notó el golpe en el vientre. El niño había estado corriendo y mirando hacia atrás, temiendo que alguien lo siguiera. La niebla, la oscuridad, el frío y la prisa habían provocado el encontronazo. Karl sostuvo al profesor e impidió que este cayera; pero el niño salió despedido hacia atrás y rodó por la acera. Luego se levantó de un brinco, miró con ojos infantiles y de asombro a los tres hombres que parecían haber surgido de la nada, y reanudó su huida.

—¡Muchacho! —gritó Schlegel, pero inmediatamente advirtió su imprudencia. Lo que añadió después lo dijo únicamente para sus dos compañeros—. Se le ha caído esta bolsa.

Sostenía en la mano un pequeño saquito de terciopelo, atado en un extremo con una cuerda. El muchacho se perdía en la blancura de la niebla. Por un momento las plantas de sus pies lanzaron un destello de humedad que recordó el golpe de un látigo o un relámpago velocísimo que intentara abrirse camino

entre la densa bruma. Fue lo último que vieron de él.

—¿Qué es? —preguntó Karl acercándose.

Habían vuelto a la acera, con las espaldas pegadas a la fachada de un edificio invisible. En la tienda seguían los gritos de dolor y de crueldad. Schlegel se afanaba en deshacer el nudo.

—Sea lo que sea... pesa lo suyo. —Palpó la bolsa—. Parece una bola... —rectificó—. No, un cuadrado algo irregular...

Por fin había conseguido desatar la cuerda y ahora buscaba en el interior del saquito. Cuando extrajo la mano, los tres hombres sintieron que el corazón se les aceleraba.

—¡Cielo santo! —dijo Kellermann—. Es el diamante más grande que he visto en mi vida.

Y era cierto.

Entonces el estruendo y el fognazo de un disparo surgieron del escaparate destrozado. Y durante unos segundos —que parecieron horas— el silencio más absoluto se adueñó de la calle y del interior de la vivienda.

LIBRO PRIMERO

LOS RECODOS DEL CAMINO

las largas avenidas

... *in the early days when we were very poor and very happy.*

E. Hemingway, *A moveable feast*

Cuando caía la tarde, el sonido mecánico de la nevera, el ritmo nervioso del reloj y el silencio venían a decirnos que estábamos solos. En cuartos separados: Clara estudiando en su dormitorio, María leyendo estirada en el sofá, entre cabezadas y cerrar de ojos, y yo, fresco y limpio, recién salido de la ducha, recién llegado de correr por las largas avenidas alfombradas con las hojas secas de los castaños de Indias, leyendo y estudiando en la cocina. Un reloj en la pared marcaba nuestra rutina y *Lolita*, la gata, luchaba por romperla y divertirnos con sus andares elegantes, y sus caprichos inexplicables. Durante horas no se escuchaba a nadie; solo el reloj señalaba su presencia.

La casa formaba esquina en un cruce de avenidas donde unos semáforos controlaban el tráfico con exactitud infinita.

Pasaba el tiempo como pasábamos las páginas, como caían las hojas de los árboles trazando vuelos incoherentes. Incluso *Lolita* tendía a dormirse: en la alfombra, en el centro del salón; en el regazo de María que, emulándola, tampoco terminaba nunca de pasar las páginas; en los brazos del sofá, con el equilibrio increíble de los sueños funambulistas; desde luego nunca junto a mí, pues ella —desde su intuición felina— conocía el poco aprecio que yo le tenía.

Durante los primeros meses del otoño y del curso, cuando todavía era un recién llegado a Columtown y no había podido encontrar un alojamiento, las chicas, tan gentiles como siempre, me habían permitido instalarme en su salón

y en su sofá. Más tarde, a finales de octubre, Bob, uno de los compañeros de Mario, dejó su habitación y yo únicamente tuve que mudarme al apartamento del primer piso. Cuando recuerdo aquellos meses iniciales, todavía ignoro si era triste o era divertido volver a casa.

Carole siempre era la última en llegar. Clara, María y yo la veíamos entrar sentados ante la mesa de la cocina, enfrascados en libros y escritos, o en disputas sobre cualquier idiotez que nos ayudara a soportar mejor el paso de las horas. Cuando Carole entraba en la casa, «*Hi!* ¿Cómo va todo?», siempre sonaba el teléfono, sin excepción y sin clemencia. Como un autómatas, sin rasgos de protesta en su semblante pálido, con un gesto —heredado de sus antepasados irlandeses—, de resignación e imposibilidad ante el destino, descolgaba el aparato y se enfrascaba en una conversación que nunca podíamos traducir. Ni siquiera se quitaba la mochila que colgaba de su espalda, cargada de libros y horas de cafetería y biblioteca, de dudas y esfuerzos, de lágrimas (claro) y también de risas. Clara sonreía mientras yo cabeceaba y entornaba los ojos como un anciano o una abuela llena de consejos. María no decía nada y solícita se acercaba a Carole y le quitaba la mochila, y luego el abrigo, mientras aquella seguía como dormida o extasiada con la oreja pegada al teléfono.

Todavía ignoro si era triste o era divertido volver a casa —Neil Avenue esquina con King Avenue—, a través de las largas avenidas bordeadas de jardines donde corrían despreocupadas y nerviosas las ardillas; volver a casa donde nadie nos esperaba.

Una tarde, en el Wigel Hall Auditorium, asistimos a un concierto que ofrecía la orquesta de la universidad. Era hermoso el espectáculo de los instrumentos de cuerda: aquel balanceo de los arcos y de los músicos, como olas, como corrientes de aire que se alzasen para luego caer. Clara, Mario —sin Carole, quien tenía mucho trabajo retrasado y se había quedado estudiando en el apartamento—, Eric, María, y yo ocupamos casi una hilera completa de butacas dispuestos a disfrutar de una buena tarde; y no nos defraudó.

Primero llegó Borodin, tan pastelero y amanerado como todos los rusos,

con aquel sonido tan peculiar y relamido, melodías repletas de ligamentos y velos, de arpegios y sentimientos; aquel sonido exclusivamente ruso que siempre ha sido mi preferido. Luego vino Haydn con sus matemáticas y el pitido agudo y fino de un oboe. Y fue entonces, mientras aquella muchacha de pie en el escenario, nos deleitaba con unas notas claras y concisas, perfectamente delimitadas; fue entonces cuando comencé a observar a todo el público que llenaba el teatro, y pensé en toda la gente que pasa por nuestra vida —durante un segundo o un viaje en tren; durante una estancia de varios meses en un apartamento veraniego—, en toda la gente que influye en nuestro carácter para luego olvidarla. Y me vino a la mente la inmensidad del mundo repleto de individualidades:

o aquel señor de color que entornaba los ojos mientras escuchaba —¿estaría casado?, y de estarlo, ¿acaso no engañaría a su mujer; acaso no sería un padre ejemplar con sus hijos?, ¿era quizá su esposa aquella mujer que a veces se dejaba acariciar la mano y sonreía; la mano que descansaba en el regazo de su falda?;

o aquella chica tan preciosa de las primeras filas, con su hermoso cabello castaño que había cepillado cuidadosamente antes de acudir al concierto —¿nadie la había acompañado?, ¿en nadie había pensado mientras había consumido los minutos ante el espejo?, ¿para nadie aquella ofrenda de cuidado, de ondas, de mechones limpios y fuertes?;

o aquel matrimonio que quizá tras treinta años de convivencia se quisieran o se odiasen, o ambas cosas a la vez, y que ahora contemplaba y escuchaba aquella música en el más absoluto de los silencios, ella pensando en los hijos recién casados o en sus nietecitos nerviosos y mofletudos, él intentando recordar el sitio exacto donde había dejado aparcado el coche y previendo la ruta exacta para volver con más prontitud al hogar, el trazado de las calles, los semáforos que esperaba estuvieran en verde.

Y yo seguía escuchando el pitido penetrante del oboe mientras observaba a un muchacho visiblemente aburrido que acompañaba a una chica con gafas y aires de intelectual...

—Es hermoso, ¿verdad? —le dije a Clara—. El movimiento ondulante de los arcos, digo, es hermoso, ¿no crees?

Y ella asintió sin abrir la boca, mientras se llevaba un dedo a los labios para indicarme que callase. Y entonces mi mente voló más lejos, fuera del Auditorium. Y pude ver a un mendigo negro en la acera de High Street —«*Give me a dime, my friend?!*»—; y más allá, en St. Louis (Missouri) pude contemplar a un matrimonio de ancianos sentado ante la pantalla del televisor, él dormido y ella intentando entender las frases de un presentador con peluquín (otra individualidad) al que la sordera creciente le impedía escuchar. Supe de la infinitud del ser humano y del tiempo: aquella familia de Hong Kong que duerme apaciblemente, aquel guerrillero mexicano que brega contra el frío y la humedad mientras cumple con su ronda de centinela, aquella pareja de Varsovia que hace el amor en un cuarto únicamente alumbrado por velas...

Los aplausos me hicieron regresar. Y entonces miré a María y a Eric, y me pregunté qué sería de ellos; qué sería de Clara y de su larga cabellera dentro de unos meses, o tal vez al día siguiente; qué sería de Mario, que sonreía aliviado porque durante toda la pieza había estado luchando por no cerrar los ojos y quedarse dormido; qué sería de Carole que había tenido que quedarse en casa, estudiando, elaborando un trabajo que luego, nosotros, los españoles, tendríamos que corregir. Qué sería de mí.

Cuando terminó el concierto volvimos a casa atravesando la oscuridad del Campus, apenas sin hablar (porque cuando algo es del gusto de todos no hay nada que decir), como si un sentimiento de perfección, de redonda satisfacción nos invadiera. Regresamos con paso rápido a través de las largas avenidas, oscuras, sin el color oxidado del otoño sobre los árboles, alumbrados fugazmente por los vehículos —y en cada uno una individualidad—. Hacia casa como fugitivos, hacia casa sin mirar atrás, temerosos de nosotros mismos y de nuestro futuro que, en forma de sombra y eco, nos perseguía a lo largo de aquellas interminables avenidas.

Después de cenar, después de haber dejado morir las horas indolentes, después de habernos enfrascado en el ritual de la cocina —con los hornillos, las sartenes, el pan en la tostadora, la ensalada preparada elegante y delicadamente por Clara, los saltos y las carreras de todos—; después de

cenar y limpiar la mesa, las horas parecían acelerarse en una progresión hasta entonces desconocida. Alrededor de Carole y de sus trabajos, Clara, María y yo volábamos lanzando sugerencias, explicaciones. Carole, toda nervios, toda pálida y rubia, enloquecía en un mar de dudas y de frases incoherentes. «Yo, es que no entiendo, la poesía española», así, con ese ritmo desmelenado hablaba ella. Nosotros intentábamos consolarla diciéndole que, realmente, era difícil; que los poetas, la mayoría de las veces, no querían decir nada, que solían dar mil vueltas para terminar diciendo una nimiedad tan lógica como lúcida.

—Los poetas escriben versos para ligar —comentaba yo intentando consolarla—, conque no hay que hacerles mucho caso.

Y así, con el forcejeo para llevar el deseo de un verso hacia la realidad de una mesa en una cocina y una inteligencia norteamericana (*excuse me, my sweet*), pasaban las horas. Eran los momentos más dichosos: salpicábamos los versos con las teorías que habíamos leído o creído leer y las que a veces nos atrevíamos a lanzar nosotros; todo aderezado con chistes, chanzas y chismes; con momentos de contemplación en las travesuras de *Lolita*.

Una noche Brian, el vecino de West Virginia, que compartía el apartamento del primer piso con Mario, el chico mexicano novio de Carole, vino a decirnos que estaba en un apuro. Mientras relataba su historia Clara lo miraba fijamente, Carole no paraba de interrumpirle y María mostraba cara de preocupación, «*Really, really?*».

Brian había acusado a uno de sus alumnos de copiar durante un pequeño examen y ahora tenía que enfrentarse a una especie de tribunal, un careo entre el acusado y él ante un grupo de profesores y catedráticos que tendrían que dar la razón y quitarla (no cabían disyuntivas). Cuando volvió a su apartamento dejamos de trabajar en los poemas; y hablamos de los alumnos, de las obligaciones de los profesores —sobre todo si eran jóvenes e inexpertos como lo éramos nosotros.

Luego, sobre la medianoche, nos retirábamos a dormir.

El sofá era mi cama, donde me dormía con la paz de los niños grandes, contemplando —cada vez, conforme cedía al sueño, con más dificultad— las macetas sobre el suelo de la habitación, iluminadas intermitentemente por el

tráfico que, sin pausa, poblaba las largas avenidas.

La tarde nos vencía.

Llegábamos a casa cargados de horas de clase, medio roncós y agotados por el intento de enseñar español a muchachos rubios y sonrosados que — decía Mario— no se quitaban la gorra ni para ducharse, a chicas siempre sonrientes y con largas melenas que te contestaban continuamente con afirmaciones y asentimientos, aunque su pensamiento estuviera tendido en la verde hierba del Campus, o sentado en los bancos que rodean el Mirror Lake o en el estadio los sábados por la mañana gritando y disfrutando con su equipo.

Llegábamos a casa cargados de libros que leer y exámenes o ejercicios que corregir. Y nos sentábamos alrededor de la mesa de la cocina, ante un folio cuadriculado donde apuntábamos la nota media de los alumnos, ante una calculadora mediocre pero certera que agilizaba nuestros cálculos, aunque, sin duda, la comodidad de la técnica provocaba que el tedio y la monotonía nos vencieran como nos vencía la tarde eternamente fosca, interminable como las praderas que sabíamos se extendían más allá del Mississippi hasta las Rocosas, y que nosotros nunca llegaríamos a contemplar, encerrados en aquel piso y en aquella ciudad, a un tiempo en el culo y en el ombligo del mundo.

Había ocasiones en las que no sabíamos descifrar la letra angosta y críptica de algún alumno y nos preguntábamos unos a otros; otras veces teníamos que intercambiar algún comentario para que la tarde no nos engullera definitivamente, para oírnos y saber que no estábamos solos, aunque a veces lo sintiésemos a pesar de las palabras o las canciones que tarareábamos en un intento por aproximarnos a nuestra tierra.

Mario o Brian, o ambos, incluso Bob, antes de que dejara el apartamento, solían visitarnos. Entonces las conversaciones se animaban, y los libros que teníamos que leer y los exámenes a medio corregir eran olvidados sobre la mesa, o apartados de ella para que pudiésemos colocar los zumos o los cafés en grandes tazas de varios colores, un color para cada uno, que daban mil vueltas en nuestras manos antes de beberlas y apurarlas y volverlas a depositar en la mesa o directamente en el fregadero de la cocina.

A veces también venían Carmen y César, su novio, sobre todo algunos viernes o sábados por la noche, cuando el sol se había ocultado y él ya no podía seguir pintando. Entonces nos llamaban anunciando su pronta visita y si íbamos a cenar los esperábamos. Vivían más al sur, en una de las calles anchas y tranquilas del Thunder Village, al oeste del parque Goodale. O llegaba Eric a visitar a María, y se quedaba a cenar o a comer; o Lauren, una amiga de Carole, alegre y nerviosa, que irrumpía en las conversaciones como un ejército de húsares.

Pero sobre todo venía Luis, que vivía en la 14.^a Avenida, al este de High Street. Llegaba él y la tarde o la noche salían huyendo, porque Luis Galvañ tenía la capacidad de hablar de todo y de saber de todo, y poseía una sinceridad y una falta de prudencia que resultaba agradable a todos aquellos que estuvieran con él. No gustaba de rodeos y falsos cumplidos, por eso a veces Carole o Lauren, o alguna otra chica norteamericana que coincidiesen con él, solían enfadarse o molestarse por sus comentarios o sus opiniones. «Te sienta horrible ese peinado», comentaba sin el menor tacto. «Ese pantalón que llevas puesto no lo quiero ni regalado», decía a aquel o aquella que llegaba a casa para mostrarnos su última adquisición, o el nuevo corte de pelo que había tenido la paciencia y el dinero para dejarse hacer.

Todo lo que pudimos ser y no fuimos estaba escrito en las páginas que pasábamos con lentitud y obligación.

Todo lo que pudimos ser y no fuimos se cosificaba en unas gafas que nos quitábamos a cada momento para, con el pulgar y el índice, apretarnos el puente de la nariz y los lagrimales hasta que nos dolieran.

Todo lo que pudimos ser y no fuimos estaba adherido a la puerta de la nevera: postales de Santander y Madrid; un punto bello pero desconocido de Galicia; una playa tranquila y desértica de Lanzarote; un bosque verde y denso cubierto por la bruma de Venezuela; un teocali maya de Chichén Itzá junto a una panorámica de la playa de Cancún; una vista nocturna de Toledo, donde el Tajo tenía el brillo de las serpientes húmedas; y varias postales más de ciudades, paisajes y deseos que nos recordaban el mundo exterior y nuestra

condición de exiliados; una plantilla rudimentaria escrita con prisas donde se comparaba la escala de Fahrenheit con la de Celsius.

Todo lo que queríamos, y quizás algún día alcanzásemos, pasaba por esas tardes ocres del otoño, por esas horas de estudio y lectura regidas por el martilleo del reloj, por los grados de claridad que decreciendo nos obligaban a encender la luz y, al hacerlo, nos sentíamos más tristes y más solos.

Pero por aquel entonces éramos jóvenes y felices, aunque nos sintiéramos desdichados y viejos, perdidos, abandonados en el centro del mundo, en aquel pozo sin fondo ni horizonte, bajo un cielo gris y encapotado, protegidos por el aleteo de las hojas y el ronroneo de los coches deslizándose —siempre y a todas horas— por aquellas avenidas interminables.

reivindicación de Heidi

Los viernes por la noche solíamos quedarnos en casa, leyendo, estudiando, discutiendo o recordando los viernes españoles: el jaleo de los bares, las cervezas frías que seguían a las manzanillas o a los descafeinados.

Algunas veces Eric nos llevaba al cine. Al norte de la ciudad, en Indianola Avenue, había una sala donde por tres dólares podías ver dos películas en sesión continua. Era un local pequeño y viejo, escaso de luces que pudieran delatar la suciedad y la decrepitud que lo cubría todo. A un lado estaban las butacas, al otro había mesas alargadas para media docena de comensales, con bancos estrechos y bajos; al fondo de la sala estaba el bar, con un mostrador de madera apenas alumbrado por unas luces ambiguas y roñosas. Allí podías pedir desde una hamburguesa hasta una *pizza* gigante que luego comías mientras veías las películas e intentabas comprender su jerga yanqui. A Eric le gustaba mucho aquel antro y algunos viernes, cuando libraba de su trabajo en K2U, solía venir a recogernos.

De no ser por él nunca habiéramos encontrado aquel lugar. Las paredes de los aseos estaban empapeladas con carteles de viejas películas y al entrar en el vestíbulo, al que se accedía desde la calle a través de una puerta de dos hojas, uno creía retroceder en el tiempo: las paredes y el techo estaban cubiertos por siluetas de actores y actrices, recortados con destreza y pegados con paciencia, sus miradas se posaban en ti, que acababas de comprar la entrada, y parecían acompañarte hasta la sala a través de un corredor que semejaba la máquina del tiempo.

Pero la mayoría de los viernes el tiempo transcurría entre libros y discusiones. Mario solía encerrarse en la habitación de Carole y desde el salón o la cocina podíamos escuchar el aleteo de sus dedos sobre el teclado

del ordenador. Clara hacía lo propio: se enterraba viva en su dormitorio cálido y pequeño y no conformándose con echar el pestillo se tapaba sus oídos con pedazos de algodón —tenía una gran tira de guata en uno de los cajones de su escritorio—. «Si no es así no puedo concentrarme», solía disculparse. Por eso a veces, cuando la llamábamos para cenar teníamos que aporrear la puerta con tal saña que más de una vez Mario, o yo mismo, temimos sacarla de sus goznes.

María y Carole preferían el salón-comedor, sentadas en el sofá, una a cada extremo, separadas por el ronroneo de una *Lolita* dormida o aburrida, que soportaba con resignación y disciplina animal las caricias de ambas. Leían o fingían hacerlo, y de cuando en cuando rompían su silencio de hojas y dedos húmedos para consultar alguna duda. Desde la cocina, mi lugar preferido, escuchando el sonido metálico de la nevera a mi derecha y aprovechando la débil claridad solar que se cribaba a través de la ventana, a mi espalda, frecuentemente dejaba de leer el libro que descansaba sobre la mesa cuadrada con tapete de hule, o arrinconaba por unos minutos el bolígrafo azul o rojo con el que escribía sobre hojas oscuras y recicladas —«Más que folios de verdad parecen hojas de papel integral —criticaba Luis con su clarividencia aldeana —, como si al utilizarlas uno tuviera la intención, no solo de escribir, sino, y sobre todo, de adelgazar escribiendo»—; y me gustaba observar y escuchar por unos minutos: la actitud indolente y como de litografía antigua de María, con el libro abierto en su mano derecha, porque la otra acariciaba con displicencia el lomo sufrido de *Lolita*; la pose cáustica y gringa de Carole, con el libro posado sobre sus dos rodillas juntas, la cabeza inclinada hacia delante y apoyada contra sus manos, luego, cuando se cansaba de la postura o se levantaba para ir al aseo o beber un vaso de agua, quedaban en sus mejillas rojas y pecosas unas impresiones alargadas y blancas; me gustaba escuchar el sonido aséptico de las teclas del ordenador, y los silencios breves (Mario estaría pensando o corrigiendo) que eran el proemio a un aluvión de dedos e impresiones, como si el pensamiento o la idea hubieran acudido de súbito a las yemas —más que al cerebro— de los dedos del escriba; y el silencio forzado de Clara en su habitación, puntualmente interrumpido por el paso de las hojas y los ligeros movimientos del cuerpo que ya está cansado de su

postura sobre la silla y se queja y busca otras actitudes que le alivien.

Uno creía que los sábados sería distinto, que aquella noche se asemejaría más a la de los sábados españoles. Yo me levantaba muy temprano, imaginando que aquella noche saldríamos a beber y a cenar, y luego a movernos en alguna discoteca o en algún disco-bar, pero muy pocas veces era así.

Cuando el día era propicio salía a correr por el Campus, siguiendo el curso del Olentangy, contemplando a los atletas madrugadores que hacían ejercicios sobre la verde hierba de los campos de fútbol, junto al estadio. A veces, cuando llegaba al puente de Lane Avenue, solía pararme unos minutos para observar con más detenimiento a los regatistas: los hombres en un bote, las mujeres en otro; sus espaldas anchas y relucientes por el sudor, el agua y el sol incipiente que comenzaba a conquistar la mañana y el cielo. Realizaba algunos estiramientos sobre y contra el pretil del puente, a esas horas apenas transitado por los automóviles, y luego, cuando los regatistas ya se habían perdido en la curva a la izquierda con que el río elude el Union Cemetery, reanudaba mi carrera lenta y uniforme de vuelta a King Avenue.

Algunas mañanas huía del río y mi carrera se perdía en los laberintos callejeros de Thunder Village, un barrio hermoso y clásico que parecía sacado de una postal, con las calles cubiertas de hojas de castaño de Indias, una zona que comenzaba al sur de Third Avenue y llegaba hasta Goodale Park.

Cuando ya estaba agotado regresaba a casa. Me daba una buena ducha, me afeitaba pulcra y escrupulosamente, invirtiendo todo el tiempo que fuera menester —es una de las cosas que más me gusta— y luego, en pijama y batín, o con algún pantalón de chándal cómodo, me ponía a leer o a estudiar mientras escuchaba el sonido de la lavadora que me limpiaba la ropa sucia.

Solía estar solo en el apartamento: Mario me indicaba a través de una nota escueta depositada sobre la mesa de la cocina que estaba o bien en el piso de las chicas o bien en la biblioteca, a veces incluso en Brenen's; Brian salía el viernes por la tarde y se iba a West Virginia, a pasar el fin de semana con sus padres, o, con más frecuencia, a casa de uno de sus amigos gais, con el que

pasaba aquellos días y ya no lo veíamos aparecer hasta el domingo por la noche, cuando se presentaba con una bolsa de deporte rebosante de ropa sucia, con los ojos brillantes y alegres, revitalizado para afrontar el trabajo de la semana. «Si no fuera por el fin de semana —decía con un buen vocabulario y una tosca gramática—, yo creo que yo me mataría a mí mismo»; y ante aquello uno no sabía si ponerse a reír por la curiosa sintaxis o adquirir expresión seria y rostro compungido.

Yo comía con las chicas: o bien subía mi propio plato, ya elaborado en mi apartamento, o bien lo preparaba en su cocina. Luego, tras algunas palabras en la sobremesa, regresaba a mi piso o me quedaba en el de ellas, y seguía leyendo.

Y enseguida, sin darnos cuenta, nos atrapaba la noche. Se nos echaba encima sin previo aviso, y nos sorprendía asidos a un libro o a un bolígrafo y un folio. Y la mayoría de las veces dejábamos que nos engullera: cenábamos, charlábamos un poco y proseguíamos con nuestra paciente labor de lectura, como hormigas afanadas en almacenar alimento para el invierno, nosotros nos asemejábamos a ellas en nuestro ímpetu por adquirir conocimientos.

Todavía hoy, cuando ya han transcurrido más de tres años de todo aquello, me cuesta imaginar sábados tan repetitivos y tan monótonos. Mientras vuelvo a recrear la vida de entonces, mientras plasmo en palabras nuestra cotidianidad, me veo atrapado por la lentitud y la monotonía. Ahora sé que la vida en Columtown era como una margarita deshojada lentamente por un enamorado: cada día era un pétalo que lanzábamos al viento y que ya no volveríamos a admirar ni a recuperar. Solo contempladas desde la distancia que confieren los años y las ausencias advertimos las horas y los gestos que perdimos.

Luis Galvañ me escribe mensualmente, sin falta, como cuando el primer sábado de cada mes acudía a nuestro piso, o al de las chicas, para que le cortásemos el pelo. Me escribe desde su casa (yo sé que es su refugio), desde su familia (yo sé que es su máscara y su escudo) recién fundada en Arrecife de Lanzarote. Mensualmente me relata sus baños de mar y de sol, sus paseos a través de desiertos de lava y volcanes estériles y secos como el sexo de una

octogenaria. Algunas veces me ha enviado postales y fotos en las que nunca aparece él: fachadas de casas y de hoteles, extensas playas e infinitas líneas de costa; paisajes con aspecto lunar y temible, secos y áridos, sin más cambios de color que los contrastes entre la lava más joven y la más vieja. *En estos desiertos*, leo en una de sus cartas, escritas con una letra clara y uniforme, como del niño de colegio de pago que él nunca fue, *en este Mal País (es así como los conejeros, los habitantes de Lanzarote, lo llaman) la diferencia entre viejo y joven, entre ayer y hoy se mide en millones de años.*

Y, aunque yo apenas le escribo un par de veces al año —la pereza me vence, perdón—, recibo sus cartas puntualmente, durante la primera semana de cada mes. Cartas extensas y con líneas apretadas que suelen cubrir varias hojas, y en las que Luis parece dar salida a todos sus silencios. Me relata sucesos de su trabajo de recepcionista en un hotel de Teguise, en el centro de Lanzarote, *antigua capital de este islote que es el más oriental de todos*, me dice muy enciclopédicamente en otra de sus cartas; me describe la que ha sido su casa durante estos dos años de huida —huida que supongo durará toda la vida—, me ha ido detallando paso a paso su noviazgo con Amparo —así me dijo que se llamaba la muchacha a la que conoció una noche en uno de los bares de Arrecife—, sus planes de matrimonio y, cómo no, su boda.

Y nunca, en ninguna de sus casi treinta cartas escritas bajo la claridad siempre primaveral del sol canario, ha aludido una sola vez a la Trama, ni ha mencionado una sola vez la ciudad de Columtown, ni la universidad en la que pasó dos años de su vida, ni aquel curso del 95 que habría de cambiar nuestras vidas para siempre, ni siquiera ha preguntado por ninguno de los que estuvieron con él y conmigo durante aquellos meses trágicos y escabrosos en que la Trama nos absorbió sin remedio. Miento: habló de ello en la primera carta que recibí, en junio de 1995; después, como si la confesión hubiera purgado todos sus miedos y aniquilado todos sus fantasmas, se ha encerrado en el más absoluto de los silencios.

A veces, en alguna de mis cartas —tan insulsas y tan reprimidas como las de él, porque yo sé que mientras las escribe se muerde la lengua y atrofia sus dedos para no mencionar nada de aquellos meses, nada que pudiera hacer regresar el miedo. Lo sé porque también yo amordazo mis ansias por estallar y

escribirlo todo— suelo mencionar a Mario o a alguna de las chicas; breves retazos de vida; o recuerdo cierta gracia acontecida en Columtown. Lo ignoro, pero imagino que esas líneas son tachadas cuando él las lee.

En sus cartas, en sus descripciones sosas y monótonas se oculta, *latet anguis in herba*, el autodomínio por no confesarse, por no bramar y llorar y salir huyendo a un rincón todavía más lejano e ignorado que Lanzarote.

Hoy me he levantado a las cinco y media de la mañana y después de un frugal desayuno he caminado hasta el hotel, extraigo de una de sus cartas. He de confesarte que el trabajo me gusta: realizo ocho horas de un tirón, hasta las dos de la tarde, luego me sustituye otro muchacho. Hemos dividido el día en tres turnos de ocho horas y cada dos semanas cambiamos el turno. No he de decirte que no libramos ningún día de la semana. Comprenderás que, en un hotel, como en un bar, uno tiene que trabajar sobre todo cuando el resto de la gente tiene vacaciones. Pero no me importa; dispongo al día de dieciséis horas para hacer lo que me plazca: voy al cine, me acerco a la playa, corro y voy en bicicleta, pero sobre todo leo y escribo mucho, y paseo, y hablo con la gente que, como siempre hace buen tiempo, vive frecuentemente de puertas hacia fuera, y vivo, sobre todo vivo, amigo mío.

Aquí, sabedor de que el sentimiento que amordaza sus descripciones y su estilo parece pronto a emerger, se controla un poco y vuelve a las andadas.

El trabajo en el hotel no es mucho. Teguisse, pese a ser la ciudad más bonita de la isla, no está en la costa y por tanto aquí no llegan aviones de alemanes ansiosos de alcohol y vida nocturna, ni españoles que huyen del mal tiempo de la península. Solo jubilados de todas las naciones, y alguna que otra pareja de románticos que prefiere el silencio de los volcanes y la lava muerta al trajín de las playas...

Y así una y otra carta, uno y otro mes, como si pretendiera crear con ellas un caparazón de escamas o de palabras que pudiera protegerle del pasado... y de la Trama...

—¿Os apetecen unas pizzas?

Estábamos en el apartamento de las chicas. Eric, que no trabajaba aquel

sábado, había llegado a media tarde, junto con Mario, que había pasado el día a horcajadas entre la biblioteca y Brenen's.

María, sentada en el sofá, sosteniendo un libro con una mano y acariciando el pelo rubio de Eric con la otra, fue la primera en pronunciarse.

—Bien. De New York Style... ¿no?

—Han abierto una pizzería nueva un poco más arriba, junto a Brenen's —propuse.

—Sí —corroboró la voz de Mario, desde la habitación de Carole—, la he visto esta mañana. Tiene un bonito aspecto: con los cristales nuevos y limpios, y las mesas rojas, y un mostrador largo y plagado de gringos con gorritos rojos, como las mesas, y delantales blancos con finas rayas...

—¿Qué otra alternativa se nos ofrece? —dijo María.

—Me apetece *pizza* —concluyó Carole—, ¿a vosotros no?

Mario había salido del cuarto y estaba en el dintel de la inexistente puerta que dividía comedor y cocina. Eric, que había tenido los ojos cerrados mientras María lo acariciaba, pareció despertar de un agradable sueño.

—Lo siento, pero yo no ceno aquí.

María dejó de acariciarlo.

—Tengo mucho trabajo... Debo entregarlo el próximo martes...

No hablaba con nosotros, sino con María, que había cerrado el libro y lo contemplaba, recriminándole en silencio la desagradable sorpresa callada hasta ese momento.

—¿Compramos *pizza*, entonces? —pregunté intentando ser conciliador—. Podíamos ir a ese sitio nuevo.

—Bastará con llamar y encargarnos —sugirió Carole.

—Es nuevo, cariño —aclaró Mario—. ¿Alguno de ustedes sabe el número de teléfono?

Silencio sepulcral: evidentemente, nadie lo sabía.

—No hay de qué preocuparse. —Luis ya se había apartado de la mesa y se dirigía hacia la percha—. Nos armamos de ropa y de valor y salimos por ellas. Id pensando de qué tipo las queréis y Mario tomará cumplida nota de todo ello gustosamente.

Mario lo miró con cierto malestar.

—No es nada personal —siguió Luis—. Es solo que tú tienes mejor letra que nosotros, ¿verdad?

—Cierto —corroboré.

Las chicas realizaron sus pedidos, que coincidían con los nuestros, pues ni Mario ni Luis ni yo teníamos especial predilección ni repulsa por ninguna *pizza* en particular. Provistos de la breve hoja garabateada con los tipos de *pizza* que debíamos traer salimos a la calle y a la noche helada de Columtown.

Los charcos que afloraban junto al bordillo de la acera se habían helado. Caminamos con paso rápido hacia High Street. Mario llevaba puesto un gorro llamativo coronado con una borla enorme que su novia le había regalado. «Seguro que así Carole sabe siempre donde estás», le había dicho Luis el primer día que lo vio. Luis y yo nos escondíamos tras unos gorros negros y pequeños, sin borla, que se amoldaban perfectamente a la forma de la cabeza, que los tres llevábamos oculta entre las solapas alzadas de los abrigos. El vaho que despedíamos al respirar era tan denso que dificultaba nuestra visibilidad.

Cruzamos el Campus como si la sombra de nuestros pecados nos persiguiera, y no encontramos a nadie. Únicamente vimos la estatua de mister William Oxley Thompson, médico veterinario, ante la Biblioteca Central —el edificio que había pagado con su fortuna y había donado a la universidad—. En el centro del Óvalo de grama y caminos de cemento la escultura se alzaba solitaria y olvidada de todos en medio del frío y el silencio de la cultura adormecida. Ni siquiera el perro de bronce, sentado sobre su trasero junto a los pies de mister Oxley, su dueño, percibió nuestra presencia e irrumpió en molestos ladridos.

Cuando salimos del desolado paisaje del Óvalo las luces y el trajín de High Street nos devolvieron a la vida. La gente caminaba por la acera este, a la luz de las tiendas y los bares. Cruzamos la carretera, esquivando los escasos automóviles que llenaban de murmullos la calle, y nos unimos a la muchedumbre que plagaba la acera.

—Está un poco más al norte —dijo Mario—. Junto a Brenen's.

Y hacia allí nos dirigimos, a través de los grupos de muchachos que gritaban y se empujaban entre sí, de las parejas maduras que iban o venían de

algún restaurante, de los mendigos que saltaban sobre los viandantes con el brazo alargado y sosteniendo un vaso de plástico donde tintineaban algunos centavos.

Mario no nos había engañado: la pizzería era nueva y los cristales eran tan grandes y estaban tan limpios que uno tenía la tentación de pasar a través de ellos.

Luis se acercó al mostrador con la lista de pedidos, habló con el dependiente —un jovencito derrotado por las espinillas—, mientras este escribía en un papel los encargos. Luego volvió a nosotros.

—Unos quince minutos —nos aclaró. El local estaban lleno: gente de pie, gente en las mesas, comiendo ya—. Esperaremos.

Y así lo hicimos: aguardábamos, impacientes, nuestro turno cuando comenzaron los gritos y las carreras.

Un grupo de muchachos pasó corriendo ante la amplia cristalera de la pizzería. A pesar de la presunta impermeabilidad del cristal, oíamos sus gritos y el sonido de su carrera apresurada y forzada. Mario ignoró el trajín y volvió a posar su mirada en la lista de variedades de *pizza*, con el precio correspondiente. Una bocanada de aire fresco, un fragmento de voces y lamentos, de carreras, un estruendo de circulación penetró en el local. Miré hacia la entrada, pero la puerta se había vuelto a cerrar: el exterior ya no sonaba. Mario seguía leyendo el folleto, pero Luis ya no estaba.

—Luis ha salido —dije.

Mario alzó la vista de su lectura y recorrió el local en busca de Luis.

—Ahí fuera hay jaleo —insistí.

Salimos a la calle y el contraste de temperatura y de sonido nos perdió.

—Están allá abajo, junto a la librería —dijo Mario antes de que iniciase un pequeño trote hacia un grupo de viandantes que formaban una masa amorfa y estática.

Inmediatamente localizamos a Luis. Estaba parado entre la multitud, de pie junto al escaparate de libros. Cuando llegamos a su altura no fue necesario preguntar.

El muchacho, el centro de un círculo de miradas y brazos en los bolsillos, intentaba levantarse —apoyaba sus manos en el suelo rojo de sangre,

conseguía doblar sus rodillas y alcanzar una posición canina, a cuatro patas, con la espalda algo encorvada, y el rostro oculto entre los brazos—, pero entonces surgía un pie de entre la multitud y todo se derrumbaba. La patada lo alcanzaba en el estómago, o en el pecho, incluso hubo alguna que se estrelló en la cara, provocando que el goteo de sangre se intensificase, y que la zapatilla agresora se retirase manchada de rojo y de babas. El muchacho —porque apenas tendría veinte años— intentaba incorporarse tras cada acometida, pero las patadas y las agresiones se multiplicaban. Surgían de la multitud, y por un momento, hasta que localicé a los enemigos, tuve la sensación de que todos los que rodeábamos al herido nos ensañábamos con él, no solo nos limitábamos a callar y observar, sino que, contagiados por la violencia y amparados por la civilidad de los asistentes, lanzábamos nuestro golpe, y luego nos íbamos.

—Las *pizzas* deben de estar ya hechas —dijo Mario—. Vámonos.

Pero Luis seguía hipnotizado ante el espectáculo: el muchacho empeñado en su intención de incorporarse, los agresores

—que ya habíamos localizado: cuatro muchachos también, con el cabello apenas visible bajo gorros de lana; y una chica con una melena larga y rubia que les gritaba y les alentaba a seguir golpeando...; y un matrimonio que iba o venía del cine o del oficio religioso: ella asida al brazo de él, él con una actitud intelectual bajo sus gafas redondas y de moldura de pasta; y varios transeúntes curiosos, con sus manos en los bolsillos del abrigo, mudos, observantes, con una mujer o un esposo, o nadie esperándolos en su casa, con la cena ya hecha o hipnotizados ante el televisor; y una pareja de novios que se abrazaban, y ella reclinaba su cabeza en el hombro de él, y él se entretenía rozando su mejilla contra el cabello, limpio y bien peinado, de ella; y Luis y Mario y yo que no perdíamos detalle de la lucha (o de la tortura), que nos movíamos ligeramente para ahuyentar el frío—

golpeando una y otra vez, mecánica e implacablemente, sin un orden ni una disposición ensayada o aprendida, pero con una sabiduría del dolor y del castigo contemplada desde la más tierna infancia, en casa y en el colegio, comparada y contrastada a través de las series de televisión y las películas, de los documentales y los reportajes de los noticiarios, probada en los recreos y sobre los compañeros más débiles o más tímidos.

La multitud contemplativa había ido creciendo. Habían llegado desde la otra acera llamados por el calor y el anonimato del gentío, habían cruzado High Street haciendo caso omiso de semáforos y pasos peatonales. El silencio, roto con cada patada y cada gemido de dolor, con cada grito de aliento y ánimo, había terminado por resquebrajarse en cientos de murmullos y de ojos, de silencios y de agresiones. El círculo, como una soga que buscara un cuello más ancho, había ido creciendo con cada incorporación, y ahora se desbordaba de la acera, y comenzaban a escucharse las bocinas de los coches que debían frenar o desviar su trayectoria, esquivando al gentío que se agolpaba y arremolinaba alrededor de un condenado. Quizás asombrados por la cantidad y el consentimiento del público, los torturadores habían alargado su intervención, y dejaban que el muchacho creyera que iba a conseguir incorporarse finalmente, y alzaba el rostro, y miraba alrededor buscando una voz o una mano donde asirse. Era la tortura de la esperanza, claro. El cabello, antes rubio, estaba ahora sucio de agua y barro, y los mechones de pelo que cubrían su rostro habían enrojecido empapados en sangre. Su nariz era un grumo amorfo y de un color indefinido, pero oscuro, por el que resbalaba un hilillo de sangre y mocos que cruzaba su boca —apenas entreabierta para poder respirar— y se frenaba en el mentón. Caía contra la acera la sangre gota a gota estrellándose a unos centímetros de sus manos..., pero la sacudida, la patada y la caída interrumpían el goteo. Durante unos segundos el muchacho permanecía echado sobre el pavimento, poseído por espasmos y convulsiones pectorales —el sonido cavernoso y asmático de su respiración cubría la escena, y algunos de nosotros mirábamos hacia el cielo, lejano e invisible tras la luz de las farolas—, luego volvía a apoyar las manos en el suelo, junto o sobre su propia sangre, y procedía a realizar un nuevo intento para alzarse.

Las voces de «¡Policía, policía!» rompieron el ritmo mecánico del sacrificio, y el murmullo del grupo creció. Observamos a varios muchachos correr hacia el sur hasta perderse en el horizonte de edificios y luces de anuncios. La chica había callado súbitamente y respiraba como un animal al acecho, con el pelo revuelto y la chaqueta abierta. Miró en derredor, inspiró hondamente, cogió impulso y, finalmente, lanzó una patada profunda y enrabietada al herido; y mientras este caía ya sin gemir, y tal vez sin dolor

alguno, la muchacha emprendió la huida a través del círculo de gente, abriéndose paso sin mucho trabajo. Las luces policiales relumbraban a lo lejos, varias calles más arriba. El tráfico había aminorado su marcha y, mientras nosotros regresamos a la pizzería, alcanzamos a contemplar cómo el muchacho había quedado completamente solo, y la gente seguía caminando por la acera, arriba y abajo, evitándolo, curvando la trayectoria lineal de sus pasos, como dibujando una parábola que abriera una distancia propicia que no les ensuciase.

Mario fue implacable en su reprimenda:

—¿Qué os decía yo? Las *pizzas* ya estaban hechas hace rato... no me gustaría nada comérmelas frías.

Recogimos las tres *pizzas*, pagué yo —sabedor de que luego, ya en casa, sacaríamos las cuentas— y nos fuimos. No quedaba ya nadie en la acera. Un vago rastro, que bien pudiera ser sangre o agua, se iba borrando bajo los pasos de los transeúntes y la nieve que había comenzado a desplomarse sobre la ciudad y sus gentes. A lo lejos, donde High Street comienza a desaparecer y a ser engullida por los rascacielos del Down Town, las luces rojas y azules de los coches policiales eran mudos destellos que alumbraban psicodélicamente los edificios y a sus moradores.

Cuando llegamos al apartamento, Eric ya no estaba. Las chicas habían dispuesto la mesa —el mantel, las servilletas de papel, los cubiertos, los vasos, algunas latas de Fanta y Coca-Cola— y nos esperaban. Calentamos las *pizzas* en el microondas.

Mientras nosotros, por turno o los tres a la vez, contábamos lo que habíamos presenciado ante la pizzería —el triste espectáculo de nuestra cobardía, el círculo de meros contempladores ante la crueldad y el abuso; el rostro desesperado del muchacho antes de que un zapato le borrara la expresión juvenil y se la mudase por un paño rojo y hecho jirones—, Clara había comenzado ya a comer un trozo de *pizza*.

—Está salada —sentenció.

—Vaya —comentó Carole, y cogió un pedazo—. Cierto, me parece que se

han pasado con la sal.

Yo, evidentemente, no podía dejar de opinar: mía había sido la idea de entrar en aquella pizzería, así que, en cierto modo, yo era el culpable de que la *pizza* estuviera muy salada.

—No está tan salada como decís —me defendí tras un bocado a un pedazo humeante—. Desde luego están mejores las de New York Style, pero estas se pueden comer... sobre todo si hay hambre.

Luis se levantó de un salto y corrió hacia el aseo. El silencio nos cubrió a todos y nos atrapó con la boca llena y con un pedazo de *pizza* entre las manos. Cuando comenzamos a escuchar las arcadas que provenían del cuarto de baño, Clara y Carole siguieron discutiendo el grado de salubridad de la *pizza*. El sonido de la cadena del retrete y luego el grifo del aseo sirvieron de banda sonora a las risas y las palabras de las chicas. Mario parecía absorto y seguía mirando hacia el pasillo por donde había huido Luis.

—¡Dios! —Luis irrumpió en la cocina. Una expresión de desahogo aparecía en su rostro lívido. Tenía los ojos húmedos y los labios intensamente rojos—. Creí que me moría.

Mario y yo cruzamos las miradas y fuimos conscientes de que Luis no había comido ni un bocado de *pizza*, de que su porción, ante el espacio vacío de su sitio en la mesa, estaba intacta. Una de las chicas —no recuerdo quién, no quiero recordarlo— rompió a reír y dijo que, aunque la *pizza* estuviera salada, no era para vomitar.

Luis se sentó en su silla y comió lentamente su parte de la cena.

La conversación derivó hacia la infancia, y Clara, María y yo comenzamos a recordar las viejas series de dibujos animados que nos habían acompañado durante aquellos años y aquellas tardes irrecuperables. Carole y Mario nos asaltaban a preguntas y nosotros intentábamos relatarles los argumentos de aquellas series, describirles, a grandes trazos, el aspecto de los héroes y heroínas que nos habían ayudado a crecer: Marco, Heidi, Jacky y Nuca; Mazinger Z y Afrodita, el doctor Kabuto y Koji, el doctor Infierno y el barón Ashley; el osito Misha...

Luis terminó su parte de la *pizza*, me preguntó lo que debía pagar, se lo dije y me abonó el importe justo; bebió un vaso de agua, se despidió y se

marchó. Durante toda la cena no había pronunciado ni una sola palabra: sus ojos habían seguido húmedos mientras miraba a unos y a otros, poseídos por una expresión de ausencia o de sorpresa.

Nosotros permanecemos hablando y recordando aquellos años pasados hasta bien entrada la noche,

*En un pueblo italiano
al pie de las montañas
vive nuestro amigo Marco
en una humilde morada...*

y luego nos retiramos cantando o tarareando aquellas canciones.

Únicamente ahora, mientras escribo y recupero esta historia tres años después, en la soledad de mi habitación y de la lámpara de flexo que me marca el camino, alcanzo a recordar que ya no volvimos a ver a Luis hasta el sábado siguiente.

los libros, las manos y John Ford

One thing sets off a hundred others. The problem is to decide which one to tell first.

J. Steinbeck, *East of Eden*

En uno de mis innumerables paseos por las calles de Columtown había hallado un refugio.

Suponía para mí un oasis en medio del desierto, una caverna cálida y acogedora que me abrigaba y me protegía de las inclemencias del tiempo, de los embates del frío viento del norte, de la nieve que había venido a visitarnos durante las primeras semanas de noviembre y que no nos abandonaría hasta después de San José.

Era una tienda de libros de segunda mano —o de segundos ojos— y la había encontrado por casualidad. Recorriendo High Street de sur a norte, cambiando de acera cuando ya me aburría de contemplar los mismos escaparates, de que me alumbrasen los mismos anuncios de neón, de que me ensordecieran las mismas músicas estridentes que me asaltaban cada vez que pasaba por una tienda de discos, y la puerta se abría, y entraba o salía un comprador o un curioso; en medio de todo aquel maremágnum, de toda aquella fusión de colores y voces, de sonidos y gritos, de combinaciones babélicas de idiomas tan dispares como el indostaní y el castellano de Buenos Aires, había hallado la librería. No recuerdo su nombre, porque tal vez nunca lo llegué a saber; conocía su ubicación exacta —en la acera este de High Street, caminando hacia el norte, en la manzana que delimitan Hudson Street y Arcadia Avenue— y eso me bastaba; conocía los tres peldaños breves que

había que salvar para acceder a su interior; conocía la calidez del recinto, los miles de volúmenes que impedían ver las paredes, las decenas de pilas de libros que crecían en cada rincón, junto a cada estantería, como setas o jaramagos.

Cuando abría la puerta, y antes de que el olor inconfundible a hojas y libros, a letra impresa, a silencio, me colmara y me embotara la nariz, recibía la sonrisa alegre y displicente de una muchacha pelirroja, siempre de medio cuerpo, como una sirena joyceana, detrás del mostrador cubierto también por volúmenes apilados que dejaban únicamente un pequeño espacio para las transacciones monetarias. La muchacha me recibía con la sonrisa más atractiva de su repertorio, mostrando tenuemente la punta de sus dientes superiores. Aparecían en sus mejillas unos hoyuelos que daban ganas de cubrir con besos y caricias. Tenía los ojos azules y la cara limpia, sin pecas ni lunares; las cejas sabiamente depiladas hacían más nítida su mirada marina. Más de media docena de pendientes de toda índole estaban engastados en sus orejas, y otro, en forma de aro, surgía de la cuenca izquierda de su nariz. La primera vez que la contemplé y que advertí el pendiente sujeto en su nariz pensé que uno podría muy bien dejarse ahorcar en él, siempre que la soga fueran algunos de los cabellos rojos que cubrían y delimitaban su rostro y su amabilidad.

El suelo era de moqueta roja, pero el continuo trasiego de compradores había apagado su color, hasta devenir en un inmenso libraco antiguo y venerable, con los lomos gastados por el tiempo, por las miradas y los pies devotos de todos y cada uno de los lectores del mundo.

Yo solía acudir los domingos por la mañana, alrededor del mediodía. A esa hora y en ese día la librería permanecía totalmente desierta excepto por la muchacha y su sonrisa. No siempre compraba, a veces me entretenía sacando libros de todos los estantes y hojeándolos. La mayoría de ellos tenían notas en los márgenes de las páginas o párrafos subrayados por su antiguo propietario. Iba de anaquel en anaquel, alcanzando los títulos que más me gustaban, o aquellos libros que siempre quise leer y que nunca leería.

Algunos días, por casualidad, caían bajo mi mirada algunos libros con dedicatorias: *De Ann para John, con todo mi amor*, o *Para Liz, con todo el amor del mundo. Jackie*. La mayoría de las veces eran volúmenes de poesía,

libros que atestiguaban rupturas y olvidos, tal vez odios y enconos. Cuando mi estado de ánimo era alegre, pasaba rápidamente sobre aquellas señales del paso del tiempo, de la crudeza de la vida, sin desear que aquellas huellas y aquellos vestigios de hogueras apagadas y barcos naufragados pudieran entristecerme. Pero había días en que me gustaba detenerme en aquellas líneas —sobre todo si afuera el tiempo mostraba toda su rabia y todo su frío—, y al leerlas podía sentir el amor que desprendían, y repudiaba a los propietarios de aquellos libros, que no habían tenido ningún reparo en deshacerse de ellos, ningún remordimiento en vender los hitos y los recuerdos de un pasado alegre y dichoso. Imaginaba una relación idílica y ensoñadora: una pareja de amantes intercambiándose libros como regalos, en cada celebración, en cada aniversario, un año tras otro hasta la eternidad.

La nieve se desplomaba sobre Columtown y sobre los viandantes que cruzaban ante la librería, ante el escaparate donde ya relucía intermitentemente un pequeño árbol de Navidad, cubierto de luces y bolas de colores, y de corcho blanco a modo de copos de nieve; y yo contemplaba mi doble en el escaparate, reflejado e invertido, con el libro abierto entre las manos, penetrando y profanando vidas y sentimientos ajenos, como un caballero andante dispuesto a deshacer entuertos y unir parejas... y buscaba entre las hojas del libro alguna dirección, algún nombre completo que me permitiese continuar con mi aventura

—encontrar unas señas, acudir allí con el libro y que me abriese la puerta un hombre ya mayor y solo, con un batín raído y desgastado por los codos, con los bajos del pantalón sucios y rozados, y los ojos enrojecidos tras unas gafas, bajo un cabello inexistente o canoso, mostrando a la luz las taras y las muescas que la soledad había ido grabando en su carne color madera, «John, señor mío, telefoneé a Ann, vaya a visitarla... Nunca es tarde para perdonar»; señoras gordas y entradas en años, excesivamente maquilladas, grotescamente arropadas por trajes confeccionados para recibir visitas que nunca llegarían, «Querida Liz, mi querida y solitaria amiga, ¿acaso ya no recuerda que Jackie, el bueno de Jackie, la está aguardando junto al teléfono, que lleva esperándola más de cuarenta años, sentado en el sofá, ante la ventana que mira al jardín, por donde la vio salir una tarde y por donde espera que usted regrese una

mañana, y la perdone, y lo perdone, y se perdonen ambos y mutuamente?... Oh, mi querida y vieja amiga Liz, coja el libro, aquí tiene, lea sus palabras, las líneas donde le juró amor eterno, palpe de nuevo las hojas que él tocó, las líneas que recorrió leyendo y buscándola, y encontrándola, sí, encontrándola en cada coma o punto, en cada espacio en blanco, en cada mayúscula, en cada letra y cada apóstrofe, y en cada número de página...»—,

miraba todas y cada una de las páginas, buscando unos datos, una tabla de salvación que, imaginariamente, me permitiesen seguir con la aventura, con el sueño y la fantasía..., pero no encontraba nada.

Las primeras veces que acudí a la librería la muchacha no apartaba su vista de mí, y sus ojos seguían todas mis acciones. Cuando pasaba a otra sala, la muchacha salía de su mostrador y fingía colocar algún volumen inconvenientemente dispuesto, aunque yo sabía que estaba vigilándome, que temía algún hurto fugaz, algún libro oculto en los bolsillos interiores del chaquetón que me cubría y que no me quitaba mientras duraba mi visita. Pero luego, conforme fue acostumbrándose a mis visitas, a mi presencia anónima y rutinaria, conforme fui comprando algún que otro volumen, aunque no siempre, la muchacha pareció desinteresarse.

También entonces me pregunté, como me lo pregunto ahora, si acaso la frecuencia de mis visitas se debía más a ella que a los libros. Yo podía disponer de la biblioteca de la universidad: once plantas repletas de estanterías y anaqueles, de libros escritos en todas las lenguas, acerca de todas las materias, de mesas largas y espaciosas donde podía quedarme (y me quedaba) tardes y mañanas enteras leyendo, sentado, tranquilamente, sin comprar nada ni pagar nada a cambio, en el más absoluto silencio, apenas profanado por el paso de las hojas, por los andares cadenciosos del resto de los usuarios, por el siseo mecánico y asordinado del ascensor.

Y también ahora, como entonces, desconozco la respuesta: sé que disfrutaba manoseando y ojeando libros que podía comprar por dos o cuatro dólares, y no libros que nunca podría adquirir, sino durante el breve tiempo en que los leyera; sé que disfrutaba, entre volumen y volumen, contemplando el rostro plácido y atractivo de la muchacha, de quien nunca alcancé a saber su nombre porque no tuve el valor de preguntárselo.

Recuerdo con total claridad que había noches o tardes, cuando no podía dormir o me aburría de tanto estudio y de tanto examen por corregir, o incluso mañanas de domingo en la librería, ante un libro abierto al azar o una frase o una dedicatoria leída fortuitamente, en que soñaba con ella, en que me imaginaba citado con ella, cogidos de la mano o del brazo, paseando por Down Town, acudiendo o saliendo del Cultural Art Center en Main Street, o recorriendo Town Street de un lado a otro, a la sombra de la Biblioteca Central; primero una exposición de pintura, luego una cena en La Fiorenza, después una copa en K2U o en Max's, para acabar en su apartamento, recogidos en el sofá, envueltos por una música mágica e hipnótica que surgía de ningún lugar determinado, pero que nos incitaba a abrazarnos con más fuerza, y aceleraba nuestras caricias, nuestros besos: las llamas del hogar alzándose como metáforas fálicas, el crepitar de la leña, la alfombra muda y resignada que acogía y soportaba nuestros cuerpos retorciéndose y enredándose como dos contrincantes de lucha grecorromana, besos, muslos, rostros, espaldas, cabellos...

—Por favor, señor... —decía la muchacha desde el mostrador. Y yo me sonrojaba—. No trate tan bruscamente los libros. Gracias.

Y ella seguía inmersa en la revista que extendía sobre el breve espacio del mostrador no invadido por las pilas de volúmenes, y yo, como un idiota, cerraba el libro rápidamente y me sentía vigilado y recriminado por mil ojos, por mil personas que me miraban desde todos los lugares de la sala, cabeceando como viejos moralistas.

Como era pelirroja yo la llamaba Maureen. Por Maureen O'Hara.

En aquella tienda compré un libro sobre Juárez que regalé a Mario el día de su cumpleaños. Y un libro de poemas de Frost que regalé a María por Navidad; y otro de S. S. Van Dine para Clara, quien decía relajarse leyendo novelas policiacas.

Justo enfrente de esta librería había otra, más grande pero peor distribuida. La atendía un señor gordo y bigotudo, que apenas ocultaba su barriga tras el mostrador limpio y reluciente. Allí encontré un ejemplar de *LIFE* sobre el entierro de JFK, que regalé a Carole.

La soledad:

Los álamos desvestiéndose al son de una cítara invisible, mientras un hombre espera inútilmente, con su espalda descansando sobre un carro repleto de leña; un reloj irrompible y repetitivo; pedir mentiras, en la trastienda de un bar, a una dama de mirada triste; un tren que no llegará nunca; los sábados eternos y blancos de nieve que cubrían Columtown y la universidad; la lluvia golpeando contra las ventanas; un paseo por la playa; la decadencia de un pelo teñido de negro, de unos labios pintados de rojo, de un clavel rojo y desvergonzado prendido en la solapa de la chaqueta; las tardes derrotadas en cafeterías silenciosas, ante ventanales amplios y protectores; libros, solo libros, millares de libros en millares de anaqueles, océanos de palabras que contienen vidas y muertes, llantos y alegrías, enfermedades y nacimientos, dedicatorias olvidadas, rencores alimentados... y solo un lector ahogándose en las aguas de esa biblioteca infinita y desierta; la última bala de una guerra olvidada; una ciudad poblada por diez millones de sonámbulos; el rincón más caluroso del desierto africano; la sombra muerta de volcanes extintos, de torrentes de lava fría y helada, de yerbajos microscópicos bregando entre silencio y viento y calor; un hombre agonizando y una única palabra que contiene toda una vida; una mujer y el deseo de no tener amigos; un recién casado —*do not forsake me, oh my darling*— y cuatro polvorientos asesinos; el jardín edénico; mil o tan solo una canción; el toro rozando su pezuña contra el polvo, el miedo del torero; un mensaje lanzado hacia nadie y para nada.

Puestos a recordar, ahora sé que aquella tarde de mediados de noviembre subimos uno de los peldaños de la Trama, o más bien descendimos un escalón de aquella escalera que habría de conducirnos, con el tiempo y los sinsabores, a la huida y a la diáspora, a la vergüenza y al miedo.

La nieve cubría las calles y los castaños de Indias confiriendo a la ciudad el aspecto de una sábana repleta de pliegues y arrugas. Cansaba caminar por la nieve, hincar el pie sobre la superficie clara y mullida. Yo temía, a cada paso, que no hubiera nada bajo la nieve, salvo un agujero sin asideros, negro e

interminable, por el que desapareciese quizá para siempre.

Desde el Campus al apartamento, apenas diez o quince minutos de recorrido, invertí aquel día casi media hora: treinta minutos de sustos y sobresaltos a cada nuevo paso, de frío y humedad trepando por las piernas, de silencio sepulcral apenas roto por los puñados de nieve que se desplomaban de los árboles y los tejados y se estrellaban ante las fachadas de las casas.

Cuando entré en el apartamento y me cambié de pantalones y de calzado, una nota, pegada en la puerta de la nevera con un imán en el que había un dibujo de una seta enorme e infantil, me advertía de que aquella tarde iba a estar solo: Mario estudiaba en Brenen's y Brian había ido a visitar a uno de sus amigos, tal vez —me daba a entender la nota— no regresara hasta el día siguiente. Decidí romper la futura soledad que me aguardaba: cogí un par de libros que tal vez utilizase y subí a visitar a las chicas.

Únicamente encontré a Clara y a Luis ante la mesa de la cocina, cubierta de libros y papeles. Me senté con ellos.

—Estaba intentando corregir estos exámenes, pero no hay manera —se quejó ella—. Primero Luis y ahora tú.

—Bueno, si molesto me voy... Estaba solo y pensé en venir a buscar compañía.

—Has llegado en el momento justo —señaló Luis. Parecía muy contento de verme.

—Ha estado contándome una teoría sobre los libros y no me ha dejado hacer nada.

—Sobre los libros de las bibliotecas —corrigió él. En su rostro y su mirada descubrí la ansiedad de quien necesita hablar y contar un secreto—. Y no tendrías que quejarte, Clarita. —La aludida sonrió pero no apartó la vista de su tarea—. Tú has sido la primera en recibir esta importante noticia.

Miré a través de la ventana: el cielo se mostraba azul y lejano, y la nieve, inexistente en el centro de la calzada, bajo las ruedas de los coches, parecía trepar por las fachadas de las casas y por los troncos de los árboles. En algunos lugares, cerca de los semáforos, la blancura de la nieve se cubría de tonos verdes y rojos, brevemente amarillos.

—¿Has visto la nieve? —comencé yo.

—¡Déjate de chorradas! —me cortó Luis en seco. Carole dejó por un momento sus correcciones y lo miró asombrada—. ¿Ves este libro?

Nunca antes había sido tan tajante en sus decisiones. Clara le riñó:

—Tranquilo, Luis... Que ese libro sea muy importante para ti no significa que sea importante para nosotros.

Durante unos segundos nadie habló. Luis miraba hacia un punto invisible para el resto de nosotros. Clara se levantó y se sirvió un vaso de agua; luego regresó a la mesa.

—Perdón —dijo finalmente Luis. Y como si aquello hubiera sido la llave que le permitiera abrir nuestras puertas y seguir adelante, volvió a sostener el libro en las manos y me lo mostró—. Mira este libro.

Era de tapas duras y rojas, cargado de años. Leí el título: *The Searchers*. Su autor: Alan Le May.

—Los buscadores —traduje, y Clara asintió—. Una novela del Oeste, a juzgar por el título. Los buscadores de oro en los ríos de California o en las montañas de Alaska, ¿me equivoco?

—A medias. Una novela del Oeste, sí. Pero andas verde en lo tocante al oro. Sí, los buscadores, pero no de oro ni de nada tan insignificante. Los protagonistas de esta novela buscan a una niña secuestrada por los indios... ¿No te suena? Ford se basó en este libro para rodar *Centauros del desierto*.

—La he visto —dijo Clara—. John Wayne y un muchacho, ¿cómo se llamaba?... buscan a su sobrina, a Natalie Wood, que había sido secuestrada por los indios y ya formaba parte de ellos.

—¡Bravo, muchacha! —Y la palmeó débilmente en la espalda—. Es una película muy conocida.

Yo también la había visto, así que me limité a asentir con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Es interesante la novela? —dije.

—Prefiero la película... Pero no es eso lo que quiero decir. Daos cuenta. Y abrió el libro por la última página.

—¿Y bien? —dije yo: no había nada salvo la última guarda del libro.

—¿No veis nada?

—No hay nada. —Clara me quitó las palabras de los labios—. ¿Qué

quieres que veamos, Luis? La novela ya ha terminado... Tal vez si abrieras el libro unas páginas antes podríamos enterarnos del final.

Sonreí.

—Olvídate de la novela. —Realmente estaba muy excitado, como quien intenta mostrar un prodigio o un secreto a profanos y ciegos, y termina por desesperarse—. ¡Mirad esto! —y nos señaló la guarda.

Contra el fondo blanco se destacaba una serie de fechas estampadas allí por cuños de distintos colores: rojos, negros, azules. Se trataba de la fecha que el bibliotecario, valiéndose de un sello, estampaba para indicar el día en que un libro había sido tomado en préstamo, y así se lo dijimos.

—Observadlas bien... Solo me fijaré en los años: la primera señal indica 1954. Es el año de publicación del libro, lo he comprobado, y también indica la fecha en que entró en posesión de la biblioteca.

Lo miramos extrañados.

—Se lo pregunté a la muchacha que me atendió —nos aclaró. Su mirada se había calmado y ahora su voz también había adquirido la modulación del que narra progresivamente una historia de la que ya conoce el final y los pasos que le conducen a él—, pero no supo decirme nada, y muy dócilmente fue a preguntárselo a un empleado más antiguo, un señor muy amable, míster Calloway, quien me dijo lo que yo os he repetido: la primera fecha de todos los libros marca el día en que el volumen entró a formar parte del fondo de la biblioteca.

—¿Y bien? —dije yo—, ¿qué quieres decir con eso? Gracias por la información, pero no creo que fuera tan importante.

—Paso a paso, querido amigo. —Ahora estaba pletórico de energía y de orgullo—. He estado dándole vueltas al asunto durante mucho tiempo. Con cada libro que sacaba de la biblioteca, y cada vez que veía la contraportada y me fijaba en las fechas que la cubren. Aunque, a veces (también os lo tengo que decir), encontré libros que únicamente poseían la fecha que marcaba su ingreso en la biblioteca y la que el asistente me había marcado a mí. —Tomó aliento y siguió—. ¿Nunca os habéis preguntado para qué... con qué propósito se han leído ciertos libros?, ¿y quién los ha leído? Observando las fechas que marcan e indican las manos que han utilizado un libro me he preguntado

muchas veces cómo sería quien sacó un libro determinado durante la primavera de 1973 o de 1985, qué aspecto tendría y para qué habría querido nadie leer un libro durante el invierno de 1945, por ejemplo.

—Francamente nunca me había parado a pensar en esas cosas —dijo Clara—. Yo saco un libro de la biblioteca, lo utilizo el tiempo que creo oportuno, a veces debo volver para renovar el préstamo..., pero nunca había pensado en los que me han precedido.

—Mirad estas fechas —siguió Luis—. Dijimos que la primera indicaba la fecha de ingreso. Veamos las siguientes: 1956. El mismo año en que se estrenó la película de Ford. Evidentemente, alguien que la ha visto y que se ha sentido inclinado a acudir a la novela. Hay dos fechas más del mismo año, tres en 1959 y una en 1962, que es el año de *El hombre que mató a Liberty Valance*. Después nada, silencio, el libro sigue acumulando polvo en medio de los otros libros, anónimo, hasta que en 1974 lo vuelven a recuperar. Y si observáis bien existen tres fechas consecutivas en ese último año.

—Quien lo sacó prestado parecía interesado en él —razoné—. Necesitó renovar el préstamo dos veces más.

—Efectivamente —concluyó Luis—. Ford muere en 1973, aunque desde el inicio de esa década han proliferado estudios y documentales sobre la obra del genio. Todo debido, sin duda, a la recuperación de la figura de Ford que realizan los franceses de la *nouvelle vague*.

—¿Los del *Cahiers du Cinéma*? —me atreví a anticipar.

—¡Bravo! ¡Tenía a mi lado a todo un cinéfilo y no lo sabía! Godard, Truffaut, Rohmer y todos sus compinches... Y también, durante esos años, unos jovencitos norteamericanos: Scorsese, Schrader, Coppola, Spielberg, pero sobre todo Bogdanovich, se interesan por el viejo maestro. El mismo Bogdanovich escribe un libro sobre él y elabora un documental en 1971. Schrader realiza *Un mundo oculto* basándose claramente en *Centauros del desierto*, pero traslada la acción y el argumento a una Norteamérica más actual. Concluimos, pues, con que estas fechas van ligadas a la recuperación de la figura de Ford, por lo que me atrevo a sugerir que quien sacó este libro en préstamo durante ese año se interesaba más en la cinematografía del viejo tuerto que en la obra novelística de Le May.

—¿Tal vez estuviera realizando una tesis sobre el cine de Ford, o un trabajo sobre el wéstern? —sugirió Clara, quien, en ese momento de la conversación, había olvidado sus exámenes por corregir y miraba fijamente la boca de Luis, como si intentase leer en los labios.

—O algo así, Clarita. Veamos la penúltima fecha. 1984. Diez años sin abrirse el libro. De la gloria, aunque gracias al empujón de Ford, al más miserable y cruel olvido. ¿Por qué alguien habría de leer este libro en 1984?

—Todo el mundo puede leerlo siempre que quiera, Luis —dije yo.

—Muy cierto, y por eso confieso que no encuentro explicación para esta fecha.

Al parecer había llegado a su meta. Permaneció callado, mirándonos a nosotros y al libro.

—17 de noviembre de 1994 —dije yo, leyendo la última de las fechas estampada en la contraportada, con tinta azul—. Esa es tu fecha, Luis. Justamente —lancé una rápida mirada al calendario que colgaba de la pared— ayer jueves. ¿Por qué has sacado el libro de la biblioteca?

—Me gusta la película, es una de mis preferidas... Me dije que no estaría de más echarle un vistazo a los cimientos de una obra maestra.

—Tal vez aquel...

—O aquella —corrió a apuntar Clara.

—Quién sabe si aquel o aquella que leyeron el libro en 1984 no buscaban lo mismo que tú: el origen de la película.

Luis no me escuchaba. Me miraba fijamente pero Clara y yo sabíamos que no veía nada, que sus ojos estaban buscando algo más allá de nosotros y de la cocina que nos contenía.

—¡Bien! —casi gritó, y su boca se arqueó formando una sonrisa de satisfacción. Había regresado de su viaje y traía las alforjas llenas—. ¿No os gustaría saber por qué cierta persona leyó este libro en 1984?

No dijimos nada: evidentemente él ya había decidido por nosotros.

—Nunca lo sabremos —concluyó Clara—. Aquello ya es pasado, Luis.

—Pero tal vez podamos descubrir el futuro, tal vez podamos conocer al lector del, por ejemplo, año 1999... o de dentro de seis meses. Podemos anticiparnos a él. —Estaba a punto de estallar, podíamos saberlo al

contemplar sus manos crispadas formando dos puños—. ¿Y si mandásemos un mensaje? Sería como el mensaje metido en una botella y lanzado al mar. Esta vez lo colocaríamos entre las páginas de un libro... de este libro. —Y alzó el volumen como si se tratase de las Tablas de la Ley.

Casi sin darnos tiempo a pensar, cogió el bolígrafo de Clara, un folio en blanco y comenzó a escribir. Iba trazando líneas que luego borraba, palabras que tachaba y sustituía por otras, todo ello sin dejar de hablar, sin mirarnos pero sabiendo que nosotros lo contemplábamos como acólitos de un sumo sacerdote, de un iniciado o un místico a punto de alcanzar la vía unitiva y levitar siendo uno con Dios. Cuando ya se había cansado de escribir y tachar cogió un nuevo folio y, más lentamente, copió lo que antes había escrito a modo de borrador. Cuando hubo terminado dejó el bolígrafo ante Clara y nos tendió la hoja mientras suspiraba ahíto y satisfecho.

Desconocido lector:

Ignoro qué motivo te ha traído a estas páginas que yo leí durante el otoño de 1994. Ignoro, también, cuánto tiempo habrá pasado desde entonces. Si te interesa saber qué me incitó a leer esta novela, por favor, llama a este número 956361018 en España, o al 29 4456 aquí en Columtown.

Atentamente,

Reconocí mi número de teléfono.

—Perdona —dijo Luis al advertir mi gesto de sorpresa—, pero debía poner algún número... y como yo no tengo teléfono.

Volvimos la hoja y comprobamos que una nota idéntica estaba escrita en inglés. Clara la leyó lentamente, en ambos idiomas, cabeceó un poco y al fin se dignó a comentar:

—¿Y qué pretendes con ello?

Luis dobló la hoja cuidadosamente y la depositó dentro del libro. No miró en qué página había colocado su mensaje, como si desde ese momento fuera el azar el maestro de ceremonias de todo el tinglado.

—Hay quien lanza un mensaje dentro de una botella... Yo lo lancé a través

de un libro.

—Y en un mar de libros —concluí yo—. En una biblioteca inmensa... ¿Crees que alguien llegará alguna vez a leer tu mensaje?

—¿Y por qué no? Tal vez pasen diez años o veinte. Solo tienes que ver las anteriores entradas con las fechas de los préstamos... No importa. Tal vez yo ya no viva aquí, por eso he puesto mi teléfono de Apis.

Clara miraba ahora el libro: cerrado, sobre la mesa, parecía un sarcófago que guardase en su interior un misterio que había que desentrañar. Al parecer Luis no había contestado a su pregunta.

—¿Y qué pretendes con ello? —repitió.

—¿Y por qué habría de pretender algo, Clara? —Notábamos que estaba contento, casi eufórico—. Tal vez me guste que dentro de cuarenta años, cuando me haya convertido en un anciano venerable y rodeado de nietos, y de hijos y nueras que me mirarán como a una herencia que no pueden alcanzar... quizá por aquel entonces me guste que, desde este lado del charco, un gringo joven y entusiasmado por las películas de John Ford me telefonee y me diga que ha encontrado mi mensaje...

Clara sonrió y siguió preguntando:

—¿Acaso buscas immortalizarte, aunque sea a través de algún desconocido?

—¿Existe otro modo de inmortalidad, querida? Si don Quijote es inmortal se debe a aquellos que acudimos a él y lo leemos y recreamos una y otra vez. La inmortalidad, como la honra, es cosa del Otro. Yo únicamente aspiro a ser escuchado.

—Que es otro modo de ser inmortal —sugerí.

deporte, tabaco y óleos

Durante las primeras semanas del curso, en septiembre, añorábamos el fútbol y el tabaco. «No hay fin de semana sin fútbol», decía Luis, a lo que Mario asentía, «Lo mismo que no hay partido de fútbol sin un buen puro entre los dientes», y Mario, que no fumaba, ya no estaba tan conforme, aunque sonreía y carraspeaba socarronamente.

—Eso es como decir que si no hubiese nacido sir Walter Raleigh no se hubiera inventado el fútbol —sugirió en cierta ocasión.

A lo que Luis había contestado:

—Ten por seguro que el partido de los fines de semana, ¡no!

No obstante, teníamos tabaco. Desde su Apis, siempre mentado y soñado, Luis había traído varias docenas de unos puros deformes y liados a mano, retorcidos como columnas barrocas, ocultos entre la ropa y los libros. Él los llamaba caliqueños —era lo único que yo le vi fumar— y al encenderlos, con las primeras caladas, desprendían un humo negro y denso. Eran fuertes y picantes, y para alguien como yo, que no había fumado sino algún que otro Faria, Reig 7 o un flojo y suave purito holandés, con cada calada la punta de la lengua se irritaba, y también el paladar. Para que no se apagase había que chupar profundamente, por lo que algunos lunes, después de una tarde de domingo paseando por la ribera del Olentangy con el caliqueño en la boca y el fútbol en los oídos, me levantaba con el pecho y la espalda entumecidos, claveteados por los alfileres de las agujetas, como si no hubiera hecho otra cosa durante toda la noche y el día de antes que correr y levantar pesas.

Durante septiembre y octubre Luis ni encendió, al menos en mi presencia, ni me ofreció ninguno de sus caliqueños. Me los mostraba alguna que otra vez, pero luego los ocultaba de nuevo, envueltos en un papel marrón semejante al

que usaban los panaderos españoles para envolver las barras de pan. «No habrá puros hasta que no haya fútbol —decía—. Sería como desperdiciar el humo y el momento.»

A mediados de noviembre, algunos días después de que Luis lanzase su mensaje oculto en el libro, llegó el fútbol. Antes de partir hacia Columtown había pensado que los domingos por la tarde, cuando las emisoras enloquecían con los gritos y las descripciones de las jugadas, mi hermano podría grabar uno de los programas deportivos que ensordecían a los oyentes durante varias horas del domingo vespertino. Luego, cuando ya hubiera recogido media docena de jornadas futbolísticas y radiadas, podía enviarlas por correo. Y así fue.

Cierto jueves recibí en el apartamento la notificación de que un paquete, llegado desde España, me aguardaba en la oficina de correos. Encontré a Luis en los pasillos del Cunz Hall y le referí la buena nueva: se ofreció a acompañarme.

En la oficina, una vez firmado el recibo de entrega y recepción, Luis y yo abrimos el paquete. Era una caja de zapatos que contenía diez casetes.

—Tu hermano es un santo. —Luis parecía hipnotizado contemplando las cintas.

Había también una breve carta, sin sobre, una única hoja de papel escrita por las dos caras, doblada por la mitad y depositada en el fondo de la caja, bajo los casetes. La leí.

—Dice que estas diez cintas contienen cinco jornadas de domingo... y también algún que otro partido del sábado. —La carta me relataba otros detalles de la vida familiar que no interesaban a Luis—. En fin, cada jornada está repartida en cinta y media o dos, pero... ¡vaya con mi hermano!, dice que no creyó necesario señalar en la cinta o en sus tapas la fecha de la jornada.

—¿Y para qué? —preguntó Luis—. ¿Qué nos importa a nosotros cuándo se disputó el partido?

—No hubiera estado de más. Podríamos hacernos una idea sobre la clasificación de la Liga.

—¿Qué clasificación y qué Liga? Lo que a mí me atrae es la emoción, y nada más.

Habíamos salido de la oficina de correos y caminábamos por Neil Avenue, hacia el Óvalo y la biblioteca, rumbo a mi apartamento.

—Regreso a casa —dijo Luis cuando pisamos el espacio ancho y desierto del Óvalo. La nieve cubría la hierba y únicamente se distinguían los caminos de piedra que los empleados de la universidad habían limpiado y despejado. La nieve se amontonaba y derretía junto a ellos—. Nos vemos este sábado.

Abrí la caja y le ofrecí una de las cintas, cogida al azar.

—Ni se te ocurra —dijo seriamente—. Guárdalas como oro en paño, y el domingo las escucharemos.

Y así fue. Cada domingo por la tarde, después de comer y cuando el clima acompañaba, cogíamos nuestros *walkmans* y salíamos del apartamento. Si Luis no había comido con nosotros, aparecía por casa alrededor de las tres o las cuatro de la tarde, abrigado hasta las orejas y con dos caliqueños ocultos en el bolsillo interior de su chaqueta. Escuchábamos la retahíla de goles, gritos y errores arbitrales mientras paseábamos por la orilla del río Olentangy, contemplando los bloques de hielo que discurrían lentamente por el lecho de agua, o a los jóvenes atletas que se entrenaban en los campos verdes y helados que se extendían a nuestra derecha, ante el Estadio Ohio. Caminábamos lentamente, sin prisa, chupando celosamente los caliqueños que humeaban mordidos por nuestros dientes, ante la mirada interrogante y sospechosa de la gente que nos adelantaba o venía hacia nosotros corriendo, vestida con sus caros chándales fosforescentes.

Como cada uno de nosotros escuchaba una cinta y, por tanto, unos partidos diferentes, nuestros gritos de ánimo o protestas se mezclaban y contradecían.

—¡Gol del Real Madrid! —exclamaba yo—. Menuda paliza, es el tercero que mete.

—¿El tercero dices? —Sabíamos el origen de nuestras contradicciones pero no hacíamos nada por evitarlas, también aquello formaba parte del juego y de la sensación del regreso al hogar—. Pierde dos a cero contra el Valladolid, y me parece que no marcan un gol ni aunque el arbitro se ponga a jugar con ellos.

—El Barcelona ha empatado en San Sebastián —decía yo.

—No ha terminado ni siquiera la primera parte... Juega contra el Tenerife,

allá en las Canarias.

Con cada gol, no importaba quien lo hubiera marcado o recibido, levantábamos los brazos y gritábamos con todas nuestras fuerzas, siempre con el puro entre los dedos, como aquellos empleados de los aeropuertos que en días de niebla encendían bengalas de humo para guiar a los aviones en su descenso.

Los mejores momentos, los más intensos llegaban cuando, por casualidad, coincidíamos en la realización de un gol.

—¡Gooooool! —gritaba yo hasta el paroxismo—. ¡¡Gol del Bilbao contra el Español!!

—¡¡Gooooool!! —Luis enrojecía y se ponía a brincar, con el puro en la mano, pero sin romper la ceniza que crecía en un extremo—. ¡¡Gol del Español contra el Valencia!!

Y luego, tras repetirlo ambos un par de veces más, estallábamos en una risa enorme y ensordecedora, y nos apoyábamos el uno contra el otro, envueltos en humo y ruido.

Invitamos a Mario en un par de ocasiones. Él no fumaba. «El fútbol sin tabaco no es fútbol», dogmatizaba Luis. Y como Mario no conocía a muchos jugadores, ni a los entrenadores, ni sabía de la mala fama o malos modos de ciertos árbitros, se colocaba los auriculares y escuchaba los gritos y los comentarios; pero parecía no comprender nada. No gritaba con los goles, ni insultaba a los árbitros cada vez que anulaban un gol o señalaban un penalti; y cuando Luis y yo estallábamos en gritos y saltos, y luego nos retorcíamos de risa hasta sofocarnos y, algunas veces, ahogarnos, Mario nos contemplaba como a dos bichos raros.

En cierta ocasión Luis me dijo que Mario nunca podría comprendernos, que era innecesario explicarle qué sentíamos nosotros, extraños en una tierra que no era la nuestra, cuando, cada domingo, escuchábamos los nombres de futbolistas, las jugadas, los goles y los resultados.

—¿Cómo hacerle comprender que durante esas dos horas, o las que sean, en que nos ensordecen los resultados de los equipos de fútbol, en que chupamos nuestros caliqueños, nos sentimos, aunque solo sea por muy poco tiempo, más cerca de casa, de los domingos españoles, de nuestro cielo y

nuestros amigos?

—También él está lejos de su casa —sugerí yo.

—Pero ha estado tanto tiempo fuera de su hogar que la nostalgia y la morriña se han convertido en indiferencia. —Mario estudiaba en Estados Unidos desde los doce años. Por unos segundos, Luis calló, como pensando sus palabras—. No sé... uno nunca lo sabe..., pero créeme que a veces envidio a Mario y su indiferencia.

Yo no dije nada. En mis oídos alguien había marcado un gol en Santander y un árbitro había pitado una falta al borde del área en Sevilla. Luis siguió:

—Pero hay días, como, por ejemplo, estos domingos, con el fútbol en las orejas y el puro en la boca, en que me dejaría matar antes de perder el sentimiento de nostalgia que me vence.

Cuando ya habíamos escuchado los casetes por ambas caras, regresábamos a casa y aparcábamos el fútbol y nuestros paseos durante toda la semana.

Algunas tardes corría hacia el sur hasta llegar al Thurber Village, donde solía encontrar a César.

Él y su novia, Carmen, habían llegado a Columtown hacía un par de meses, con el inicio del curso. La llegada de Carmen, comentada ya desde finales del curso anterior, había adquirido una aureola mágica: aunque era joven, no tendría más de veintiséis años, había conseguido el Adonáis de poesía. La imaginábamos fina y delicada, algo orgullosa, erguida en lo alto del pedestal en que los miembros de un jurado habían colocado sus poemas: un ser a horcajadas entre la sensibilidad decadente de un Oscar Wilde y la fragilidad femenina de una Rosa Chacel.

Cuando el final del verano nos la trajo, todas nuestras fantasías, quizá demasiado influidas por la literatura y los grabados que contemplábamos en los libros de texto, se vinieron abajo. Afortunadamente, Carmen no era aquella diosa mitad erudita, mitad ninfa o musa, sino una muchacha española tan normal y tan corriente como cualquiera de nosotros. No introducía una cita o un fragmento de poema cuando hablaba, como había llegado a imaginar Carole; ni se deslizaba por la calle o los pasillos del Cunz Hall of Language

—donde se ubicaba el Departamento de Español— como si fuera un ser etéreo y mágico, sin mover apenas los pies; ni siquiera destacaba por una indumentaria sofisticada y artística que la señalase como a una figura eminente entre todos nosotros.

Carmen, morena y con el pelo medianamente largo y siempre suelto, aunque con mucha frecuencia oculto bajo un gorro de lana, medía no más de un metro setenta y solía calzar unas botas militares de caña alta, casi hasta la rodilla, con las que se protegía de la nieve que lo cubría casi todo. Su cuerpo, un tanto delgado pero fibroso y saludable, solía ocultarse bajo gruesos pantalones de pana que repelían los vientos del norte y el frío cortante y seco que nos visitaban varias veces a la semana.

Aunque el clima y la relajación de los norteamericanos en su modo de vestir había llegado a influir en nuestra indumentaria, la mayoría de nosotros —sobre todo Clara y también Luis— seguíamos conservando un modo particular de vestir, y una determinada preferencia por un tipo de prendas que no rompieran de golpe con nuestro carácter español. A la semana de su llegada, Carmen había roto radicalmente con sus orígenes y cuando, algunas veces, la contemplábamos moverse por el Campus, apenas podíamos identificarla entre los gringos que pululaban a su alrededor. Al observarla vestida de tal guisa solíamos reírnos y recordar nuestras fantasías de meses atrás, cuando la habíamos imaginado como una musa volátil y delicada, y ahora la veíamos bajo el aspecto de una persona nada extraordinaria, como un ser más entre todos los que, durante aquel otoño y el invierno que ya asomaba —y que habría de ser el más gélido en veinte años—, bregábamos y luchábamos contra el frío y las inclemencias climáticas.

César, su novio, tendría unos treinta y cinco años y era pintor profesional, aunque yo nunca había oído hablar de él hasta que Carmen, un día en que había ido a visitarla al inicio del curso, me enseñó varios catálogos de algunas de sus exposiciones en España.

Cuando yo corría por las calles de Thunder Village solía distinguir la figura del pintor, siempre recubierta por ropas oscuras, que se destacaba entre la blancura de la nieve. Se ubicaba al amparo de alguna casa, alejado de las esquinas y de las calles orientadas hacia el norte, enfrascado en la pintura de

una o varias fachadas, de algún grupo de árboles oculto bajo la capa de nieve. César era poco hablador: yo pasaba junto a él, lo saludaba y él apenas alzaba la cabeza o levantaba la mano, pero siempre en silencio, y yo no podía hacer otra cosa que seguir corriendo.

Un sábado por la mañana la extraña amabilidad que advertí en su saludo me hizo detenerme.

—¡Buenos días! —grité sin intención de abandonar mi carrera.

—¿Qué tal? —me respondió él, dejando de pintar—. Hace demasiado frío para pintar... incluso para correr.

—Cuando uno está caliente apenas nota el frío —dije yo mientras paraba y, dando la vuelta, caminaba hacia él.

—Yo me caliento pintando —me dijo—. Por eso a veces no me fijo en nada ni nadie. Me pongo a trabajar y todo, excepto el modelo y el lienzo, desaparece. Sé que a veces puedo parecer antipático, pero no me gustaría que nadie se lo tomase a mal: es algo que no puedo evitar.

Intuí que estaba ensayando una disculpa, así que recogí el guante.

—Lo comprendo —dije—. Cuando me pongo a leer o a estudiar también suelo sumergirme en una burbuja que me aísla del mundo; imagino que es la única manera de concentrarse y de hacer bien la tarea que nos hemos impuesto. —Aunque la cuestión había quedado zanjada, añadí—: Clara, incluso, llega a ponerse algodón en los oídos para no ser molestada por nada ni nadie.

César sonrió y asintió en silencio. Un gorro calado hasta las cejas y una bufanda que ascendía hasta la nariz protegían su rostro, ocultando su boca y mostrando unos ojos verdes que, al estar enmarcados, resaltaban con una intensidad y un brillo enfervorizado. Sus manos estaban defendidas por un par de mitones. Pareció percibir lo que yo pensaba:

—Debo tener los dedos libres para poder manejar el pincel —dijo.

—¿Ya has terminado por hoy?

—No, pero tengo el trabajo bastante adelantado.

Pensé que tal vez aquel había sido el motivo de su sorprendente amabilidad.

Se hizo a un lado para dejarme contemplar el cuadro. Se trataba de aquella calle, delimitada por la nieve y las casas, por algún árbol, por el cielo azul, en

un punto lejano del horizonte. Todo ello pintado con una minuciosidad y un realismo obsesivamente detallista: los diversos colores de las fachadas, los huecos que la nieve dejaba en los tejados, las grietas que asomaban en las paredes, las diversas formas que había adquirido la nieve caída sobre el césped y la carretera, el extraño aspecto que mostraban los árboles cubiertos de blanco y apenas intuidos bajo la capa alba de la nieve. Lancé un insulto admirativo y él sonrió.

—¿Debo tomar eso como una señal de aprobación?

—Desde luego —dije yo—. Carmen me había enseñado un catálogo de alguna de tus exposiciones; pero ahora, al natural, la impresión es mucho mejor... Más intensa.

—Me alegro de que te guste.

Mojó el pincel en la paleta y siguió pintando: breves retoques en algunos elementos —las fachadas, la acera de la calle, el cielo azul que aparecía entre los tejados—. En contra de lo que yo había imaginado, parecía no importarle que un extraño fuera testigo de su obra.

—¿No te molesta que alguien te vea trabajar?

—Lo cierto es que sí —y se apresuró a añadir—, pero sobre todo cuando todavía no he comenzado el cuadro, cuando estoy solo ante el lienzo blanco y no sé por dónde ni cómo empezar.

Durante unos minutos permanecemos en silencio. Él seguía retocando ciertos elementos de su cuadro.

—Has pintado un cielo azul, casi meridional... Y hoy el cielo está blanco, nublado. —Como parecía que no me había escuchado porque seguía pintando, en silencio, yo continué—: ¿Tal vez hace dos o tres días, cuando lo comenzaste, el cielo era azul?

—Una calle, un camino, una carretera... incluso un sendero apenas perfilado entre la maleza y la exuberancia de los árboles es como un jalón en una ruta. Ayudan, a quien contempla el cuadro, a mirar.

Me sorprendí. Había lanzado aquellas frases con la firmeza de un maestro que dogmatiza, pero no había contestado a mi pregunta, así que me dispuse a repetirla.

—Hace tres días, cuando comencé el cuadro —dijo él antes de que yo

podiese abrir la boca—, el cielo era tan blanco y tan despacible como hoy. El cielo azul, enmarcado por las casas, es también un camino o una calle por donde marcha la mirada del espectador. Si hacemos un cuadro sin apertura, el espectador choca contra el lienzo como si este fuera una pared, un callejón sin salida. Hay que crear siempre una salida; y dirigir la mirada del que contempla el cuadro, pero sin que él se dé cuenta: poner caminos, carreteras, calles, escaleras, un cielo azul como este que nos dé la sensación de que el cuadro, la vida que hay en él, no concluye con lo que el pintor nos muestra.

César reanudó su trabajo. Yo sabía que no había concluido su lección, y aguardé.

—El pintor ha de crear una especie de líneas directrices —hablaba sin dejar de pintar, como si yo no estuviera allí: estaba proclamando su ideario pictórico y yo había tenido la suerte de convertirme en público—. Algo que obligue inconscientemente a que la mirada discurra por allí, a través de esa escalera, o ese pasillo o corredor: que sea la mirada del espectador la que cree el cuadro.

»De igual modo hay que dotarlo de cierta distancia, de cierta profundidad; si acercas mucho el cuadro al espectador no le das el tiempo necesario para introducirse en él: hay que dejar un espacio delante, como la acera, o un campo verde, o un pedazo de asfalto o de calzada, un elemento, una distancia que obligue al espectador a avanzar un paso, a tener que desplazarse un trecho hasta alcanzar la imagen del cuadro. Otro tanto podríamos decir de la salida del cuadro: si detrás colocas una pared, la mirada se golpea contra ella y retrocede, es como si lo rechazaras, como si no quisieras que saliera de la pintura para entrar de nuevo.

»Puesto que lo has conducido hasta ahí, hazlo de tal manera que siga, ¿hasta dónde?, nadie lo sabe, tal vez al infinito, y para ello considero que, en este caso, la forma más conveniente es abrir el cielo. Si el espectáculo que pintas está comprendido por una gran proporción de cielo, reparte algunas nubes, que los ojos del que contempla el cuadro no se ahoguen ni se pierdan en el azul celeste, que halle algún recoveco donde ocultarse, algún asidero donde apoyar su mirada. Si, por contra, el cuadro es una calle, como este que ves, hazlo de tal modo que la vista del espectador salga por esa calle, para que,

cuando esta termine, no se estrelle contra la fachada de alguna casa al final del recorrido. Y si el cielo es negro o está nublado, permútalos en azul, en la claridad que sirva de contrapunto a la oscuridad de la calle. Si la nieve que lo cubre todo te ahoga, que el cielo te sirva de tabla de salvación, como una grieta por donde la mirada del espectador pueda huir de la desazón del invierno.

—Nunca imaginé que pintar un cuadro fuera así, siempre había imaginado algo más inocente.

—No hay inocencias, creo que no existe tal cosa en ninguna obra artística. Mira este cuadro, ¿lo ves? La calle, las casas a los lados, la vegetación que puebla los arriates que se extienden ante las fachadas, la acera gris, la nieve cubriéndolo todo, el azul al fondo... Lo pinto y voy creando el camino de la mirada del espectador, y aquel que intenta saltarse mis reglas, ese no será mi público, yo elijo mi público, y no tendrá más remedio que serme fiel...

—Sí —le interrumpí—. Umberto Eco, a tenor de *El nombre de la rosa*, confesó que las cien primeras páginas de su novela eran como una prueba, como un cedazo por el que tenían que pasar todos aquellos que quisieran adentrarse en el libro; únicamente un público ideal y fiel podría superar esta prueba, el lector modelo que realmente merecía la novela. En cierto modo se trata de una concepción elitista del arte.

—No lo sé, me imagino que será así, en la novela de Eco... pero desde luego creo que todo arte es elitista, y lo es en la medida en que crea su propio público. Tal vez «elitista» no sea la palabra adecuada, digamos que todo arte es selectivo: no está hecho para todos, porque no todos se dejan conducir del mismo modo y engañar por los mismos trucos; solo aquellos elegidos por el autor, o creados por él, pueden realmente disfrutar de la pieza artística con total plenitud.

La conversación se animaba, y, aunque el sudor se me había helado y comenzaba a enfriármese la espalda, no quería abandonar aquel diálogo. César mojaba el pincel en la paleta y seguía rematando una imagen que yo ya creía completa, pero al apartar el pincel percibía nuevos elementos que hasta unos segundos antes no había observado.

—¿Acaso eso no significa que estás influyendo en la percepción —volví a

la carga—, que estás delimitando las preferencias de cierto espectador, y operando sobre su manera de mirar y contemplar una pintura?

—Por supuesto que sí... y así debe ser. El pintor, como el que escribe, supongo —César me miró esperando una confirmación o una negación, pero yo no dije nada—, ha de elegir su público, por ello debe dirigirles la mirada, las intenciones. En algunas ocasiones he comentado con Carmen esta teoría y ella ha estado de acuerdo conmigo.

»Si, una vez acabado, este cuadro pertenece a todos, a la humanidad, a todo bicho viviente y vidente, bien... no creo que el pintor deba resignarse a ser observado sin más, a que cualquiera pueda ver su obra; por eso debe jalonar el camino, marcar y trazar la ruta que quiere que siga el observador de su obra.

— Entonces lo que hace, o haces, es colocar en el que observa unas anteojeras, como si le atases un collar y le obligases a seguir un camino... Me recuerda a las ratas, a las cobayas que introducen en un cajón construido en forma de laberinto. Las obligan a avanzar por unos caminos determinados, cortándoles y abriéndoles distintas puertas según convenga.

—Bueno, no hay que ser tan realista en las descripciones... aunque, en el fondo, se trata de la misma idea.

El viento se levantó de golpe y César se alzó más la bufanda. Yo comencé a trotar sin moverme del sitio.

—No puedo impedir que tú ni nadie contemple mi cuadro en una exposición —siguió él—, de acuerdo, pero sí que puedo guiar tu mirada, obligarte a contemplarlo como quiero que se contemple. A quien no le guste ver el cuadro de ese modo, bien, que se vaya o que mire el cuadro siguiente... porque de este pozo no va a extraer nada de provecho.

—¿No todos los cuadros tienen trazado ese camino del que hablas?

—Ni mucho menos. Hay pintores que son tan extremadamente ingenuos que creen que sin guiar al espectador este sabrá encontrar el camino. La mayoría de las veces fracasan. El espectador ha de ser conducido como se guía a un ciego, pero, claro, sin que se dé cuenta de ello, porque a nadie le gusta que le piquen en su orgullo. A todos nos gusta vanagloriarnos de hallar un camino en el cuadro cuando, la verdad, es que ese camino, ese rastro de pisadas o de

migas de pan ya estaba allí para que lo encontrásemos.

—Luego... el espectador no es libre...

—Por supuesto que no lo es... Tampoco lo es el lector de una novela porque el escritor divide la obra en capítulos y el lector ha de plegarse a ellos: las frases, los párrafos, el periodo y el tiempo de la lectura son marcados por el escritor; tampoco es libre quien oye una determinada canción, la música le obliga a seguir el ritmo con los pies. ¿Por qué el pintor habría de ser distinto? Quizá lo que sucede es que muy pocos se detienen a pensar en su capacidad de influir y crear al público, y yo lo hago.

—¿Quieres decir que puedes encontrar las marcas que otro pintor ha colocado en sus cuadros?

—Por supuesto que puedo hallarlas, ¿por qué no? Igual que tú, al leer una novela, crees descubrir el lugar en el que el escritor ha dejado caer o ha creado ciertas pistas, las líneas, los caminos por donde ha de moverse el lector. El arte en sentido puro, ese arte por el arte, del que hablaba no sé qué poeta inglés que a veces cita Carmen, no existe.

—Gautier, Teophile Gautier... Fue un poeta francés —le aclaré.

—Inglés o francés, no importa... porque creo que se equivocaba. Imagino que se refería a la influencia social, al arte como un instrumento para cambiar la sociedad y modificar la civilización... pero también existe la influencia estética. Creo que todo artista aspira a agradar a cierto público, a influir sobre cierto espectador o lector... Incluso la afirmación de ese poeta...

—Gautier —insistí yo.

—... Incluso la afirmación de Gautier del arte por el arte es también tendenciosa y busca influir. Y para ello, para crear adeptos, hay que dirigirlos. Por eso el arte no es totalmente inocente desde el momento en que aspira a tener un público: una obra realizada inconscientemente, como pretendían algunos movimientos vanguardistas, es una falacia.

—Ese afán de las vanguardias —seguí diciendo yo— por realizar una obra inocente, sin trabas gramaticales ni normas, como extraída directamente del subconsciente siempre me pareció una pose y una idiotez. Creo que el mero hecho de pensar algo y de escribirlo ya determina unos cánones, una puntuación: no existen pensamientos libres.

—Y si todos los pensamientos vienen determinados y delimitados por esos patrones, de igual modo también la mirada de los que contemplan un cuadro... El artista que sabe eso, que intuye cuáles son las reglas de nuestra fingida libertad, puede utilizarlas para su provecho y crear así los gustos del espectador.

—Por consiguiente, el artista es el dueño del mundo, pues es capaz de dirigir al público. —Siempre había soñado con un mundo dirigido por escritores, pintores y demás artistas, pero ahora que descubría el poder de estos me sentía como un títere al que durante toda su vida habían estado llevando de un libro a otro y de unas preferencias a otras.

—Crear es igualarse a Dios... y tú que has estudiado literatura deberías conocer la noción del demiurgo de la creación.

—Conozco ese concepto, pero siempre lo entendí como una mera etiqueta, sin una aplicación real.

—No creo que el artista quiera ser Dios, se conforma con imitarlo. —Había comenzado a recoger la paleta y los pinceles ante la evidencia de los copos de nieve que comenzaban a caer—. Cada uno trabaja en un campo diferente: el universal y el terrenal. El artista intenta crear un nuevo mundo, igual que Dios hizo hace no sé cuántos millones de años o de siglos. Todo artista, por genial o mediocre que sea, imitando a Dios, intenta dirigir a su público, y hace demagogia, porque encarrila los sentimientos del público hacia donde él quiere. Y si el público se rebela, el artista se preocupa y siente celos, porque aunque huya de un artista irá a caer irremisiblemente en otro, puesto que toda obra de arte marca un camino y posee unas reglas; huir de una significa ser atrapado por otra.

Luego calló y siguió guardando sus útiles. Bajó el lienzo del caballete y le ayudé a plegarlo. Comenzaba a nevar cada vez más intensamente. Me ofrecí a ayudarlo a transportar sus herramientas.

—Sin correr —me recomendó—, prefiero que se moje a que resbaemos y lo rompamos.

Caminábamos con paso ligero, buscando los salientes de las casas y los árboles que nos protegieran de la nieve.

—El otro día Luis tuvo una idea curiosa —dije yo—. En cierto modo está

en relación con la teoría que has expuesto sobre la creación de un determinado público.

Le narré brevemente aquella especie de juego que Luis había realizado. Le conté lo que habíamos hecho con aquel libro, de qué modo habíamos colocado aquella nota, como un mensaje lanzado al océano de letras y volúmenes de una biblioteca tan extensa como los siete mares.

—Curioso —dijo él, mientras se calaba más el gorro.

—¿No te gusta la idea?

—Me gusta, sí. ¿Cómo dijiste que se llamaba el libro?

—*The Searchers*. Los buscadores... Es una novela del Oeste... Nada del otro jueves, supongo.

—No sé si alguien llegará a recoger el mensaje o no, lo desconozco, pero me parece una idea muy interesante; en cierto modo se asemeja a comunicarse a través de eso que está tan en boga ahora... ¿cómo era? ... Sí, Internet: uno lanza un mensaje a la inmensidad del mundo, de las ondas y los cables eléctricos, y espera que alguien, tal vez en los antípodas, pueda recoger el anuncio y le conteste. Luis, más inteligentemente, ha reducido el campo de su público, como un artista, y sabe que será todo aquel que tenga acceso a la biblioteca de la Universidad de Columtown. Está creando un modelo de público, seleccionándolo... y no le llamaríamos precisamente elitista, ¿verdad?... Ya estamos llegando.

—No, desde luego, pero conforme lo dices tú...

—Y no solo es eso, también el plazo temporal es infinito. Desconozco Internet, pero no me extrañaría que dentro de unos años los mensajes, las páginas, fueran cayendo, sustituidas por otras; sin embargo, en el juego de Luis no hay límite temporal. La ambición es, pues, mucho más amplia: no manda un mensaje al presente, sino a un futuro que nosotros tal vez no veamos. Quién sabe cuántos años pasarán hasta que alguien recoja la nota y conteste al anuncio.

—Y me llame a mí por teléfono... Porque ha puesto mi número de teléfono... y el de su casa en Apis...

—Bueno, cuando uno tiene esa ambición toda precaución es poca —dijo sonriendo.

Habíamos llegado ya a su casa. Las luces del comedor estaban encendidas y la nieve, que caía ahora con más fuerza, cribaba el resplandor que salía de las ventanas. Me invitó a entrar pero rehusé:

—Quiero llegar pronto a casa y darme una buena ducha... y calentarme.

Me despedí de él cuando, derrotado por no hallar la llave, tocaba el timbre y yo iniciaba una rápida carrera hacia el calor de mi apartamento.

la elección de Clara (disquisiciones onanistas)

No habiendo testigos, y si los hubo, no consta que hayan sido llamados antes para declarar lo que pasó, es comprensible que alguien pregunte cómo se sabe que estas cosas ocurrieron así y no de otra manera, la respuesta es que todos los relatos son como los de la creación del universo, nadie estaba allí, nadie asistió al evento, pero todos sabemos lo que ocurrió.

J. Saramago, *Ensayo sobre la ceguera*

Algunos jueves por la noche acudía al Wexner Center for the Arts, justo entre el Óvalo y High Street, donde solían proyectar películas de cine mudo. Durante todo el mes de noviembre Mario y yo nos ahogamos en carcajadas contemplando un ciclo dedicado a Buster Keaton.

En un folleto había visto programada la proyección de *Rocco y sus hermanos*, la película que Visconti dirigió en 1960, y como ese día Mario no podía venir, pedí a Clara que me acompañara. Ella rechazó mi propuesta alegando que tenía que entregar un trabajo antes de las vacaciones de Navidad y del consiguiente viaje a España.

Asistí solo a la proyección, en italiano original, con subtítulos en inglés que, después de un cuarto de hora, ya no leía porque había visto aquella película en España en un pase televisivo; y porque mi pobre italiano me bastaba para entender los diálogos de los personajes. Solo, aislado entre la gente que abarrotaba el pequeño local, fui testigo de las penalidades de aquella familia meridional, de aquellos emigrantes huidos de su tierra y del hambre, y que arrastraban su condición de marginados entre el mundo

moderno, urbano y cruel de un Milán en blanco y negro, con calles anchas y altos edificios, con nieve y calor estival, con barrios suburbiales y ríos inmóviles como pantanos y ciénagas donde al final habían de acabar sus vidas como si del poema de Manrique se tratase.

Contemplé, escuché y leí, con los ojos húmedos y a un paso del llanto, los avatares de la familia Parondi: una familia matriarcal y fuerte alrededor de doña Rosario, morena y con la cara cincelada por las arrugas. Los cinco hijos tan distintos como los cinco dedos de una misma mano:

Vicenzo, el mayor, con quien comienza la desintegración de la familia al enamorarse y casarse con una joven y maravillosa Claudia Cardinale.

Simone, el débil y díscolo, el boxeador y el borracho, el donjuán de taberna y aguardiente, la oveja negra de un rebaño vomitado sobre la realidad moderna y las leyes cruentas de una ciudad septentrional y civilizada.

Rocco, encarnado por Alain Delon, el buenazo, tan similar al príncipe Mishrin de Dostoievski, como su hermano Simone a Dimitri Karamazov. Tan inocente, tan ingenuo y tan desinteresado que provocará la desgracia de su hermano y de la mujer que ama, una Annie Girardot despampanante y de vuelta de todo. Como hermano intermedio que es intentará volver a unir a la familia, procurará que ninguno de ellos olvide sus raíces ni su aspiración a regresar a su sur tan seco y estéril como humano y antiguo.

Ciro, el trabajador, el civilizado, el integrado plenamente en el mundo de Milán y en sus fábricas de automóviles. Aquel que no quiere recordar sus raíces ni sueña con el hogar abandonado años atrás.

Y Luca, el pequeño, la esperanza, el futuro, el interrogante sin respuesta...

Mediada la proyección ya no pude soportarlo más y estallé en lágrimas: yo formaba parte, también, de aquella familia, era un extraño entre los doscientos gringos que me envolvían en la oscuridad del cine; adiviné que el hecho de entender aquellas voces, de recordar aquellos movimientos mediterráneos, aquellos gestos que yo también había dejado en mi casa, eran un vínculo irrompible que me uniría para siempre con los desgraciados meridionales que habían destrozado su vida y su familia buscando el pan que los bien alimentados les negaban.

Alain Delon y Girardot declarándose su amor y su odio sobre la catedral

de Milán, entre las palomas y las miradas de las otras parejas de novios; el asesinato de esta última a manos de Simone; la tragedia final en la casa familiar, la desintegración definitiva en el comedor y el dormitorio de la madre —los lloros, los gritos, las encomendaciones a Dios y a los santos—; el brindis razonado de Rocco, al erigirse cabeza y faro de los Parondi: decenas de momentos y de escenas —la nieve sobre la ciudad y el despertar de los hermanos; la violación; la pelea entre Rocco y Simone— cayeron de golpe sobre mí mientras regresaba a casa. Buscando las sombras, los árboles; huyendo de las miradas ajenas. Llorando sin tregua, como si me hubieran operado a corazón abierto y sin anestesia: apretaba los dientes con fuerza como si entre ellos hubiera un palo que me aliviara del dolor, mientras las lágrimas corrían por mis mejillas y el vaho de mi respiración me dificultaba todavía más la visión. Tuve que detenerme un par de veces, lo más alejado posible de la luz de las farolas y los luminosos de las tiendas. Me dije que por suerte Clara no me había acompañado, porque no me habría gustado que hubiera sido testigo de mi derrumbe..., pero sin ella me sentía tan solo y tan derrotado como el más desgraciado de los hermanos Parondi. Y entonces supe que, como aquel ridículo personaje que creyó ver el rostro de su amada en la esfera de cada reloj, la faz de Clara se intuiría, para siempre, en las humeantes volutas de mis puros y que, en cada calada, soñaría con ser besado por el fantasma de su mal.

La amistad:

Las cloacas de Viena y sus escaleras metálicas, un disparo y toda muerte que es un suicidio; un paseo por un río, apenas columbrado por el humo del tabaco, apenas escuchado por los gozos y las tristezas del pasado; una barba que crece cuando la primavera está en su apogeo, y mayo recubre el mundo con luz y aromas; una mirada que grita aquello que los labios jamás podrán pronunciar; obedecer sin preguntar; un encargo; una llamada de teléfono y una solicitud cumplida; libros, solo libros; dos cuerpos y una sola alma; un labio partido, un puente nevado, un ángel caído del cielo; el humo de los cigarrillos en bares malolientes; negra destilación en cadena; una, mil canciones; un

juego, una obsesión, un amor nunca confesado; dos hombres, una mujer y un avión que espera impaciente haciendo girar sus hélices; aquello que tú desconoces de ti mismo, él lo intuye.

—Se veía venir —dijo Mario—. Teníamos que haber estado ciegos para no habernos dado cuenta antes.

—Era algo lógico —confirmó María—, después de todo, siempre estaban juntos: estudiando, leyendo... hasta él guarda su maleta en la habitación de ella.

Carole asentía y sonreía a Lauren, que había venido a visitarnos, mientras yo callaba y tragaba saliva que pasaba por mi garganta como si fueran bolas de plomo, con una sensación de ahogo y una propensión a las arcadas que me hicieron, tras disculparme, encerrarme en el cuarto de baño para que nadie me viera llorar.

Cuando salí de nuevo al salón, una vez refrescado con el agua helada, repuesto ya y con una máscara nueva, Mario y las tres chicas seguían comentando la novedad del hecho: Luis y Clara se habían declarado amor eterno y ahora, al pasear juntos por el Óvalo, se cogían de la mano o se abrazaban y, según Mario, más de una vez los habían sorprendido en medio de un beso por los pasillos del Departamento.

—Al parecer el profesor Hearn los encontró un día más acaramelados, dándose de besos apoyados contra una pared.

—Exageraciones —concluía tajante Carole—. ¿Quién dice eso?

—No sé, la gente...

Yo debía de ser uno de esos ciegos a los que se había referido Mario, porque unos días antes, una tarde, había sido testigo de cierto acontecimiento que mi deseo, que mi pasión secreta por Clara, se resistía a interpretar correctamente.

Al terminar las clases acudí a casa y como no encontré a nadie en mi apartamento subí al de las chicas. Llamé. Clara tardó en abrirme. Solo al escuchar los comentarios de Mario y de María, cuando los hechos parecían demostrar una verdad que ya no podía resistirme a creer, recordé que ella

tenía el cabello un tanto alborotado. Entré y comprobé que Luis permanecía sentado en el sofá.

—Si estáis estudiando y molesto me voy —dije, porque la mesa estaba llena de libros y de folios.

—No, adelante —dijo él, y se levantó para venir a mi encuentro—. Siéntate —y me ofreció una de las sillas que había junto a la mesa.

—No había nadie abajo —me excusé— y pensé en venir a visitaros. — Miraba a Clara, pero ella parecía desviar mis ojos.

Nos sentamos los tres alrededor de la mesa, y durante unos segundos nadie dijo nada, ni ninguno de ellos cogió un bolígrafo o intentó retomar sus lecturas. Clara se levantó.

—Disculpadme. —Y salió del comedor para desaparecer tras la puerta del cuarto de baño.

Luis me sonrió y comenzó a leer el libro que tenía abierto ante sí.

—Mujeres —dijo, y se levantó. Anduvo unos segundos por el comedor y llegó a la cocina, bebió un vaso de agua—. ...Creo que te haces cargo, ¿no?

Entonces —tan ciego estaba— creía que Luis me estaba haciendo cómplice de su opinión sobre la debilidad congénita y el carácter voluble de las mujeres, ahora sé que me estaba anunciando su relación con Clara, y que mi visita había sido inoportuna.

Clara no salía del aseo y Luis seguía dando vueltas por el comedor, en silencio. Estuve un par de minutos hojeando los libros que había sobre la mesa: algunas novelas, libros de texto con los que dábamos clase a los jóvenes yanquis.

—Me voy. —Había ido para estar un rato con Clara, pero ella se había encerrado en el cuarto de baño y parecía que se hubiera colado por el desagüe.

Y salí.

—No te enfades —dijo María—, pero creo que el otro día, por lo que cuentas, debiste haber sospechado algo... No sé cómo no pudiste ver lo que realmente estaba ocurriendo. No me lo explico.

—Se veía venir —insistió Carole, y Lauren asentía con convicción de anciana sabia.

—Será que sois algo agoreros, una especie de futurólogos —dije yo—. ¿Dónde contempláis el porvenir? ¿En una bola de cristal, en los posos del café, o es algo tan sencillo como viajar al futuro con la mente?

—No me sea usted irónico —dijo Mario—. No somos brujos ni acudimos a ningún oráculo, pero a poco que uno se fije puede percatarse de algunas cosas: los dos estudiando siempre en la misma mesa, no solo arriba, en el apartamento, sino también en la biblioteca...

—Los dos coincidiendo en Brenen's o en Arabica —siguió enumerando Carole—... o comiendo en el Union... Son muchas coincidencias, ¿no?

—Y ya se sabe: tanto va el cántaro a la fuente...

Puedo imaginar que aquella tarde, después de que yo regresara a mi apartamento, Clara habría salido del cuarto de baño, y los dos habrían vuelto a sentarse en el sofá: ella inclinada sobre el hombro de él o acostada con la cabeza sobre las piernas. Y él la habría estado acariciando mientras la oscuridad los invadía, y las luces verdes y rojas de los semáforos penetraban por la ventana iluminando la estancia; se habrían cubierto de besos y de roces, habrían intentado hacer el amor sobre el suelo de parqué, o en el sofá que los había estado contemplando durante horas, y ella, temerosa, habría acudido a las dos puertas —la principal y la de la cocina— para pasar la cadena y cerrar con doble vuelta de llave. Luego habría regresado a él, que la esperaba solícito y enfebrecido, y se había dejado ahogar en un océano de besos y labios, de caricias y manos, de jadeos y cabellos.

Dijo Lauren que creyó haberlos vistos en Hopskin's, una cafetería al oeste de Columtown que ella solía frecuentar, en una mesa separada del resto, ocultos por una discreta penumbra. Y Carole contó que los vio, ya de espaldas, cuando salían de un restaurante de Down Town, y que creyó apreciar la cabellera de Clara oculta por una bufanda, antes de que una esquina los ocultara. Incluso Mario habló de ellos, tal vez los había columbrado fugazmente antes de tomar una calle de las que desembocan en High Street, quizá la 14.^a, sin duda, camino del apartamento de Luis, pero no podía asegurarlo totalmente, como tampoco podía estar seguro de que fueran ellos aquella pareja que cierta tarde, a través de la cristalera de *Brenen's*, donde estaba estudiando, vio besarse en mitad de la calle.

El tiempo, como siempre, trajo la normalidad. Luis y Clara nos confirmaron, con sus acciones y sus palabras, nuestras sospechas. Después de aquella declaración que venía a corroborar mis temores nada cambió entre nosotros. Los sábados siguieron siendo igual de aburridos.

Una de las primeras cartas de Luis Galvañ llegó a mediados de agosto, cuando ya había dejado el apartamento que compartía con otros chicos y se había instalado solo, en una calle céntrica de Arrecife. Parecía tener prisa por comunicar su alegría porque, tras un párrafo que contenía los saludos y los deseos de rigor, Luis se sumergía en el meollo del asunto.

He comenzado a salir con una chica, y luego, tal vez para continuar el suspense y la sorpresa, introducía una oración ajena a esta. He encontrado trabajo en un hotel de Teguise, para luego seguir con el propósito principal de la carta, y un sábado por la noche, en un bar, conocí a Amparo.

Era morena, y tan alta como él, pero más joven. *No sé si has oído hablar alguna vez a algún canario, pero lo cierto es que la pronunciación de Amparo me atrapó casi con más fuerza que su cuerpo y su rostro.* Y sigue enumerándome los encantos de la muchacha, su alegría, el extraño sonido que surgía de sus labios al pronunciar la *ch*. Pero no me dice nada de Clara, a la que sé que abandonó a principios de junio, pocas semanas después de que yo tuviera que dejar Columtown urgido por la prisa; no me dijo nada del estado en que quedó Clara, de la sensación de derrumbamiento y depresión que había comenzado a mostrar cuando él estaba tan obsesionado por la Trama que abandonó estudios y clases, y se escondió en los libros y en la biblioteca y comenzó a entrelazar palabras y números, y se olvidó de ella y de nosotros, y tomó un camino con jalones cubiertos de oprobios y desgracias, enemistades y olvidos.

No menciona a nadie de los que unos meses atrás (entonces; hoy que releo las cartas han pasado tres años) formaron parte de su existencia y fueron sus amigos y sus compañeros. Sé que quiere olvidar todo aquello, porque teme que, algún día, paseando por el Charco de San Ginés o bañándose en la playa, le aparezca la imagen del pasado, uno de nosotros o de Ellos, de alguien que

todavía se empeñe en buscar y hallar el arcano que escondían los libros de la biblioteca.

¿Por qué hablé con ella?, dice en su carta. Porque estaba solo y ella también. Y la invité a cenar, al día siguiente, en un bar cercano al Paseo Marítimo, donde preparan unos rácings de ternera estupendos. Ella me dio su teléfono y a mediados de semana la llamé y volvimos a citarnos, y paseamos, hablamos, acudimos varias veces al cine, aunque si he de serte sincero apenas recuerdo las películas que vi porque yo solo podía pensar en ella y en su presencia, en su cercanía allí, en la oscuridad de la sala, con su perfil delicioso recortándose contra la luminosidad de la pantalla. Estuvimos tonteando cerca de un mes hasta que al final me decidí y ella sonrió y me dijo que estaba esperándolo desde el día en que por primera vez me había dirigido a ella, en la oscuridad de los bares y el estruendo de la música, acodado en la barra, ante un vaso multicolor, en silencio, sordo a la música y al jaleo que me rodeaba, ausente; y me dijo que sí, que me quería... que me querría siempre....

Se ha venido definiendo «onanismo», también denominado «pecado o vicio de Onán», a cierta inclinación, goce o tendencia sexual que, aunque en la mayoría de las ocasiones prefiere la soledad y el anonimato de la cama y la habitación particular, no es restringida únicamente a estos condicionantes, pues puede practicarse en grupo —entendiendo por tal el conjunto de dos o más personas— e incluso el actante, llámese onanista, adquiere mayor disfrute cuando no es precisamente él mismo el sujeto activo, sino que delega en manos ajenas la manipulación y dirección de la acción.

Hablando en plata, llamamos onanismo a lo que más comúnmente se conoce como masturbación, y más vulgarmente, meneársela, echarse una paja, cascársela o pelársela. Nos hallamos, por tanto, ante una palabra cuyo significado aparece como tabú en la sociedad en que habitamos, a pesar de los intentos de dotar a semejante maniobra —entiéndase la definida por la palabra de marras— de un cierto prestigio, sobre todo por el poeta, ensayista y educador Juan de Mairena, o quizás Antonio Machado, o tal vez fuera Abel

Martín, quien (o quienes) llegó (o llegaron) a realzar la figura de Onán por encima de la del famoso sevillano don Juan Tenorio.

Lo que quizá no todos sepan es la razón por la que semejante acción recibe el calificativo bíblico de onanismo. La historia, de la que la modernidad habría de recoger el vocablo, aparece en el libro del Génesis, capítulo 38, y ocupa los versículos del 6 al 11, los cuales copio a continuación:

Judá tomó una mujer para su primogénito Er. Se llamaba Tamar. Pero Er, primogénito de Judá, desagradó a Yavé, que le quitó la vida. Entonces dijo Judá a Onán:

—Entra en la mujer de tu hermano, cumple con ella tu deber de cuñado y suscita descendencia a tu hermano.

Sabía Onán que los hijos no serían suyos, y cada vez que entraba en la mujer de su hermano derramaba en tierra el semen para no dar hijos a su hermano. Desagradó a Yavé lo que hacía y le hizo morir.

Las palabras en cursiva indican la razón por la que comúnmente se ha recogido la figura de Onán como definidora de aquellos que entienden la sexualidad como un placer particular y egoísta, muy lejano de la función procreadora.

El texto bíblico necesita una aclaración ajena y un comentario propio, cuyo último propósito estriba en reivindicar la figura del pobre Onán.

La aclaración, que he calificado como ajena, debe centrarse en las palabras de Yavé, quien induce a actuar a Onán siguiendo, le dice, «tu deber de cuñado». Para clarificar esta encomienda debemos acudir al libro del Deuteronomio, capítulo 25, donde, entre los versículos 5 y 11, se nos da cuenta de la «ley del levirato» (de *levir*, en latín «cuñado»):

Si dos hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin hijos, la mujer del difunto no se casará fuera con un extraño. Su cuñado irá a ella y, cumpliendo sus deberes de cuñado, la tomará por mujer, y el primogénito que ella dé a luz hará revivir el nombre del hermano muerto, de manera que su memoria no desaparezca de Israel.

Mas si el hermano se niega a tomar por mujer a su cuñada, esta se presentará en las puertas a los ancianos y les dirá:

—Mi cuñado se niega a suscitar en Israel el nombre de su hermano; no quiere cumplir conmigo sus deberes de cuñado.

Los ancianos de la ciudad lo llamarán, y le hablarán. Si persiste en su negativa, diciendo:

—No quiero tomarla por mujer.

La cuñada se acercará a él y, en presencia de los ancianos, le quitará la sandalia del pie, y escupiéndole en la cara, dirá:

—Esto se hace con el hombre que no reedifica la casa de su hermano.

Y su casa será llamada en Israel «la casa del descalzo».

La ley israelita, junto con el mismísimo Hacedor, codifica y encarrila la actuación de Onán tras la muerte de su hermano: debe tomar a su cuñada como mujer y hembra, y concebir un hijo para, de ese modo, asegurar la descendencia de la familia y del pueblo. Cuando Onán arroja su semen, su semilla, sobre la tierra no desobedece únicamente la ley y a Dios, sino que parece burlarse del pueblo de Israel y de su familia, pues imposibilita el nacimiento de una nueva generación y rompe, de este modo, la cadena vital, impidiendo el advenimiento del futuro.

Hasta aquí la ley —y sus razones— que gobernó sobre los hombres siglos antes de la llegada de la modernidad y de la civilización.

Actualmente. el comportamiento de Onán nos parece acertado si lo enmarcamos dentro de la ética que rige nuestro mundo: compartir la cama con la cuñada viuda, con el fin de procrear un hijo que continúe la estirpe familiar se muestra, en la mentalidad de una persona de nuestra época, como un hecho que roza —si no es que la invade— la amoralidad; una acción que podría ser tildada de deleznable y repulsiva, por cuanto, por un lado, la figura de la mujer aparece descrita como un mero recipiente de semen, óvulos, embriones, fetos y llorosos niños, y por otro no parece respetarse en absoluto el cuerpo muerto, pero todavía caliente, del hermano ausente.

Onán es castigado porque siguiendo su ética sabe, o quizás es que intuye, que no es correcto acostarse con la viuda de su hermano. Dios busca la

procreación de sus devotos a cualquier precio, y por ello la fe y la obediencia a su palabra y sus leyes son antepuestas a la ética personal: desde ese prisma arcaico, Onán no merece otro castigo que la muerte. No conforme con semejante escarmiento, permite que su nombre sea utilizado en siglos posteriores para denominar cierta inclinación o vicio sexual, o lo que es peor, que sea utilizado como eufemismo lingüístico que encubra las palabras con que el vulgo define semejantes actitudes.

Concluyo, pues, este apartado, reivindicando la figura del pobre Onán, cuyo pecado no fue otro que el de poseer una mente demasiado moderna para los bárbaros siglos en que habitó y murió.

... take it easy... and so long...

A finales de noviembre dejó de nevar, y el sol volvió a lucir con una fuerza y un calor casi primaverales. La nieve comenzó a derretirse poco a poco, y de nuevo empezó a verse el césped quemado y helado del Óvalo. Los estudiantes dejaron en los armarios sus bufandas y sus gorros de lana, y la gente volvió a pasear y a poblar el centro de la universidad.

Una mañana, cuando ya se escuchaba el sonido lento y repetitivo del deshielo por todo el Campus, me encontré con Luis. Yo salía de la oficina de correos donde había ido a enviar algunas postales a España, postales que tal vez llegasen más tarde que yo, pero que, según me habían dicho la noche anterior por teléfono, les hacía mucha ilusión recibir.

—¿Qué tal? —se presentó Luis—. ¿Adónde vas?

—A clase.

—Te acompaño.

Dejamos el edificio de correos y caminamos hacia Neil Avenue. Ya allí, frente al edificio de Ingeniería, doblamos a la izquierda y seguimos hasta alcanzar la hierba del Óvalo, pero a la espalda de la biblioteca. Hablamos de cosas intrascendentes, del deshielo, de las vacaciones que nos aguardaban agazapadas al doblar el mes. Me dijo que él regresaría a España el día siete de diciembre.

—Yo me iré dos días antes, el lunes cinco —le dije—. No sé cuándo lo harán las chicas —admití—; pero ayer pude comprobar que ya estaban preparando las maletas.

—Nos iremos juntos, Clara y yo.

—¿A Apis?

—No, solo hasta Madrid. Allí pasaremos algunos días, y luego ella tomará

el tren a Santander y yo seguiré hasta Apis.

La sombra de la biblioteca cayó sobre nosotros y por un momento, al desaparecer el sol, el frío invernal pareció regresar. Luis dejó en el suelo la cartera que colgaba de su hombro y se abrochó el abrigo.

—Vámonos de aquí —dije yo—. Salgamos a la luz y al calor.

Seguimos caminando hacia el sur y luego giramos a la izquierda: a unos doscientos metros, en línea recta, estaba el Cunz Hall.

—Esta noche os haré una visita —dijo Luis—. Tengo cierta cosa que enseñaros.

Le miré mostrando interés.

—Es un libro que he encontrado en la biblioteca. Se trata de un libro un tanto especial.

—Ya estamos otra vez con los dichosos libros... Verás, Luis, a estas alturas del año mi cabeza es más propensa a pensar en las vacaciones y en el turrón que en libros... por muy raros que estos sean.

—No es precisamente un libro raro —dijo él—. No se trata de ninguna primera edición o de un libro de contenido peculiar.

Calló. Estábamos rodeados de coches, en el centro del aparcamiento que se extendía ante el edificio del Departamento de Español.

—¿Con quién tienes clase ahora? —dijo él. Evidentemente no tenía intención de seguir hablando del dichoso libro: si era una sorpresa, esta noche nos la mostraría.

—Con Hearn, Samuel Hearn... de literatura romántica.

—¿Interesante?

—No está mal del todo, ¿y tú?

—Yo no tengo clase hasta las doce. Me apetece hablar un rato con Clara, si no tiene clase, por supuesto.

—Lo ignoro —admití.

Y entramos en el edificio.

—Lo prometido es deuda—dijo Luis.

Abrió su cartera y dejó caer un libro sobre la mesa.

Después de cenar, Mario y yo habíamos subido a hablar con las chicas. Luis ya estaba allí. Durante unos minutos ellas habían estado comentando las cosas que debían llevarse, sobre todo las concernientes a la ropa.

—¿Hará frío en España? —dijo María.

—Desde luego que sí —admití yo—, no como aquí, puedes estar segura, pero cuando es invierno, es invierno.

Luego Clara había entrado en su cuarto y habíamos estado escuchando el abrir y cerrar de las puertas del armario. Carole estaba sentada en el sofá y parecía no ser consciente de las vacaciones que ya llamaban a la puerta.

—¿Adónde irás, Carole? —preguntó Luis.

—Regresaré a Cleveland, con mis padres —miró a Mario—, pero más adelante, a mediados de diciembre. Mario no va a ningún sitio, así que le haré compañía.

—No puedo marcharme —se apresuró a explicar Mario antes de que lo asaltásemos con preguntas—. Tengo que terminar un par de trabajos, y luego están los exámenes de marzo, así que si durante este mes adelanto la tarea, eso que llevo ganado, ¿no les parece?

Nadie contestó.

Clara salió de su habitación y regresó a la mesa del comedor. Fue entonces cuando Luis nos mostró el libro.

—*Tender is the night...* —dijo Mario—. *Suave es la noche*. Dicen que es muy bueno.

El libro estaba sobre la mesa, entre los vasos y las tazas donde habíamos bebido algo de zumo y de café. Lo cogí y pasé sus páginas rápidamente, deteniéndome al azar, sin buscar ni pretender nada concreto.

—Mientras lo leía pude advertir ciertas cosas, de las que luego, cuando ya concluí, me cercioré —dijo Luis. Tomó el libro y lo abrió al azar, como si necesitase tenerlo en las manos para apoyar sus palabras—. Y he podido comprobar que existe una serie de palabras que están marcadas, subrayadas con dos tipos de tinta diferente: unas con tinta roja y otras con tinta negra, de pluma o bolígrafo, imagino, y bastante antiguas porque algunas rayas están un tanto borrosas y desgastadas, debilitadas por el tiempo.

—Hay gente que ignora toda regla de educación —dijo Clara—. Escribir

o rayar los libros de una biblioteca me parece digno de juzgado de guardia.

Luis continuó:

—No he hallado más palabras subrayadas en todo el libro. Lo he mirado bien, de arriba abajo, página por página y solo he encontrado estas palabras con los dos colores de tinta que os he dicho... y una letra envuelta en un círculo, ¿veis?

Abrió el libro por la primera página y nos señaló las letras grandes y más oscuras donde aparecía el nombre del autor: **F. SCOTT FITZGERALD**. Un círculo trazado con tinta negra envolvía la **O**.

—Al margen de esta O, ya no hay nada, excepto las palabras que ahora os diré.

—¿Y qué crees que significa este círculo? —pregunté—. Parece una rosquilla, o un donut... una O dentro de otra O.

—No tengo ni la más remota idea acerca del significado de este círculo —admitió Luis—, por eso lo he pasado por alto y me he centrado en las palabras subrayadas. Se trata de palabras sueltas, un *you*, un *go*, un *a*, un *glass*, en fin, a veces son varias palabras, y otras, incluso, una terminación, no una palabra en sí. Si algo me ha llamado la atención no ha sido por el hecho de la poca educación que muestra aquel que se dedica a subrayar y emborronar un libro de una biblioteca. —Clara se sintió aludida y golpeó cándidamente el hombro de Luis—. Lo realmente curioso es que no se trata de frases completas, que expresen un pensamiento, una idea. Todos nosotros hemos subrayado oraciones o párrafos que nos gustasen por algún motivo especial.

—Pero no en un libro de la biblioteca —dijo Mario—. Además, sería absurdo porque no podrías acudir a él cuando quisieras.

Todos estábamos de acuerdo. Carole bebió un sorbo de leche y asintió. Sospeché que estaba realizando un esfuerzo extraordinario para seguir a Luis en sus razonamientos.

—Imaginaos, además, que no se trata de frases o párrafos, sino de simples palabras sueltas. Que, como he dicho, no expresan nada, por separado. En cambio, si las unimos... —Comenzó a pasar lentamente las páginas del libro—. Y eso fue lo que hice. Puesto que había dos tipos de palabras, las subrayadas con color rojo y las otras, con negro, enlacé las que estaban

marcadas con tinta roja: primero *you ought to*, páginas más adelante *go*, luego *up*... muchas páginas más adelante *if*... En fin, he aquí la oración que construí:

you ought to go up, if you want to go down.

»La coma es cosa mía, y creo que no sobra: “Tú debes subir, si quieres bajar”.

—O tal vez «Para bajar, debes subir» —dijo Clara.

—No creo que importe mucho la fidelidad de la traducción. —Luis estaba ya lanzado—. Se trata de un sinsentido, desde luego: si quieres bajar, tienes que bajar, y si quieres subir, tienes que subir, caigamos en el pleonasma y admitamos que se sube arriba y se baja abajo, y que es imposible subir abajo y bajar arriba..., pero lo cierto y lo que me ha llamado la atención es que quien haya subrayado esta frase lo ha hecho con palabras sueltas, es decir, realmente quería decir eso, aunque parezca un contrasentido y una paradoja.

—Un imposible —añadí.

—Cierto, algo imposible, pero ¿por qué él...?

—O ella —se apresuró a decir Carole—. ¿Quién dice que no haya sido una mujer, digo, la que haya marcado esa oracccc... esa sentencia?

Una sonrisa se dibujó en los labios de todos.

—Recién salió la mera vena feminista —dijo Mario—. ¿Por qué estas gringas no pueden hablar sin buscar la parte machista o feminista de las palabras?

Carole le lanzó un pellizco cariñoso que Mario esquivó.

—Yo no digo que no haya sido ella —siguió Luis—, no lo sabemos... tal vez no se trate solo de una persona, sino de varias.

—Sí, pero mezcladas —añadió Mario entre chanzas—: unas pocas mujeres y algunos hombres. ¿Le parece así bien, tesoro mío?

Carole le rodeó con su brazo y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Dejémoslo en *Ellos* —concluyó Luis—. Decidido esto, veamos ahora la otra frase, que es, si cabe, todavía más extraña. Observad, he unido las palabras subrayadas con tinta negra y he aquí el resultado:

aware the man who recognize his face in a looking-glass
— *he's going to take other woman*

»¿Veis lo que os decía hace un instante? Ellos han tenido que echar mano de una terminación, *-ing*, para completar una palabra.

—La traducción es más confusa —dijo Clara—, y no encuentro ningún sentido.

—Ni tú ni nadie —dije yo. Y traduje—: «Cuidado el hombre que reconoce su cara en un espejo, él va a tener otra mujer».

—Literalmente correcta —dijo Mario—, pero prefiero esta otra: «El hombre que se vea en un espejo que ande con cuidado, porque va a tener otra esposa».

—Me gusta más —confirmó Luis—. Es más o menos como yo la había imaginado..., pero no nos aclara las dudas: ¿en qué espejo?, ¿qué hombre?, ¿por qué otra esposa?, ¿acaso ya tiene una, o tal vez es viudo?

—Decís que siempre estoy pensando en feminista —dijo Carole, y Clara le dedicó una sonrisa de confirmación o lástima—, pero, al leer esa frase tengo la impresión de que se trata de una amenaza, de un persa... persa... gio.

—Presagio —la rectificó Mario—, un mal agüero.

—Eso, una mala cosa que le va a ocurrir al hombre ese... al que se ve en un espejo, como si casarse por segunda vez, o tener otra mujer que mantener, fuera una de las peores cosas que pudiera haber sobre la tierra, y por eso le dice *aware*, cuidado, alerta.

—Lo realmente importante —Luis parecía no haberse percatado de las palabras de Carole— es que he hallado estas dos frases, bien definidas, por cuanto que cada una equivale a un color, el rojo y el negro, y eso es, por ahora, lo único que creo que tiene algún valor. No sé qué querrán decir, pero me interesa más saber por qué Ellos las buscaron y las marcaron en este libro.

—¿Por qué precisamente este libro? —pregunté yo—. *Tender is the night...*

María se levantó de la silla como empujada por un resorte invisible.

—¿Y qué hay de las fechas?

—¿Qué fechas? —Mario parecía asombrado.

—¡Claro, las fechas! —Luis cogió el libro de un zarpazo y buscó en la última guarda—. ¡Las fechas de los préstamos! ¿Cómo no había pensado en ello?

Nos mostró un listado de fechas, estampadas sobre la hoja blanca con cuños de diversos colores:

23 dec 1942
4 feb 1943
1 jul 1949
13 jul 1949
28 jan 1955
9 may 1958
5 nov 1982
12 feb 1989
25 nov 1994

—La primera fecha debe indicar la entrada del libro en cuestión en el fondo de la biblioteca. Además, el libro fue publicado en 1934. Se toma en préstamo una vez más al año siguiente, y luego no se vuelve a sacar hasta finales de los cuarenta. Fijaos que no vuelve a tomarse en préstamo hasta nueve años después, esta vez dos veces seguidas, en julio de 1949.

—Quizá se trate de la misma persona, que no pudo leerlo en los quince días establecidos y tuvo que renovar el préstamo —señaló María.

—Es muy probable. La siguiente fecha es de 1955, luego en 1958 y más tarde, ya en 1982 y en 1985, ¡24 años han tardado en sacar el libro, una barbaridad!

—Desde luego Scott Fitzgerald no es un escritor muy leído en Columtown —dijo Mario.

—No creo que sea eso —aclaró Carole—, más bien es que las preferencias se decantan hacia *El gran Gatsby*.

—La última fecha, 1994, es, evidentemente, la mía —concluyó Luis—. No creo que se deba a los gustos de los estudiantes, sino más bien a que hay varios ejemplares más de la novela, editados en distintos años, y los lectores

no siempre utilizan el mismo libro.

Clara abrió los ojos de par en par y miró a Luis.

—Sí, Clarita —dijo él—, no te preocupes, cuando encontré las palabras subrayadas y formé las dos frases, eché una mirada a los otros ejemplares de la obra... y no hay nada, únicamente están en el ejemplar que aquí tenéis. Fue una suerte que fuera precisamente este, y no otro, el que yo cogiera.

—Tal vez sea un persi... —Carole miraba a unos y a otros buscando ayuda—, una mala...

—Un presagio. —Mario salió al quite con su sonrisa mexicana—. Lo que mi vieja quiere decir es que tal vez se trate de un presagio. —Carole asintió y volvió a besar a su enamorado.

—No hay que ser trágicos —dijo Clara—, se trata de una curiosidad, y también de un signo evidente de mala educación. De todos modos las fechas que indican los préstamos no nos han ayudado nada... mejor que lo olvidemos, ¿no?

Seguimos dándole vueltas a aquellas dos oraciones, pero al comprobar que no podíamos llegar a ninguna parte, nuestra conversación se decantó hacia las vacaciones, hacia las anécdotas que años atrás, en nuestras casas, junto a los nuestros, habíamos vivido durante aquel periodo navideño. Mario, que había disfrutado en pocas ocasiones del calor familiar y de las cenas de Nochebuena, afirmaba no tener especial inclinación por aquella festividad.

—Será que hace ya muchos años, desde que era un chamaco, que no tengo, como quien dice, Navidades.

En silencio lamentamos aquello, y dejamos que Mario siguiera hablando.

—Fue separarse mis padres y terminar con la Navidad. Recuerdo que a veces, a lo pronto de haberse divorciado, iba con mi padre a Cuernavaca, a disfrutar de estos días... y al año siguiente me quedaba en México capital con mi madre. En fin, conforme pasaron los años y crecí, mis padres fueron alejándose más de mí, o por mejor decir, yo apartándome más de ellos. El uno se fue a Canadá y la otra se casó con un señor muy estirado y con bigote que habré visto quizás en cuatro o cinco ocasiones... Y yo me quedé más solo que una pita en el desierto.

—Qué triste —se lamentó Carole.

—No lo crean —prosiguió Mario—. Fui de colegio en colegio por toda Norteamérica. Aunque sí es cierto que al principio sentí gran pena cuando llegaban estos días y me quedaba solo en la escuela, en mi habitación. Pero luego, con el tiempo, uno se acostumbra.

Y yo no supe qué decir.

LIBRO SEGUNDO

JALONANDO EL CAMINO

[Leer un libro es pensar en] las muchas manos que lo tocaron antes de llegar a nosotros, esa presencia densa de los volúmenes que nadie ha abierto desde hace años pero que siguen guardando las palabras de un hombre, la mirada y las vidas de quien las escribió y las del lector que se sumió en ellos como en el espejo de su propia conciencia.

A. Muñoz Molina, *Diario del Nautilus*

dicen que la distancia es el olvido

*pero yo no concibo esa razón,
porque yo seguiré siendo el cautivo
de los caprichos de tu corazón.
Supiste esclarecer mis pensamientos...*

Me gustaba fregar los platos mientras los demás, sentados en el comedor o alrededor de la mesa de la cocina, conversaban entre boleros y canciones que nos ensopaban de nostalgia.

Afuera nevaba. Unos días antes, a miles de kilómetros de allí, en nuestra España, habíamos respirado un aire diferente y contemplado un sol distinto y más amable. Las vacaciones navideñas habían concluido con el Año Nuevo.

Yo había regresado el lunes dos de enero, con el tiempo justo para dormir unas horas y reiniciar, al día siguiente, mis clases. Clara y Luis habían vuelto antes de Fin de Año y habían pasado la Nochevieja con Mario en nuestro apartamento. María había regresado el día uno por la noche, enfadada, porque había tenido que escuchar las doce campanadas en un inmenso y solitario aeropuerto, aguardando, casi a punto de llorar, según nos dijo, un avión que habría tenido que recogerla, pero que no lo había hecho porque el mal tiempo se lo había impedido. Y Eric, también solo, la había estado aguardando en su apartamento, ante la mesa dispuesta para recibirla.

Entre la nieve y el frío, entre los errores de nuestros alumnos y las clases de literatura española que recibíamos, transcurrían las semanas bajo la monotonía cotidiana. *Lolita*, la gata de las chicas, nos divertía con piruetas y ronroneos —Mario la había cuidado y alimentado durante las semanas de vacaciones—; Luis y Clara estudiaban y leían entre abrazos y besos, y frente a

ellos, como imágenes reflejadas en un espejo, Mario y Carole los imitaban.

*Reloj, no marques la hora
porque voy a enloquecer.
Ella se irá para siempre
cuando amanezca otra vez*

Algunos fines de semana nos visitaba Eric, a veces también César y Carmen, incluso Lauren se dejaba caer. Y todos cenábamos juntos, en la mesa del comedor, para luego dejar morir la noche en conversaciones y recuerdos. Yo encendía el casete y fregaba la vajilla al ritmo de boleros. Me gustaba observar las formas extrañas de la espuma sobre los vasos o los platos; contemplar la vorágine imparable del agua hacia las cloacas. Y todo ello bajo la suave voz de Los Panchos.

*Si tú me dices ven,
lo dejo todo...*

Tendré que dejar por un momento de escribir. Mi hijo está llorando en la habitación contigua. El pasado, en trazos negros sobre fondo blanco immaculado, resplandece en la pantalla del ordenador. El cursor parpadea nerviosamente mientras acudo a consolar a mi hijo.

—Échale una miradita al niño —me ha dicho (ordenado) mi mujer después de darme un beso leve y salir de casa.

Allá abajo, a casi treinta metros de mí y de los sollozos de mi hijo, debe de andar esquivando el tráfico matutino.

El cuarto está en penumbra, pero aun así distingo la silueta del niño dentro de la cuna, en un rincón de la habitación. Está de rodillas, agarrado a los barrotes, y su rostro blanco y regordete parece ser un sol dentro del cuarto. Me llama como una estrella navideña y yo acudo a él.

—Vaya, mi niño ya se ha cansado de dormir —le digo con la convicción de que no me entiende, todavía no ha cumplido un año de vida; lo abrazo y lo

saco de su cuna—. Ahora se va a venir con su papaíto.

Con el niño en brazos, sintiendo el calor y sus movimientos, salgo de la habitación oscura y regreso a mi despacho. Sigo hablándole, diciéndole ñoñeces en un lenguaje que pretende ser claro —el pediatra nos dijo que debíamos hablarle como a un adulto, para que su cabecita fuera creando el lenguaje del futuro—. Me gusta contemplar su nariz chata y suave, sus deditos regordetes que intentan, siempre, coger todo lo que está a su alcance. Me siento ante el ordenador con el niño sobre mis rodillas. Lo beso una y otra vez porque me gusta sentir su aroma a inocencia, el suave tacto de sus mejillas, la redondez de su débil barbilla.

Mi hijo abre los ojos algo asustado ante el brillo de la pantalla. La intermitencia del cursor llama su atención. Alarga sus manitas para intentar atraparlo, pero el tacto del cristal cálido le incita a lanzar un sonido que traduzco como una señal de asombro y algo de decepción. Sigue pasando las manos por la pantalla.

—Así no voy a poder trabajar —le digo en voz alta, y luego lo beso—. Tendremos que idear algo.

Regreso a la habitación, siempre con el niño en brazos, y arrastro la cuna, que es ligera y está dotada de unas ruedas que se deslizan con el máximo silencio, hasta mi despacho. La coloco a la derecha de mi silla, a la distancia precisa para, estirando el brazo, poder tocar a mi hijo. Vuelvo a besarlo antes de dejarlo dentro de su cuna. No quiere permanecer acostado y yo no insisto. Me gusta saber que, mientras escribo, él está allí agarrado a los barrotes, mirándome asombrado, contemplando el movimiento de mis dedos sobre el teclado, los trazos negros que van surgiendo, como por arte de magia, en la pantalla antes blanca del ordenador.

Oigo abrirse la puerta del piso.

—El niño está aquí conmigo —digo yo—, en el despacho.

Escucho los pasos de mi esposa que entra en la cocina. El sonido de unas bolsas de plástico que se depositan en el suelo.

—Lo oí llorar y tuve que traerlo aquí —continúo diciendo—. ¿Qué tal te ha ido?

—Un asco. —Y ella ya está en la puerta—. Mucho tráfico y mucha gente.

—Siendo sábado, ¿qué esperabas?

—¿Cómo está mi niño?

Y se abalanza sobre la cuna mientras el niño olvida la pantalla y extiende los brazos hacia su madre, que lo coge en vilo, lo besa y lo abraza contra su pecho.

—Tiene hambre —concluye ella—. Primero le doy a él y luego comemos nosotros.

Yo asiento y ella me besa. El niño atrapa mi oreja e intenta coger también mis gafas, pero yo esquivo sus dedos a tiempo.

—¿Y tú, qué tal?

Ella intenta mirar la pantalla pero yo pulso varias veces la tecla del Return y el texto corre a esconderse.

—No me gusta que veas lo que escribo hasta no haberlo terminado.

—No lo entiendo.

—No hay nada que entender. No me gusta —insisto—, y ya está. Me siento mal si alguien me observa escribir. Además, no puedo escribir cuando me miran... ni siquiera cuando hay alguien en la misma habitación.

—¿Qué padre más raro tienes! —le dice al niño que le sonrío abriendo una boca rosada y húmeda—. Vámonos, hala, que se quede solo.

Y se alejan los dos, y me dejan, de nuevo, solo con mi pasado y mis recuerdos.

William Oxley Thompson vio la luz en el año 1870 en la pequeña aldea de Fox, condado de Picaway, al sur de Columtown. Hijo de un laborioso y emprendedor negociante de origen sueco (su apellido original era Oxlemson) y de una elegante y bella dama del este (cuentan que uno de sus antepasados fue pasajero del *Mayflower*), su infancia se desarrolló en un clima agradable y económicamente pudiente debido, sobre todo, al buen estado del negocio maderero que su padre había construido a orillas del río Big Darby.

Muerto su abuelo paterno, a quien nunca llegó a conocer, en una vieja y lejana ciudad de Nueva Inglaterra, el joven William Oxley se encontró con los bolsillos repletos de dólares. Por fortuna, la disciplina, a la que su padre lo

había sometido durante sus años de adolescente, impidió a Oxley malgastar la herencia recibida.

Enamorado de los animales desde niño decidió emprender los estudios de veterinario. Para ello viajó y se instaló en Columtown, la capital del Estado y donde, a la sazón, comenzaban a fundarse los primeros institutos y centros de estudios superiores. Allí estuvo hasta los veinte años, cuando, ante la expectativa de no poder seguir estudiando en los todavía anticuados centros de la capital, decidió viajar hasta Nueva York y proseguir allí con sus estudios.

Llegó a la gran ciudad en 1891 y, a orillas del Hudson, completó sus estudios y consiguió el título de médico veterinario en 1893. Su padre moriría ese mismo año y su madre, encontrándose sola (pues William había sido hijo único a pesar de los muchos intentos del esforzado padre) decidió regresar a su este natal.

Unos años después encontramos a los Oxley, madre e hijo, viviendo en New Haven. El ya veterinario habría de trabajar en los estados de Connecticut, Massachusetts y Nueva York, aunque las rentas acumuladas gracias a la antigua herencia y a la actual, recibida tras la muerte del padre, le confirieron la posibilidad de no prodigarse mucho en sus labores.

Dicen que, quizá cansado por la vida rutinaria y mojigata a la que lo había abocado su madre (que, cuentan, parecía caída o incluso expulsada de una novela de Henry James), o tal vez, huyendo de una futura esposa que no le convencía pero que había elegido concienzudamente la viuda Oxley, se alistó como voluntario en la primavera de 1898 y embarcó hacia Cuba para combatir contra los españoles.

En la isla cálida y exuberante conoció un mundo de ensueño que, desde su agujero en Nueva Inglaterra, no había imaginado que pudiera existir. No disparó una sola bala y (cuentan) ni siquiera alcanzó a columbrar un soldado enemigo. Los, apenas, tres meses que pasó en la isla vivió a las afueras de Santiago, al cuidado de las caballerías de las tropas.

Regresó a su casa con un moreno tan acentuado que su rostro parecía una máscara bajo su cabello rubio y nórdico. Nunca llegó a perderlo totalmente. Dejó en Cuba (sin saberlo) a una jovencita con ojos de enamorada que habían llorado cuando lo vio embarcar, y a un hijo natural al que nunca llegó a

conocer y que habría de morir a los cinco años bajo los calores del sarampión. Y trajo a Estados Unidos (sin que la joven cubana lo supiera) unos recuerdos que lo mitigarían todas las noches solitarias de su vida y una enfermedad venérea (oficialmente ninguna, oficiosamente sífilis) que le impediría, dicen, casarse con ninguna mujer por temor a propagar tan indeseable estigma.

Decidido a perpetuar su soltería y viéndose todavía más solo, pues su madre moriría con la entrada del nuevo siglo, el médico veterinario William Oxley Thompson decidió cambiar de aires y regresar a su Medio Oeste natal. Ejerció durante unos años en Columtown y luego se mudó más al norte, a Illinois. Pasó largas temporadas en Peoria (sus biógrafos afirman que allí conoció a Lee Masters), en Springfield, en Decatur y en Rockford para, al final, instalarse definitivamente en la ciudad junto al Lago Míchigan.

Chicago, en la década de los años veinte y principios de los treinta, era una ciudad próspera y peligrosa. El ya maduro Oxley encontró, en las calles de la ciudad y los tugurios nocturnos, el ambiente que había creído vivir en Santiago de Cuba. En este momento de su biografía, la oficialidad y la oficiosidad se oponen radicalmente.

Según la versión oficial, William Oxley supo invertir muy bien sus ahorros en negocios de madera (quizá siguiendo el instinto familiar) y empresas de transporte. Consiguió acumular una cantidad impresionante de dólares que, milagrosamente, no se vieron perjudicados por la crisis del año 1929.

Según los menos transigentes, William Oxley invirtió su dinero en el transporte de whisky y el contrabando de toda clase de alcohol; llegó incluso a ser dueño de varios garitos clandestinos del centro de Chicago y, al parecer, fue amigo íntimo y personal de Alfonso Capone, a quien visitaba con frecuencia en sus habitaciones del Hotel Lexington. Teniendo en cuenta el aprecio del gángster por los perros (cuentan que varios de sus examigos fueron devorados por una jauría que el conocido delincuente poseía en una de sus muchas propiedades), no puede extrañarnos que Oxley, en su calidad de veterinario, estuviera al cuidado de los antedichos canes.

Fuera cierto o no, lo que sí parece lejos de toda duda es que la fortuna de William Oxley, por un cauce u otro, fue aumentando paulatinamente. En 1935

deja definitivamente Chicago. Algunos dicen que porque ya presagiaba su final; otros, los más puntillosos, señalan que Capone ya languidecía en prisión, condenado a once años de cárcel por evasión de impuestos.

Regresa al sur y se instala definitivamente en Columtown. A miles de kilómetros del río Scioto, el continente europeo es una olla a presión a punto de reventar, pero el anciano Oxley, a sus sesenta y cinco años, está muy lejos de las preocupaciones mundanas: ahora únicamente piensa en perpetuar su memoria. Invitado con frecuencia a las cenas y recepciones de la sociedad más selecta de Columtown, pronto es convencido para que invierta parte de su fortuna en la naciente ciudad universitaria, que pretende, en palabras del joven y emprendedor decano, ser el «faro del Medio Oeste americano».

No creemos que fuera difícil de convencer. Aquejado de múltiples dolencias —bajo los efectos continuos de la sífilis y la presión de unos medicamentos convertidos en actos rituales—, con el rostro de la muerte entrevisto varias veces al otro lado del espejo del lavabo, William Oxley Thompson lega parte de su sustanciosa fortuna para edificar una biblioteca grandiosa que llevaría su nombre y cuya puerta guardaría su estatua. Las tareas de construcción se inician en 1936, pero su insigne promotor nunca llegó a ver concluida la obra. El ilustre veterinario y prohombre moriría en 1939, a los sesenta y nueve años de edad, en su casa de la calle Oak, junto al Museo de Arte de Columtown, tras una noche de altas temperaturas y sueños premonitorios donde creyó ver el contorno de una muchacha morena que lo llamaba con voces españolas y acento dulzón.

La biblioteca fue concluida en 1941 y, junto a la puerta principal, entre las escaleras de acceso y la verde superficie del Óvalo, se alza desafiante la estatua de bronce de William Oxley Thompson, erguido y con la barbilla alzada y desafiante, acariciando con la mano derecha la cabeza de un perro. A los pies, incrustada en el pedestal de granito, una placa da fe de los datos más elementales del filántropo, y de su contribución a la universidad.

El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías... Se ven los pisos inferiores y superiores: interminablemente.

J. L. Borges, *La biblioteca de Babel*

La biblioteca general es una inmensa mole de más de cuarenta metros de altura, distribuidos en once plantas. Espacial e intelectualmente es el centro de la universidad. Equidistante del río Olentangy y de High Street, su posición céntrica y privilegiada le confiere categoría de punto de encuentro y de referencia obligatoria. El inmenso edificio posee forma cuadrangular y su acceso principal está orientado hacia el este, ante la inmensidad del Óvalo. Exteriormente, las tres primeras plantas forman una base mucho más grande desde donde se alzan las ocho plantas restantes, de menores dimensiones.

La primera planta conjuga espacio para los diversos servicios y para la hemeroteca. A los dos lados de un amplio vestíbulo encontramos los aseos y los diversos despachos del personal encargado de la dirección y coordinación del edificio. A la izquierda, un extenso mostrador y unas puertas electrónicas nos indican que acabamos de penetrar en la biblioteca. Frente al mostrador una docena de ordenadores se erige como el archivo principal: la memoria, que atiende al nombre de OSCAR, semeja infinita e inagotable en el control de todos los volúmenes que pueblan el edificio.

Si seguimos andando pronto encontramos la escalera, a nuestra izquierda, que llega únicamente hasta la tercera planta; y junto a esta, dos ascensores que pueden transportarnos hasta la última planta del edificio. Más allá de los ascensores, penetramos en el espacio de la hemeroteca. A poco que nos fijemos advertimos que existen dos escaleras: la principal, la más empleada; y la llamada escalera de servicio, apenas entrevista tras los ascensores, que asciende imparable hasta la última planta, pero su uso es más restringido por exigir mayor preparación física.

En la parte oeste hallamos la biblioteca propiamente dicha. Una serie casi interminable de estanterías, repletas de volúmenes, lo puebla todo. No hay mesas ni sillas que impidan la libre circulación por los pasillos que crean las altas estanterías.

El resto de las plantas, de la cuarta a la undécima, repiten el modelo de las anteriores, pero, al carecer de escalera principal, la línea divisoria viene marcada por los ascensores.

La biblioteca incluye, además, habitaciones y estancias de uso restringido, donde encontramos colecciones especiales o particulares, legadas al fondo universitario bajo la condición de su indivisibilidad. Por otra parte, y en contra de lo que podría pensarse en un primer momento, las distintas áreas de estanterías, a partir de la segunda planta, están divididas en varios recintos. Tabiques alzados sin un orden fijo, dinteles que dan acceso a nuevos salones sembrados de anaqueles, estanterías e incluso vitrinas que cubren la pared, crean en el estudiante una sensación de opresión y pérdida. Las estanterías que se alzan hasta casi rozar el techo confieren a las distintas plantas cualidad de laberinto.

Algún tiempo atrás, cuando todavía no había descubierto el oasis del norte de High Street —la librería gobernada por la muchacha pelirroja—, yo solía trepar, algunos domingos, hasta la última planta de la biblioteca. Esta planta era una especie de cajón de sastre, algo así como una novela en la definición barojiana, donde se amontonaban los libros de todas las disciplinas: Henry Miller —sus libros más manoseados, más estropeados por el uso tal vez no siempre casto— compartía estantería con los consejos de Kempis; tratados de lógica cartesiana se erguían junto a las ideas nebulosas y nada sólidas de eminentes psicólogos de impronunciable nombre alemán; y apenas distanciados por varios anaqueles, Karl Marx y Adam Smith se lanzaban improprios. Aquella planta devenía, a pesar de ser la más elevada, el poso de la biblioteca: cobijaba los libros más desgastados por el uso, los volúmenes repetidos hasta la saciedad, los tomos de tan ínfima calidad que no merecían ocupar un lugar en las estanterías de sus respectivas plantas. Allí me gustaba encontrar conjunciones extrañas, emparejamientos caprichosos creados por el azar o la mano de algún encargado: ensayos sobre y contra Lenin junto a una hagiografía de De Gaulle; varios libros sobre la teoría del asesinato de Kennedy junto a un ejemplar con las tapas rotas y medio colgando de *Chacal*, de Frederick Forsyth. Recuerdo que en una ocasión llegué a contabilizar, repartidos entre las diversas estanterías, veintisiete biografías de

Lincoln, todas ellas en inglés, y que al parecer carecían del rigor y la seriedad que las hubieran hecho ingresar en la sexta planta, la dedicada a los libros de Historia y a las Memorias.

el mundo patas arriba

—En efecto, Ned Land, y, sin embargo, yo hubiera deseado saber lo que hay detrás de esa inmensa mole. No hay cosa que más irrite que una pared.

—Tiene razón el señor —dijo Consejo—. Los muros se han inventado para desesperar a los sabios. No debería haber muros en ninguna parte.

—Pero —repuso el canadiense— ahí detrás ya sabemos lo que hay.

—¿Y qué hay? —pregunté.

—Hielo, y siempre hielo.

Julio Verne, *20.000 leguas de viaje submarino*

De repente el mundo se nos vino abajo, desaparecieron los paseos por el río, el fútbol y los caliqueños; dejó de existir la nieve que nos cubría y nos acompañaba en los sueños; dejaron de existir César y sus pinturas; para algunos, sobre todo para Luis, quizá también un poco para Mario, dejaron de existir las clases y los exámenes. Y la vida se redujo a las cuatro paredes del apartamento de las chicas —al comedor, a la cocina—, se delimitó a las salas infinitas de la inmensa biblioteca, a los libros abiertos y a los once pisos recorridos una y otra vez. La existencia se redujo a libros, a citas, a palabras subrayadas con tinta roja o tinta negra, a números, a cifras envueltas en un círculo que no nos decían nada pero que nosotros uníamos como si con ellas nos fuera la vida, porque, al fin y al cabo, buscábamos en aquel juego, en aquella Trama inventada o descubierta, una justificación a nuestra existencia, algo que nos produjera la sensación de ser útiles.

Enfebrecidos, intentando alcanzar algo que ignorábamos completamente, durante los meses que duró la Trama, dejaron de existir los profesores y los alumnos, el Óvalo, el Mirror Lake, las tutorías, los líos amorosos de Brian;

dejaron de existir las copas de los sábados, el cine al que Eric nos llevaba. Era como si el mundo se hubiera frenado cinco metros antes de alcanzarnos, y nosotros hubiéramos levantado un muro de libros y de papeles y de citas.

—Es un camino —había dicho Mario una tarde, quién sabe si aquella en que todo había comenzado—. Un camino que debemos recorrer, que va desde el primer libro hasta el último de esta biblioteca, una ruta jalonada y marcada; es un camino que no sabemos dónde nos llevará, tal vez a ningún lado, porque no nos importan la presa, la meta, el logro final... Es la realización del camino lo que nos salva y nos renueva.

Lo importante era andarlo. Y nosotros lo transitamos: surcamos mares y océanos de anaqueles y salas; atravesamos, abriéndonos camino a machetazos, selvas densas y espesas de palabras y libros; ascendimos a cordilleras gélidas y profanamos simas donde el aliento de dragones legendarios nos quemaba las cejas y el vello de los brazos. Anduvimos de un extremo a otro la inmensidad de la biblioteca, el horizonte infinito e inalcanzable de nuestros deseos y nuestras carencias... y lo que sigue es el cuaderno de bitácora, la crónica de aquel viaje, de aquel descenso a nuestro propio infierno, a la contemplación final del rostro verdadero y arcano de nuestra alma.

Han pasado tres años, pero parece que solo hubieran transcurrido unos días, unas semanas a lo sumo. Recuerdo la llamada a la puerta, muy temprano. Recuerdo mi pereza al desalojar la calidez de la cama y las sábanas, el silencio que poblaba el apartamento. Recuerdo el rostro sonriente de Luis tras abrir la puerta, el vaho espeso que surgió de su boca cuando me habló, el helor de la mañana del primer sábado de febrero.

—Os espero arriba —dijo. Traía su mochila colgada del hombro y un gorro negro de lana que le cubría hasta mitad de las orejas—. Avisa al mexicano. —Se dio la vuelta y emprendió la marcha hacia la escalera.

Me quedé un momento bajo el dintel de la puerta abierta, observando sus pasos lentos pero seguros, su ascenso hacia el piso de las chicas. No había nieve en la calle ni en los tejados de las casas. Hacía más de una semana que no había caído ni un solo copo, pero el frío y la humedad cubrían la ciudad

con una pátina de frondosidad y niebla eterna.

Me retiré y cerré la puerta.

—¡Mario! —Escuché sobre mi cabeza la llamada de Luis sobre la puerta de las chicas—. ¡Luis nos espera!

Un insulto surgió de su cuarto.

—¡Es muy pronto!

—No me lo digas a mí. Eso lo discutes tú con él. Está arriba.

Cuando llegamos al piso de las chicas, Luis nos aguardaba sentado ante la mesa del comedor. Había dejado la mochila sobre la mesa y estaba buscando un libro que, al fin, extrajo y me alargó. Lo cogí.

—¿Recordáis el libro?

Clara y María, que estaban más cerca de mí, alargaron el cuello para poder leer el título.

—*Tender is the night...* de Scott Fitzgerald —leyó María en voz alta—. Desde luego que sí... las famosas frases sinsentido.

—Buena memoria —admitió Luis—. Fue antes de Navidad, antes de irnos de vacaciones. Os comenté que había encontrado una serie de palabras subrayadas con dos tipos de tinta.

—Negra y azul —aventuró Clara.

—No del todo... Negra y roja. Las palabras en cuestión formaban dos oraciones, ¿recordáis?

Clara me había arrebatado el libro y buscaba las palabras de marras.

—No te esfuerces, cariño —dijo Luis y extrajo una hoja doblada de su bolsillo trasero.

María recogió la hoja y la fue desdoblando lentamente. La hoja estaba dividida en dos columnas. A la izquierda Luis había copiado literalmente las oraciones halladas en el libro, y las había subrayado con sus correspondientes trazos negros o rojos; a la derecha estaban las traducciones al español, que Clara leyó en voz alta:

*Pobre de aquel que se vea en un espejo,
porque tendrá una segunda esposa.*

—No es una traducción muy literal —se disculpó Luis—, pero creo que recoge el sentido real del mensaje.

Clara leyó la siguiente frase:

Para bajar, necesariamente has de subir.

—La frase con tinta negra y la frase con tinta roja —aclaró Luis. Advertí que había leído suficientes veces aquella hoja para acertar con los colores—. ¿Y bien?

Fue ahora Mario quien habló:

—¿Y bien qué? Esas frases son dos carajos. No tienen ni pies ni cabeza, ningún sentido... y no creo que quieran decir nada. Ya lo comentamos hace un tiempo.

—Sí y no —le recriminó Luis—. No tienen sentido para nosotros, es evidente, pero sí lo tienen, o lo tuvieron, para alguien. Pensad por un momento que no se trata de dos oraciones escritas por el autor... por Scott Fitzgerald, en este caso.

—¿De qué hablas? —fueron las primeras palabras de Carole.

—Está bien claro. No se trata de unas oraciones, dos, tres, o cien, que un lector haya subrayado por gusto o por falta de educación. —Y lanzó a Clara una mirada cómplice que me taladró el esternón—. Se trata de algo más. Aquel o aquellos que subrayaron estas palabras, y perdonad que me repita, ¡subrayaron precisamente estas palabras y no otras! Quiero decir que Ellos querían formar estas dos oraciones, y no otras: ¡¡precisamente estas dos oraciones!!

Otra vez el silencio, pero solo unos segundos.

—Desde luego es lógico —admití—. Quien subrayó...

—Ellos... mejor llamémoslos: Ellos —aconsejó Luis.

—Bien, decía que Ellos subrayaron precisamente un grupo de palabras que en su conjunto formaron dos oraciones. No se trata de una oración escrita por el autor del libro, sino extraída de este a partir de las palabras empleadas por Fitzgerald.

—Correcto.

—Lo cual —proseguí— viene a ofuscarnos más, si cabe, el significado de las dos oraciones.

—Incorrecto —sentenció Luis—. Tu razonamiento es correcto en su inicio, pero remata con una idea equivocada. Creo que el hecho de que se trate de unas palabras buscadas con un fin concreto, me refiero a la construcción de dos oraciones, aclara bastante el panorama.

María intentó refutar aquellas palabras pero Luis no se lo permitió:

—De acuerdo con que el significado de las dichas frases se nos escapa. Hasta ahí estamos todos conformes.

—Desde luego que sí —corroboró Mario.

—Pero el otro dato, la búsqueda de palabras concretas, nos es altamente revelador. Está claro que se trata de un mensaje. —Calló un instante—. Para ser sincero debo admitir que os llevo cierta ventaja —concluyó.

Por un momento aquello nos confundió. No habíamos olvidado el tema de nuestra conversación, pero aquellas palabras parecían no encajar. Nos observó lanzándonos una sonrisa benefactora y continuó:

—Desde que encontré, por casualidad, estas dos frases... porque de eso no me cabe la menor duda: no se trata de teorías o hipótesis, las oraciones están ahí, desperdigadas a través de varias páginas, formadas mediante unas palabras concretas y, lo que es tal vez más importante, subrayadas con dos colores de tinta diferente... las oraciones existen, y no son invenciones mías. —Calló y nos miró buscando nuestra aprobación.

—De acuerdo. —Clara habló por todos nosotros—. Sigue.

—Sigo. Desde que las encontré, las dichas frases no dejaron de dar vueltas en mi cabeza. Resultaba evidente que Ellos se habían tomado la molestia de subrayarlas con dos colores para diferenciarlas, así que decidí pensar en ellas de modo independiente.

Lolita maulló al entrar en el comedor, y se desperezó en el mismo centro de la habitación, sin que ninguno de nosotros le hiciera el menor caso.

—La primera oración, «Pobre de aquel que se vea en un espejo, porque tendrá una segunda esposa», me pareció, desde luego, una amenaza o un augurio bastante funesto.

—Casarse en segundas nupcias es, desde luego, algo bastante malo —

comentó Mario.

—No veo la gracioso —irrumpió Carole.

Y Mario estalló en una carcajada enorme y profunda, no sé si por la oración o por el error gramatical de Carole.

—Al margen de la chanza —Luis parecía hablar desde otra dimensión, como si nada de todo aquello, nosotros, el comedor, la fría mañana de febrero, las miradas amorosas y recriminatorias entre Mario y Carole, le importase gran cosa. Luego, más tarde, supe que la Trama ya lo había engullido, ya lo había atrapado en sus zarpas viscosas y obsesionantes. Pero aquella primera mañana nada del miedo, que vendría más tarde, se dejaba ni siquiera entrever —, he de confesar que esta frase me derrotó, me sigue derrotando. No sé qué misterio se oculta entre sus palabras, ni sabemos de dónde proceden estas ni adónde nos pueden conducir.

—¿Adónde? —preguntó María.

—Bien. —Aquello significaba que las dudas que habían surgido de su relato se clarificarían con el discurrir de su narración—. Deseché, pues, todo intento de interpretar o buscar el origen de esta oración, y me puse a cavilar sobre la segunda, la que me habían mostrado las palabras subrayadas con tinta roja. Es un enunciado más breve, pero igual de críptico: «Para bajar, necesariamente has de subir». La primera oración era extraña, pero esta segunda era absurda y contradictoria. Si me permitís ser redundante debo decir que la única manera de bajar es bajando, y desde luego no, y nunca, subiendo.

—Es otra estupidez, como la anterior... en forma de pleonasma, pero estupidez a la postre. —María parecía estar impacientándose; pero los demás, en silencio, aguardábamos expectantes la solución final, deleitándonos con los pasos, deteniéndonos en las estaciones que había tenido que recorrer Luis para llegar a la meta y (su sonrisa lo delataba) al éxito.

—No, no es como la anterior —aclaró Luis—. La primera oración no es un sinsentido. Desde luego que no sabemos el verdadero significado, pero el mensaje es una idea clara. En cambio, esta frase es, *per se*, contradictoria, y semánticamente imposible puesto que supone la conjunción de dos antónimos.

—Y de dos antónimos recíprocos y de inversión, para más inri —aclaró, u

oscureció, Mario, cuyo fuerte era el lenguaje más que la literatura.

—Bajar niega a subir, y viceversa. Y al mismo tiempo se implican mutuamente. Ocurre como en la pareja abrir-cerrar: coinciden el objeto de la acción y el sujeto, y no puede existir un término sin el otro. Así pues, y sin saber muy bien por qué motivo en particular, supe que la paradoja o contradicción que me proponía la oración de marras no me era del todo desconocida.

Carole se levantó y fue hacia la cocina para dejar la taza de leche, ya vacía y fría entre sus manos.

—Me hice varias preguntas. ¿Dónde, en qué mundo habría de ser necesario bajar para subir? ¿Tal vez en una galaxia o en un planeta donde las nociones de arriba y abajo no fueran las terrestres, las humanas?

—En ningún lugar de la Tierra podría tener esta frase sentido alguno —sentencié—. Desde luego, esta debe remitir a otro planeta, o a otro universo. Qué sé yo. Un absurdo.

—Eso mismo pensé yo. Y, por eso, durante varias semanas, no pude hallar la solución. Hasta que el miércoles pasado, y casi milagrosamente, comprendí lo errado de mi razonamiento, cuando tenía la solución continuamente ante mis ojos. —Calló unos segundos, como si tomara impulso. Nos contempló sonriente, con esa actitud que se descubre en el maestro cuando alecciona a sus discípulos—. Mientras me afeitaba, el miércoles por la mañana, antes de las clases, lo comprendí todo... y me corté.

Y entonces nos narró, con todo tipo de detalles, cómo se había enjabonado el rostro, y cómo había dejado correr el agua caliente contra la pila del aseo, y el vapor había ido ascendiendo hasta casi empañar el espejo. Había pasado lentamente la cuchilla por sus mejillas y a la altura del mentón, donde el rostro se transforma en hueso y en prominencia, un mal deslizamiento había hecho aflorar la sangre.

—Y entonces lo vi todo claro. Cerré el grifo, limpié el cristal y me contemplé en el espejo.

Todavía a medio afeitarse, con la mejilla derecha limpia de jabón blanco y de barba, y la izquierda todavía cubierta, con la sangre aflorando lentamente de su mentón derecho.

—¡Me había cortado en el lado derecho, en *mi* lado derecho! Pero la imagen del espejo me mostraba un rostro con un pequeño corte en el lado izquierdo, ¡¡en *su* lado izquierdo!!

Y entonces comprendió que sí existía en la Tierra, en nuestro mundo, un lugar, un espacio, donde la inversión era la realidad.

—El espejo —dijo Clara. Y su voz sonó algo decepcionada.

El misterio, el camino que nos conduce hasta él, es siempre más interesante que la solución final. En aquel volcamos nuestros deseos y esperanzas; en esta no podemos invertir ni un ápice de ilusión porque la realidad lo delimita.

—Razoné que si el espejo era un lugar dominado por la inversión, que si es el único lugar de este planeta donde la inversión tiene carácter de verdad y realidad, solo en un espejo una oración como «Para bajar, necesariamente has de subir» podía tener allí cabida, podía adquirir allí su correcto significado, lejos de contradicciones o de paradojas.

—De acuerdo —admitió María—, la oración nos habla del «espejo», ¿pero a qué nos conduce eso?, ¿tal vez se refiera al «espejo» que se menciona en la primera oración?

—Por un momento, mientras seguía afeitándome, pensé en ello, pero enseguida lo deseché. Ellos se habían cuidado de separar, mediante colores distintos, los dos enunciados. No, no tenía nada que ver con la primera oración. —Se levantó de su silla y se inclinó sobre la mochila—. Pensé en espejos, e inmediatamente supe dónde buscar y qué buscar.

Extrajo un libro de la mochila y lo depositó sobre la mesa.

—Hablamos de literatura. —Por un momento no supe con certeza a quién se refería, quiénes se aglutinaban alrededor de aquel plural. Entonces creí que nos incluía a nosotros; ahora sé que también pensaba en Ellos—. Hablamos de libros... Tal vez de muchos libros...

Y nos lanzó una mirada invitándonos a alzarnos de nuestros asientos y acercarnos a contemplar el libro que había dejado sobre la mesa. Era un volumen con las tapas duras y marrones, y los bordes pelados por el uso y los años.

LEWIS CARROLL'S
THROUGH THE LOOKING-GLASS,
AND WHAT ALICE FOUND THERE

—*A través del espejo, y lo que Alicia encontró allí*, de Lewis Carroll — tradujo Clara.

—¿*Alicia en el País de las Maravillas*? —preguntó Mario.

—No exactamente —aclaré—. Se trata de la segunda parte.

—Fue escrita seis años después de la primera, en 1871. —Luis prosiguió con la explicación—. Y si la primera era un poco complicada, esta se lleva la palma. No hay página, por no decirte oración, donde Carroll no introduzca alguna paradoja o contradicción o juego lingüístico... O todo a la vez.

Cogí el libro y comencé a hojearlo lentamente. De cuando en cuando aparecía una ilustración, un dibujo con tinta negra, sin colores, siempre con la silueta inequívoca de la pequeña Alicia: en un bosque de flores gigantescas con rostro y rasgos humanos; ante varios personajes idénticos y absurdos; sentada, en lo alto de un muro, junto a Humpty Dumpty.

—Por suerte encontré esto. —Luis recurrió de nuevo a su mochila y extrajo otro libro: *Alicia a través del espejo*—. Es una traducción al castellano, que, al menos, me ha ahorrado bastante trabajo.

Las chicas me arrebataron el libro y comenzaron su inspección. *Lolita*, ignorada por todos, abandonaba el comedor y se encaminaba hacia la cocina. Seguí su trote lento y resignado hasta que mis ojos se toparon con el reloj de la cocina. Eran más de las once. Llevábamos más de dos horas escuchando a Luis, dejándonos embelesar por sus misterios y sus redes.

—En pocas palabras —Luis reinició su narración— os puedo resumir el contenido del libro: Alicia penetra dentro del espejo que cuelga sobre la chimenea de su salón. Evidentemente, allí todo es al revés y, puesto que se trata de un libro infantil, todo tiene vida y se humaniza, los muebles, los insectos, los árboles y las flores, etcétera. Como está en la otra cara del espejo, es decir, dentro de un mundo donde la inversión es el factor real, Alicia debe actuar al revés: si quiere desplazarse hacia la izquierda, debe caminar hacia la derecha; si quiere ir hacia la puerta de la casa, debe ir en

sentido contrario a la puerta de la casa, dándole la espalda. Y por tanto, y ahora es donde nuestra frase tiene sentido, si quiere subir al segundo piso, debe bajar, o viceversa.

Nos había convencido y lo sabía. Sonrió satisfactoriamente mientras se dejaba caer, de nuevo, sobre la silla y apoyaba el brazo en la mesa. Nosotros permanecíamos de pie, con la mirada dividida entre él y los dos libros, el original inglés y su versión en castellano, que nuestras manos paseaban de unos a otros. De repente, el silencio se rompió.

—¡Una palabra! —gritó Carole—. ¡Y otra... y otra palabra más!

Tenía entre sus manos la novela original y, como si sus gritos hubieran sido un toque de rebato, nos abalanzamos sobre ella, estorbándonos unos a otros, intentando ver alguna de aquellas palabras que la habían hecho gritar de aquel modo.

—Calma. —La voz de Luis sonó como un sedante, y todas nuestras acciones se detuvieron—. Si algo me convenció de que este libro era la referencia a la que aludía la oración anterior son, precisamente, esas palabras. —Calló por un momento, y las luces del semáforo, a su espalda, en la calle, cambiaron al color rojo y una aureola sanguinolenta apareció a su espalda—. Sí... también aquí hay palabras subrayadas con tinta negra y con tinta roja.

Carole, que conservaba todavía el libro en sus manos, comenzó a pasar hojas rápidamente; a su lado, Mario, intentaba localizar algún trazo, algún color, que lo ayudara a identificar las palabras buscadas.

—No estaría de más que me invitarais a un trago de algo, aunque fuera agua —dijo Luis—, tengo la garganta seca.

Mientras Clara se alejaba hacia la cocina, Luis recuperó el libro que tenía Carole.

—¿Tenéis un bolígrafo? —preguntó.

Y al pronto, Clara regresó con la botella de zumo de naranja y un par de vasos.

—Ayudadme con los vasos —se quejó—, yo no puedo con todo.

Me levanté solícito y acudí a la cocina. Encontré los vasos en el armario que colgaba sobre el fregadero.

—Hay un bolígrafo en la mesa —dijo María—. Harán falta cuatro vasos

más.

Volví a la mesa y durante unos minutos reinó el silencio. Nos servimos el zumo y lo bebimos lentamente, observándonos los unos a los otros, enmarcando sonrisas tras los vasos anaranjados. Un clima de tensión y de ilusión se había apoderado de la habitación y de todos nosotros. Sin decirlo, sin pronunciar una sola palabra, solo a través de nuestros ojos y nuestros labios, advertíamos que estábamos a un paso de penetrar en una cueva, en un misterio que nos atraía y que (todavía lo ignorábamos) iba a marcar nuestra existencia para siempre. Por aquel entonces, antes de que Luis siguiera narrándonos sus descubrimientos, antes de que compartiera con nosotros sus hallazgos, pensábamos que nos disponíamos a iniciar un juego ágil e interesante que nos ayudaría a sobrevivir durante los fines de semana lentos y aburridos, que nos ayudaría a sobrellevar más amablemente el invierno interminable y blanco que nos envolvía; un juego que suponía un descanso de los libros y las clases, de los alumnos y los profesores, de los exámenes y los trabajos. Pero entonces no advertimos que estábamos al borde de un precipicio, que la cueva que se alzaba ante nosotros no nos regalaba con el solaz y el descanso, sino que era la entrada a los mismísimos infiernos.

—Toma —me dijo Luis mientras me entregaba la página donde ya estaban escritas las dos oraciones anteriores—, tú que tienes buena letra, puedes escribir lo que te dicte.

Me hice un hueco en la mesa, entre los vasos, la botella de zumo y los brazos y codos de todos nosotros, y decidí ordenar la página. Escribí un 1, envuelto en un círculo, junto a las frases anteriores, luego tracé una línea horizontal y escribí un 2, también dentro de un círculo.

—Separemos cada cosa, y así luego no nos confundiremos —dije, intentando justificar mis actos.

Pero Luis no me escuchaba porque estaba pasando las hojas, lentamente, observando y buscando unos trazos que subrayaran unas palabras.

—Primero la oración con tinta negra —dijo, y comenzó a dictar palabra a palabra, conforme iban apareciendo ante sus ojos, con cada página que pasaba —: *who looks at... oneself... falling...* —y de cuando en cuando se escondía bajo un mutismo total, apenas profanado por el roce de las páginas—... *in a*

pit... he'll found... what he's looking... for... Creo que ya está... sí, ya está. No me dejo ninguna.

Terminé de escribir y pedí un bolígrafo negro y otro rojo. María se levantó y sin decir nada dejó el comedor. A los pocos segundos volvió con mi demanda. Leí la oración mientras la subrayaba con trazos negros: *who looks at oneself falling in a pit, he'll found what he's looking for.*

—Otro misterio —musitó Mario con una intensidad casi inaudible.

—«Quien se ve a sí mismo cayendo en un pozo, encontrará lo que está buscando» —tradujo Clara—. Desde luego, parece claro que tiene relación con la oración del libro anterior.

—Sí, se trata, sin duda, de un presagio o una premonición —clarificó Luis—, y de nuevo alude al hecho de «verse uno a sí mismo». O de verse, como antes, en un espejo.

—Vamos por la otra —dijo Carole, que no dejaba de morderse las uñas mientras Mario, siempre vigilante, intentaba impedirselo.

Luis carraspeó un momento y comenzó a hojear el libro, desde el inicio.

—Recuerdo que ayer, cuando al fin lo saqué de la biblioteca, encontré esta oración muy agrupada. —Y sonrió con algo de complicidad no compartida—. Si es que es una oración... Copia. —Y comenzó a dictar. Al principio no comprendía nada, luego, cuando concluyó, advertí que no se trataban de palabras, sino de letras—. *Ene... E... Te... Ele... E... Uve doble...* —Luego siguió un largo silencio y el paso de muchas páginas—. *Cero... Ocho...*

—¿Qué? —La pregunta de Clara era el asombro de todos.

—Mirad. —Y nos mostró una hoja ocupada íntegramente por lo que parecía un poema, a juzgar por su disposición en versos y estrofas. En él se advertían claramente una serie de letras subrayadas con tinta roja:

NETLEW

Y más adelante, también aparecían subrayados con tinta roja algunos números de las páginas: un 0 y un 8.

Escribí la secuencia completa, y la subrayé con un trazo rojo:

NETLEW08

—Joder —exclamó Mario—. ¿Y ahora qué? Porque si la oración anterior era difícil... ¡No les digo nada de esta!

—Desde luego una cosa está clara —dije.

—Yo no veo nada claro —me reprochó María.

Luis me lanzó una mirada de complicidad que me movió a seguir hablando.

—Lo que está claro —seguí yo, ahora más fortalecido— es que, si lo comparamos con las oraciones anteriores, se trata de una secuencia paralela. Me explico: la primera oración, la que está señalada con tinta negra, forma parte de un texto o un mensaje más extenso; la segunda oración, aquella marcada con tinta roja, nos indica el modo de acceder a otro libro, a otro fragmento de texto subrayado con tinta negra.

—¡Bravo! —gritó Luis, y yo me bebí el poco zumo que todavía quedaba en mi vaso—. Exacto. No lo hubiera dicho mejor: estamos ante un camino, muchachos. Hay un mensaje escondido en los libros de la biblioteca, y está repartido en varios de ellos. Debemos buscar esos libros, localizar el fragmento pertinente y así, poco a poco, libro a libro, ir configurando el mensaje completo.

—Es un juego —dijo María, y su rostro expresó una sensación de satisfacción—, es un juego.

—Sí, es un juego que nos debe conducir a una meta, a una solución que puede ser apoteósica. —Ahora Luis estaba eufórico.

—O a una mierda. —Clara era directa—. ¿Quién sabe qué hay al final del camino? ¿Y si no hay nada? ¿Y si hay, qué sé yo, solo una carta de amor de algún adolescente, que se ha entretenido jugando a los jeroglíficos, a los laberintos?

—¿Y qué importa? —Era Mario ahora quien había recogido el testigo de Luis—. ¿Y qué importa si al final del camino no hay nada? Lo importante es recorrer ese camino, es buscar y alcanzar cada jalón, cada pista, cada clave que nos han ido colocando nuestros antecesores. Es el juego por el juego, sin mayor recompensa que el disfrute y la resolución de las pistas.

—Hemos de recorrer el camino que Ellos han creado, hemos de seguir el hilo que discurre por ese laberinto de libros —Luis hablaba con la mirada perdida en la infinitud de las paredes blancas—, hemos de recrear la Trama que la suerte ha depositado ante nuestra puerta.

Y desde ese momento, con un acuerdo tácito pero unánime, el invierno habría de consistir en intentar clarificar la Trama que Ellos habían elaborado quién sabe cuánto tiempo atrás, quién sabía para qué.

—Lo que podríamos hacer ahora, antes de seguir, es comer un poco —dijo Clara.

Era más de la una del medio día. El tiempo había volado sin darnos cuenta. Me alegré pensando que tal vez aquel invierno habría de discurrir tan rápido como un río salvando angostos precipicios, que apenas habríamos de notar el paso de los meses y el frío y la nieve, sumergidos en la Trama, cavilando e imaginando soluciones a pistas cada vez más complicadas. Sin embargo, poco tiempo después supe que estaba equivocado, que cuando la Trama nos envolviera por completo, el tiempo se convertiría en una sustancia pastosa y viscosa que nos pegaría al suelo y nos impediría caminar, que emborronaría nuestra mente y nuestros impulsos con una obsesión que nos privaría del sueño y nos traería el miedo. Pero por aquel entonces todavía éramos desconocedores del futuro que nos aguardaba, todavía estábamos ilusionados con el juego que habíamos iniciado.

Retiramos los vasos, la botella, los libros y la hoja —donde más adelante habrían de quedar escritos para siempre los jalones de nuestro camino, y también nuestros tropiezos y nuestras miserias—, pusimos el mantel de hule y volvimos a colocar los vasos y la botella, mientras que los libros y la hoja fueron desplazados momentáneamente y depositados sobre el sofá.

Preparamos una comida fría que devoramos, más que degustar, con la misma velocidad vertiginosa que habíamos invertido en elaborarla. Apenas hablábamos. Luis nos observaba y sonreía. Sin proferir una sola palabra supimos que aquella tarde y aquella noche del sábado —del primero de muchos sábados sumergidos en la Trama— escondía nuevas sorpresas y gratas

noticias. Mirábamos de cuando en cuando la mochila, a un extremo del comedor, junto al sofá, y sabíamos que de allí saldrían, de nuevo, otros libros y otras esperanzas. A veces *Lolita* maullaba a nuestros pies y entonces, maquinalmente, Clara o Carole le arrojaban un trocito de pan o de fiambre. La gata devoraba las dádivas y regresaba junto a la mochila, o saltaba encima del sofá y permanecía enrollada sobre sí misma, observando nuestro silencio y nuestro masticar.

Podría jurar que no invertimos más de media hora en preparar y acabar con la comida. No miré el reloj. Concentré toda mi energía en la rapidez de la deglución y todo mi pensamiento en las letras —*N E T L E W 08*— que habíamos hallado. Entre bocado y bocado contemplaba al resto de mis compañeros y advertía en sus miradas, en su silencio, en el movimiento lento pero preciso de sus mandíbulas, que también la imagen y el recuerdo de aquellas letras dominaban su mente y regían sus acciones.

—¡Y ahora a trabajar! —dijo Luis.

Retiramos platos y cubiertos, botellas y vasos que pudieran entorpecer nuestra labor. Recogimos el mantel y volvimos a colocar los libros sobre la mesa.

—¿Y por dónde empezamos? —pregunté.

—Desde que ayer encontré las palabras estuve dándole vueltas y no hallé ninguna solución plenamente satisfactoria, pero sí muchas sugerencias que tal vez desemboquen en alguna solución. Lo primero que hice fue consultar un buen diccionario —miró a Carole—, pero no encontré nada. *NETLEW* no existe como voz inglesa.

—«Net» existe y significa «red» —dijo Carole—; pero desconozco que exista «Lew», y desde luego, la unión de las dos tampoco lo tengo muy claro que exista.

—No, no existe —afirmó Luis—. La busqué a conciencia pero no pude encontrar una palabra que mínimamente se le acercase. —Le gustaba hablar de pie, así que se alzó de la silla y comenzó a moverse por el comedor—. Procuré centrarme solo en las letras, y decidí que las cifras, 08, serían un problema a tratar más adelante.

Uno de nosotros preguntó qué posibles soluciones podíamos encontrar

para avanzar.

—Criptografía.

Hubo un silencio únicamente roto por Carole.

—¿Grit... qué?

—Criptografía —repitió Luis. Mario habló a Carole en el oído y esta asintió—. Pensadlo por un momento. ¿Qué es la criptografía? Consiste, en pocas palabras, en la ciencia o arte o técnica dedicada a cifrar y descifrar mensajes. La Trama gira en torno a algo similar, ya lo hemos comentado hace un momento. Se trata de la transmisión de un mensaje entre diversos individuos, desde luego, estos individuos no quieren que ningún tercero se inmiscuya en sus asuntos. ¿Cómo evitarlo? Recordad que la oración que encontramos en *Tender is the night* era un mensaje en clave. Lo suficientemente confuso para que ninguna persona ajena a la Trama pudiera adivinarlo fácilmente, pero no tan intrincado como para que la persona receptora no pudiera acceder a él.

—Pero no se trataba de un mensaje criptográfico —comenté.

—No, porque Ellos habían encontrado una serie de palabras que utilizaron para formar una oración. Pero la pista que tenemos ante nosotros está compuesta de letras, no de palabras.

Se puso de cuclillas ante la mochila y comenzó a buscar en su interior. Aquel sábado llegué a creer que la mochila de Luis era el sombrero de un mago.

—Observad —dijo, y nos tendió una hoja fotocopiada y un nuevo libro.

Habíamos desplegado el folio sobre la mesa y permanecíamos en silencio, contemplando dos figuras circulares formadas por varios anillos concéntricos repletos de letras y dígitos.

—Son dos rótulas de Tritemio.

Carole parecía no comprender nada y continuamente hablaba en voz baja con Mario, pero este, atento a las palabras de Luis, le requería silencio y paciencia.

—Tritemio fue todo un personaje que vivió entre los siglos XV y XVI. Creó una serie de lenguajes secretos, criptográficos, que serían utilizados para la transmisión de mensajes militares. Las rótulas, que así se llaman y que aquí

veis, servían tanto para cifrar los mensajes como para descifrarlos. En cuanto al libro —y cogiéndolo lo puso sobre la hoja—, se trata de *Ensayos y críticas*, de Poe. Es una traducción de Cortázar, y siempre lo suelo llevar encima porque uno de los artículos que lo forman es «La filosofía de la composición».

—Vaya —se asombró María—, ¿el ensayo sobre *El cuervo*?



—El mismo. Pero recordé que uno de los escritos era un tratado sobre criptografía, así que lo consulté. —Ahora nuestras miradas estaban divididas entre las rótulas de Tritemio y el libro de Poe—. Viene a decir lo mismo que Tritemio, puesto que habla de cómo cifrar y descifrar un mensaje mediante un método criptográfico. Os pondré varios ejemplos. Tomemos la palabra «árbol». —Y la escribió en la hoja.

»Empleemos la primera rótula. En el círculo externo aparece el abecedario originario, y en el círculo interno vemos el abecedario que hemos de utilizar para transcribir crípticamente la palabra «árbol». La A equivale a la C, la R a la T. —Mientras hablaba iba escribiendo las equivalencias—. Y así hasta que vemos que «árbol» se transcribiría como “ctdqñ”. Si, en cambio, utilizamos la segunda rótula, el resultado es todavía, si cabe, más críptico. —Rápidamente comenzó a buscar las equivalencias y a escribirlas, hasta que completó la palabra “Duero”—. Ya os lo decía, si la primera expresión era evidente que procede de una escritura criptográfica, en esta segunda no encontramos, casualmente, nada que nos haga pensar en su origen críptico, y por tanto resulta más difícil, pues deja al receptor sin una base sólida de la que echar mano.

—¿Pretendes decirnos que NETLEW es una palabra críptica? —Clara no parecía muy convencida.

—Yo lo veo claro —afirmó Mario—. Es evidente que se trata de un mensaje críptico, enviado a alguien que posea la clave. —Y señaló la hoja con las rótulas.

El argumento de Luis nos había convencido a todos. En el fondo era aquello lo que buscábamos: un juego de mesa, un pasatiempo que nos permitiese penetrar en los arcanos y los secretos transmitidos entre personas invisibles y remotas, un juego de apariencias y palabras mágicas que nos ayudase a pasar los fines de semana fríos y monótonos.

—Bueno —dijo María—. ¿A qué esperamos? —Se la veía radiante—. Manos a la obra.

—Será mejor que nos organicemos —propuse—. Disponemos de estas dos rótulas únicamente, pero se pueden construir muchas más, tantas como letras

tiene el alfabeto.

—Veintiséis —afirmó Luis—. El alfabeto inglés contiene únicamente 26 letras.

—Bien, creo que lo mejor será que cada uno de nosotros construya una especie de rótula siguiendo un orden —dijo Mario. Carole ya no decía nada, y se limitaba a seguir lentamente nuestra conversación y nuestros razonamientos—. La primera sería aquella en que la A corresponde a la B, la B a la C, la C a la D... y así hasta llegar a la Z. Una segunda rótula sería aquella en la que la A corresponde a la C, la B a la D, y etcétera. Evidentemente la cuestión es que el círculo más exterior corresponde a un alfabeto fijo, mientras que el círculo interior se puede hacer girar y, entonces, se pueden hacer coincidir las letras de muy diversos modos.

—Veinticinco —dije, tras cavilar un momento—. Se pueden construir 25 rótulas diferentes, puesto que la rótula número 26 sería aquella en la que la A coincidiría con la A, y la B con la B.

Nos distribuimos la tarea. Durante más de media hora estuvimos trazando círculos concéntricos y llenándolos con las letras del abecedario inglés. De nada nos sirvieron las rótulas de Tritemio, pues advertimos que en ellas la U comprendía también la V; y la W y la Y no existían.

Resulta innecesario copiar aquí todas y cada una de las combinaciones que extrajimos al descifrar la palabra NETLEW. Conseguimos expresiones tan impronunciables como OFUMFX, MVGOVD, PGVNGY, QHWOHZ junto a otras más o menos aceptables como RIXPIA o ULASLD, pero ninguna nos satisfizo.

—¡Mierda! —Clara parecía la más derrotada—. Esto es cosa de locos.

Arrugó el papel entre sus manos y lo arrojó a un extremo del comedor.

—Nadie dijo que esto fuera fácil. —Luis intentaba infundir calma y moral—. Ellos pudieron utilizar otras claves, como, por ejemplo, una palabra o una oración. —Cogió el libro de Poe y lo hojeó durante un momento—. Poe propone otro criptosistema que nosotros no hemos utilizado. Dividir en dos partes iguales el alfabeto: A correspondería a N, B a O, C a P, y viceversa, pues se trataría de una única equivalencia.

Intentó transcribir nuestra palabra mediante aquel nuevo criptosistema,

pero la solución fue otro fracaso: ARGYRJ.

—Es inútil —dijo Clara, y se dejó caer en el sofá—. Seguid con ese juego de locos, yo me rindo.

El silencio y el fracaso nos cubrió, y también la tarde. Casi sin percibirlo el día había ido extinguiéndose y ahora la luz de los semáforos de la calle penetraba con más fuerza en la habitación.

—Es ya casi de noche —dijo Mario, como si leyera mis pensamientos.

Sobre la mesa se extendían los papeles de nuestro fracaso: varias decenas de hojas repletas de letras y flechas que buscaban equivalencias y no encontraban nada.

—¡Mierda! —Ahora era Luis quien mostraba su enfado y su frustración—. No puede ser tan condenadamente difícil. —Hablaba en voz alta pero no parecía dirigirse a nadie en concreto—. Alguien tuvo que haber recogido el mensaje... Nosotros hemos llegado detrás.

—¿Y si no lo recogió nadie? —sugerí.

—¿Y para qué tanto interés en crearlo?

—Tal vez se tratase únicamente de un juego. Qué sé yo...

Pero ninguna palabra podía servirnos para calmar y alimentar nuestro rencor y nuestro sentimiento de impotencia y fracaso. Carole y María se levantaron en silencio y se refugiaron en la cocina. Un momento después escuchamos el grifo del fregadero y el sonido de los platos y los vasos al ser lavados. Clara permanecía sentada en el sofá, con los ojos cerrados y la cabeza alzada. *Lolita* no estaba por ninguna parte, pero tampoco le importaba a nadie. Mario había apoyado los codos en la mesa y había ocultado el rostro entre las manos; junto a él, yo miraba fijamente el revoltijo de folios desperdigados entre lapiceros y bolígrafos, pero no pensaba en nada.

Antes de comer habíamos dejado sobre el sofá varios libros, y algunos de ellos todavía permanecían allí. Clara había cogido uno al sentarse, distraídamente, para no caer encima de él, y todavía lo conservaba en la mano. Abrió los ojos, bajó el rostro y comenzó a pasar las hojas.

—Nos han vencido... —Era el certificado de la derrota—. Resulta cómico. Teníamos con la Trama la oportunidad de nuestras vidas para hacer algo realmente divertido, y ha durado apenas unas horas —dijo Luis.

—No. No nos han vencido. —Clara se levantó como impelida por un muelle y nos sobresaltó a todos con sus exclamaciones—. Nos... Nos han engañado. ¡Aquí no hay nada!

Por un momento nadie supo qué decir porque nadie sabía de qué estaba hablando Clara. Al escuchar el grito, María y Carole acudieron al comedor.

—¿Qué?

—¡Aquí no hay nada!

Observé que tenía entre sus manos el libro de Lewis Carroll.

—No estoy loca, no lo estoy... —Se mostraba nerviosa y todos la rodeamos—. ¿De dónde coño nos hemos sacado la palabreja esa? —Nos mostró el libro, abierto—. Porque aquí no hay nada.

Y era verdad. Yo recordaba haber extraído las letras de NETLEW de un poema. Y ahora podía ver el poema y no encontraba ninguna letra subrayada en tinta roja.

—¡Carajo! —exclamó Mario—. Aquí ya no hay nada... —Y miró a Luis (todos lo hicimos)—. ¿No estaban aquí las palabras subrayadas?

—Las letras... —rectifiqué.

—Pues eso... Las letras, ¿y dónde carajo se han metido?

El mensaje, cifrado o no, ya no estaba allí. El poema, la página completa, permanecía libre de rayas y tinta roja. Por un momento pensé en tinta invisible, en mensajes que se autodestruyen tras haberlos leído, pero la risa de Luis me obligó a reaccionar. Había cogido el libro y tras observarlo durante unos segundos había comenzado a reír a carcajadas.

—Os habéis equivocado de página, joder. —Y compasivamente miró a Clara—. Hay dos poemas.

—¿Iguales? —se defendió Clara.

—Casi... Mirad. —Pasó unas páginas más y nos mostró el poema con las palabras subrayadas en tinta roja—. Aquí está el poema y nuestra pista. —Seguía riendo—. Pero antes —y retrocedió unas páginas más— está el mismo poema, solo que al revés.

Ante la expresión de asombro y estupidez de nuestro rostro, Luis siguió explicando.

—Recordad que Alicia está en el mundo del espejo, en un mundo donde

todo está al revés y por eso este poema aparece también al revés, invertido...

Y de repente calló, abrió los ojos y dejó caer el libro a sus pies.

—¡Claro! —gritó Mario—. Si estamos dentro de un espejo... Todo está patas arriba.

—¿Y también las pistas? —preguntó alguien.

Era evidente. Debíamos tomar la pista como un dato invertido, puesto que había sido extraído del otro lado de un espejo. En silencio pero rápidamente nos abalanzamos sobre la mesa; todos lo habíamos comprendido. Luis cogió una hoja y copió la palabra: NETLEW 08, y luego la invirtió 80 WELTEN.

—¡Esta es nuestra pista! —dijo triunfante.

Y tácitamente todos corroboramos aquello.

—¿Significa algo? —preguntó María, y miró a Carole.

—Bueno, no... —Y dudó un momento—, pero «Welt» es una... un... —Y se puso a mostrarnos sus zapatos, indicando con su dedo el contorno y hablando en inglés.

—La tira de los zapatos —tradujo Mario—, la tira de goma o caucho o piel que bordea la suela de los zapatos, ¿verdad?

Y Carole asintió.

—¿Ochenta tiras de zapatos? —se asombró Luis.

—Carole ha dicho que «Welt», no «Welten», significa la tira de unos zapatos —aclaró María.

Y en ese momento alguien hizo sonar el timbre de la puerta. Clara se dirigió a abrir y antes de salir del comedor encendió la lámpara, porque la oscuridad se había adueñado de todos nosotros sin que nos diéramos cuenta.

Dios da pañuelo a quien no tiene narices

—Where would a wise man hide a leaf? In the forest.

The other did not answer.

—If there were no forest, he would make a forest.

G. K. Chesterton, *The sign of the broken sword*.

Carmen y César entraron al comedor y durante unos segundos nadie de nosotros los saludó.

—Han venido a preguntarnos si queríamos salir a cenar esta noche —dijo Clara quien, tras abrirles la puerta, caminaba detrás de ellos.

Y entonces, una vez rota la telaraña del silencio, todos quisimos hablar a la vez. Nadie de nosotros tenía ganas de salir.

—Tendríaís que ver esto —sugirió Luis.

Y comenzó a relatarles toda la Trama, desde el hallazgo de las primeras oraciones hasta la derrota actual. Les alargaba los libros a Carmen y a César y estos los cogían y los hojeaban con detenimiento. Cuando Luis se tomaba un respiro, uno de nosotros seguía con el relato. La admiración y la sorpresa eran evidentes en el rostro de la pareja. En los ojos de César advertí el brillo de la aventura y el riesgo.

—Fantástico —afirmó Carmen cuando concluimos con la narración. Y no dijo nada más.

César se levantó del sofá y se acercó a la mesa. Observó detalladamente las hojas repletas de criptogramas errados.

—Cojonudo —afirmó—. Lo que tenéis entre manos es una maravilla...

Luis sonrió.

—Te gusta, ¿verdad?

—Desde luego que sí. Os envidio. Es el juego que siempre he querido jugar.

—Que todos hemos querido jugar —rectificó Mario—. Un juego real, sin dados ni tarjetas, sin preguntas ni respuestas.

—Ahí está el peligro —afirmó Clara—. Es un juego tan real que si no sabes la respuesta a cierta pregunta no puedes continuar. Y así estamos ahora: en un callejón sin salida, ante una pregunta sin respuesta.

—¿Por qué no buscáis en el origen? —dijo César.

Nadie sabía a qué se refería.

—¿Qué origen?

—Evidentemente se trata de un mensaje, enviado a través de los libros, entre, al menos, dos personas distintas. Uno es el emisor y otro, el receptor. Imagino que habrá sido creado durante un periodo de tiempo limitado, no creo que se haya invertido más de un año. —Conforme César hablaba mi ánimo iba aumentando progresivamente. Sabía qué quería decir, comprendía y adivinaba dónde desembocarían sus razonamientos, así que decidí anticiparme—. Ellos debieron tomar los diferentes libros siguiendo el orden que ahora vosotros estáis retomando...

—¡Buscar en las fechas! —interrumpí, y César asintió—. Hay que buscar en las fechas que indican cuándo se toma el libro en préstamo.

Luis y Mario se abalanzaron sobre los libros, pero Clara, siempre más escéptica, frenó nuestras ilusiones.

—¿Y si no fue menester tomar en préstamo ningún libro? —De nuevo el silencio nos cubrió con su presagio funesto—. Tal vez Ellos no necesitaron abandonar la biblioteca ni llevarse ningún libro a su casa para configurar la Trama.

—Es una posibilidad —afirmó César—, pero no estaría de más intentar la otra alternativa y suponer que Ellos ¡sí! tomaron en préstamo estos libros.

Mientras Clara y César comentaban sus razonamientos, sus optimismos y pesimismo, Luis estaba ya consultando las últimas páginas de cada tomo.

—¡Bingo! —exclamó, y entonces Clara supo que la ilusión había vencido a su escepticismo. Calló y retrocedió hasta el sofá, donde se sentó junto a

Carole.

Ahora sé con toda seguridad que aquella tarde Clara había deseado que las fechas no coincidiesen, que este segundo jalón de la Trama hubiera sido un problema sin solución. Presintió, desde su corazón de mujer y de enamorada, que la Trama la había derrotado y que Luis —porque entonces era lo único que realmente le importaba— había elegido a otra sobre la que volcar sus ansias y sus pasiones.

Todavía hoy, mientras escribo estas líneas, la recuerdo sentada en el sofá, con los ojos cerrados, mostrando un semblante de cansancio. Entonces pensé que tenía sueño, que estaba algo harta de las paredes cerradas y la luz artificial; ahora sé que aquel gesto amargo de sus labios y las arrugas profundas alrededor de sus ojos cerrados eran los vestigios de la derrota, las cicatrices de una pérdida inminente, la resignación ante una enemiga, la Trama, más poderosa y más atractiva.

—Coinciden, coinciden... —decía sin parar Luis—. Las fechas coinciden, ¡mirad!

Tender is the night había sido tomado en préstamo los días 1 y 13 de julio del año 1949; el libro de Lewis Carroll había sido sacado de la biblioteca unos días más tarde, el día 18 de julio del mismo año. César estaba satisfecho.

—¿Cómo no habíamos pensado antes en ello? —Se preguntaba Mario—. Necesitó renovar el préstamo del primer libro. Lo que ya desconocemos es cuándo devolvió el segundo.

—Eso lo sabremos cuando accedamos a la tercera pista —indiqué.

—¿Y ahora qué? —preguntó María—. Queda claro que la Trama se realizó durante el verano de 1949, pero ¿a qué nos conduce eso?

—¿No hay ninguna manera de saber quién sacó el libro? —preguntó Carmen.

—Desde luego que sí —admití—. Ocurre igual que ahora. Cuando sacas en préstamo un libro, el bibliotecario busca la ficha del libro y escribe tu nombre en ella y también la fecha. Es una medida de seguridad, quieren saber quién se ha llevado el libro a su casa en un momento dado.

—Y así te pueden avisar si no lo devuelves en el plazo marcado —concluyó María.

—Esperemos que haya suerte y que las fichas de los libros duren muchos años —sugirió César—, o que las que se reemplacen no se tiren al cubo de la basura.

—La biblioteca está abierta —dijo Luis—. ¿Quién me acompaña?

Y mientras decía aquello ya se estaba cubriendo con el abrigo. Él y Mario salieron rumbo a la biblioteca. Ya había anochecido y, aunque no nevaba, el frío era intenso.

Durante unos minutos estuvimos comentando el posible éxito o fracaso de la empresa pero, poco a poco, como si el trajín anterior hubiera minado nuestras energías, la conversación fue decayendo hasta sumergirse en el mayor de los silencios. *Lolita* regresó al comedor y Carmen inició con ella una serie de juegos que relajaron el ambiente.

—Nos vamos —dijo César, y Carmen dejó a *Lolita* en el suelo y se puso en pie—. Es ya tarde y queremos buscar algún bar donde comer algo.

—¿No queréis esperar a Luis y Mario? —propuso María—. No deben de tardar.

—No, déjalo. Ya me lo contaréis en otra ocasión —argumentó César—. Espero que acertéis y que podáis seguir disfrutando de la Trama...

—También es algo tuya —le comenté—. Después de todo, gracias a ti hemos alcanzado otra salida.

—Tarde o temprano hubierais pensado en ello, yo solo me he anticipado. —Y sonrió. Tenía razón. La Trama no le pertenecía: también él era un hito más del camino, similar al lugareño al que se le pregunta sobre un determinado lugar o paraje.

No los retuvimos más.

—Ahora nosotros tendríamos que pensar en nuestra cena —sugirió María.

—¿La preparamos mientras vienen esos dos? —propuso Carole.

Y así lo hicimos.

La mesa ya estaba lista cuando Luis y Mario irrumpieron en el apartamento. María y Clara habían hervido algunas patatas mientras Carole y yo elaborábamos varias fuentes de ensalada. En el hornillo de la cocina crepitaban las chuletas y el apartamento se había llenado de humo y de sonido de platos, vasos y cubiertos.

No hubo suerte. La muchacha que atendía tras el largo mostrador no les había permitido mirar las fichas de los libros, de uno de los dos libros que nos interesaban. Mario y Luis habían insistido hasta la saciedad, pero había sido inútil. La joven, una pelirroja regordeta y veinteañera, había permanecido firme en su intención.

—Tal vez si hablasen con el director de la biblioteca... —había sugerido tenuemente.

Pero, claro, el susodicho individuo no estaría disponible hasta el lunes, en horario de oficina.

Mientras Luis y Mario nos relataban lo sucedido sus rostros iban adquiriendo una tonalidad de cansancio y de abatimiento. Ahora solo cabía aguardar hasta el lunes, olvidar la Trama hasta que la entrevista con el bibliotecario jefe nos ofreciera alguna solución, o nos hundiera irremediabilmente en el más completo de los fracasos.

—¿Y si el tipo ese no os permite ver las fichas? —comenté.

Y entonces los signos de derrota y desilusión se hicieron más evidentes en el rostro de Luis.

—Nos dejará —afirmó con rotundidad—. Le diremos que estamos haciendo algún trabajo, un estudio sobre el índice de lectura del año 1949. No sé, ya nos inventaremos cualquier zarandaja. Tiene que dejarnos.

Lo cierto era que solo una mentira de esa índole podía permitirles (permitirnos) acceder a las fichas de lectura.

—No tenemos que darle muchas vueltas —dijo Mario—, cualquier mentira servirá... No hay que preocuparse. —Pero no parecía muy convencido de sus propias palabras.

Puedo imaginarlos sentados ante la mesa del despacho, ocultando sus ansias y sus deseos. Alcanzo a imaginar sus rostros simulando un desinterés meramente anecdótico, fingiendo su disgusto ante una tarea y un trabajo de investigación que podía frenar sus objetivos. Habían acudido, Mario y Luis, a la oficina del director de la biblioteca, aquel lunes, a media mañana, durante un paréntesis en sus respectivas clases. Mister Gallahan les había atendido

con una amabilidad rayana en el entusiasmo, había creído a pie juntillas las mentiras inventadas para la ocasión.

—Le dijimos que estábamos confeccionando un estudio sobre el índice de libros de ficción que habían sido leídos durante el periodo comprendido entre 1945 y 1950 —nos refirió Mario el lunes por la tarde.

—Le mentimos, claro —confirmó Luis—. Le dijimos que nos interesaba saber si el ciudadano norteamericano, estudiante o no, había incrementado o disminuido su hábitos de lectura tras la Segunda Guerra Mundial, sobre todo en lo concerniente a los libros de ficción.

Y mister Gallahan, un tipo alto y rubio, de edad indeterminada entre los cuarenta y los cincuenta años, con un rostro enmarcado en una fina barba castaña, no les había puesto ninguna traba a sus falsos propósitos. Les había conducido al sótano y les había hecho entrar en una habitación enorme y laberíntica, repleta de estanterías y de archivos. Entre el olor a humedad y bajo la luz artificial de unos potentes focos fosforescentes, el bibliotecario les había dejado solos.

—Primero nos explicó la distribución de los archivos —nos dijo Luis—. Están ordenados, evidentemente, por años. Y dentro de cada año las obras se encuentran ordenadas por el título, y de modo alfabético.

Durante unos minutos, bajo la atenta mirada de mister Gallahan, Luis y Mario extrajeron sus libretas y sus bolígrafos y comenzaron a buscar en los archivos, comenzando por el año 1945. Pero como el tiempo transcurría con lentitud, mister Gallahan se percató de que existía un mundo arriba, todo un edificio de once plantas que reclamaba su atención y sus cuidados.

—Y nos dejó solos —dijo Mario, triunfal—. Cansado de observarnos, decidió regresar a su despacho.

—Eso sí. Nos dejó la llave de la habitación y nosotros prometimos devolvérsela cuando terminásemos con nuestra aburrida tarea.

Y vuelvo a imaginarlos: la salida de mister Gallahan, la ausencia de su mirada exhaustiva y atenta; la metamorfosis en sus rostros fingidos, la búsqueda en el archivo correspondiente al año 1949.

—Pero no había nada —dijo Luis.

—¿Cómo? —El rostro de María era el de un montañero balanceándose

ante un precipicio—. ¿No había nada?

—¡No! —dijo Mario, y estalló en una carcajada—. No encontramos ningún libro en 1949. Quiero decir que no encontramos la ficha de ninguno de los dos libros que teníamos que buscar.

—Pensé que me iba a volver loco... —explicó Luis, y Clara le lanzó una mirada entreverada de alegría y resignación—. Allí no había ninguna ficha, ni de *Tender is the night*, ni de *Alicia en el espejo* —Carole iba a apostillar pero Luis se adelantó—. O como se llame realmente el libro de Carroll.

—¿Y entonces? —pregunté. Por un momento yo también me había sumido en la resignación: la Trama nos había vencido, los fines de semana volverían a adquirir la monotonía y el aburrimiento que hasta ese momento habíamos creído desterrar para siempre.

—Y entonces surgió la idea. Mario cayó en la cuenta de que estábamos caminando por la senda errónea.

—¡Claro! El archivo del año 1949, e imagino que el de todos los años hasta el actual, no tenía las fichas de los libros leídos ese año. Sino de los libros catalogados, introducidos en la biblioteca, adquiridos por ella, ese año en cuestión. Por suerte Luis había traído los dos libros, así que no más tuvimos que ver la fecha en que estos habían entrado a formar parte del fondo de la biblioteca.

El libro de Carroll había ingresado en las estanterías de la biblioteca en el año 1946, mientras que el de Scott Fitzgerald había sido más temprano, en 1942. Cada uno de ellos buscó en el archivo correspondiente a ese año, y allí estaban las fichas en cuestión.

—Estábamos como locos de alegría —afirmó Mario.

Todos lo sabíamos. Los habíamos soñado, imaginado, entrevisto en nuestra mente buscando y encontrando las fichas, extasiándose ante la evidencia de una solución que nos permitiría seguir con la Trama, escribiendo el nombre del lector en una de las libretas que habían extraído de sus mochilas —porque ahora ya resultaba absurdo referirse a Ellos, aunque, a veces, más adelante, alguno de nosotros continuase mencionándolos—, del hacedor y constructor de un juego que iba a permitirnos sobrevivir durante el frío invierno que ya nos cubría con su sábana blanca de nieve y de viento gélido.

—¿Y por qué no seguisteis buscando en otras fichas? —preguntó Clara. Deseaba que aquello terminara cuanto antes—. Si sabéis que la Trama se construyó en 1949, ¿por qué no seguir el rastro en las fichas, y así no tener que buscar en los libros?

Luis sonrió y contestó:

—Por un momento, mientras sostenía la ficha en la mano lo pensé... Imaginé que sería más fácil indagar en las fichas, puesto que sabíamos la fecha en que todo se había fraguado. —Acarició la melena lisa y limpia de Clara y luego le pellizcó pícaramente una de sus mejillas, pero ella no sonrió—. Habíamos descubierto que las fichas de los libros estaban ordenadas según el año en que estos habían entrado a formar parte del fondo de la biblioteca, habían sido comprados o regalados, no sé. No podíamos buscar año por año, desde la fundación de la biblioteca en 1941, y ficha por ficha. Porque no sabemos qué libros utilizaron Ellos para crear la Trama, porque no sabemos cuándo ingresaron en la biblioteca los libros empleados.

—Bastaría solo con buscar entre las fichas de los libros adquiridos antes de 1949 —Clara insistía en su propósito, sabedora de que aquello era el único modo de vencer a la Trama, de recuperar a Luis para ella y su causa— o, como mucho, los que hubieran ingresado antes de aquel verano... En total ocho años.

—¿Sabes la cantidad de fichas que existen en esos años? —Era una pregunta retórica. Resultaba evidente que la cantidad era ingente, enorme: un número casi infinito de fichas, viejas y pegajosas por el uso, repletas de fechas y nombres, muchos de ellos ilegibles. Luis continuó—: Sobre todo ten en cuenta que se trata de los primeros años de funcionamiento. La biblioteca tuvo que adquirir durante esa década una cantidad gigantesca de libros, porque tenía que ponerse al día, que recuperar toda la cultura perdida.

—Y, además —ahora era María quien continuaba minando la sugerencia de Clara—, nadie nos dice que Ellos sacasen en préstamo todos los libros que utilizaron para configurar la Trama.

—Cierto —confirmó Luis, y la sugerencia de Clara quedó rechazada.

—¿Y el nombre? —preguntó Carole desde la cocina, donde fregaba los platos de una cena rápida y precipitada por el ansia de recibir noticias—.

¿Quién leyó ambos libros?

Era el dato que todos aguardábamos desde el sábado anterior, desde apenas una hora antes en que habíamos comenzado a preparar la mesa y cocinar; el nombre que habíamos deseado todos escuchar mientras comíamos con la mirada perdida en un futuro abierto y, al tiempo, cubierto de nuevos jalones que alcanzar y superar.

Eric nos acompañaba pero permanecía en silencio. María lo había puesto al corriente de nuestros hallazgos, y mientras cenábamos, había lanzado algunas preguntas que Luis o Mario se habían limitado a contestar con monosílabos o frases cortas, o con el silencio y la mirada indicadora de la espera, de la promesa de solución a todas las dudas que se llevaría a cabo tras la cena.

Una vez conseguido el nombre del misterioso lector, Luis y Mario habían regresado al despacho de Gallahan. Habían conversado con él unos minutos, habían lamentado el gran trabajo que les aguardaba, la inconveniencia de no poseer un ordenador con un archivo en el que figurasen todos aquellos datos. Y el bibliotecario, todo amabilidad y espíritu de colaboración, los había animado a seguir buceando en los archivos, a seguir enfrascándose en aquel océano de fichas y datos.

—Nos dijo que, puesto que nuestra tarea sería larga —dijo Mario—, dejaría la llave de la habitación a su secretaria, así que cuando tuviéramos que consultar los archivos podríamos disponer de ella con toda libertad.

—Muy amable, sí señor —sonrió Luis—, pero ello nos obliga a acudir, por lo menos durante esta semana, un rato a aquella habitación, para que el pobre míster Gallahan no pierda su ilusión en unos jóvenes tan emprendedores y laboriosos como nosotros.

—¿Y el nombre? —inquirí. No nos importaba lo que sucediera con el bibliotecario ni con la habitación conquistada por la humedad y el hedor a libros y madera.

—Franz Kellermann —dijo, al fin, Luis—. Nuestro hombre se llama Franz Kellermann.

—¿Franz?

—Sí. Un alemán.

—¿Seguro? —Dudó María.

Luis y Mario intercambiaron una mirada de complicidad. Cuando regresaron al despacho del director, con el nombre escrito en su libreta, con la solución y la barrera franqueada, se arriesgaron a lanzar una nueva mentira.

—Míster Gallahan no había ojeado todas aquellas fichas... Eso estaba claro —siguió relatando Mario—. Así que lanzamos una mentira buscando algo de verdad. Le comentamos que existía, o más bien existió, un cierto sujeto que, al parecer, devoraba los libros como si fueran galletas, puesto que su nombre era uno de los que más aparecían en las fichas.

Y cuando pronunciaron el nombre de Franz Kellermann, el rostro de míster Gallahan enmarcó una sonrisa de oreja a oreja. Lo conocía, desde luego, porque no solo había sido profesor de la universidad, sino que había sido el anterior director de la biblioteca.

—Se trataba de un profesor alemán —continuó Luis—. Un erudito o intelectual que había tenido que salir de Alemania allá por los años treinta. Judío, claro... Bueno, imagino. Míster Gallahan no nos lo supo decir con toda certeza. Durante muchos años ejerció como profesor de Historia Antigua en la Facultad de Historia, y luego, ya entrado en años, accedió al puesto de bibliotecario jefe. Fue el propio míster Gallahan quien le sucedió.

—Al parecer ahora está en Athens, retirado —dijo Mario—. Vive, según sabe o recuerda nuestro compadre Gallahan, con una hija o uno de sus hijos.

—¿Un alemán? —También mi pregunta era retórica, porque creo que todos los allí reunidos en torno a la mesa sabíamos qué quería decir aquel dato.

—Evidentemente... —María cogió el folio donde estaban escritas las pistas—. ¡Es una palabra alemana! *WELTEN* es una palabra alemana, ¡joder!

Y Eric la miró con expresión asustada y risueña.

—Y significa «Mundos». Es el plural de «Welt» —concluyó Luis—. Me tomé la libertad de buscarlo en un diccionario.

80 MUNDOS: esa era la segunda señal que nos marcaba el camino, la segunda pista que nos permitiría acceder a un nuevo libro y seguir avanzando en nuestra búsqueda.

Por aquel entonces ninguno de nosotros se había preguntado cuál era la meta del camino, qué motivaba nuestra expedición, adónde nos llevaba aquel

río sembrado de vericuetos y recodos; todavía ninguno de nosotros había dedicado unos segundos a pensar en el final de aquello, en la razón de aquella búsqueda, de aquella aventura de salón, entre los libros y los pasillos de la biblioteca. Por aquel entonces la expectativa de una ruptura del aburrimiento, de un cambio o modificación en nuestra monotonía y nuestra rutina animaba nuestros pasos.

—¿Y qué significa 80 MUNDOS? —preguntó Carole.

—Cierta librería de mi ciudad se llama así —sugirió Clara.

El silencio que nos cubrió era un indicio de nuestra ignorancia, pero María vino a sacarnos del pozo del fracaso.

—¡Cortázar! —exclamó saltando de la silla. En el centro del comedor, con los brazos en jarras, nos miraba en actitud desafiante y al mismo tiempo auxiliadora—. ¡Los mundos de Cortázar!

—*¡La vuelta al día en 80 mundos!* ¡Claro, 80 Mundos! ¡80 Mundos! —grité. Nunca había tenido ocasión de acceder a aquel libro, pero desde siempre su título me había hecho sonreír cada vez que lo recordaba.

—Joder. —También Luis se había puesto en pie y miraba, alternativamente, su reloj y el exterior bañado de rojo, amarillo o verde de la calle—. No nieva —dijo—. La biblioteca todavía estará abierta. ¡Vamos!

Aunque no eran todavía las diez de la noche, la oscuridad de la calle, el silencio que lo cubría todo y la soledad de las aceras hacían creer al viandante que su reloj retrasaba, que las altas horas de la madrugada habían conquistado el Campus y a sus moradores, que la noche más profunda y más temible se había adueñado de Columtown.

María, Luis, Mario y yo salvábamos la distancia entre la biblioteca y nuestro apartamento en silencio, casi a la carrera, empujados por las ansias de conocimiento. Carole, Clara y Eric se habían quedado en la casa. Los dos yanquis se mostraban resignados ante las locuras de unos hispanos, temblando de frío solo con pensar en la noche y en el paseo por las aceras desiertas de Neil Avenue; junto a ellos, Clara, totalmente derrotada, callada, lanzando miradas de rencor y amargura. Recuerdo que Luis había intentado besarla

levemente antes de salir del apartamento, pero ella lo había rechazado con un gesto adusto y seco.

Durante todo el trayecto apenas intercambiamos dos palabras. Yo caminaba junto a Mario y contemplaba el vaho blanco y espeso de su aliento elevándose ante su rostro, bajo el gorro de lana. Más atrás caminaba María, casi al trote, como arrastrada por nuestras zancadas más largas y más rápidas. Luis iba delante con la cabeza agachada, siguiendo la línea difusa de las baldosas de la acera.

—Busquemos en OSCAR —sugirió innecesariamente María.

Conforme entrábamos a la biblioteca nos íbamos despojando de los gruesos abrigos, los guantes y los gorros de lana. La calefacción estaba muy alta. Pronto localizamos un ordenador libre y nos abalanzamos sobre él.

OSCAR era el archivo principal de la biblioteca, el catálogo computerizado que contenía todos y cada uno de los volúmenes que albergaba el inmenso edificio.

Introducimos el término CORTÁZAR y la indicación de BÚSQUEDA, pero la pantalla nos escupió un error.

—No pongas la tilde —comenté.

Volvimos a probar y OSCAR nos mostró una extensa lista de obras, con la referencia exacta de cada tomo y su localización en las plantas del edificio.

—Segunda planta —dijo Mario—. *Las armas secretas... Final del juego... Tales... Rayuela...* —Estaba leyendo las obras—. Mi madrecita, hay al menos diez ejemplares de *Rayuela... Libro de Manuel... Todos los fuegos, el fuego... ¡La vuelta al día en 80 mundos!* Aquí está.

—¿Alguien ha traído papel o bolígrafo? —preguntó María.

—Yo tengo la hoja en la que están los jalones —comenté. La había recogido sin ninguna orden expresa, intuyendo que tal vez fuera necesaria—, pero no traje ningún bolígrafo.

—No importa —Luis estaba ansioso por tener el libro entre sus manos—, memorizaremos la referencia. Está en la segunda planta. XX/COR/vue... Siglo XX, barra, cor, barra, vue...

Y salió disparado hacia la escalera, mientras seguía murmurando la referencia, repitiéndola una y otra vez para no olvidarla.

En las esquinas de las grandes estanterías aparecía, como si se tratase de nombres de calles o avenidas, una hoja con las letras del alfabeto. No nos fue difícil hallar el anaquel en el que estaban colocadas las obras de Cortázar. Únicamente había un ejemplar de *La vuelta al día en 80 mundos*, un libro casi nuevo, apenas usado. Luis lo alcanzó y allí de pie, rodeado por todos nosotros, a la sombra del resto de los volúmenes mudos, comenzó a pasar con fruición las hojas. No había nadie más en toda la sala, o al menos nadie emitía ningún sonido. Se oía el paso de las hojas y la respiración jadeante de Luis. Permanecíamos en silencio, expectantes, observando el rostro de Luis que iba cambiando en cada hoja pasada en balde. El libro terminaba y ninguna expresión de alegría asomaba en el rostro de mi amigo. Finalmente, cerró el libro con un golpe seco que retumbó y recorrió los pasillos de la sala.

—Mierda. —Nos miró con expresión angustiada. Ahora sí parecía temer la noche que nos aguardaba fuera, pero sobre todo creo que temía la carcajada inmisericorde de Clara—. No hay nada.

Mario se apoyó en la estantería.

—Tal vez haya otro ejemplar —sugirió—. ¿Has mirado bien?

Pero aquel era el único ejemplar que había en el anaquel, y no cabía la posibilidad de que alguien lo hubiera sacado en préstamo, porque OSCAR había sido claro al indicar que la biblioteca disponía de un único ejemplar de aquel libro.

—¡Hay que ser idiotas...! —dijo María, y de un zarpazo le arrebató el libro a Luis.

—No encontrarás nada. No hay nada...

Pero María no atendía. Había abierto el libro por el final y contemplaba risueña el interior de la contraportada.

—¿Cómo queréis que haya algo si este libro todavía no se había escrito cuando Kellermann realizó la Trama? —dijo. Y entonces supimos que tenía razón; y que éramos unos estúpidos al dejarnos arrastrar por una pista falsa y mentirosa, al no pensar, al no recordar que en 1949 Cortázar tal vez no hubiera escrito todavía ni una línea, y menos un libro como *La vuelta al día en 80 mundos*, una obra de madurez—. Mirad. —Y nos señaló las fechas de los préstamos—. La obra ingresó en la biblioteca en 1968 —luego buscó en las

primeras páginas—... y fue publicada un año antes. Nos hemos equivocado nosotros, nadie nos ha engañado. ¡Hay que ser idiotas!

Devolvimos el libro a su lugar y nos miramos en silencio. ¿Y ahora qué? Habíamos seguido una pista falsa porque habíamos interpretado mal unos datos.

—¿Y bien? —preguntó Mario, y luego nos dio la espalda y se puso a ojear los títulos impresos en los lomos que llenaban la estantería.

—Desde luego estoy convencido de que la pista de Ellos es exacta —aseguró Luis—. 80 MUNDOS. No hay duda, ¿pero qué?

—De nuevo el espejo —dijo Mario, dejando la estantería y encarándose a nosotros—. ¡Claro! Hemos encontrado una pista en un libro que trata sobre un mundo dentro de un espejo. Todo estaba al revés: el primer jalón nos proponía una contradicción, luego el jalón que encontramos en el libro estaba escrito al revés. ¿Quién nos dice que también su significado esté invertido?, ¿o que lo esté su colocación?

Cogió el libro de Cortázar contra el que unos minutos antes se habían estrellado nuestras ilusiones y lo observó con detenimiento.

—El pibe Julito juega con el título y lo invierte. —Nos miró con expresión triunfal—. ¿Y si el compadre alemán hizo lo mismo? Sería la rechingada, porque se habría adelantado en veinte años al pensamiento de Cortázar. —Luego alzó los ojos, como si requiriese el consentimiento de un ente superior—. ¡Joder!

—No entiendo nada. —Yo estaba confuso—. Creo que me he perdido.

—¿Qué es lo que se piensa siempre cuando alguien dice «ochenta»?

—No sé... En números, supongo.

—¡Y en días! —se adelantó María—. En los ochenta días que invirtió Phileas Fogg para dar la vuelta al mundo.

—¡Exacto! —Mario había vuelto a dejar el libro de Cortázar en su sitio y ahora avanzaba por los pasillos, contemplando los papeles colgados a los lados de las estanterías, intentando localizar un dato para mí ignorado. No cesaba de hablar—. Uno piensa en Verne, en Julio Verne. Nosotros pensamos en el otro Julio porque le damos demasiadas vueltas a las cosas, porque nos creemos demasiado listos y demasiado cultos. ¡Y una mierda! Kellermann

pensaba en *La vuelta al mundo en 80 días*, pero no podía dejar un jalón muy claro. ¿Qué clase de mensaje cifrado sería entonces? ¡Aquí está! —Se había detenido y pasaba la mirada y los dedos por los lomos de los libros—. Kellermann decidió, puesto que el jalón estaba en un libro donde se describe un mundo al revés, invertir todos los datos: primero decidió cambiar el orden, así que sustituyó «días» por «mundos». Las dos palabras estaban contenidas en el título de Verne. —Había dejado de buscar y nos miraba con una sonrisa amistosa—. La verdad es que el compadre no se rompió mucho la cabeza buscando una pista cifrada. A nosotros nos pudo nuestra soberbia.

Me incliné junto a él, pues las obras de Verne ocupaban los anaqueles bajos de la estantería. Allí estaban *Miguel Strogoff*, *el correo del Zar*, *The Children of Captain Grant*, *The Mysterious Island*. Había obras escritas en inglés, castellano, italiano y en el original francés: *Robur*, *le Conquérant*, *De la Terre à la Lune*, *Héctor Servadac*, *Autour de la Lune*, *Vingt mille lieues sous les mers*, *Le tour du monde en 80 jours...*

—Hay tres ejemplares —informó el mexicano—: dos en francés y un tercero en inglés.

Tendió un ejemplar a Luis y otro a mí, y lanzó una mirada de pesar a María, porque él mismo se había quedado con el tercero.

—Primero tendrías que comprobar las fechas —sugirió esta.

Lo hicimos. Un ejemplar en francés había sido adquirido por la biblioteca en la década de los sesenta, conque lo devolvimos a su lugar y nos quedamos con los otros dos. María y yo hojeábamos el volumen en francés y no nos hizo falta pasar muchas páginas para encontrar una primera palabra subrayada con trazos negros.

—¡Está aquí, está aquí! —exclamó María.

Luis dejó su ejemplar en el anaquel y sugirió salir de la sala y sentarnos a una mesa. Cruzamos por delante de la escalera y el sonido de la gente que poblaba la planta inferior nos devolvió al mundo real por un momento, pero cuando ingresamos en la sala de lectura, la soledad y el silencio nos devolvieron al camino y a la Trama. Estábamos solos. Nos sentamos y yo extraje el papel, que extendí sobre la mesa.

—Necesito algo con qué escribir —comenté.

Mario se palpó los bolsillos y negó con la cabeza. Luis se levantó y en silencio y a la carrera, pero arrastrando los pies, salió de la sala. Escuchamos sus pasos descendiendo por la escalera. Y luego el silencio.

—¿Empezamos? —dijo María, estaba ansiosa por comenzar a declamar las palabras que había encontrado en el libro—. Lo malo es que deben de estar en francés.

—Primero en alemán y ahora en francés —se quejó Mario—, espero que el tal Kellermann no supiera más idiomas...

De nuevo escuchamos los pasos acelerados de Luis ascendiendo por la escalera y su entrada en la sala.

—Me lo ha dejado la muchacha que atiende en el mostrador —dijo mientras se sentaba, jadeante, respirando sonoramente. Me tendió un bolígrafo y me dispuse a copiar—. Recordadme que se lo devuelva a la salida.

María comenzó a dictar:

—En tinta negra, primero. —Su monólogo estaría repleto de pausas y del sonido de las hojas—: *mais... ne... t'encourage... pas... en trouver... de... richesse*. —Siguió pasando páginas hasta el final del volumen—. Vaya, es una oración más bien corta.

—¿Estás segura de que no hay más palabras? —preguntó Luis. Estaba nervioso, tal vez celoso de que esta vez la fortuna no le hubiera permitido a él acceder al nuevo misterio—. Míralo bien...

—¡Que no hay nada, joder! —María había presentido la envidia que destilaban las palabras de Luis y se defendía—. Lo he mirado bien, no hay más palabras... —Y le lanzó una mirada desafiante—. ¡¿Quieres intentarlo tú?!

—Venga, mi niña —Mario intentaba relajar la situación—. Seguro que no hay más, desde luego. Ahora continúe con la tinta roja.

—Ahora las palabras con tinta roja —continuó María—. *Égypte... ss...* —Y luego el silencio y las páginas deslizándose por sus manos delicadas—. ¡Ya está! Ya no hay más...

—¿Dos palabras? —Luis volvía a la carga.

—¿Qué pasa? —María tomaba una actitud defensiva—. Sí, dos palabras solo. ¿Quieres intentarlo tú? —Y cerrando el libro de golpe lo deslizó con fuerza hacia Luis.

—Venga, venga —dije. Me sentía como un pobre aldeano entre el fuego cruzado en una batalla napoleónica—. No hay más. Esta vez el jalón es más pequeño. ¿Por qué habría de extrañarnos?

Mario se acercó la hoja y leyó lentamente.

—No hace falta saber mucho francés para interpretar el texto —y tradujo en voz alta—. «Pero no te esfuerces en encontrar riquezas.»

—Otro consejo —comenté—. Y ya van tres. ¿Y la pista?

—«Egipto ss». Algo es algo, digo yo. —Mario se levantó—. ¿Regresamos para comunicar la buena nueva?

Luis mantenía la mirada fija en la hoja.

—Esta vez nos toca indagar los libros sobre Egipto —dijo con resignación—, y los libros sobre el nazismo... Por lo de las «ss», claro. Incluso los libros que hablen sobre las dos cosas.

—Pero eso lo haremos otro día —comenté—. Es tarde, y hemos de volver.

Nos levantamos y dejamos el volumen de Verne sobre la mesa. Durante el camino de vuelta, de nuevo cubiertos por el silencio y el frío, retuve durante varios minutos la imagen solitaria del libro sobre la mesa: el arcano mostrado a los ojos del mundo, la llave —quién sabe si de un tesoro fabuloso o de una derrota memorable— depositada como si tal cosa, sin ninguna señal de importancia, a la vista de todos. A veces las cosas más trascendentales de nuestra vida, las mayores maravillas que nos puede proporcionar nuestra existencia, están tan cerca de nosotros, nos son tan habituales, nos resulta tan fácil acceder a ellas, poseerlas, contemplarlas, que no somos conscientes de su importancia, que no advertimos la huella que plasman en nosotros. Luego, más tarde, cuando los avatares de la vida nos privan de ellas o las ocultan a nuestros hábitos, alcanzamos a comprender la pérdida y el vacío que ocupan su lugar.

Años más tarde, cuando el amor y el cariño me trajeron a mi hijo, llegué a saber que todo lo que la vida nos puede proporcionar de modo natural nunca podrá ser superado por el arte y el artificio. Aquel invierno de hace tres años, el artificio de los libros, el aspecto atractivo del camino y de la Trama nos cegó durante mucho tiempo. Preferimos el orden y la arquitectura del arte, y menospreciamos la religión de la naturaleza. Yo tuve que sentir la cercanía de

la muerte; tuve que conocer el matrimonio, tuve que engendrar un hijo para conseguir alzarme sobre la Trama y retornar a la vida cruel y también maravillosa.

Cuando leo las cartas de Luis sé que también él logró sobrevivir al artificio y consiguió superar el encanto del camino; para ello tuvo que huir a una isla cálida y meridional, y conocer a Amparo, y descender y penetrar en la Cueva de los Siete Lagos.

Aquel jueves, tres días después del hallazgo del nuevo jalón, el profesor Hearn, el jefe del Departamento, me llamó a su despacho. Quería saber si le había sucedido algún percance a Luis Galvañ, si se hallaba enfermo o convaleciente, si estaba de viaje por algún asunto familiar que él ignorase; porque el mencionado Luis no había acudido a ninguna de sus clases, ni como alumno ni como profesor, durante toda la semana.

El martes por la mañana no se había presentado ante sus alumnos ni había impartido su correspondiente hora de español a los gringos adolescentes, y estos se habían visto en la necesidad de acudir al profesor Hearn para quejarse.

—Creí que estaría enfermo, resfriado, tal vez. —El profesor Hearn, bajito y con gafas, tenía el cabello blanco y las mejillas sonrosadas por el frío e, imagino, por su ascendencia nórdica—. Así que intenté ponerme en contacto con él pero, vaya, no tiene teléfono.

—No, no tiene —me limité a repetir.

—En fin, esperé a que el miércoles acudiera a clase... Pero tampoco fue. Y tampoco ha venido a mis dos clases de literatura.

Yo no supe qué decir porque no había visto a Luis desde el lunes por la noche, así que me limité a observar con expresión de inocencia e ignorancia.

—Puesto que usted es su amigo, me gustaría saber qué sucede.

—Créame, míster Hearn, si le digo que ignoro completamente qué ha podido sucederle.

El profesor parecía dudar de mis palabras y, con la cabeza un tanto inclinada hacia delante, me miraba por encima de las lentes. La puerta del

despacho estaba abierta, y yo, de espaldas, podía escuchar los pasos de la gente discurriendo por delante de la puerta, el timbre de los diversos teléfonos, las palabras de saludo de Cathy —la secretaria simpática y un pelín alocada—, el sonido de alguna fotocopidora que realizaba su tarea de plagio en alguna otra habitación más lejana.

—No sé nada —afirmé, e hice ademán de levantarme—. No he visto a Luis Galvañ desde hace, al menos, cinco días. —No era un número verídico, pero el profesor Hearn no tenía porqué saberlo.

Él también se levantó.

—Espero que usted no me falle, que no siga usted el ejemplo de su amigo. —Carraspeó para aclararse la garganta—. Recuerde, recuerden ustedes, que en abril serán los exámenes finales.

—Que Luis Galvañ sea amigo mío no significa que yo tenga que hacer las mismas estupideces que él —dije—. Y no se preocupe por los exámenes de abril: los superaremos.

El profesor Hearn pareció quedar satisfecho de mi respuesta: me comprometía a cumplir con mis obligaciones como becario y, al mismo tiempo, coincidía con él en lo referente a la actitud de mi amigo Luis.

—Muchas gracias. —Y movió la cabeza con satisfacción.

Me despedí de él y salí, no sin antes prometerle que, cuando tuviera la ocasión o la suerte de encontrarme con Luis, intentaría hacerle volver al camino recto.

Estaba francamente preocupado. Hasta aquel momento no había imaginado cuánto había podido llegar Luis a obsesionarse por la Trama: había olvidado sus obligaciones y las palabras del profesor Hearn aconsejaban actuar con prontitud y máxima cautela. La suerte me hizo encontrar a Clara en el pasillo.

—Vengo de hablar con Hearn —le comenté—. Está preocupado por Luis.

Clara me miró con asombro y sus ojos indicaron muestras de preocupación.

—No es nada grave —la tranquilicé—. Pero no ha acudido a clase en toda la semana.

—Yo tampoco sé nada de él desde el lunes por la noche —me dijo. Y ahora sus palabras eran áridas y dejaban traslucir el enfado.

—Hearn me ha dicho que se ande con ojo. Sus alumnos de español se han quejado porque, los pobres, no tiene profesor por las mañanas —dije con cierta ironía.

Pero Clara no estaba por la chanza.

—Te repito que no sé nada de él. —Estaba cabreada—. No me ha llamado, no ha venido a verme —me miró y suspiró—, y no acude a clase. Se está comportando como un verdadero idiota. Está obsesionado con el dichoso juego.

Clara era un amante traicionada y rechazada por una rival más atractiva y apetitosa. Por un momento temí que rompiera a llorar pero se limitó a suspirar con fuerza, hinchando los carrillos y lanzando miradas a su alrededor, como si buscara un madero en el que salir a flote de aquel mar de sentimientos y zozobras.

—No te preocupes —intenté tranquilizarla—, se le pasará enseguida. Tan pronto como se dé cuenta de que la Trama no conduce a ningún sitio.

—Entonces tal vez sea peor. —Estaba abatida, y el verde de sus ojos había perdido la profundidad de los océanos y la nitidez de la esperanza—. Si no consigue completar la Trama, se volverá loco.

La tranquilicé diciéndole que estaba exagerando, que se trataba únicamente de un juego, o tal vez, ni siquiera de eso, quizá todo aquello era una serie de casualidades, sin más. Pero mis palabras no sonaron convincentes, ni siquiera para mí.

—No es solo un juego —me dijo, mientras me dejaba y seguía su camino, derrotada—. Es un camino que ha de mostrar lo mejor y lo peor de todo aquel que intente seguirlo. Y en Luis está mostrando lo peor: su obsesión, su tozudez y su obstinación. —Volvió el rostro un momento y el verde de sus ojos se llenó de rabia y amargura—. Como si no existieran ya suficientes caminos reales que recorrer y completar... y no tener que ahogarse entre libros y libros de mierda.

Imaginé que Luis estaría en la biblioteca, y no me equivoqué, aunque tuve que buscarlo en muchas plantas, entre las altas estanterías, en los diferentes

habitáculos que conferían al edificio una arquitectura laberíntica. En algunas salas, sobre todo de pisos elevados, cuando comprobaba que no había nadie, lo llamaba mediante gritos asordados, atenuados por las manos ante los labios.

Lo encontré en la décima planta. Estaba de pie ante una estantería repleta de libros sobre ciencias ocultas y esoterismo. Apenas me lanzó un saludo cuando me vio aparecer ante él. Tenía los ojos irritados y cansados; la barba crecida le confería un aspecto de dejadez y suciedad, que se acrecentaba al observar su escaso pelo, propenso a la grasa, formando manojos de cabellos, en un claro indicio de falta de lavado y peinado.

—¿Qué buscas aquí?

Los pisos más elevados de la biblioteca estaban dotados de menos ventanas que los inferiores, y la luz de los focos confería un mosaico de luces y sombras a las estanterías, que adquirirían un aspecto de amenaza y lobreguez.

—Menudo cabrón el Kellermann ese... —me dijo sin alzar la vista del libro que, abierto entre las manos, no dejaba de hojear—. Esto es para volverse loco.

—El profesor Hearn me ha dicho que llevas toda la semana sin acudir a clase, y tus alumnos se han quejado.

—¡Qué se jodan! —me espetó, y entonces sí apartó la mirada de las páginas que no dejaba de pasar. Tenía los ojos enrojecidos—. Esos gringos son unos mentecatos, y, además, unos ignorantes y unos vagos. Es perder el tiempo intentar enseñarles algo.

—No te corresponde a ti juzgarlos —le indiqué—. Tu obligación se limita a darles clase. Te comprometiste a ello.

—Esto es de locos. —Cerró el libro de golpe y lo devolvió a su sitio en el anaquel—. No hay manera de dar con la maldita pista, ¡joder!

—¿Me estás escuchando?

—Claro que sí. —Y me miró desafiante—. He oído cada palabra que has dicho. —Alzó la mirada al techo y a los libros que se alineaban en los estantes más elevados. Respiró sonoramente—. Ven.

Comenzó a caminar y yo lo seguí hasta que nos detuvimos ante una ventana. A través de ella se extendía el oeste del Campus: uno podía

contemplar con total nitidez el estadio, los verdes campos donde los domingos, algunos meses atrás, él y yo, mientras caminábamos a lo largo del río y escuchábamos el fútbol, observábamos a grupos de muchachos realizando los más diversos deportes; también alcanzaba a percibir la hondonada del río Olentangy. Ante la ventana había un pequeño pupitre y junto a este descansaba la mochila de Luis; encima de la mesa distinguí, entre una cantidad considerable de libros y papeles dispersos, los restos de un sándwich a medio comer y una lata de Fanta consumida y doblada por el centro.

—¿Comes aquí?

—Me traigo de casa la comida y la bebida y así no tengo necesidad de salir de la biblioteca.

Aunque se expresaba con mucha naturalidad, yo percibía en su voz un tono de irritación y malestar.

—No hay manera de dar con la clave —me confesó con tono resignado y dolido—. El cabrón de Kellermann nos ha vencido... Esta vez sí. —Cogió un manojito de papeles y me los tendió—. Introduje en OSCAR los términos «Egipto» y «Nazismo», y otros como «Tercer Reich» o «Hitler» o «SS» o «Alemania siglo XX»... En fin, todos aquellos términos que he creído relacionados con la pista que encontramos el lunes. Y mira la lista de las obras que me ha dado el ordenador.

Desde luego era una cantidad ingente: había obras gruesas y enormes que giraban en torno a la historia de Egipto; tratados de geografía y de exploraciones o descubrimientos; obras sobre ingeniería en torno al Canal de Suez y sobre navegación fluvial a lo largo del Nilo; volúmenes manoseados y mugrientos sobre el poder mágico de las pirámides; tesis que giraban en torno a la numerología que se podía desprender del estudio de las medidas de las pirámides; un libro en francés sobre la expedición de Napoleón y sus hallazgos y conquistas. Había libros en francés e inglés, en alemán e italiano; alguno en español o en portugués en donde se relacionaba a los egipcios con los mayas o aztecas, y donde se comparaban las pirámides con los teocalis centroamericanos. En la lista figuraban libros en todas las lenguas europeas sobre la historia de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial; sobre la contienda y sus batallas, con sus héroes y sus villanos, sus vencedores y sus

vencidos; volúmenes sobre la creación de las SS y la Gestapo; un libro en holandés —cierta tesis doctoral de los años setenta— sobre la relación entre los métodos empleados por el Tercer Reich alemán durante el exterminio judío y las técnicas de tortura utilizadas por la Inquisición española durante los siglos XVI y XVII; relatos de víctimas y supervivientes a los interrogatorios de las SS, a los campos de exterminio. Y luego también figuraba en aquellas hojas una lista menos numerosa en la que se mencionaban libros que ponían en relación Egipto y la Alemania nazi: las campañas africanas del general Rommel contra Montgomery; la inclinación de Hitler hacia el esoterismo y la relación de esta ciencia con las pirámides; la comparación del Bunker convertido en tumba del Führer con las enormes pirámides, con planos de ambas edificaciones e intentos inverosímiles de hallar semejanzas.

—¿Los has visto todos? —pregunté asombrado. En un primer vistazo calculé que habría alrededor de seiscientas entradas.

—No, todavía no. Algunos de ellos no ha hecho falta hojearlos, porque fueron publicados o adquiridos por la biblioteca después del año 1949. He buscado en muchos de ellos, pero todavía me faltan muchísimos más.

—Esto es de locos.

—¿Y si me echarais una mano? Tú, Mario, las chicas... podríais ayudarme. Terminaríamos antes.

Dejé los folios sobre la mesa y miré a través de la ventana. El cielo estaba adquiriendo un tono plomizo: muy pronto regresarían las nieves.

—Déjalo, Luis —intentaba convencerle—. Clara también está preocupada. Me ha dicho que no sabe nada de ti desde el lunes.

—¿Has hablado con ella?

Asentí. Luis se rascó la barbilla y las mejillas cubiertas por la barba. También él contemplaba el cielo que presagiaba nieve y frío.

—No me resisto a fracasar. —Ahora su voz sonaba más tranquila, como si hubiera llegado a comprender que podía vivir con la derrota y sin la Trama; pero sus palabras no decían eso—. Me jodería mucho tener que abandonar ahora.

—Míster Kellermann no hizo el juego para nosotros —le recordé—. No hemos perdido la partida, piensa que no la jugamos nunca. Hemos perdido una

baza, pero tal vez, con el tiempo, lleguemos a ganar la partida. ¿Quién sabe?

Se acercó a la ventana y apoyó su rostro contra el cristal.

—Está frío —dijo casi en un susurro. Parecía un niño pequeño a punto de llorar.

—Cálmate un poco. Descansa. Tal vez sea mejor que te vayas a casa, te des una buena ducha y duermas diez horas seguidas. —Le puse una mano en el hombro—. Si veo a Clara le diré que estás de nuevo en tu apartamento.

Apartó el rostro de la ventana. La mejilla izquierda estaba humedecida. Recogió los folios y los contempló en silencio, durante un largo rato, mientras iba pasándolos uno a uno.

—No, no está aquí lo que busco —insistía en la Trama, pero yo había percibido una menor tensión en sus palabras. Volvió a depositar las hojas sobre la mesa y miró sonriente—. Voy a hacerte caso. Me iré a casa y descansaré. —Yo sonreí y asentí—. Díselo a Clara, por favor. Y habla también con María o con Eric. Necesitaremos el coche este domingo.

—¿Para qué?

Se agachó y buscó en su mochila. Cuando se enderezó me mostró un papel. Hilda Weaver. Dendale Road, 68. Athens, Ohio.

—Mi buen amigo el señor Gallahan tuvo la amabilidad de buscar esta dirección y proporcionármela.

—¿Quién es esta Hilda?

—Es la hija de Kellermann. Se supone que en esta dirección es donde el viejo vive desde hace más de veinte años. Voy... vamos a ir a verle. Solo él puede concluir la Trama.

Le devolví la hoja con la dirección.

—Sé que eso es hacer, en cierto modo, trampa. Nos saltamos los jalones, las preguntas, las adivinanzas y vamos derechos a la meta, al final. —Sonrió y comenzó a guardar las hojas dentro de la mochila—. Este juego ha de terminar, y esta es la mejor y la más rápida de las maneras, porque de lo contrario: voy a volverme loco.

—Míster Kellermann ya no está con nosotros...

—Siento desilusionarlos, jóvenes, pero mi padre murió hace cinco años. Lo siento —había abierto la puerta y permanecía de pie, bajo el dintel, con una expresión de tristeza y melancolía—, lo siento de veras. Hacer tantos kilómetros para esto. —Sonrió—. Mi padre, el profesor Kellermann, murió hace más o menos cinco años. De todos modos, ¿qué deseaban ustedes? Tal vez pueda ayudarlos.

Eric había accedido a llevarnos a Athens, una ciudad de unos sesenta mil habitantes, situada al sureste del Estado, a poco más de sesenta y cuatro kilómetros de West Virginia. Mario y Carole habían preferido quedarse en Columtown.

Durante gran parte de la noche anterior habíamos estado confeccionando un listado de preguntas, un modo de aproximación con el que lográsemos intimar con míster Kellermann hasta alcanzar el suficiente grado de confianza para que nos dejara adentrarnos en sus misterios y sus secretos. Discutimos una y otra pregunta, cada una de las maneras en que habríamos de intentar penetrar en su arcano. Desde el principio Eric había preferido quedarse al margen.

—Si queréis que os lleve a Athens, de acuerdo; pero yo no quiero saber nada de todo este lío.

Calculamos que habría alrededor de ciento veinte kilómetros entre Columtown y Athens, y que a una velocidad media —«Las carreteras no son muy buenas, y yo no he ido nunca allí, no las conozco», había advertido Eric— tardaríamos dos horas en llegar. Decidimos salir a las nueve de la mañana y

tomar un café por el camino, en alguna gasolinera, para de ese modo llegar a Athens antes del mediodía.

Mario y Carole nos despidieron desde la acera, envueltos por el vaho blanco de sus propios alientos, cubiertos con abrigos y guantes. María y yo les correspondimos agitando nuestras manos mientras Eric arrancaba el coche y comenzaba a deslizarse por las largas avenidas. Luis tenía la mirada fija en una libreta abierta sobre sus rodillas, donde habíamos trazado, definitivamente, las preguntas que podíamos realizar a míster Kellermann; Clara no miraba a nada ni a nadie, apretaba los dientes e imagino que rezaba para que en Athens concluyera todo.

—Hablaréis con el expofesor —había dicho Eric—, luego comeremos y regresaremos a casa antes de que anochezca. Se espera que esta noche vuelva la nieve, y no me gustaría que me sorprendiera en la carretera.

No habíamos tardado en localizar la casa. Dendale Road era una calle ancha y de casas nuevas a las afueras de Athens, con enormes hayas y robles que se alzaban en los jardines y ante las fachadas de los edificios. Dos hileras de casas adosadas, rodeadas por un pequeño trozo de césped, formaban la calle. A las once y media, cuando encontramos la casa en cuestión y estacionamos el coche ante ella, el frío era intenso, y el cielo azul que nos había recibido aquella mañana había ido cubriéndose paulatinamente bajo una densa masa de nubes oscuras. No había nadie en la calle y el silencio parecía presidir aquella mañana triste e invernal de domingo; bandadas de hojas secas recorrían el pavimento en vuelos abruptos y descompasados: una ráfaga de viento las hacía elevarse sobre la calle y recorrer varios metros; pero luego, cuando el viento se calmaba, las hojas comenzaban a desplomarse sobre la calzada lentamente, trazando vuelos inconexos.

El número 68 era un edificio de dos plantas, con tejado de pizarra negra y paredes de madera pintadas de blanco. Tenía las contraventanas abiertas, pero unas cortinas o visillos impedían contemplar el interior de la vivienda. Se accedía a la puerta principal cruzando un porche techado.

—Me voy a dar una vuelta —dijo Eric, y María lo miró sorprendida.

—¿No vas a entrar?

—Esto no es asunto mío, de verdad. Dejo aquí el coche, voy a dar una

vuelta por ahí y dentro de un rato vuelvo. —María se acercó y lo besó.

—Yo voy con él —dijo Clara.

Y Luis sonrió.

—¿Tienes miedo?

Clara pareció aturdida.

—Sabes que no me gusta nada de esto —dijo. Eric se había adelantado unos metros y la esperaba con las manos en los bolsillos—. Ojalá todo termine pronto. —Y suspiró.

Luis caminaba delante de María y de mí, siguiendo un estrecho camino de baldosas que atravesaba el césped hasta detenerse ante los escalones de la veranda. Subimos tres peldaños y llamamos a la puerta. En el porche había una mesa con dos sillas y un asiento de dos plazas colgado de una viga mediante cadenas oxidadas, que el viento balanceaba débilmente.

—Lo siento, muchachos —contestó una viejecita encantadora cuando preguntamos por el profesor Kellermann—. Murió. Mi padre murió hace ya cinco años, ya no está con nosotros.

Por un momento creímos que el mundo se nos venía abajo. Todas nuestras preguntas, todas nuestras acciones ensayadas y estudiadas, todo nuestro tiempo invertido en la Trama había caído en un saco roto. Estábamos solos, huérfanos ante los fines de semana aburridos y monótonos que se nos avecinaban. Observé a Luis y lo vi palidecer, su rostro adquirió cierto tono exangüe que me hizo temer un desmayo.

—Vaya —dijo María. Era la única que parecía mantenerse firme—. Cuánto lo sentimos. ¿Y de qué murió, señora?

—El corazón... eso dijeron. Bueno —nos miró y su rostro se desparramó en toneladas de amabilidad—, lo cierto es que era muy mayor. Ochenta y cinco años, que no es poco.

Era una mujer bajita y regordeta, con un cabello rizado y blanco que todavía mostraba sus raíces negras. Vestía una falda clara y una blusa estampada con florecitas pequeñas y multicolores, y sus manos, que mantenía pegadas a su estómago, apenas mostraban las arrugas de sus más de sesenta

años. Yo la imaginé sentada en el sofá, junto a la chimenea o la estufa, entretenida en la lectura de revistas insustanciales o tejiendo sus propios calcetines o peúcos que la protegieran de las temperaturas gélidas del invierno; o sentada en el porche, en los atardeceres del verano, observando la puesta del sol tras los robles y las hayas, meciéndose rítmicamente en su asiento colgante, escuchando las carreras y los juegos de los niños de la vecindad, el ronroneo de algún automóvil discurriendo a lo largo de la calle.

Luis se repuso y comenzó a mentir:

—Verá, señora. Nos hubiera gustado hablar con su padre para hacerle varias preguntas. —La mujer pareció ilusionarse—. Estamos realizando un estudio sobre los directores de la biblioteca que ha tenido la Universidad de Ohio desde su fundación.

—Cuánto lo lamento, jóvenes, y sobre todo que hayan venido desde tan lejos. —Nos contempló lentamente, estudiándonos, luego lanzó una rápida mirada a su espalda y, al fin, pareció estar conforme con su pensamiento—. ¿Por qué no entran un momento? Les puedo preparar unos vasos de leche caliente, parecen helados. Tal vez yo pueda contestar a algunas preguntas.

—No se moleste —dijo María, sin mucha insistencia.

—No es ninguna molestia. Entren ustedes, entren, por favor.

Obedecemos. Nos invitó a sentarnos en el comedor, cuya ventana daba a la veranda y a la calle. Era evidente que la pobre mujer no recibía muchas visitas, y que cualquier pretexto era bueno para aliviar su soledad. Mientras nos dejaba solos y se recluía en la cocina para preparar unos tazones de leche caliente, aprovechamos para pasear por la habitación. Sobre una mesita colocada en un extremo hallamos varias fotografías: instantáneas antiguas y en blanco y negro donde se observaba a bebés y a infantes; a personas mayores con grandes bigotes o sotabarcas; reconocimos a nuestra anfitriona, la señora Weaver, como a una muchacha bonita y mofletuda, con falda corta y lazo en la cabeza, junto a un señor serio y con visibles rasgos europeos que identificamos como mister Kellermann, era una fotografía de estudio y en el fondo aparecían varias columnas de escayola, y el paisaje un tanto difuminado de algún lago entre los árboles; en otra fotografía, esta vez en color, una mujer besaba simpáticamente la mejilla de un hombre rubio y sonrosado, con el

mentón fuerte y los ojos azules...

—Esa soy yo con mi marido —la viejecita había entrado en el comedor sin que nosotros advirtiéramos su presencia. Luis dejó la fotografía sobre la mesita y todos nosotros nos alejamos de allí—, con el difunto señor Weaver. No les culpo por su curiosidad. —Dejó la bandeja sobre la mesa y con un gesto nos invitó a sentarnos—. Fue un gran hombre, mi marido: bueno y trabajador —miró a su alrededor, orgullosa—, con su trabajo logramos levantar esta casa. Murió joven —ahora su voz había adquirido un tono melancólico y triste—, demasiado joven... como casi todo lo que hay de bueno en este mundo, duró demasiado poco.

—Lo ruin tiende a ser más duradero, lamentablemente —dijo María, y la señora Weaver asintió distraídamente.

Nosotros permanecíamos en silencio, con la mirada distante, como si no quisiéramos penetrar y profanar los recuerdos de aquella viuda que, tal vez, no había llegado a alcanzar toda la felicidad que esperaba o a la que, quizás, habiéndola conseguido, se la habían arrebatado repentinamente.

—Pero beban y perdonen mi actitud. —Ella fue la primera en beber de su tazón, invitándonos a imitarla—. Ustedes han venido a hablar de mi padre. ¿Qué quieren saber?

Comenzamos preguntando, pero muy pronto no hizo falta ningún motivo para hacerla hablar. Mientras la señora Weaver se levantaba de su silla y, tras acercarse a la mesita, regresaba con una fotografía, siempre sin parar de hablar, fue brotando de sus labios la historia que habíamos ido a escuchar.

Franz Kellermann había nacido en Berlín en 1905 en el seno de una familia judía y con recursos. Había cursado estudios de Humanidades y había conseguido licenciarse en Historia Antigua en la Universidad de Colonia.

—No había sido admitido en la universidad berlinesa —nos aclaró la señora Weaver— debido a sus notas, así que decidieron enviarlo a Colonia, donde viviría con unos familiares de mi abuelo paterno. Gracias a ello estoy yo en el mundo. —Y sonrió, mientras contemplaba a Luis, que no cesaba de tomar notas en su libreta—. En Colonia conoció a mi madre.

—¿También era judía? —preguntó María, pero al punto pareció arrepentirse y se sonrojó.

—¡Oh, no! Nada de eso. Aunque lo cierto es que mi padre nunca prestó mucha atención a su religión —nos miró buscando nuestro consentimiento—, a ninguna religión. Toda su vida la dedicó a sus libros y a sus estudios. Yo nunca he pisado una sinagoga —y luego rio—, y lo cierto es que no sé si a las mujeres se les permite el acceso a ellas. —También nosotros sonreímos, animándola a continuar—. Pero aquello no pareció convencer a la familia de mi madre a quien, desde el primer momento, intentaron presionar para que abandonara toda relación con mi padre. —Se levantó y al momento regresó con un viejo retrato de un hombre y una mujer: ella era alta y delgada, y estaba ataviada con un traje oscuro, bajo una larga cabellera negra y ondulada; él se mostraba recio y serio, con un fino bigote a la moda de los años veinte, con el cabello peinado hacia atrás y la mirada perdida más allá del objetivo de la cámara—. Se debieron de querer mucho, porque se casaron contra toda opinión y consentimiento, y de su amor nació yo. —Luego su rostro se nubló, se sentó y dejó el portarretratos a un lado de la mesa—. Mi madre murió durante el parto... y sus padres, mis abuelos, de los que apenas guardo algún recuerdo, nunca se lo perdonaron a mi padre. Fue el año 1932. Yo me crié con una hermana de mi padre, que también había dado a luz por esas fechas, mi tía Deborah.

Y su voz, que hasta entonces había navegado entre la risa y la nostalgia, se ahogó en el temor y la huida. Su narración, la historia de su padre, se vio ahora tachonada por fechas históricas, por hechos horribles y terribles que, ninguno de nosotros sabía cómo, podían anidar tras un rostro tan noble como el de nuestra anfitriona.

—Muchas cosas las supe luego —nos dijo—. Yo entonces era, apenas, una niña que estaba aprendiendo a caminar y a hablar. Más tarde, cuando pude acceder a ciertos libros, conseguí completar y explicar ciertos acontecimientos que, en aquellos años de mi niñez, yo apenas recordaba y, de hacerlo, no encontraba significado alguno.

El año 1933 fue, quizás, el más horrible de la historia moderna de Alemania. En enero de ese año Adolfo Hitler accede a la cancillería de la nación, compartida con Von Papen, y bajo la presidencia del anciano Hindenburg. Durante los meses siguientes, el vicescanciller Hitler inicia una

campaña de guerra sucia y secreta con el único fin de acaparar todo el poder. Incendia el parlamento, el Reichstag, el 27 de febrero y, cual moderno Nerón, acusa de ello al Partido Comunista alemán; detiene, juzga, condena a sus líderes y decreta la ilegalización y la prohibición de dicho partido. La eliminación de competidores en el frente político se sucede a lo largo del año 1933.

Paralelamente a la limpieza política, Hitler inicia su cruzada personal y visceral contra las minorías étnicas, contra el conglomerado judío.

—Con la muerte del viejo presidente Hindenburg —la señora Weaver hablaba con la mirada distante, como si intentara recordar datos y fechas—, en 1934, Hitler se autoproclama Jefe Absoluto del Estado Alemán. Puede decirse que en ese momento se inicia el Tercer Reich... y la persecución masiva de judíos y gitanos. Ya mi padre hubiera podido huir, como hicieron muchos de sus colegas; pero yo era todavía muy pequeña, y tal vez no creyó poder cuidarme personalmente —se levantó y comenzó a recoger las tazas ya vacías—, o quizás imaginó que aquel horror terminaría pronto.

Pero lejos de aquello, el miedo creció hasta convertirse en crimen y barbarie. En 1935 se aprueban las Leyes de Nuremberg para «proteger el honor y la sangre germanas». El mito de la supremacía aria, hasta entonces delimitado a un ámbito más bien restringido, adquiere tintes colosales. Se distingue entre ciudadanos del Reich, de pleno derecho, y súbditos o minorías de sangre no germana, sin derechos constitucionales.

—Mi padre fue expulsado de la Universidad de Bonn, donde había estado impartiendo clases desde 1931 —decía aquello fuera del salón, desde la cocina, donde había ido a llevar la bandeja cargada de tazones vacíos—. ¿Les gustaría ver su despacho?

Asentimos en silencio.

—Sígueme, por favor.

La seguimos a través de un pasillo estrecho, con puertas a ambos lados, que terminaba en una escalera. La anciana señora comenzó el ascenso lentamente, ayudándose de la barandilla y sin dejar de hablar.

En 1935 se aprueba la Ley de la Herencia Genética, última piedra del edificio antisemita del Tercer Reich: se prohíben los matrimonios mixtos,

prolifera la esterilización forzosa —sobre todo en las capas bajas de la población judía— y persisten las palizas, las amenazas, los crímenes y las vejaciones. Se profanan sinagogas y cementerios, aumentan las pintadas insultantes y las humillaciones públicas, bajo la mirada permisiva y alentadora de la policía nazi. En noviembre de 1938 tiene lugar la denominada «Noche de los cristales rotos», con la destrucción de todo tipo de edificios relacionados con judíos. Muy pronto comenzaría la solución final al problema judío: la creación de guetos, donde los semitas son hacinados en espera de su traslado borreguil hasta los campos de concentración y de exterminio. El saldo final y aproximado sería de más de seis millones de personas asesinadas o dejadas morir de hambre.

—Pero gracias a Dios nosotros ya no estábamos allí. —Se había detenido ante una puerta cerrada—. Este es el despacho de mi padre. En mis limpiezas he procurado no tocar nada y dejar cada cosa en el mismo lugar en que estaba cuando él murió.

Abrió la puerta lentamente. Dentro estaba oscuro. Nos hizo un gesto para que aguardásemos y nosotros esperamos bajo el dintel, mientras ella, a ciegas, cruzaba la habitación. Escuchamos el sonido de tela —una cortina apartada— y luego la polea de una persiana. La claridad penetró en la habitación.

—Ya pueden ustedes entrar. —Estaba junto a la ventana, todavía con la correa de la persiana en la mano—. Huimos de Alemania durante la primera quincena de agosto de 1936, aprovechando la realización de los Juegos Olímpicos de Berlín, parapetados bajo el gran despliegue periodístico desplazado a Alemania para la ocasión; aprovechando la tregua que el régimen nazi había concedido a los judíos. Supongo que querían dar una buena imagen al resto del mundo, una imagen civilizada y más humana. En fin, gracias a eso pudimos escapar. Como comprenderán yo era muy pequeña para poder entender nada, tenía apenas cinco años; fue mi padre, primero, y luego los libros —y con un gesto nos señaló las diferentes estanterías que cubrían las paredes— quienes, más tarde, llegaron a explicarme aquellos terribles años.

—¿Huyeron únicamente ustedes dos? —preguntó María.

—Miles, cientos de miles de judíos salieron de Alemania durante aquellos

años —dijo con una sonrisa.

—No, no me refería a eso. Quiero decir si les acompañó, a usted y su padre, alguien, algún familiar, algún...

—Vino un amigo de mi padre —se apresuró a aclarar la anciana—. Lamentablemente ningún familiar consiguió salir de Alemania. Nunca hemos vuelto a saber de ellos, así que siempre imaginamos lo peor. —De nuevo sus ojos habían vuelto a humedecerse y su mirada estaba perdida en algún punto de sus manos de jovencita—. Alguien nos dijo que habían sido trasladados a Praga, al gueto de Terezín... y más tarde llevados a Auschwitz, a finales de 1944, cuando la solución final aligeraba su maquinaria de exterminio imparable.

—¿Y ese amigo de su padre? —La pregunta de Luis la devolvió a la realidad—. El que se vino con ustedes, el que huyó.

—Sí, claro, el señor Schlegel, Hermann Schlegel. Era profesor en la Universidad de Bonn, junto con mi padre. Profesor de... —cerró los ojos intentando recordar—... bueno, lo he olvidado, ustedes perdonen. No importa, ¿verdad?

El despacho del finado míster Kellermann era un cuarto más bien pequeño, con una sola ventana frente a la puerta. En el lado izquierdo estaba el escritorio. En la pared de detrás se alzaba una estantería repleta de libros; también la pared opuesta, a la derecha conforme se entraba en la habitación, aparecía cubierta de anaqueles y libros. Las otras dos paredes aparecían salpicadas de varios cuadros insustanciales —paisajes elevados y románticos, un bodegón pequeño y oscuro—, algunos diplomas o títulos, y varias fotografías en blanco y negro.

—¿Nos permite echar una ojeada? —pregunté.

—¡Sí, claro! Cómo no. Para eso los he traído aquí. —Y emitió una risita de ratón, silbante, pequeña como su figura de viejecita.

—No se preocupe, dejaremos cada cosa en su sitio —dijo María, tranquilizándola.

Acudimos a las diversas estanterías, mientras la señora Weaver seguía relatándonos los infortunios y las vicisitudes que habían pasado tras llegar a Estados Unidos. Los diversos contactos que había utilizado su padre para

buscar empleo. El periodo de tranquilidad en la Universidad de Columtown, mientras Europa se ahogaba en una guerra y en un genocidio vergonzoso.

Había libros en alemán y en inglés, sobre todo; aunque no faltaban algunos ejemplares en italiano, en francés, incluso en español: varios libros de Américo Castro y Menéndez Pidal sobre literatura española. Se lo hice notar y ella me informó solícitamente:

—Mi padre era catedrático de Historia Antigua y, aunque conocía sobre todo el inglés y, claro, el alemán, se defendía algo en francés, español e italiano. A veces sus investigaciones sobre algún periodo histórico concreto lo llevaban a manejar ciertos libros.

Había una cantidad considerable de tomos en torno al Antiguo Egipto; varias enciclopedias de Historia; algunas novelas de los años cuarenta o cincuenta —Faulkner, Hemingway—; también había espacio para algunos clásicos como el *Fausto* de Goethe, en su alemán original, el *Tristram Shandy* junto a los *Viajes de Gulliver*; una edición de *El Quijote* —la traducción francesa de Menard—; los cuatro tomos de *Les Légendes épiques. Recherches sur la formation des chansons de geste*, de Joseph Bédier; *Herbst des Mittelalters* de Johan Huizinga en una edición de 1927, con una dedicatoria en las primeras hojas del propio autor; algunos libros, en inglés, como *Spain, 1808-1939* de Raymond Carr y otros de Paul Hazard sobre el siglo XX; más volúmenes cuyos títulos, por encontrarse en alemán, escapaban a mi entendimiento, y que, a juzgar por ciertos sustantivos reconocibles, giraban en torno a Egipto; junto a ellos reconocí varios títulos de Chadwick, en inglés, sobre la civilización micénica.

—Al parecer su padre estaba muy interesado por Egipto —comenté.

—Sí, aunque no era su especialidad. Quiero decir que nunca impartió clases de egiptología... o como se llame, en la universidad. Pero fue su afición, desde luego. Imagino que el descubrimiento de la tumba de Tutankamón, cuando mi padre era un joven estudiante, debió de influir profundamente en sus gustos. Solía recoger toda la documentación que aparecía sobre el Antiguo Egipto, y todos los libros que hablaban de él. Incluso intentó descifrar ciertos jeroglíficos. —Y me señaló un cuadro en la pared.

Era un díptico: a un lado aparecía una cantidad considerable de signos jeroglíficos, cuidadosamente dibujados y pintados; al otro lado del cuadro podía leerse algunas oraciones que, resultaba evidente, intentaban dar una traducción del jeroglífico: se mostraban colocadas a modo de versos, en una lengua que identifiqué como el alemán. Debajo del texto traducido aparecían unas nuevas letras, más pequeñas, que imaginé que indicarían la procedencia de las oraciones anteriores. Me quedé mirándolo. Intenté descifrar algunas palabras alemanas, pero las encontré tan inaccesibles como los signos jeroglíficos.

—¿Cuál es su significado? —pregunté.

—Mi padre lo tradujo, casi al principio de llegar aquí. —Pareció dudar—. Hace ya muchos años que no practico el alemán. Apenas lo hablaba con él, desde luego no cuando vivía mi marido. Es un texto procedente del *Libro de los sueños*, escrito en el Imperio Moderno.

—¿Y estos? —Y señalé una fotografía, en blanco y negro, que colgaba junto al cuadro anterior.

Mostraba dos individuos de pie, en primer plano; aunque estaban convenientemente trajeados y su expresión era seria y académica, ninguno de ellos tendría más de treinta años.

—Este de la derecha, el más moreno de los dos, el que lleva un cigarrillo en la mano, es mi padre... el del bigote. El otro es su amigo Schlegel, creo que eran de la misma edad. La foto fue tomada en el año 1931 o 1932, cuando ambos impartían clases en la Universidad de Bonn.

Al fondo se distinguía la fachada inmensa de un edificio, con unos ventanales cerrados. Entre los dos amigos y el fondo de ladrillos aparecía la silueta borrosa de otra persona, de perfil, en movimiento, con el rostro medio oculto tras el hombro derecho de mister Kellermann.

—¿Y ese?

—La foto fue tomada ante el edificio de la universidad en la que impartían clases. Debe de tratarse de Karl, uno de sus alumnos. —Cerró los ojos un momento e intentó recordar—. Mi padre me habló mucho de él: de su capacidad para aprender, de su inteligencia. ¿Cómo se llamaba? —Permaneció con los ojos cerrados un instante—. Ya, ya. Karl-Wolfgang...

Karl-Wolfgang Förster, ¿o era Mörster? En fin, uno de sus preferidos.

Luis estaba a mi lado, mientras María seguía rondando por la mesa, hojeando los folios y volviendo a colocarlos en su sitio, abriendo y cerrando cajones; a veces, incluso, la veía sentarse en el sillón y apoyar los codos en el escritorio mientras leía, o lo intentaba, algún papel.

—¿Podría traducir ese jeroglífico? —preguntó Luis, y la señora Weaver, que se había hundido en el pasado al contemplar la fotografía, se movió bruscamente—. Quiero decir el texto en alemán.

—No sé. Ya le decía a su compañero que apenas lo recuerdo. —Se acercó más al cuadro, la nariz casi rozaba el cristal; creí que extraería unas pequeñas gafas pero no lo hizo—. Veamos. Habla de alguien... de alguien que se ve en un espejo. —Luis y yo nos miramos: ¿acaso no era aquello lo que buscábamos?—. No, no es eso. —Noté que Luis estaba poniéndose nervioso, lo así de la muñeca izquierda y se la apreté. Cruzamos una mirada rápida y llena de significado: la anciana no debía darse cuenta de nuestro evidente interés. Aflojé mi mano y sentí que Luis se calmaba—. Claro, se trata de los sueños... de lo que uno sueña. —Lanzó un hondo suspiro—. Veamos: quien sueña que ha muerto tendrá una vida muy larga, quien sueña que se queda sin dientes se quedará sin sus parientes. —Nos miró sonriente—. No estoy muy segura... Es algo así —y siguió—: Quien sueña que se ve en un espejo, pobre, porque se casará con una esposa otra vez... En fin, luego dice que no hay que anhelar más riqueza, que no se debe robar...

Se apartó del cristal. No cabía la menor duda: aquel era el texto que mister Kellermann había repartido por toda la biblioteca; aquel era el origen de la Trama, el mensaje oculto. Lo teníamos ahora delante de nosotros, pero estábamos, quizá, más perdidos que antes.

—¿Y ya está? —Luis iba a estallar de un momento a otro—. ¿No dice nada más?

—Más o menos viene a decir eso. Si no me he equivocado traduciéndolo. Noté la ansiedad en Luis y volví a sujetarle la muñeca.

—¿Y por qué su padre puso ese texto aquí, en su despacho?

—¿Y cómo quieren que yo lo sepa? —La anciana frunció el ceño—. Imagino que porque le gustaría. No lo sé... —Nos miró con expresión burlona

—. Y, desde luego, él ya no va a decírnoslo.

La anciana señora nos dejó y se acercó a María.

—Contrólate, Luis.

Hablábamos en voz baja, aunque no creo que la señora Weaver supiera español.

—Está ahí. Ese es el texto.

—Ya lo veo. Ya lo he oído. No vamos a robar el cuadro. —Miré las figuras egipcias e imaginé que una especie de búho me lanzaba una mirada desafiante—. Bastará con que copiemos el texto y, luego, en casa, lo traduciremos. La Trama ya está terminada. —Y pensé en Clara, y en su expresión de alivio.

Luis pareció adivinar mis pensamientos y me miró extrañado.

—¿Qué dices? —En su voz afloraba el desacuerdo.

—Lo que oyes. Todo ha terminado. Aquí tenemos la Trama.

—¡No! —María y la anciana nos miraron desde el otro extremo del cuarto; yo les sonreí, fingiendo.

—Baja la voz, joder. ¿Estás loco? Todo ha terminado, ¿no lo entiendes?

—Tal vez tengamos la meta, la solución... el mensaje. —Y me señaló el cuadro—. Pero no pienso renunciar al camino.

—¿De qué hablas?

—No pienso hacer trampas. Eres tú quien no lo entiende.

Entonces supe que la Trama lo había vencido, que los trazos sinuosos del camino lo habían conquistado y convertido en un maniático: se había perdido en él, en alguno de sus recodos, como un caminante que pierde el norte pero disfruta adentrándose en parajes desconocidos, tropezando con raíces que le obstaculizan el paso.

—Quedan muchas preguntas en el aire: ¿por qué la Trama?, ¿con qué fin se ha realizado?, ¿por qué precisamente este texto y no otro?, ¿cómo sigue el camino?, ¿a través de qué señales tenemos que andar?

—Ya lo has escuchado. Mister Kellermann está muerto. Nadie va a contestar esas preguntas. —Me aparté de él unos pasos: por un momento había temido el contagio de su obsesión—. Ya has oído a su hija: este texto le gustaba, era uno de sus favoritos, lo repartió entre los libros para entretenerse.

Los labios de Luis dibujaron una sonrisa sardónica.

—¿Me tomas el pelo? Tú tal vez te conformes con esa mentira, con esa solución fácil, de cobardes. —Contempló fijamente el cuadro, su mirada repartida entre los dos textos—. Hay algo más. Ha de haber algún motivo más importante que el simple hecho de que algo nos guste, o nos entretenga. Voy a recorrer el camino, a pesar de todo. —Me miró desafiante—. ¡A pesar de todos!

Supe que aquella era su última palabra.

—Estás como una cabra.

Hice ademán de marcharme junto a María y nuestra anfitriona, pero Luis me detuvo.

—No digas a Clara que hemos encontrado esto.

—¿Acaso se lo vas a decir tú? —Sabía que no, que se lo ocultaría para no perderla.

—Por favor. —Ahora su voz había adquirido un tono más calmado.

Me miró fijamente y yo asentí. Entonces él me dejó y yo volví a buscar entre los anaqueles.

Sobre la mesa, junto a los papeles y un frasco lleno de bolígrafos y lápices, había algunas figuritas que imitaban objetos egipcios. Me dije que las obsesiones son contagiosas: la de míster Kellermann hacia el Antiguo Egipto; la de Luis Galvañ hacia un camino y un juego a través de los libros. La señora Weaver explicaba a María el significado de cada uno de aquellas estatuas, que no llegarían a un palmo de altura, esculpidas en piedras negras: el dios Anubis, con cabeza de chacal y cuerpo humano, era el guardián de los sepulcros y el protector de los embalsamamientos; Sekhmet, mujer con cabeza de leona y sobre esta un disco que indicaba su ascendencia solar, era la diosa del desierto y de la lejanía, de la guerra, la protectora del rey y de sus edificios; el símbolo sagrado del escarabeo, en una cuidada imitación de lapislázuli; tampoco faltaba un obelisco, con sus cuatro fachadas repletas de minúsculos signos ininteligibles.

—Vaya, veo que a su padre le gustaba la literatura policiaca —interrumpió Luis desde el otro extremo de la habitación.

La anciana olvidó su explicación sobre las diversas estatuillas y se

aproximó a Luis. Yo la seguí mientras María permanecía junto al escritorio, continuando con su búsqueda entre los papeles; ignoraba que su empeño resultaba inútil: teníamos ya lo que habíamos ido a conseguir, y estaba frente a nosotros, mostrándose con total descaro, retándonos desde su lengua bárbara.

Luis indicó varios anaqueles repletos de novelas policiacas. Había sobre todo volúmenes en inglés, aunque no faltaban algunos en alemán o en francés. Allí estaba Conan Doyle junto a Julian Symons; más de una docena de títulos de Agatha Christie, tanto en inglés como en alemán; *The Three Coffins* y *Death in five boxes* de Dickson Carr; *The Kennel Murder Case* y *The Scarab Murder Case*, de S. S. Van Dine; dos novelas de Gastón Leroux, en su original francés.

—Era otra de sus aficiones —comentó la señora Weaver—. Le gustaba meterse en la cama, cada noche, con una novela policiaca. Decía que aquello lo relajaba.

Pensé que no era una mala idea: siempre había admirado ese tipo de literatura, quizá porque yo también había usado de ella para calmar mis nervios o mis temores.

—No son autores muy recientes —comentó Luis.

—Es cierto. Mi padre afirmaba que la buena literatura policiaca se había escrito antes de la Guerra Fría. —Nos miró como si pidiera disculpas por el difunto—. Abominaba de los agentes secretos, de Le Carré, de Follet. Prefería los problemas de salón.

No obstante, también encontramos varios volúmenes de novela negra: *The Glass Key*, de Hammett; *The Big Sleep* y *Farewell, My Lovely*, de Chandler; algunos tomos de Hadley Chase.

—¡Vaya! —dijo Luis y alargando el brazo cogió una de las novelas—. ¿Has visto esto? —me preguntó. La anciana, una vez cumplida su misión informativa, regresó junto a María y siguió comentándole el significado de cada estatuilla. Su voz sonaba como una música de fondo—. *The Scarab Murder Case*, ¿lo conoces?

—No precisamente. —Era una edición de 1934, cuatro años después de su publicación. Había sido impresa en Nueva York por Charles Scribner, con tapas duras y negras; las hojas eran gruesas y de un tono oscuro—. Conozco

otras novelas de Van Dine: *Crimen en la nieve*, *El caso del asesinato de Benson* —contesté—. Tal vez sea el escritor de literatura policiaca más importante de los años treinta en Estados Unidos —concluí.

Luis había abierto el libro y, tras leer el índice, se entretenía pasando las hojas rápidamente.

—Creo que lo tenemos —me dijo, y cerró el libro de golpe—. Tenemos el nuevo jalón. Hay que joderse con la dichosa casualidad —iba a estallar en carcajadas pero se contuvo—, para que luego digan que no existe.

—¿Has encontrado palabras subrayadas?

—No seas idiota. —Me lanzó una mirada de lástima—. La Trama no está en esta habitación, no está en estos libros, sino en la biblioteca.

—¿Entonces?

—El «Scarab» del título alude a un escarabeo. —Y señaló el escritorio, donde María y la anciana seguían hablando—. Imagino que parecido a ese que hay sobre la mesa. La novela trata sobre un crimen cometido en un museo de arte egipcio. ¡Se trata de Egipto... y lo ha escrito un tipo llamado S. S.!

No me gustó que llamara tipo a Van Dine. Iba a expresarle mis quejas pero Luis había decidido ya por todos. Devolvió el libro a la estantería y se dirigió a nuestra anfitriona.

—Señora Weaver, muchas gracias por todo, ha sido usted muy amable y de una gran utilidad. —La anciana parecía sorprendida ante el ímpetu de Luis por abandonar el despacho y la casa. En silencio María se había levantado del sillón y se alejaba del escritorio; parecía haber comprendido que todo había terminado.

—¿Nos vamos? —me preguntó.

Yo asentí en silencio mientras abría la puerta para salir. La señora Weaver se resistía a dejarnos marchar: no solía recibir visita alguna y ahora no quería perdernos.

—Ha sido usted de una ayuda inestimable, señora. Muchas gracias por todo, también por la leche caliente. —María ya había abandonado el despacho y aguardaba junto a la escalera.

—¿No necesitan ninguna cosa más? ¿Ningún dato más?

Luis pareció dudar.

—Míster Scheg...

—Míster Schlegel.

—Sí, el amigo de su padre. ¿Vive todavía?

—Lo ignoro.

—¿No tienen ningún contacto?

—Le escribí una carta a la muerte de mi padre. Me envió sus condolencias pero no vino al funeral. —Había salido del despacho y cerraba la puerta—. Lo cierto es que a pesar de la gran amistad que les unía en los primeros años, algo debió pasar que los separó.

—¿Sería tan amable de darnos la dirección de míster Schelegel si la tuviera? Tal vez él también sea de gran ayuda para nuestro trabajo. Quizá nos pueda decir más cosas sobre su difunto padre.

—Desde luego que la tengo. Debe de estar en la agenda, en mi dormitorio. —Nos miró sonriente—. Si son tan amables de esperar un momento, no tardaré. —Y se marchó por el pasillo, sin descender la escalera. Había elevado la voz y seguía relatando la amistad entre los dos hombres—. Les decía que fueron muy amigos, allá en Alemania y aquí, en Columtown, durante los primeros años. Mi padre y yo vivíamos al norte del Campus, en Lane Avenue, y míster Schlegel residía en el Down Town, en una calle que seguía el cauce del Scioto. —No la veíamos y su voz nos llegaba con altibajos, como ensordinada por la distancia y las distintas habitaciones que tenía que salvar hasta nosotros—. Recuerdo que muchos fines de semana los pasaba con nosotros. Decía que en el centro había mucho alboroto, que prefería descansar junto a la universidad.

Escuchamos sus pisadas y su silueta se recortó al fondo del pasillo semioscuro.

—Aquí está la dirección. —Y le alargó una hoja a Luis, quien se dispuso a copiarla en su libreta—. Como les iba diciendo, estábamos muy unidos, pero después de la guerra algo pasó que nos distanció. Quizá discutió con mi padre, no lo sé; imagino que alguna cuestión académica. Recuerdo que, de pronto, dejó de venir. En verano, cuando llegaban las vacaciones, solía pasar con nosotros semanas enteras. —Luis había terminado y le devolvió el papel—. Aquel año no vino y mi padre me dijo que se había ido de viaje. A partir de

entonces no volvió a aparecer por casa. Yo era una jovencita entonces, recién entrada en la adolescencia. —Volvió a soltar su risita de ratón—. Mi cabecita estaba pendiente de otras cosas... que desde luego no eran viejos profesores trajeados, precisamente.

—¿Recuerda el año en concreto? —preguntó Luis.

—Sé que fue después de la guerra, pero no recuerdo la fecha exacta.

—¿Tal vez 1948 o 1949?

María lo miró extrañada.

—Tal vez, es muy posible. ¿Por qué?

—Por nada en especial. —A Luis le había temblado la voz—. Si llegamos a hablar con mister Schlegel no estará de más saber ciertos datos.

La señora Weaver asintió y comenzó a descender por la escalera.

Clara y Eric nos esperaban dentro del coche, tras los cristales empañados. Se había levantado un viento frío que presagiaba nieve. Al final de la larga calle se columbraban las siluetas de algunos viandantes, ocultos bajo abrigos o gabardinas, moviéndose con paso rápido.

—En el centro hay un restaurante donde podemos comer —dijo Eric mientras tomábamos asiento.

María lo besó y luego se volvió hacia Luis.

—¿Por qué nos hemos ido tan precipitadamente? —preguntó. Eric había puesto el motor en marcha y transitábamos a lo largo de la calle, escoltados por los robles y las casas silenciosas y recogidas—. Yo no había encontrado nada, creo.

—Nosotros sí —respondió Luis, y me lanzó una mirada imponiéndome silencio—. Creo que tengo la solución para la nueva pista, la clave para seguir con la Trama.

Clara permanecía en silencio, apoyando su mejilla sobre la ventanilla izquierda del coche. Luis explicó brevemente la que consideraba la solución: la clave «Egipto SS» no tenía nada que ver con los nazis ni con la historia de Egipto; se trataba, de nuevo, de otro libro. Esta vez era una novela policiaca de los años treinta, *The Scarab Murder Case*, de S. S. Van Dine. María

pareció conforme con la exposición de Luis.

—¿Vamos al restaurante que hemos visto antes, Eric? —preguntó, de súbito, Clara.

Y Eric asintió con fuerza, sin soltar el volante ni apartar la mirada de las calles que se abrían y se bifurcaban al paso del automóvil.

Comimos unas ensaladas de pasta y unos filetes con patatas. Un acuerdo tácito presidió la comida: nadie habló de la Trama. La conversación giró en torno a las más diversas cosas: la nieve y el mal tiempo, el aspecto de ciertos sujetos que pasaron ante la cristalera del restaurante, lo que tardaríamos en llegar a Columtown, las inclemencias del invierno y sus limitaciones a la hora de emprender ciertas acciones o cometidos. Les hablé de mi rechazo a los viajes, de la pereza que me infundía el traslado y el camino; Luis se opuso a mis ideas y dijo preferir las inconveniencias del camino a la satisfacción de la llegada. Clara advirtió que la conversación podía desviarse hacia la Trama, así que comenzó a hablar de la moda y de la música, de la fugacidad de las tendencias y de su negación de la belleza.

—Que la moda niega la belleza, resulta evidente —dijo—. Si cierta moda o cierta prenda alcanzaran la belleza no haría falta cambiarla, sustituirla por otra.

—Las modas no buscan la belleza —comentó María—, buscan solo vender.

Cuando terminamos de comer era ya casi media tarde. El cielo encapotado había provocado que algunas farolas se encendiesen. La luz se reflejaba sobre el adoquinado de las calles, y resbalaba sobre las piedras como la lluvia.

Subimos al coche y emprendimos el regreso a casa. Eric nos deleitó con un casete de *jazz*, a medio volumen. María se durmió al rato de salir de Athens: sujeta por el cinturón de seguridad, su cuerpo flaco y frágil se balanceaba con cada curva. Luis y Clara permanecían en silencio: él con la mirada en la carretera que iba creándose conforme avanzábamos; ella con el rostro apoyado en la ventanilla, la mirada perdida, las dos manos ocultas entre las piernas, rehusando una caricia de Luis, un débil apretón, un ligero roce que pudiera vencerla. La carretera se abría a través de bosques verdes y castaños, de robles y olmos, subía y bajaba como una montaña rusa, y trazaba curvas

sinuosas que recordaban la huida de una serpiente sobre la arena del desierto.

Cuando llevábamos más de media hora de viaje comenzaron a caer los primeros copos de nieve. Hacía ya un buen rato que había sido necesario encender los faros, y los automóviles que venían de frente, a veces, nos cegaban con el destello de sus luces. Cuando eso ocurría Eric maldecía en voz baja para no despertar a María.

Tras las lomas cubiertas de árboles y de colores aparecieron las llanuras áridas y atenazadas por las heladas. A lo lejos afloraba el resplandor de la ciudad. La nieve seguía cayendo con escasa intensidad. Los copos no cuajaban sobre el asfalto, deshechos al tocar la calzada o bajo las ruedas de los coches, pero en los lados de la carretera, y en los campos, comenzaban a surgir pequeños retales blancos, dispersos arbitrariamente, como islas u oasis diseminados sin orden.

Cuando llegamos frente a nuestros apartamentos y Eric despertó a María, nevaba ya copiosamente. Comenzamos a salir del coche.

—Voy a casa y vuelvo en un momento —dijo Eric.

Luis miró a Clara esperando una palabra, pero esta había abierto la puerta de su lado y abandonaba ya el coche.

—¿Puedes llevarme hasta casa, Eric? —preguntó Luis. Seguía dentro del coche, abandonado por todos.

Eric asintió.

—¿No vas a subir y a contarle a Mario la buena nueva? —preguntó María, pero miraba a Clara y supe que intentaba poner paz entre ellos dos.

—No, gracias. Ya se lo contaréis vosotros. Yo tengo cosas que hacer en casa.

Eric aceleró y el coche se perdió por Neil Avenue, hacia el norte y la universidad.

—¿Qué tal les fue, muchachos? —Mario estaba sentado en el sofá de nuestro apartamento, frente al televisor.

—¿Estás solo?

—Carole subió arriba hace un rato. ¿Qué tal le fue, amigo?

Y brevemente relaté lo sucedido. La historia de míster Kellermann y su amable hija. El horror y el miedo de ser judío en la Alemania nazi. El fracaso

que nos había invadido ante la muerte del profesor y la alegría al descubrir el nuevo jalón. No hablé sobre el texto de la Trama, imaginé que la orden de Luis de no comunicárselo a Clara era también extensible a los demás.

—¿Y entonces hay un nuevo jalón? ¿El juego continúa?

Contesté que sí y seguí exponiéndole algunos detalles de nuestra expedición.

—Brian vino esta mañana con unos amigos —dijo Mario, cortando de golpe mi relato—. Ahora ha salido. Está en Arabica, dice que estudiando. Venga, sígame y vea lo que trajeron.

Lo seguí hasta el dormitorio de Brian. Encendió la luz. El visillo de la ventana estaba apartado y afuera, sobre la gravilla que cubría la parte trasera del edificio, la nieve se acumulaba poco a poco.

—Nieva de nuevo —lamenté.

—Siéntese —me señaló la cama.

Estaba deshecha, con las sábanas en el suelo. La calefacción estaba tan alta allí dentro que no era necesario ningún edredón, y no lo había.

—Lo trajeron esta mañana. Ande, siéntese y pruébelo.

Obedecí. Sentado sobre el colchón comencé a moverme de un lado a otro. Me levanté de un salto, extrañado.

—No se asuste, mi valiente. —Mario se reía apoyado en la puerta—. No más es un colchón de agua.

Volví a sentarme y comencé a balancearme como si estuviera asido a un madero en medio de un mar embravecido.

—Tiéndase.

Tendido sobre la cama, boca arriba, con los brazos abiertos y las piernas un tanto separadas me balanceaba como sobre un flotador. El techo se movía a mi ritmo y bajo mi cuerpo sonaba el sonido gutural del agua agitándose de un lado a otro del colchón. Por un momento creí ser un náufrago flotando en un madero, a la deriva, perdido en un océano tranquilo y abrasado por un sol de muerte y sed. Me di la vuelta, pero una ola golpeó mi espalda y a punto estuve de caer de la cama. Conseguí asirme a la cubierta del colchón y, al fin, pude colocarme boca abajo. Tenía la sensación de que el agua golpeaba contra mi rostro, escuchaba su sonido lento y repetitivo bajo mis mejillas.

—¡Qué de puta madre! —exclamé.

Mario se destornillaba de la risa.

—¡Carajo! Menudo susto me dieron esta mañana. Estaba en mi cuarto, trabajando delante del ordenador cuando escuché la puerta y sus risas. Luego ya los vi entrando en el dormitorio, con Brian a la cabeza.

A través de la ventana podía ver la nieve cayendo sobre el suelo y sobre todos nosotros, y yo no deseaba abandonar aquel barco, aquel yate que me balanceaba, una vez echada el ancla, junto a una costa cálida y rebosante de mujeres y daiquiris.

—Dice que un amigo se lo dio, casi regalado. Vinieron tres con él para ayudarlo. Parece que no, pero debe de pesar lo suyo.

Me giré de nuevo y contemplé a Mario en la puerta. También él se balanceaba a mi ritmo.

—¡Vaya juergas no se pegará el bueno de Brian con sus amiguetes! —Hice ademán de levantarme, pero el oleaje dificultaba mis movimientos.

—Espero que no utilicen zapatos de tacón.

—No hacen números más altos que el cuarenta —comenté, y Mario lanzó una nueva carcajada.

Cuando subimos arriba las chicas estaban sentadas en torno a la mesa de la cocina, en silencio. Unos minutos después llegó Eric.

—¿Dejaste a Luis en su apartamento? —preguntó Clara.

Eric pareció azorado y miró a María buscando ayuda.

—Lo siento. —Se sentó en una silla. Estaba avergonzado—. Cuando pasamos junto al Campus me dijo que parase el coche, que se bajaba allí, que tenía algo que hacer en la biblioteca.

María pasó su mano por la nuca del americano y este pareció recobrar el ánimo. Clara se levantó, se metió en su cuarto y ya no salió en toda la tarde.

alea iacta est

De la imagen sale una palabra, de la palabra una sílaba, de la sílaba una letra. Asociando las letras de las imágenes, el portador de agua más obtuso puede comprender una imagen, pero solo el hombre que sabe leer puede descifrar dos imágenes conjugadas.

M. Waltari, *Sinuhé el Egipcio*

Unos días después encontré a Luis Galvañ junto al Mirror Lake. Sentado en un banco, miraba en silencio la superficie casi helada del lago. Lo saludé pero no quise preguntar nada sobre él y Clara. Sabía que no la había visitado desde el domingo; sin embargo, ignoraba si ella había acudido a su apartamento o lo había encontrado en el Cunz Hall.

—Yo tenía razón —me dijo. Tenía las manos llenas de piedrecillas y se entretenía lanzándolas sobre el agua. Antes de que yo me sentara, él se incorporó de un salto y se colgó la mochila de su espalda. Abrió los puños y dejó caer las piedras—. S. S. Van Dine es un nuevo jalón. Tengo aquí el libro. ¿Tienes tú la lista, la hoja con el resto del texto?

La llevaba en mi carpeta, y así se lo dije.

Entramos en Arabica y cogimos una mesa del fondo. No pedimos nada para comer ni beber. No había mucha gente y la música sonaba débilmente. Luis extrajo el libro y lo dejó sobre la mesa. Era idéntico al encontrado en el despacho de mister Kellermann, salvo que esta era la primera edición, de 1930.

—Casi una antigüedad —comenté al ver el lomo y las puntas desgastadas por el uso y los años. Era completamente negro y el título estaba grabado en el

lomo, no en las tapas.

Luis no prestó atención a mi comentario y abrió el libro.

—Por favor, copia. Primero el texto, con tinta negra. Luego la nueva clave.

Abrí mi carpeta y comencé a copiar lo que él me dictaba. Era una oración más bien corta:

what you have is quite

—«Lo que tienes es suficiente» —traduje, y miré fijamente a Luis. Aquel consejo tal vez debiera ser aplicado también a él. Luis no pareció darse cuenta de mi intención o no quiso darse por enterado.

—Seguimos —dijo—. La pista en tinta roja es la siguiente: *Mark... his sojourn... the expedition...* Eso es todo.

—Otra dificultad nueva. ¿Cees que esta vez podrás... podremos descifrar esto?

—No parece que tenga más dificultad que la anterior, que ninguna de las claves anteriores.

Miré el reloj. Era tarde, debía acudir a clase, el profesor Hearn me esperaba. Se lo dije a Luis, pero él prefirió quedarse en la cafetería.

—¿No tienes clase hoy?

—Me quedo un rato. Me apetece un café. —Miraba la hoja con el texto y los jalones—. ¿Me la prestas un momento? Quiero copiármela.

No quería depender de mí. No quería depender de nadie.

—Cópiala ahora, si quieres. Yo voy un momento al aseo.

En las películas de cine negro, el conserje o algún recepcionista deja por un momento su puesto y el detective, tras haber desembolsado algunos dólares, campa a su antojo por el despacho, o registra los buzones, o mira el libro de entradas de un motel de mala muerte. Cuando regresé Luis ya había terminado de transcribir mi hoja a su libreta.

—Aquí guardo todo lo referente al juego —me dijo señalándome su libreta.

Estuve a punto de preguntarle si también guardaba allí los sentimientos hacia Clara: los temores y los miedos de ella, sus sufrimientos; el desdén de él ahora que ya había encontrado una sustituta: la Trama. No dije nada, me despedí y salí. En la calle, a través del cristal, lo contemplé con la mirada fija

en su libreta. Hacía frío. A mi lado pasó una muchacha con el rostro cubierto por un pasamontañas: conversaba con una amiga y al hablar surgía de la ausencia negra de su boca un vaho blanco y denso. Me subí el cuello del abrigo y caminé hacia el Cunz Hall.

Aquella noche, antes de acostarme, decidí copiar en una hoja el texto de la Trama que habíamos ido encontrando. Escribí dos columnas: en una coloqué el texto original; en la otra la traducción al español.

*Aware the man who
recognizehis face in a
looking-class —he's
going to take other
woman;*

*Who looks at oneself
falling in a pit, he'll
found what he's looking
for.*

*Mais ne t'encourage
pas en trouver de
richesse,*

*What you have is
quite...*

*Pobre de aquel que
se vea en un espejo,
porque tendrá una
segunda esposa;*

*Quien se ve a sí
mismo cayendo en un
pozo, encontrará lo que
busca.*

*Pero no te esfuerces
en encontrar riqueza,*

*Lo que tienes debe
bastarte...*

No tenía la menor duda de que se trataba, palabra más o menos, del texto que habíamos visto en el cuadro del despacho de míster Kellermann. ¿Pero qué sentido tenía? No cabía duda de que el texto contenía una serie de consejos. La señora Weaver había dicho que procedía de una traducción de un

antiguo libro egipcio: el *Libro de los sueños*, del Imperio Moderno. ¿Moderno? ¿Acaso no sería el Imperio Nuevo? Era evidente que el alemán de la amable anciana había perdido algunos enteros a consecuencia del escaso uso. Pero aquello no aclaraba gran cosa.

Leí el texto más de diez veces. Míster Kellermann influido por su afición a la egiptología había creado un jeroglífico. Cada libro de la biblioteca en el que estaba repartido el texto equivalía a un ideograma, a un signo de la escritura egipcia: bastaba con unir los libros, enlazar los textos que nos mostraban y, a la postre, aparecería el mensaje completo. Intenté recordar las palabras de la anciana viuda: solo algunas, ya hacia el final de su traducción, coincidían con las oraciones que tenía ante mis ojos. Era evidente que no habíamos iniciado el texto por el principio. La casualidad nos había llevado a la Trama: haber comenzado por las oraciones iniciales hubiera sido un milagro. Pero entonces surgían nuevas dudas y nuevas preguntas: ¿en qué nivel del texto habíamos penetrado? Ignorábamos cuán lejos estábamos del principio o del final. Recordé el cuadro y deduje que nos hallaríamos en un término medio, tal vez equidistante entre las primeras y las últimas oraciones. Pero ¿y si míster Kellermann no se había resignado a copiar el texto del cuadro? Nadie podía asegurarnos que el profesor alemán no hubiera añadido nuevas frases, o no hubiera creado *su* texto a partir de oraciones sueltas: el mencionado *Libro de los sueños* no se limitaría a aquel único fragmento, por supuesto.

Sonreí al pensar en las novelas policiacas que poblaban los estantes de su despacho. Sin duda, míster Kellermann había realizado, en su Trama, una especie de homenaje a la novela problema, a Dickson Carr, a la Christie... y sobre todo a Van Dine. Incluso había utilizado uno de sus libros para crear su propia novela. Porque también la Trama era una novela: el relato de un camino, la historia de una ocultación y de su posterior búsqueda. ¿Con qué fin había sido creada la Trama? ¿Para quién, o para quiénes, había sido trazado el camino? Nosotros habíamos hallado los jalones gracias a un golpe de fortuna. Resultaba tan claro como el agua que éramos unos intrusos, unos aventureros lanzados a la vorágine del juego: desconocíamos las reglas, las claves comunes entre el ocultador y los perseguidores; andábamos tropezando por

aquel océano de libros y citas.

Cuando pensé en los años, en las fechas, nuevas preguntas acudieron a mi mente. Recordé cómo la anciana señora Weaver nos había hablado de la enemistad, tal vez la riña, que había surgido entre los dos amigos. Luis había enlazado esta situación con la creación de la Trama: tal vez la anciana viuda no recordara muy bien la fecha de aquel suceso, pero lo que resultaba evidente, a tenor de los datos que habíamos encontrado en los libros, era que la Trama había sido trazada durante el verano de 1949. Luis había supuesto que la enemistad entre Kellermann y Schlegel había surgido entonces; y la viuda Weaver no lo había negado. ¿Por qué dos hechos, sin duda, importantes en la vida de mister Kellermann, habían tenido lugar durante los mismos días, o en fechas muy cercanas? ¿Había alguna relación entre la creación de la Trama y la enemistad con su amigo Schlegel? Era imprescindible, desde luego, visitar al anciano profesor, si es que aún vivía. Recordé que Luis tenía la dirección.

Doblé la hoja después de haberle echado una última ojeada y la guardé en el cajón de la mesilla. Tanta duda, tanta pregunta sin respuesta, me habían calentado la cabeza y habían ahuyentado el sueño. No obstante apagué la luz e intenté dormir.

Recuerdo que soñé con imágenes de documentales: las tropas aliadas entrando en los campos de concentración; los judíos quietos, expectantes, resignados, esqueléticos, con las ropas hechas harapos, la mayoría de ellos desnudos, con los ojos abiertos como dos ventanas a la primavera, con el cráneo liso y rapado, las orejas grandes, las costillas mostrándose a través de la piel como las úlceras producidas por latigazos; los liberados en silencio, sin gritos ni vítores, sin aspavientos, atenazados por el hambre y la debilidad; los montones de cadáveres hacinados como sacos de patatas, las grandes máquinas excavadoras arrastrando aquellos cuerpos sin alma y sepultándolos en fosas cubiertas de cal; los trenes repletos de hombres y mujeres, de niños y ancianos llorosos, con los brazos surgiendo a través de los travesaños de los vagones, pidiendo ayuda o clemencia, exigiendo al menos una muerte digna, en la cama, rodeado de los suyos, con la estrella de Israel sobre la cabecera, y un viejo rabino apretando el Talmud contra su pecho, moviéndose como un junco

al ritmo de sus oraciones y sus lamentos. En mi sueño se superponían las imágenes reales y las cinematográficas: las mujeres desnudas, en fila de a uno, entrando en la cámara de gas, como reses llevadas a un matadero, con una disciplina y un rigor copiado de las fábricas de montaje inventadas por Henry Ford; la quema de los libros —todos o casi todos estaban subrayados con tinta roja y negra— en las plazas de las ciudades alemanas, los desfiles triunfales de los facciosos, los estandartes rojos, con el círculo blanco y la gran esvástica negra, como un heraldo que anticipara el horror y la muerte —era una imagen en color, quizá la única de todo mi sueño—; los mítines ante las multitudes extasiadas y jadeantes apoyando a su líder —«*¡¡Ein Volk, Ein Reich, Ein Führer!!*»—; más de once millones de votos a favor de un bigote y un odio visceral hacia la humanidad... Y luego las bombas sobre Berlín, la liberación de París, el fracaso de la campaña soviética, la derrota en El Alamein, la victoria pírrica de las Ardenas, la muerte de Rommel, el atentado frustrado... Y luego, con la entrada de los aliados, la inocencia de todos los alemanes, las manos limpias y sin manchas, recién lavadas bajo la lluvia de la hipocresía y la falsedad, la ignorancia hacia los guetos y Auschwitz y Chelmno y Sobibor y Treblinka y los trenes cargados de condenados y las vejaciones y los exilios y la destrucción de edificios, de viviendas, de familias judías enteras, de sinagogas, de las generaciones futuras que nunca nacerían, asesinadas por la esterilización... Y luego las declaraciones de los derrotados, su miedo hacia los nazis, la necesidad de apoyar, ayudar, cerrar los ojos, asentir, consentir, seguir tras las banderas, alzar el brazo, vitorear, abuchear, aplaudir los horrores y las victorias de una raza, de un pueblo, de un imperio... Mentiras, mentiras, más y más mentiras: la inocencia de un pueblo entero acallado por las botas de los más radicales, la culpabilidad de unos cientos, o tal vez decenas... mentiras, mentiras..., los más de tres millones afiliados a las SA en 1934, poco antes de ser absorbida por las SS; la reelección de Hitler con el noventa por ciento de los votos...

Desperté sudando y la oscuridad me recibió. Encendí la luz y salí al pasillo. Mario había puesto la calefacción muy alta. Me lavé en el cuarto de aseo y el agua fresca me hizo recobrar la serenidad. No tenía la menor duda de que había sido un sueño horrible. Me apoyé en el lavabo y observé mi rostro

en el espejo: tenía la barba un poco crecida, los ojos rojos, inyectados en sangre, el pelo revuelto. Unas gotas de agua habían caído sobre la camisa del pijama y el espejo me mostraba un par de manchas.

Míster Kellermann y su hija, junto con el profesor Schlegel, habían llegado a Estados Unidos en 1936, en agosto, mientras Berlín acogía los Juegos Olímpicos. La Trama había sido realizada en 1949, durante el verano, mientras míster Schlegel realizaba un viaje, ¿quién sabe si de turismo o de trabajo?, ¿y adónde? Acaso no importara, acaso la riña entre los dos amigos había sido antes de aquella fecha, o mucho después; acaso únicamente nosotros, o solo Luis, había relacionado aquellos dos momentos: éramos exploradores sin rutas ni reglas, inventando los datos que desconocíamos, acomodándolos a nuestro andar.

El profesor Kellermann había tardado trece años en decidirse a hacer la Trama. ¿Por qué había utilizado el verbo «decidirse»? De nuevo me eché agua en el rostro. Sin saber cómo ni por qué mi mente había elegido aquel verbo. Seguí el camino que me abría aquel razonamiento: ¿qué había sucedido en 1949 para que el finado Kellermann se *decidiera* a efectuar la Trama? ¿Acaso no hubiera podido elaborarla antes?, ¿o acaso no había sido necesario?

Salí del aseo y apagué la luz. Anduve a oscuras por el pasillo, camino de mi habitación. Mario dormía sonoramente en su cuarto. La habitación de Brian permanecía en silencio, con la puerta cerrada; si apretaba mi oreja contra la puerta quizás escuchara el sonido de las olas y los vaivenes del mar. Los semáforos de la calle lanzaban sus destellos multicolores a través de las ventanas del comedor y de la cocina. Me detuve ante mi cuarto e intenté escuchar algún sonido que se produjera en el apartamento de arriba. Las chicas también estaban durmiendo. Cuando entré en mi dormitorio el reloj-despertador señalaba las tres y media de la madrugada. Ya no nevaba, pero el suelo era como una sábana blanca y mullida, sin huella ni falta.

¿Por qué míster Kellermann había esperado trece años para elaborar la Trama? Era la pregunta que me martilleaba las sienas. ¿Por qué no la había trazado antes, o después? ¿Por qué a partir de entonces la amistad con Schlegel se había resquebrajado? ¿Adónde conducía el nuevo jalón? ¿Quién era *Mark*?, ¿qué era *the expedition*, qué significaba *his sojourn*?, ¿acaso no

era una expresión en desuso, más bien pedante o redundante? Resistí la tentación de regresar al cuarto de baño y lavarme la cara de nuevo. Maldije a Kellermann y a todos los judíos que habían tenido que huir de Alemania, y maldije todas las Tramas que habían tenido que pergeñar —otra palabra en desuso, como *sojourn*— para no aburrirse. Me dije que un hombre podía hacer lo que quisiera cuando quisiera: no era necesario que pasaran trece años, o que llegara el verano de 1949; ni era necesario que un amigo se marchara de vacaciones para crear un juego, para trazar, en una biblioteca inmensa, casi infinita, un camino, y desperdigar un texto querido o adorado, una serie de consejos. ¿O *sí* había sido necesario que pasaran aquellos trece años?

El sábado 18 de febrero Luis Galvañ se presentó en el apartamento de las chicas como un poseso. Recuerdo la fecha porque era el día de mi vigésimo quinto cumpleaños. Afuera nevaba con furia.

El libro no estaba en la estantería.

—Lo he buscado por todas partes y no está —nos dijo, preso de los nervios y la prisa—. He mirado en las estanterías, arriba y abajo, por todas partes... y no hay nada. He buscado en cada anaquel de aquel jodido pasillo...

—¿Qué libro? —pregunté

—¿Qué libro va a ser, joder? *The Searchers*, nuestro libro, ya no está allí. Clara fue más rápida que yo en sus deducciones.

—¿El de la nota?

—El mismo, no está.

Era evidente que Clara y Luis habían hecho las paces. Ella le acariciaba la nuca y se colgaba de su hombro; y él se dejaba querer y mimar, sonriente. Con un gesto mostré mi asombro a Mario.

—Alguien lo habrá cogido —dije lacónicamente, me parecía que los libros expuestos en una biblioteca estaban para ser cogidos y leídos. Estaba molesto y celoso.

Luis se alteró más por mi actitud.

—¿No lo entiendes? Alguien está ahora leyéndolo, y tal vez tengamos

respuesta muy pronto. Encontrará la nota, seguro.

Pensé que, quizá, la pequeña hoja podría haber caído al coger el libro, sin que el lector se hubiera dado ni siquiera cuenta; pero no dije nada. Mientras Clara y Luis seguían hablando sobre el libro, entre besos y caricias, Mario, en voz baja, me dijo que la calma había vuelto a la pareja. «Carole me dijo que ayer Clara cenó fuera», sonrió y me lanzó un guiño.

—¿Por qué no averiguar quién tomó el libro? —sugirió Mario.

—Fue lo primero que hice. —Luis apartó la mano de Clara, que acariciaba sus labios—. Pero no me dejaron ver la ficha.

—Podías haber acudido a míster Gallahan —comenté.

—No pude, hoy es sábado y las oficinas están cerradas. Si no hay ninguna novedad este fin de semana, le haré una visita el lunes.

Clara lo miró sorprendida. En su silencio, en la línea dura y firme que dibujaban sus labios cerrados y apretados se intuía el reproche.

—Por la tarde —ahora Luis hablaba a media voz, en un tono tranquilizador—, cuando ya no tenga clases. —Miró a Clara y le sonrió—. Será un momento.

El resto de la mañana, hasta la hora de comer, transcurrió en la más completa calma. Luis y Clara se volcaron sobre sus libros y sus apuntes, en silencio, estudiando sin tregua. Desde el sofá, sentado junto a María que leía distraídamente una novela de Galdós, yo contemplaba las manos de la pareja: sus dedos entrelazándose, anudándose; las uñas hincándose suavemente en los nudillos y las yemas de los dedos. Pensé en preguntar a Luis sobre el nuevo jalón, sobre los resultados de su búsqueda; pero presentí las miradas recriminatoras de Clara. El tácito acuerdo que nos había prohibido hablar de la Trama, la tregua silenciosa pero unánime que había caído sobre el camino y la biblioteca se rompió mientras preparábamos la mesa para comer.

Las chicas estaban en la cocina, ante las sartenes y los platos de ensalada. Nosotros, Mario, Luis y yo entrábamos y salíamos del comedor: colocamos el mantel, dispusimos las servilletas y los cubiertos, los vasos, las botellas de agua o limonada. En voz baja, seguro de no ser escuchado desde la cocina, pregunté a Luis:

—¿Qué hay sobre la Trama? ¿Y el nuevo jalón?

Miró hacia la cocina. Las chicas formaban un corro junto al fregadero y hablaban y gesticulaban.

—Nada, déjalo —me dijo.

—¿Qué sucede?

—Hice un trato con Clara... ayer. —Posó su mano en mi hombro y acercó sus labios a mi oído—. Clara me lo puso muy claro: o ella o la Trama. —Se apartó un poco y me miró a los ojos—. Es evidente cuál fue mi elección.

—Desde luego yo no hubiera dudado. —Al momento me arrepentí de mi comentario.

Luis notó mi sonrojo y frunció el ceño. Mario se movía alrededor de la mesa. Desde la cocina Clara preguntó a Luis cuántas chuletas quería.

—Tres, por favor.

—¿Y has abandonado la Trama? ¿Ya no habrá más juegos? —insistí—. Este invierno va a ser muy largo y muy frío... y muy aburrido sin nada que hacer los fines de semana.

Luis sonrió y miró rápidamente hacia la cocina.

—Tengo la solución para el nuevo jalón, creo.

Sabía que la Trama estaba clavada muy profundamente en su hígado.

—Haré algún trato con Clara para seguir con ello. Ya veré... Pero ahora es mejor que la situación se estabilice un poco.

—Comprendo. ¿Cuál es la nueva clave?

Puso su dedo ante los labios y me indicó silencio:

—Más tarde.

Mario se había acercado a nosotros.

—Y si contesta alguien al mensaje, ¿qué haremos? —preguntó. Hablaba de la nota en el libro: ahora el juego se había duplicado. Quizá, después de todo, los fines de semana no fueran tan aburridos.

El teléfono sonó aquella tarde después de comer. Yo había bajado a mi apartamento buscando un poco de silencio y tranquilidad para poder estudiar. Arriba seguían hablando, sentados ante la mesa. Descolgué el teléfono y una voz preguntó por Luis Galvañ.

—No, no vive aquí; pero puedo llamarlo.

La voz pareció dudar. Se oía un fondo repleto de ruidos: pisadas, palabras, sonido de automóviles y bocinas; debía de estar llamando desde algún teléfono público.

—Si no tarda mucho... Estoy en una cabina. —Era la voz de un anciano.

—No, no se preocupe. Será un momento. ¿De parte de quién?

De nuevo las dudas. La voz carraspeó y se aclaró la garganta.

—Por favor... No me conocen... Dígale que estoy leyendo *su* libro.

¡Lo teníamos! Estaba hablando con el misterioso individuo que unas horas antes tanto había preocupado a Luis. Actué con rapidez.

—Creo que se refiere a *The Searchers*. —Imaginé que mi invisible interlocutor estaría sorprendido—. No se preocupe, yo también conozco el mensaje en el libro.

El silencio reinó sobre nosotros. Supuse que el hombre estaría dudando entre confesarse conmigo o insistir y requerir la presencia obligatoria de Luis.

—¿Con quién hablo? —Quería darse tiempo para pensar.

—Soy un amigo de Luis Galvañ. —Aquella duda me convenía; y la aproveché—. ¿Cómo, si no, iba a figurar mi número de teléfono en el mensaje? Yo también estoy al corriente de la nota.

El silencio se hizo tan largo que temí que el anciano hubiera colgado. Sonó la molesta bocina de un automóvil y los pasos distantes y apagados de los transeúntes que caminaban junto al anciano, que había vuelto a carraspear y a aclararse la garganta.

—Sí, sí.

—¿Quiere que nos veamos en algún sitio?

—Sí, sí.

—¿Dónde está usted ahora?

—En High Street, en una cabina de High Street.

—¿Conoce usted Brenén's, la cafetería Brenén's?

—Sí. Está algo más hacia el norte. Sí, la conozco.

—Bien, ¿qué le parece si nos vemos allí dentro de... digamos... media hora?

Otra vez surgían las dudas.

—Está algo lejos.

—¿Mejor una hora?

—Mejor, sí, mucho mejor.

Respiré satisfecho: tal vez la Trama había perdido algo de su intensidad a causa de Clara y sus riñas con Luis, pero el destino ponía en nuestras manos una nueva oportunidad, otro camino, una bifurcación que prometía acción renovada.

—¿Cómo lo reconoceremos? —pregunté.

—¿Reconoceremos? —Ahora sentí una pizca de miedo a través de su voz.

—No se preocupe. Luis Galvañ y yo acudiremos a la cita... solo nosotros dos.

—Soy un hombre anciano. Creo que me reconocerán porque utilizo un bastón.

Y entonces la conversación se cortó. Colgué el teléfono y aguardé, de pie, varios minutos. Calculé que tendría que buscar en sus bolsillos más monedas, o tal vez acudir a alguna tienda donde pudiera conseguir cambio. Cinco minutos después el teléfono seguía sin sonar. Sin duda, el anciano había dado aquella conversación por terminada: dentro de una hora, ahora ya cincuenta y cinco minutos, nos encontraríamos en Brenén's.

Subí al apartamento de las chicas. Habían recogido la mesa y estudiaban o leían, en silencio. *Lolita* se paseaba por el comedor y la cocina, y, a veces, se dejaba caer en el suelo o ascendía de un salto al sofá y se enrollaba sobre sí misma, bostezando. Muy animado comuniqué la conversación y Luis saltó de la silla.

—Me pongo el abrigo en un momento y nos vamos.

Clara, sentada ante un montón de folios, lo observaba en silencio, con la mirada fija y endurecida.

—Me prometiste que ya no más, que no más libros ni más Trama. —Estaba enfadada y ni quería ni podía ocultarlo.

—Esto es diferente, cariño. —Luis se cubría ya con el abrigo, y comenzaba a ponerse los guantes—. Esto no tiene nada que ver con la Trama, es otra cosa. ¿No recuerdas? Tú también estabas cuando lancé el mensaje. — Tampoco él quería ni podía ocultar su euforia ante una nueva aventura.

—Gilipollecés. Yo estaba cuando escribiste aquella absurda nota, ¿y qué?

—¿No te excita el pensar que alguien ha leído mi nota, que alguien ha hallado el mensaje?

Clara no contestó. Agachó la mirada y siguió leyendo los folios que tenía sobre la mesa.

—Haz lo que quieras, total... me importa un pimiento. —Hablaba sin alzar la vista. María la miraba con cierta lástima mientras Mario había escondido su rostro entre las manos, entre los brazos verticales, con los codos apoyados en la mesa; quizás estaba harto de las peleas y comenzaba a cansarse de los juegos. Imagino que estaría harto de todos nosotros que no lo dejábamos estudiar—. Siempre haces lo que quieres...

Luis terminó de vestirse y se acercó a su novia. Clara se dejó besar sin aparente repulsa ni interés.

—Gracias —dijo Luis.

Hizo un gesto con la cabeza indicándome la puerta.

—¿Y qué vas a hacer con él? —Clara seguía con la vista agachada.

Luis pareció sorprenderse.

—Cuando te encuentres con él, con el de la nota, ¿qué va a ocurrir?

—No lo sé.

Y salimos a la calle.

Había anochecido y la oscuridad había incrementado el frío. Caminamos con paso rápido y en silencio. La nieve que cubría las aceras y los jardines ante las casas relucía bajo el resplandor de las farolas y de los anuncios luminosos de algunas tiendas. Pasamos ante Arabica —con las mesas repletas de estudiantes y de libros— y nos adentramos en el Campus.

¿Qué ocurriría ahora? ¿Cómo se suponía que teníamos que comportarnos ante aquel desconocido? Miré a Luis, a mi lado, envuelto en su abrigo y sus guantes, con el rostro semioculto bajo el gorro de lana.

—¿Crees que lo reconoceremos?

—No suelen acudir muchos ancianos a Brenén's, ¿verdad?

No dije nada pero imaginé que no: como Arabica, aquella cafetería era una especie de sucursal de la biblioteca, un lugar frecuentado por estudiantes que buscaban no el silencio molesto y agobiante de la biblioteca, sino más bien el

silencio imposible con un fondo de música lenta, los vasos y las tazas servidos en la barra y anclados en las pequeñas mesas redondas; la conversación en voz baja de los comensales vecinos, el humo de los cigarrillos, el tráfico y el movimiento de High Street que aparecía tras los cristales.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. Cuando pasaban diez minutos de la hora prefijada nuestro hombre entró en Brenen's. No cabía ninguna duda de que se trataba de nuestra cita: abrió la puerta y entró en el local lentamente. La mitad de las mesas estaban ocupadas por estudiantes, quienes alzaron su mirada y olvidaron, por unos segundos, sus libros o sus apuntes. Como ya había imaginado al escuchar su voz, se trataba de un anciano. Era alto, y, sin duda, lo había sido más, porque ahora se inclinaba ligeramente hacia delante y dejaba caer su delgadez sobre un bastón negro con empuñadura dorada.

—Es él —dijo Luis, y se revolvió en su silla, nervioso.

El anciano había cerrado la puerta a su espalda y permanecía de pie, con el cuello alargado, buscando con la mirada, esperando quizás un gesto, tal vez una voz. Luis se incorporó y agitó su mano. El viejo sonrió y caminó hacia nosotros. A pesar del bastón y de su edad, sin duda, más de setenta años, el hombre caminaba con visible rapidez. Tenía un andar distinguido acorde con su aspecto: llevaba un traje azul marino, hecho a medida, sin duda; por entre la chaqueta abotonada aparecía una camisa azul, y sobre esta una corbata con rayas diagonales también azules y beige.

—Buenas tardes. —Y nos tendió la mano.

Ninguno de nosotros dos pensó en hacer una fotografía, algo que inmortalizara aquel encuentro: de haberlo hecho la instantánea mostraría un rostro pálido, algo enrojecido por el frío de la calle, adornado por unas cejas finas y blancas; una nariz algo afilada que ensombrecía un bigote espeso, también encanecido, sobre unos labios delgados y una barbilla un poco pronunciada; el cráneo, ya calvo, apenas cubierto por algún cabello peinado hacia atrás, estaba adornado por unas orejas quizás algo grandes; y unos ojos de un azul intenso e hipnotizador completaban el retrato.

—Permítanme presentarme. —Todavía seguía de pie, apoyado en el bastón

—. Me llamo Armand Szanto. —Y nos tendió la mano.

Su voz tenía un acento metálico, cierta dureza que yo no había percibido al hablar con él por teléfono. Luis se levantó e hizo las presentaciones pertinentes.

—Siéntese, señor.

—Espero no haberles hecho esperar mucho tiempo, muchachos. —Nos miró en busca de consentimiento—. ¿Puedo llamarles así?

—Por supuesto, míster Szanto.

—¡Oh, no! Por favor, llámenme Armand.

—Armand —repetí.

—Sí, gracias. —Y nos halagó con su mejor sonrisa. Conservaba una dentadura sospechosamente sana para un hombre de su edad.

Armand había apoyado el bastón en la mesa y nos miraba reclinado en su silla.

—¿Desea tomar algo, Armand? —se ofreció Luis, levantándose.

—Si no es mucha molestia tomaría un Milky Way. Hace mucho frío ahí fuera.

Luis se acercó al mostrador y nos dejó solos. Durante unos segundos únicamente se escuchaba el clarinete de Benny Goodman. Al fin me decidí a hablar.

—Fue conmigo con quien habló hace una hora.

El anciano asintió en silencio. Parecía estar analizándome con su mirada.

—¿Europeo?

—¿Cómo? —Parecía sorprendido, como si acabara de regresar de un largo viaje.

—Preguntaba si es usted europeo... Su nombre y cierta entonación...

—Sí —y apoyó las manos sobre la mesa, inclinándose hacia delante—, también ustedes, ¿verdad?

—Sí, españoles.

—Bien, bien... Húngaro. Nacido en Debrecen.

—Vaya, vaya... —Luis acababa de llegar con la taza de Milky Way. La puso ante Armand y se sentó—. Los europeos nos encontramos, tendemos a reunirnos... como imanes.

El anciano sonrió. Cogió la taza con ambas manos y bebió un pequeño sorbo.

—Estaba helado, muchachos.

—¿Hace mucho tiempo que vive aquí? —Luis parecía ansioso por conocer.

El anciano dejó la taza sobre la mesa y se desabrochó la chaqueta, mostrando un jersey de punto con forma de chaleco.

—¿Aquí, en Columtown?

—No, no solo aquí... Quiero decir... —Sin duda, nuestro nuevo amigo le infundía cierto respeto, porque había comenzado a tropezar con el lenguaje—. ¿Cuándo llegó a América? —preguntó al fin.

—Hace muchos años... después de la guerra —nos miró como esperando una nueva pregunta. Ante nuestro silencio continuó—, de la Segunda Guerra Mundial, quiero decir —nosotros asentimos—. No recuerdo la fecha exacta... justo cuando los alemanes fueron derrotados y los malditos comunistas invadieron mi país. —Volvió a beber—. ¿Y ustedes?

—Estudiamos aquí —contesté—. En la universidad.

El hombre cabeceó en señal de asentimiento. Y entonces Luis comenzó a hablar sobre el libro y sobre el mensaje que había lanzado. En unos minutos los dos se habían enredado en una conversación sobre las novelas del Oeste y sobre John Ford.

—Me sorprendió encontrar el mensaje. —Armand quería mostrarse amable y agradecido. Imaginé que sería un hombre soltero o viudo puesto que no apreciaba ningún anillo en sus finos dedos; un anciano deseoso de hablar con alguien, de compartir sus inquietudes, de soportar, medianamente bien, los escasos años que le quedaban de vida—. Me gustó mucho. ¿Cómo diría...?

—Era algo que necesitaba —dije yo, y al momento temí que aquel comentario no fuera del agrado del anciano.

—¡Exactamente! —Ahora parecía más relajado que unos minutos antes, cuando había entrado en Brenen's, cubierto por las dudas, temiendo alguna mentira o alguna burla cruel—. Eso es. Supe que lo necesitaba, supe que aquel mensaje me hacía falta —sus ojos parecieron ahogarse en un azul más intenso que el del cielo—, que lo había estado esperando más de setenta años.

—¿Es su edad? —preguntó Luis.

—Sí, setenta y cinco —nos miró buscando la complicidad—, pero todavía me conservo en forma.

Sonreímos. Y, de nuevo, la conversación se decantó hacia los libros y las películas. Hablábamos a media voz, para no molestar a los estudiantes que leían o escribían en las mesas vecinas. Pasaron varias horas sin darnos cuenta, entre nombres de actores y directores ya fallecidos pero eternamente recordados, entre títulos de películas en blanco y negro o con aquel tecnicolor que las hacía igualarse a las pinturas de Van Gogh o Regoyos. Envueltos en nombres y recuerdos, agitados por las apetencias mutuas y los gustos compartidos, nos habíamos dejado llevar y habíamos olvidado dónde estábamos.

Armand Szanto hizo a un lado la manga de su chaqueta y consultó su reloj. Confieso que no nos hubiera extrañado que hubiera utilizado un antiguo reloj de cadena.

—Muchachos, es muy tarde. —Cogió su bastón y se levantó—. Debo irme, ustedes son todavía jóvenes, pero un viejo como yo ha de estar en la cama muy temprano.

También nosotros nos levantamos. El reloj que colgaba detrás del mostrador marcaba las diez y media de la noche. Nos estrechó las manos con fuerza.

—Ha sido un placer hablar con ustedes. Muy gratificante.

—Si quiere podemos acompañarle —se apresuró a decir Luis. Era evidente que todavía no quería perder su compañía y su conversación—, no será ninguna molestia.

—Gracias, muchas gracias, pero tomaré un taxi. —Se alejó un breve tramo y se detuvo—. Tal vez, en otra ocasión —dudó—, quizá podíamos encontrarnos de nuevo.

—¡Por supuesto! —exclamé, y desde una mesa vecina me ordenaron bajar la voz.

—Podemos darle nuestra dirección —sugirió Luis, en voz baja.

Armand desanduvo la distancia que nos separaba y volvió a sentarse a la mesa. Del bolsillo interior de su chaqueta extrajo una pequeña agenda, con

tapas negras; dentro de ella se ocultaba un delgado bolígrafo. Luis dictó nuestra dirección lentamente.

—Muchas gracias, muchachos.

Estaba solo: nadie lo aguardaba en casa, nadie se preocupaba por su tardanza. Recordé que había llamado desde una cabina telefónica e imaginé que si no tenía teléfono en casa era porque no esperaba escuchar ninguna voz amiga.

De pie, junto a la mesa sobre la que descansaban tres tazas vacías, observamos la marcha de Armand. Al llegar a la puerta giró el cuello y nos sonrió.

—Me gusta —me dijo Luis.

—A mí también.

Luego salió a la calle y su silueta, trajeada y delgada, se perdió en la oscuridad de la noche y el destello del tráfico y las farolas. Antes de desaparecer a la derecha de la cristalera de Brenén's todavía pudimos columbrar el destello de su bastón al agitarse en el aire, ante sus pasos ágiles y elegantes.

LIBRO TERCERO

EL VÓRTICE

Pero la literatura es eso: darle un fin a lo que no tiene, ponerle un principio a lo que se nos ha presentado sin principio.

Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino*

mundos exóticos

Creo que de una vida muy intensa se puede escribir algo relativamente corto; en cambio, de una vida de poco dramatismo, el interés tiene que estar en los detalles.

Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino*

Mientras Luis Galvañ se está bañando en el mar de Lanzarote, yo me consumo y me derrito bajo el calor asfixiante de Madrid. Ayer el termómetro alcanzó los cuarenta y un grados; por suerte, ahora el tráfico es menos intenso, y siento que la ciudad está medio vacía, que todos (los afortunados) han conseguido huir. Imagino que afuera, allá abajo, el asfalto debe de estar derritiéndose y que los únicos que permanecen en Madrid están atrapados en la brea, con los pies clavados hasta más arriba del tobillo, como si un dios bromista se hubiera dedicado a plantar hombres como un agricultor que plantase árboles.

Escribo sin tregua ni descanso. A veces, cuando me duelen los ojos, me levanto y me acerco hasta la nevera a beber unos sorbos, largos y reconstituyente, de agua fría. Hay un par de botellas puestas a refrescar. Cuando anochece abro las ventanas, y el sonido de la ciudad trepa por el edificio y me llega atenuado, cansado por el esfuerzo: en la noche, alumbrado únicamente por la luminosidad de la pantalla del ordenador, apenas irrumpen algunas bocinas o la lejanía de una alarma. Temo que esté solo en Madrid, que todos hayan muerto o hayan huido.

Ayer recibí una nueva carta de Luis. Enciendo el flexo que hay a un extremo de la mesa, a mi derecha, y la luz cae, como un cubo de agua con

destellos, sobre las palabras y los trazos azules y regulares:

Cuando contemplo en los noticiarios de la televisión las playas abarrotadas, la gente hacinada entre cuerpos semidesnudos y sombrillas y tumbonas, torturada por los gritos, o por la arena levantada por una ligera brisa o por el paso veloz de unos chiquillos que juegan con una pelota, salgo de casa, cojo mi coche y me marchó lejos. En la isla hay una costa desierta y salvaje, continuamente golpeada por las olas y el ruido del océano... hacia allá marchó.

Cruzo el Malpaís de Timanfaya, y sigo conduciendo hacia el oeste, hasta que llega un momento en que la carretera muere ante la lava fría y milenaria. Cuando desciendo del coche el viento me trae el sabor salado de las aguas mezclado con el calor del fuego. Sin senda ni trocha, a través de desiertos de lava, avanzo hacia el océano; y una vez allí, me siento ante sus aguas agitadas, golpeando continuamente contra los acantilados. El viento sopla con fuerza y yo cierro los ojos, o fijo la mirada en algún punto perdido del horizonte, allá hacia donde el sol se encamina y donde muere. Y no pienso en nada ni en nadie: el mundo ha dejado de existir. A veces se me ocurre que podría regresar a la Cueva de los Siete Lagos, pero es un pensamiento pasajero que inmediatamente olvido. Cuando no tengo prisa dejo que me sorprenda la noche... y el sol es una bola de fuego que se hunde en el violeta del mar. Regreso al coche, casi a tientas —debo confesar que he caído en más de una ocasión—, palpando las sombras de la oscuridad, las rocas de lava helada y puntiaguda. Sé que en casa me aguarda Amparo: eso me reconforta.

Mi esposa se ha ido. Estoy solo.

—Me voy: el niño necesita un poco de aire puro.

—Bien.

—He llamado a mis padres. Me esperan... nos esperan.

—Yo no voy, tengo que terminar esto.

—Me llevo al niño, claro.

—Sí, sí, claro. Me gustaría ir, cariño, pero tengo que terminar esto. Ya

casi está... en un par de días, o tal vez, una semana.

—Me voy. Nos vamos. ¡Estás tan obsesionado como él!

A veces, cuando me acuesto durante unas horas (a mí me parecen siglos: una caída interminable por un agujero negro y silencioso, sin gritos, sin aspavientos, dejándome arrastrar); cuando cierro los ojos y la oscuridad de la casa penetra tras mis párpados, puedo contemplar la mirada de ella: sus ojos verdes, sus labios duros y contraídos, su silencio recriminador.

Echo de menos al niño. Me gustaba contemplarlo mirándome mientras yo escribía. Era un juego de miradas: como un espejo que muestra tu mirada precisamente porque lo contemplas, y te contemplas.

Mi mujer se marchó hace cinco días, ¿o fueron cuatro... o seis, quizás? Apenas queda pan de molde con el que elaboro precipitados sándwiches de Nocilla (también el frasco se está terminando) o de foie-gras. Ayer, en una hora indeterminada de la eterna tarde, hallé varias manzanas en uno de los compartimentos de la nevera. Estaban podridas, y que habían adquirido un color impreciso entre negro y blanco (podía ser cualquiera, claro, apenas me fijé); pero ahora, mientras escribo esto, no recuerdo si las saqué de allí y las arrojé al cubo de la basura, o si pensé hacerlo más tarde pero no lo hice. Ahora podría levantarme, dejar durante medio minuto de escribir; podría acercarme a la cocina y comprobarlo, pero no lo voy a hacer: voy a seguir escribiendo.

Una especie de acuerdo entre Clara y Luis, pero secreto para el resto de nosotros, hizo posible que la Trama siguiera desarrollándose. Según María, él le había prometido a ella que únicamente durante el fin de semana se dedicaría al juego. Al parecer, aquello fue del agrado de Clara y así Luis devino en un ser doble: era el estudiante aplicado y cumplidor —acudía a todas las clases, pasaba horas y horas sentado ante los libros y los apuntes—; y era, también y solo los fines de semana, el aventurero y el detective, el hombre ambicioso y ansioso por encontrar y descifrar cada uno de los nuevos jalones que nos iban surgiendo.

Armand Szanto fue prontamente informado de nuestro juego. La tarde del

sábado 25 de febrero, justo una semana después de nuestro primer encuentro, el anciano vino a visitarnos. Había cambiado ligeramente su indumentaria, pero seguía vistiendo de un modo tan elegante como en nuestra primera cita. Las chicas quedaron visiblemente asombradas al contemplar su aspecto: vestía un traje gris oscuro con zapatos negros, y sobre una camisa blanca y sin una arruga lucía una corbata azul marino, con un doble nudo Windsor, sin aguja, pero meticulosamente colocada; al caminar seguía balanceando su bastón, y cuando se lo cambió de mano para saludar a las chicas, por un instante fue como si un espectro del pasado se hubiera manifestado en el comedor del apartamento. «Parece caído de otro siglo», me dijo Mario al oído.

Armand atendía con visibles muestras de interés mientras Luis, y a veces María, le narraban cómo y cuándo habían encontrado la Trama, le leían y mostraban los diversos jalones que ya habíamos hallado, le referían nuestra visita a Athens y la imposibilidad de nuestra entrevista con mister Kellermann. Afuera la tarde había ido creciendo, y las luces de las farolas y los colores de los semáforos penetraban en el comedor y caían sobre nosotros dotándonos de halos y mantos multicolores. Observando el rostro de Armand, sus gestos de asentimiento e interés, hasta Clara parecía reconciliarse con la Trama y con Luis.

—¡Asombroso! —manifestó el anciano, una vez que el relato había concluido—. Parece mentira.

—Pues no lo es —señaló Luis, y se sentó en una silla junto a la mesa.

Desde el sofá, con las piernas cruzadas, Armand profirió alguna nueva expresión de asombro.

—¡Increíble! —Nos miró detenidamente, con la lentitud necesaria para estudiarnos de los pies a la cabeza—. Es lo que uno siempre había soñado, ¿verdad?

—¡Desde luego que sí! —Luis estaba pletórico. Se levantó y acercó su silla a la de Clara: la corroboración de Armand era como un bálsamo o una pomada que restañara y curase las viejas heridas.

—Pensé que la nota en el libro —su mirada seguía brincando de uno a otro de nosotros, indecisa sobre quién posarse—, cuando la hallé... pensé que era la oportunidad de mi vida —tosió—; pero ahora esto —y abrió las manos y

las extendió ante sí, como si la Trama y el camino, y hasta todos nosotros, estuviéramos allí: hacinados sobre las palmas de sus manos—, que es increíble, que es como un sueño.

—Es una oportunidad que no debemos dejar escapar —sentenció Mario.

Armand asintió. Seguía mirando sus manos, cabeceando y moviendo los labios, como si rezara en silencio. De repente cerró los puños y alzó el rostro.

—Bueno, ¿y a qué esperamos? —Había rejuvenecido veinte años.

Luis recogió la hoja donde estaban escritos los jalones, y que había leído a Armand durante su explicación, y la tendió al anciano.

—El último hito, el que hallamos en la novela de Van Dine —se había levantado de su silla y hablaba desde el centro de la habitación—, figura al final del listado.

Armand leyó en voz alta:

—*Mark his sojourn the expedition.* —Su acento adquiría cierto tono metálico al pronunciar las dentales—. ¿Sojourn? ¡Este Van Dine! Desde luego, a antiguo no había quien lo ganara, y también a cursi.

—Desde luego —afirmé—. Pero sus novelas tenían una buena trama.

—Sin ninguna duda. He de confesar que mi descubrimiento de Van Dine llegó más bien tarde, al poco de llegar a América. Cierta amigo, ya fallecido, me recomendó sus novelas para aprender inglés.

—Curioso —comenté.

Luis y Mario parecían no estar muy conformes con el sesgo que había tomado la conversación. Carole y Clara se habían retirado a la cocina. Habían dejado el comedor tan pronto como Luis había cogido la hoja y se la había entregado a Armand.

—¿Desea tomar algo? —preguntó Clara, invisible fuera del comedor—. ¿Un café, tal vez, míster...?

—Szanto, Armand Szanto. Pero por favor, llámenme Armand. —Nos lanzó una sonrisa.

—No creo que sea necesario que nos llame de usted —indicó Luis—. Quiérase o no, nosotros somos mucho más jóvenes. Tutéenos, por favor, Armand.

El anciano mostró su mirada más tierna.

—Desde luego. Luis.

—Bien.

—Y a propósito. Sí, si fuerais tan amables, me gustaría un café, con algo de leche.

—Conforme —afirmó Clara. Escuchamos el sonido de vasos y cucharas—. Los demás tomaréis lo de siempre, ¿no?

Mario, Luis y yo mostramos nuestra conformidad; Carole se había recogido a un extremo del sofá y jugaba con *Lolita*: no dijo nada. Unos momentos después se levantó lentamente —la gata seguía brincando y alzándose contra sus rodillas— y se ocultó en la cocina. Por aquel entonces nosotros ya estábamos inmersos en una discusión frenética acerca del posible significado del nuevo jalón.

—Al principio pensé en las grandes expediciones que se habían realizado en la historia. —Luis agitaba sus manos y Armand las contemplaba hipnotizado—. Pensé en Amundsen y en su expedición al Polo. Y en aquel que fuera el primero en escalar el Everest, ¿cómo se llamaba?

Mario intentó decir algo, pero únicamente se limitó a abrir la boca para luego cerrarla de golpe.

—Sobre todo hay infinidad de expediciones a lo largo y ancho de África —comenté; yo tampoco sabía el nombre del escalador—. La búsqueda de las fuentes del Nilo, aquella paralela que terminó con el encuentro entre Stanley y Livingstone.

—Pero claro —concluyó Luis—: ¿se llamaba alguno de ellos Mark? Y, desde luego, ¿en qué libro en concreto se habla de alguna, o de todas ellas?

Mario fue tajante:

—Desde luego ni Stanley ni Livingstone se llamaban Mark. En cuanto a Amundsen, lo dudo. —Y miró a Armand aguardando una respuesta.

—No se llamaba Mark —afirmó Armand, algo sonriente—, claro que no me jugaría la cabeza. Sin embargo, creo que la solución hay que buscarla mucho antes. Quiero decir en una expedición muy anterior. Por esto, tal vez, la utilización de un vocablo con sabor antiguo como *sojourn*.

Las chicas irrumpieron en el comedor y en la conversación. Clara depositó una bandeja sobre la mesa y María y Carole comenzaron a servir los cafés y

alguna infusión. Durante unos minutos la habitación fue un cúmulo de sonidos cristalinos, de cucharillas girando y creando vórtices negros y minúsculos; durante unos minutos el comedor se inundó de «gracias» y «muy amable», de manos apretando las tazas humeantes. Mientras bebimos, la conversación giró en torno a hechos cotidianos —la nieve que ya no caía, el frío que parecía que nunca sería derrotado, lo pronto que anochecía—; y luego, y a través de las preguntas de María o Carole, Armand fue desgranando, con datos más o menos precisos, su historia: la adolescencia y juventud en Hungría, los estudios — que no recuerdo si llegó a especificar—, los horrores de la guerra, que le sorprendió a la temprana edad de diecinueve años.

—¿Y se alistó? —preguntó alguien.

—Más bien me alistaron. Nos obligaron a combatir. —Y entonces volvió a mostrarnos una mirada de compasión y ternura—. Bueno, simplemente nos pusieron un traje de segunda mano y nos enviaron a un cuartel.

Hungría se había aliado a los países del Eje y había enviado algunas divisiones a combatir contra los soviéticos.

—Yo, desde luego, no disparé ni un solo tiro. —Estaba disculpándose: a veces los hechos de los políticos son como un estigma que los ciudadanos necesitan borrar y hacer olvidar—. Desde luego, y a pesar de que los alemanes intervinieron directamente, los soviéticos se apoderaron de la nación casi al final de la contienda, apenas unos meses antes de la entrada en Berlín.

Carole había abierto unos ojos de asombro:

—¿Cooperaron con los nazis? —preguntó.

—Bueno... —Armand parecía un tanto molesto. Su rostro se había sofocado levemente y su mano derecha, una vez había terminado con el café, estrujaba la empuñadora del bastón—. Yo no hice nada, nos obligaron a alistarnos, a vivir en aquel cuartel. Cuando los rusos entraron en el país a los más jóvenes nos quitaron el traje y nos volvieron a enviar a casa. Aunque convenientemente fichados, por supuesto.

—¿Nunca pensó en formar parte de los guerrilleros, de la resistencia? —preguntó Mario—. Imagino que no todos los húngaros estarían a favor de Alemania.

—Nunca he sido muy partidario de la acción. Esperé. —Armand hablaba

con lentitud, pensando mucho sus palabras, como si, después de todos aquellos años en Estados Unidos, necesitara traducir sus pensamientos—. Y cuando todo hubo terminado, y cuando tras los alemanes llegaron los soviéticos. Decidí que tampoco bajo sus leyes y sus órdenes iba a estar muy bien, y me vine a Norteamérica.

Terminamos las bebidas y las chicas volvieron a la cocina. Nosotros reanudamos la conversación.

—Comentaba usted que tal vez hubiera que buscar en alguna expedición anterior. —Durante todo el tiempo en que Armand había estado refiriéndonos su pasado, Luis se había mostrado silencioso y retraído, molesto por la interrupción.

—Desde luego. Ese Mark bien pudiera ser Polo.

—¡Marco Polo! —gritó Mario.

—¡Claro! ¡El viaje de Marco Polo, su expedición! —Luis había saltado de su silla y miraba fijamente la hoja de los jalones—. ¿Cómo coño no lo había adivinado antes?

Armand sonreía, satisfecho.

—Imagino que habrá que buscar en el libro de Polo —concluyó.

—El *Libro de las Maravillas* —apunté, en castellano.

Armand me miró un tanto extrañado.

—Supongo que no será la traducción española, querido amigo. Aunque eso ya tendréis que averiguarlo por vosotros mismos.

Luis apuntó algo en una hoja.

—Lo mejor sería ir ahora a la biblioteca y comprobarlo.

—Es ya de noche —señaló Armand.

No era la oscuridad lo que le asustaba: era su edad, y el frío, y tal vez la nieve que se había helado y todavía se amontonaba junto a las aceras.

Entonces el teléfono irrumpió en el comedor y Mario dio un respingo. Carole surgió velozmente de la cocina y se arrojó sobre el sonido, acallándolo. Reinó el silencio en la habitación mientras Carole, muda, cabeceaba y asentía.

—Hasta luego —dijo, y colgó—. ¡Llamaba Carmen! —gritó para ser escuchada desde la cocina, y luego siguió hablando mientras cruzaba el

comedor—. Nos preguntaba si íbamos a salir esta noche a cenar. Me ha dicho que ella y César estarán aquí dentro de unos minutos.

De la cocina surgió un murmullo de conversación entre las chicas.

—Bien, muchachos —dijo Armand, y se incorporó ayudándose de su bastón—. Será mejor que os deje. Tenéis visita y no quiero molestaros más.

—Nada de eso —afirmó Luis—. No tiene que dejarnos. Creo que le gustaría conocer a César, es pintor, ¿sabe?, un curioso personaje.

—Quizá podría pintarle un buen retrato —comentó Mario, entre chanzas.

Y Armand sonrió, pero con desgana.

—Me voy, muchachos. Además es ya tarde. No tengo edad para trasnochar, ni para retratos.

—Son solo las ocho y media —indiqué.

María había salido de la cocina.

—Eric, mi novio, no tardará en llegar —sugirió—. Puede quedarse, Armand. Luego él podría llevarlo con el coche hasta su casa.

Pero el anciano había tomado ya una decisión y caminaba lentamente hacia la salida.

—No os preocupéis. Volveré otro día.

—Cuando quiera —apuntó Luis, y era el sentir de todos nosotros.

Alrededor de las nueve llegaron Carmen y César. Estaban ateridos de frío y corrieron junto al radiador del comedor. Nosotros les referimos la visita de Armand, y la historia de su juventud. Carmen mostró interés, pero César apenas habló en toda la velada. Eric llamó disculpándose porque no podría venir esta noche: K2U requería sus servicios de un modo precipitado. María no mostró signos de enfado, pero los que la conocíamos advertimos en sus ojos un conato de rabia e impotencia. Cenamos en un restaurante mexicano —regentado por un matrimonio de origen yugoslavo— que había en Fifth Avenue, un par de manzanas más al sur de nuestra casa. Era evidente que César no estaba a gusto aquella noche. Imaginamos —más tarde María corroboró nuestra teoría— que hubiera preferido quedarse en casa trabajando, y que únicamente el ímpetu de Carmen había conseguido arrancarlo de sus

pinceles y sus lienzos.

Antes, unas semanas atrás, Mario hubiera cogido su coche y hubiéramos ido a K2U.

Todos —y cuando digo todos me refiero a los españoles, a los que Mario, con su acento mexicano, denominaba «el virreinato de Nueva España»— coincidíamos allí: madrileños y andaluces que estudiaban medicina o derecho y que no veíamos nunca por el Campus; jovencitas de cualquier lugar de España que ejercían como canguros en los barrios periféricos y ricos de la ciudad; hombres ya entrados en años y calvicie que, sustentados por el poder monetario de sus progenitores, llevaban dos años realizando un máster de seis meses. Gente, en fin, como nosotros, como todos y cada uno de los que allí acudíamos, dispuesta a escuchar el soniquete del castellano; gente ansiosa por comentar el clima que no podían sufrir o disfrutar sino a través de las llamadas telefónicas de sus familiares, los sucesos —crímenes, sobornos, atentados, fraudes; goles, equipos revelación y equipos de capa caída— que se desarrollaban a miles de kilómetros y de horas de aquel bar y de aquella ciudad perdida en el Medio Oeste, en la conjunción entre dos ríos, el Olentangy y el Scioto, al sur del invierno polar y al norte del racismo más intransigente.

Y allí, los sábados por la noche, en aquel bar oscuro con una barra larga y un pasillo estrecho, en aquel bar que también poseía un restaurante que servía comida italiana, y donde en la sobremesa, cuando los comensales degustaban un vaso de whisky o un falso vino italiano (californiano), actuaba un grupo de *jazz* sobre una tarima leve alzada al fondo del local: un cuarteto —batería, saxofón, trompeta y piano— en el que Eric tocaba la trompeta, después de haber atendido pulcramente las mesas y de haber recogido los platos sucios y los restos de la cena.

Tocaban piezas clásicas y generalmente lentas, siempre a medio tono. A veces el pianista llegaba a entusiasmarse pero la mirada recriminadora del saxofonista —el jefe del grupo y también el cantante cuando la pieza lo exigía— lo devolvía a sus fueros. Algunas canciones no las conocía, nunca antes las había escuchado, y tampoco me molesté en conocer su nombre o su origen;

pero otras, las más clásicas, me gustaba escucharlas apoyado en la barra, bebiendo un vodka con tónica, junto a Luis Galvañ que cerraba los ojos y no tomaba ni siquiera un sorbo hasta que no concluían la pieza.

All the things you are —que era la que más parecía gustar al auditorio y por eso repetían con más frecuencia—, *The man I love*, *Mignight in Vermont*, *Peter Gunn*, *Summertime*, *My Funny Valentine*... venían a arrullarnos en aquellas noches mustias y estériles de forasteros en lugar ajeno. De cuando en cuando, si el público parecía más animado, se arrancaban con *American Patrol*, con *Chattanooga*, con *Take the «A» train*, del gran Duke Ellington; incluso una vez, recuerdo, llegaron a volverse locos con el *Cherokee* y el *Now 's the time* de Charlie Parker. Cuando esto ocurría, los asiduos a su música sabíamos que, una vez terminada la pieza, el batería, inevitablemente, se levantaría, se olvidaría por un momento de sus baquetas y sus charles, y se amarraría a un contrabajo alto y engreído —como todos los instrumentos de cuerda—, con el que marcaría los ritmos y las pausas, para que el resto del grupo comenzase a atacar, siempre a medio tono, alguna canción melosa y sensual de Chet Baker.

*there will be other lips that 'll give me a kiss
but...*

El saxofonista colgaba su instrumento de una especie de atril que había a un lado del escenario y cantaba. No lo hacía mal del todo, pero su indumentaria no parecía la apropiada para la canción. Luis y yo lo sabíamos ya y por eso preferíamos oírlo a contemplarlo, y solíamos volvernos de espaldas al escenario y a sus ademanes y vestuario, y posábamos la mirada en las botellas que se extendían en las estanterías, tras la barra.

*Long ago and far away
I dreamed a dream...*

Escuchábamos *But not for me*, *I fall in love too easily*, *Long ago and far away*, *There will never be another you*, tarareadas, como a media voz, por la

trompeta lacrimosa de Eric. Sabía que no lo hacía mal en aquellas canciones y en aquel tono que no necesitaba forzar los pulmones ni los labios, ni la punta de la lengua, bastaba con poner mucho sentimiento y arrastrar mucho las frases, sosteniendo muy gravemente los cambios de estrofa, como incitando al pianista a arrancarse con una improvisación que no podía ser sino muy tenue y muy ligera, como sin querer, y por eso Eric se volcaba en sus interpretaciones.

... only to be alone...

Y aun así, tan delgado, tan pálido, con aquel color rubio de enfermo y aquellos dedos largos como los de un cirujano o un pianista subyugado por las drogas, cuando soplabla tenía que hinchar mucho los carrillos y parecía tan frágil y tan propenso al resquebrajamiento que, a veces, preferíamos desviar la mirada a otro músico, o a otro lugar del local, para que esta no lo dañase y lo rompiese en un millar de trocitos de cristal y sonido como al licenciado cervantino.

I guess she's not for me...

En cambio, el aspecto del vocalista lo estropeaba todo. Era un gringo moreno y velludo, con cabello negro y prieto y gruesas cejas que mostraban, como un estigma cainita, sus orígenes griegos o de alguna tribu extinta de los Balcanes. Sin duda, creía que aquel aspecto era el idóneo para triunfar entre el público femenino —muchachas con largas melenas rubias, sonrojadas, con aquella candidez en la mirada y aquella vacuidad cerebral que únicamente, en toda la faz del mundo, puede encontrarse en las norteamericanas veinteañeras y universitarias—, ahítas, imaginaba él, de muchachos espigados y rubios, de tez blanca y ojos azules; por eso gustaba de desabrocharse hasta el cuarto botón —casi rozando el ombligo— su camisa estampada, para mostrar un ramalazo de vello negro y piel morena.

I fall in love too easily

I fall in love too fast...

Cantaba atrapado por un pantalón ceñidísimo que parecía resaltarle más la nuez del cuello, y que marcaba detalladamente la virilidad ante unas muchachas que, si se las observaba con detalle, segregaban líquido vaginal por los ojos. Daba auténtico asco, y por eso Luis y yo le dábamos la espalda y mirábamos las botellas alineadas en las estanterías, imaginándonos la cuidada rebeldía, la pulcritud en las poses estudiadas de Baker. Cuando la voz era sustituida por la trompeta de Eric volvíamos a girarnos lentamente hacia el escenario para contemplarlo.

Alguna vez le dijimos a María y a Eric que por qué no intentaban que el cantante se pusiera otra ropa, o por qué, simplemente, no cambiaban de cantante. Pero parecía que a él le gustaba vestir así, y creía que también al público; y no se veía ridículo con aquel aspecto de conquistador trasnochado, de crápula mafioso venido a menos.

Pero todo eso había ocurrido mucho tiempo atrás, cuando la Trama no había extendido sus tentáculos sobre nosotros.

Luis debió de dormir aquella noche en el apartamento de las chicas, con Clara, porque a la mañana siguiente, antes de las diez, ya estaba llamando a nuestra puerta.

—Voy a la biblioteca, ¿me acompañáis?

Era una mañana de domingo gélida y azul. Los charcos desperdigados a lo largo de la calzada todavía estaban helados. Apenas circulaba algún automóvil madrugador y los semáforos seguían mostrando sus señales a nadie, como un conferenciante que continuara castigando con su perorata a un grupo de sillas vacías, concluido ya el mitin.

—¡Que se vaya! —gritó Mario desde su habitación. Escuchamos una vocecita femenina, susurrante, que rogaba silencio—. ¡Dile a ese chingado que nos deje dormir, joder! —Y de nuevo la voz suave de Carole rogando calma y tranquilidad.

—Supongo que Mario no va a querer salir de su cama —sugerí.

—Supongo que no. ¿Y tú?

Yo todavía llevaba el pijama, a través del cual, ahora, ante la puerta abierta de la calle, el frío penetraba como un alfiler.

—Entra, Luis. Aguarda un momento y me visto enseguida.

—¿Y Brian?

—Creo que está en su habitación, navegando en su mar particular.

La biblioteca estaba casi vacía. A principios de febrero habían tenido lugar los exámenes parciales y ahora, una vez concluidos estos, los estudiantes habían decidido ignorar los libros y los agobios hasta la siguiente convocatoria de junio. Solo nosotros, los matriculados en los cursos del doctorado, debíamos realizar un examen en abril.

OSCAR no tardó ni quince segundos en informarnos de que existían tres ejemplares del libro de Marco Polo: *Le Devisement du Monde*, una edición preparada por el francés Louis Hambis, publicada en 1980 —que enseguida ignoramos por lo cercano de la fecha—; una edición de Moule y Petiot, de 1928, *The Description of the World*; el mismo texto aparecía en una nueva edición de 1955.

—¡Es la de 1928! ¡Ha de ser esa! ¡No hay otra más temprana! —exclamó Luis, y desde el mostrador, una muchacha rubia y sonrosada nos lanzó una mirada de reproche.

—Todavía no estamos seguros de que se trate ni siquiera del libro de Marco Polo —sugerí.

—¿Crees que Armand se ha equivocado?

—Solo digo que todavía no hay nada seguro.

—¡Basta! —exclamó, tajante. Se levantó y copió la referencia del libro en una hoja—. Hay un modo de averiguar si tenemos razón o no. ¡Vamos!

Puesto que se trataba de un libro de memorias ascendimos hasta la sexta planta.

—¡Te lo había dicho! —exclamó Luis. No había nadie en la sala, los pasillos se mostraban desnudos, custodiados por voces mudas que narraban

sus hazañas o sus miserias.

Yo asentí en silencio mientras observaba cómo Luis pasaba rápidamente las hojas buscando nuevas palabras, nuevos trazos negros y rojos que delataran y mostraran un nuevo jalón, una nueva pista o clave, un nuevo fragmento de aquel texto que nos había tocado en suerte reconstruir.

—Bien, copia, haz el favor.

Nos habíamos sentado a una mesa. Estábamos solos en aquella planta.

Extraje una hoja y un bolígrafo. Luego, en el apartamento, después de haber traducido el nuevo jalón, tendría tiempo para incluir el fragmento junto al resto del texto, en la hoja que guardaba en mi mesilla de noche. Luis comenzó a dictar:

—Primero el texto en tinta negra. —Pasaba lentamente las hojas tras haberlas recorrido con su mirada de arriba abajo—: *I shall... tell...* —dudaba — *... the whole...* —pasó una gran cantidad de hojas antes de pronunciar una nueva palabra—... *truth...* —Siguió un momento de silencio, de hojas corriendo ante nuestros ojos—. Creo que esta parte ya está.

—*I shall tell the whole truth* —repetí y traduje—: «Contaré la verdad entera».

—«Contaré toda la verdad» —me corrigió (confieso que acertadamente) Luis. Y siguió—. Pasemos a la tinta roja, a la nueva pista. —Alzó la vista del libro y miró a ambos lados, como si temiera una intromisión.

Le dije que no había nadie en aquella planta; y pensé que quizá no hubiera nadie en toda la maldita biblioteca. Al fin y al cabo era un domingo por la mañana, y nosotros no tendríamos que estar allí sino durmiendo: él junto a la calidez de Clara; y yo solo, por supuesto.

—Copia —me ordenó—: *Great... Greek...* —Y luego una gran cantidad de hojas pasadas lentamente, tras haberlas recorrido con los ojos— *... his... last... mission...* —Luis seguía pasando hojas. La espera parecía eterna—. Eso es todo.

—*Great Greek his last mission* —reconstruí la frase (no había ningún verbo) y la traduje—: «Gran Griego su última misión».

—El «Gran Griego» es un viento. —Luis permanecía con la espalda recta y las manos sobre el libro.

Le miré algo sorprendido. Volvió a abrir el libro y buscó la página donde había encontrado las palabras subrayadas.

—Es el viento del nordeste. Es la dirección que tomaron los Polo en su viaje.

—¿Y ese viento realizó alguna misión?

—Lo ignoro. No me parece lógico que un viento «realice misiones». De todos modos observa bien la frase: «Su última misión», es evidente que realizó más de una, puesto que existe una última.

Lo que realmente era evidente es que sonaba a perogrullada, pero no quise decírselo. Luis se levantó y su sombra cayó sobre miles de kilómetros y cientos de culturas y nombres casi impronunciables de lugares o personas. El libro permanecía mudo y cerrado. Lo contemplé infructuosamente: él no iba a decirnos nada más, ya había arrojado su mensaje. Pensé en aquellos emisarios portadores de gratas o infaustas noticias, ignorantes del contenido de sus misivas, meros instrumentos del remitente que, a veces, eran castigados por el destinatario cuando los mensajes no eran de su agrado. Recordé una sentencia, un axioma: «No se puede matar al mensajero, si el mensaje no nos gusta». Nosotros no podíamos matar a Marco Polo; como tampoco podíamos haber torturado a Van Dine o a Scott Fitzgerald, ni a Verne ni a Carroll: estaban ya muertos.

—¡Vámonos! —dijo Luis—. Regresemos. —Y sus palabras sonaron como una derrota.

Recogí la hoja y el bolígrafo. Abandonamos la sala y tomamos el ascensor. Descendimos en silencio. Él debía de estar pensando en la nueva pista, pero me equivoqué:

—Hoy es domingo —dijo.

También aquello sonaba como una gilipollez. Luego, cuando nuestro viaje concluyó y las puertas se abrieron para mostrarnos el pasillo solitario y enmoquetado de la primera planta, supe qué había querido decir. No teníamos tiempo: era domingo. Recordé el acuerdo con Clara: la Trama nos ocuparía únicamente los fines de semana. Al día siguiente las clases, los alumnos y los profesores volverían a cubrirnos por completo, y los libros y sus mensajes serían apartados, desplazados hasta el próximo sábado. Miré a Luis mientras

caminábamos hacia la salida y el frío del Óvalo, pensé en decir algo que le aliviara su tristeza, la sensación de fracaso y frustración, la impotencia ante las horas que transcurrían sin piedad y sin freno hacia el lunes, hacia el final del juego. No dije nada. No valía la pena.

el reino de Hades

Paracelso dijo con lentitud:

— (...) Cada paso que darás es la meta.

El otro lo miró con recelo. Dijo con voz distinta:

—Pero, ¿hay una meta?

Paracelso se rio.

—Mis detractores, que no son menos numerosos que estúpidos, dicen que no y me llaman un impostor. No les doy la razón, pero no es imposible que sea un iluso. Sé que «hay» un Camino.

J. L. Borges, *La rosa de Paracelso*

Y llegó marzo y con él llegó el sol, y la nieve comenzó a desaparecer paulatinamente.

Frente a nuestro piso se alzaba una iglesia metodista donde ciertos sábados por la tarde se celebraba alguna boda: con sus rosas damas de honor, y una novia inmaculada vestida con sonrisa y ojos grandes, y docenas de invitados idénticamente trajeados —su pajarita, su chaqueta gris, su flor en la solapa— entre los que se emboscaba el novio, tímido y expectante. Y nosotros contemplábamos todo aquello embelesados, desde el dormitorio de María, a través de la ventana y de la tela metálica que era como una criba que únicamente dejara pasar las visiones y las sensaciones que nos movieran a la nostalgia.

Hubo una tarde en que, por unas horas, las nubes se abrieron, y el sol se desplomó con la ternura de un buen padre sobre los novios que subían al coche y desaparecían en la infinitud de las largas avenidas, entre los aplausos y los gritos de los invitados, y sobre nuestros deseos y ansias por desaparecer

con ellos en aquel punto infinito e inalcanzable donde las dos filas de castaños de Indias se unían, y donde se unían, también, todos los novios y todos los enamorados del mundo.

Durante el resto de la semana yo apenas conseguía ver a Luis. En cambio, sí me encontraba con Clara, en los pasillos del Cunz Hall, casi siempre sola, o acompañada de María o Carole. Las clases ocupaban todo nuestro tiempo: las horas eternas en la biblioteca y ante la pantalla del ordenador, elaborando trabajos y comentarios de poemas o novelas; las mañanas gastadas intentando enseñar español a gringos y gringas que querían pasar un verano en México o Costa Rica.

Los estudiantes americanos, mientras nosotros nos encerrábamos ante nuestra tarea, paseaban y retozaban por y sobre el Óvalo. Nosotros, a través de los cristales y la altura de la biblioteca, contemplábamos sus juegos y carreras —los discos y los balones amorfos de *rugby* lanzados lentamente, con poses y maneras estudiadas—, los corros que se arremolinaban sobre la hierba, bajo el sol cálido y benigno que era un emisario de la primavera; nosotros, extranjeros en una tierra inmensa e ignorante, matábamos nuestras horas ante ideas y pensamientos impresos, cuando afuera, bajo el sol, la sangre y la energía rompían los diques del cuerpo y lo colmaban todo. A veces dejaba de leer y de escribir, y al contemplar el aspecto animado del Óvalo pensaba en quemar todos los libros, en rasgar los apuntes y los trabajos: la vida tenía que ser algo más que el camino, monótono y repetitivo, que nos conducía desde nuestro apartamento hasta la biblioteca o el Cunz Hall.

Puedo imaginarlo, allá en Lanzarote, sentado ante su mesa y ante el papel, con el bolígrafo entre sus dedos, mirando a través de la ventana que, a un tiempo, lo separa y lo conduce al mundo exterior. Al leer su carta se me aparece sentado y con expresión ausente, reflexionando ante la blancura del papel y el paisaje que se extiende al otro lado del cristal: el azul infinito de un cielo que se une con el mar en el último punto del horizonte, el perfil de los

volcanes en la lejanía, la carretera o el estrecho camino asfaltado que discurre ante la casa, las palmeras que se alzan sin un orden determinado, trepando hacia el cielo como ofrendas a un dios benigno y cálido.

Leo las palabras de Luis:

Si la literatura pudiera aprehender la vida diría cómo el muchacho había dejado de pedalear, y por un momento la bicicleta había seguido deslizándose por la calzada, apenas envuelta por el soniquete de la rueda girando y la impronta del asfalto, y cómo había mirado hacia su izquierda y la avioneta —un aparato monoplaça— había pasado rozando las palmeras que parecían sostener el cielo azul y transparente. Si la literatura fuera capaz de atrapar la vida hubiera narrado de qué modo —aunque el aparato había desaparecido de la vista dejando la aureola de un sonido metálico que hacía vibrar las palmas— la bicicleta había continuado por unos metros deslizándose, cortando la gravilla negra y alquitranada que se amontonaba a ambos extremos de la carretera.

Es una de sus últimas cartas, cuando ya parecía cansado de tanta descripción estúpida y maquinaal, cuando ya me había referido todos los pasos de su rutina diaria, todos los detalles de su vida matrimonial, minuciosa y feliz.

Pero no es así, la literatura únicamente puede constatar que la avioneta iniciaba su descenso hacia la improvisada pista de aterrizaje, sobre miles de granos de lava fría y muerta; mientras, a un centenar de metros, un muchacho anónimo —con pantalón corto y gafas de sol de cristal azul— deshacía camino con su bicicleta.

Y es entonces cuando uno se da cuenta de que podría, si el instrumento fuera el propicio y el pulso y la caligrafía los indicados, poseer todos y cada uno de los momentos de una vida, por insignificante o asombrosa que esta fuera. Poseerlo todo, aprehenderlo todo: las expectativas y las esperanzas del mañana; el árbol que ensombrece la ventana cada atardecer, cuando el sol se ahoga en el océano; algo tan sencillo como el amor por alguien o el

temor a algo. Contenerlo todo en unas sílabas, en unos trazos que horadan el papel; poseer incluso el pensamiento de que, mientras escribo esta carta, en muchas camas habrá gente rebelde al sueño, que pasará sus horas insomnes amarrado a su esposa o a la ausencia de ella, abrumada por la visión arcana del miedo y la denuncia colectiva, despierta por culpa del sonido soñado de las celdas de una cárcel, de la huida de un pueblo, de una guerra o una hoguera... para no tener nada salvo la deshonra, el dedo estirado y acusador, la vergüenza ante el acto mal realizado.

No es la escritura el instrumento único para aprehender la vida ni rescatar la memoria, porque ni las imágenes ni los objetos caben en las palabras. Pero a pesar de ello, aun a sabiendas de que el propósito resultará frustrado desde el mismo inicio, no puedo resignarme a callar y a dejar que los sueños y los temores pueblen mis noches y velen mis miradas. Por eso vuelvo a leer las cartas de Luis Galvañ; por eso escribo esta novela, que no es otra cosa que una confesión; por eso vuelvo a recordar Columtown y regreso a aquellos meses de 1995, de hace tres años.

Hay misiones y propósitos destinados irremisiblemente al fracaso. Si la literatura es uno de ellos, estoy marcado, entonces, con la aureola de los derrotados: nada puedo perder, porque nada tengo.

Cierta tarde encontré a Luis en una mesa de la segunda planta de la biblioteca. Yo buscaba un libro (ya no recuerdo cuál) y pude contemplarlo — él no me vio— sentado y leyendo, ante una mesa repleta de volúmenes en desorden. Supe, nada más verlo, que había dejado las clases y las tareas a las que nos obligaba nuestro contrato y nuestra beca, y que estaba volcado en la Trama. Pensé, siguiendo una correlación lógica, que en ese momento estaba engañando a Clara. Por un momento sentí como si la Trama fuera una mujer que se abriera a Luis, insinuante, y que él, incapaz de rechazarla, se hubiera rendido a ella; imaginé a Clara traicionada, víctima del adulterio, ignorante — ¿o resignada?— del engaño, de la derrota. Y luego, inmediatamente, me dije que era un estúpido, que únicamente se trataba de libros, de palabras

subrayadas... ¿Pero era únicamente eso?

Luis se levantó —yo me oculté tras una estantería, temiendo ser descubierto— y se alejó de la mesa: había dejado el libro abierto, junto al resto. Una idea repentina —una palabra leída, un pensamiento surgido entre líneas— lo había animado a abandonar la sala, supuse que también la planta; y yo aproveché para acercarme. No había errado en mis predicciones: hallé volúmenes de meteorología, varios libros sobre la historia de Grecia, también estaba, abierto, el libro de Marco Polo. Temí que regresara y me encontrara allí, conque me alejé de la mesa y volví a perderme entre las estanterías. Al cabo de varios minutos, cuando ya había encontrado el libro que buscaba y regresaba a mi mesa, en la tercera planta, no me privé de lanzar una mirada intentando encontrarlo: todavía no había vuelto y la mesa seguía vacía.

Tropecé con María cuando ya llegaba a mi mesa.

—¡Vaya! ¡Hoy parece que todos estamos aquí! —exclamó.

Al principio pensé que ella también había visto a Luis.

—Que casualidad, ¿verdad? —dije.

Ella tenía entre las manos una novela de Isabel Allende.

—Estoy haciendo un trabajo sobre la literatura femenina latinoamericana —comentó al percibir que yo contemplaba su libro.

—Hispanoamericana —rectifiqué.

Ella asintió, sonriendo, pero con escasa convicción.

—Muy propio —concluí.

—¿Qué quieres decir?

—Tu amor por la literatura... femenina.

Su rostro mostró cierto enfado.

—Desde luego, gracias a Dios no todos somos tan machistas como tú. —Y sus palabras corroboraron lo que la expresión de su cara ya había mostrado segundos antes—. Imagino que si por ti fuera las mujeres no escribirían.

—Desde luego: no sabes. ¿Por qué me llamas machista?, ¿acaso crees que odio a las mujeres?

—Por lo que dices, por tus ataques a la literatura femenina.

Yo no tenía ganas de discutir, pero tampoco me apetecía regresar a los libros y a mis apuntes. Quería dejar clara la cuestión.

—Yo ataco cualquier tipo de literatura. Porque amo la literatura, a secas, sin adjetivos, sin calificativos. —Sonreí—. Nunca he leído un libro de Isabel Allende; no porque la rechace, sino porque no me ha apetecido. Si en la misma estantería encuentro un libro de ella y otro de García Márquez, puedes apostar lo que quieras a que siempre cogeré este último —ella intentó decir algo pero yo seguí, veloz y acalorado—; y si encontrara, por poner otro ejemplo, un libro de James Hadley Chase junto a uno de Agatha Christie, desde luego que cogería el de esta. No es cuestión de machismo —ella arrugó el ceño: no estaba convencida—, es solo comodidad: sé que Gabo me gusta... y que no me disgusta doña Agatha, y no tengo ni tiempo ni ganas de aventurarme en leer autores que todavía desconozco, que ignoro si me agradarán o no.

—Machismo —sentenció María. Intentó dar media vuelta y alejarse de mí, pero la así por el brazo. Tenía que terminar mi defensa: no intentaba convencerla, solo quería que me escuchara.

—Creo que la literatura es única y una, total, sin importar que sea masculina, femenina o, qué sé yo, hermafrodita. Considero, ¡estoy convencido de ello!, que cualquier adjetivo que la acompañe le resta riqueza, polivalencia: todo aquello que diferencia una obra literaria de un tratado de Derecho penal. —Tomé aliento. María había modificado su rostro y la tensión, el cabreo que mostraba unos minutos antes se había atenuado—. La literatura femenina *per se* no dota de calidad a las novelas; ¡ni la literatura masculina o vanguardista o expresionista! Claro que, para qué nos vamos a engañar, consigue vender más. Sin duda, eso da una idea de la capacidad crítica de los compradores. Al fin y al cabo eso es lo que importa, ¿no?: vender.

María no respondió. Dejé su brazo. Me sonrió.

—Me marchó, todavía tengo mucho que hacer. —No la había convencido, estaba seguro, pero al menos yo ya no era un machista.

—Saluda a Luis de mi parte, si lo vuelves a ver.

Detuvo su paso y pareció extrañada.

—¿También él está aquí? —preguntó.

—Creí que ya lo sabías, como antes habías dicho que... —Ahora era yo el asombrado—. ¿No lo has encontrado antes?

—¡No! ¡Desde luego que no!

Aquello tenía trazas de un diálogo de besugos.

—Encontré a Armand, al viejo —me dijo.

—¿Dónde? ¿Hablaste con él?

—Sí, claro, estaba en la quinta planta.

Reflexioné unos segundos:

—¿Arte?

—Sí, yo buscaba algún tratado sobre el arte precolombino. —Me mostró el libro de Allende, como disculpándose—. Una idea que se me había ocurrido. Él estaba leyendo, sentado a una mesa. Estuvimos hablando.

—¿Sobre qué?

—Le invité a venir a casa el próximo sábado por la tarde. Me pareció tan interesado el otro día con la historia de la Trama que, no sé, supuse que le gustaría ayudarnos.

—Tal vez Luis...

—Él nos ayudó con el jalón de Marco Polo, ¿no?

Tenía razón y contra aquella prueba no podía hacer nada: después de todo, también a mí me caía bien el anciano. Me despedí de María. Cuando llegué ante mi mesa recogí los libros y los apuntes, lo metí todo en mi mochila y tomé el ascensor hasta la quinta planta. Decidí subir a la quinta planta e intentar encontrarlo. Busqué por entre las mesas y recorrí los pasillos formados por las estanterías, pero no había nadie.

¿Qué tipo de arte sería su favorito? Había surgido la pregunta sin pensarla. ¿Qué libro estaría leyendo? Podía habérselo preguntado a María; tal vez ella lo supiera, quizás hubieran hablado sobre él. Tomé de nuevo el ascensor y descendí hasta la primera planta. Me dije que yo mismo podría preguntárselo el próximo sábado. Cuando salí del ascensor y mientras recorría el pasillo que me llevaba hacia el exterior —afuera había ya anochecido y las farolas que circundaban el Óvalo producían un agujero negro en el centro, como un pozo sin fondo—, advertí con cierto espanto que también yo estaba obsesionado, que también los dichosos libros me estaban venciendo. ¿Por qué habrían de importarme a mí las aficiones o los gustos de Armand?

—Es evidente que se refiere a Hércules, o Heracles, el dios griego —dijo Luis.

—El semidiós, querido —aclaró Mario—. No llegó a alcanzar la categoría divina. —Carraspeó y bebió un sorbo de agua—. Vaya, con la mitología hemos topado. ¿Y ahora qué?

—¿Quién es Hércules? —preguntó Carole, pero nadie pareció hacerle caso.

Apenas habíamos terminado de comer, todavía retirábamos los platos y los cubiertos de la mesa, cuando Luis comenzó a hablar. Yo sabía que había faltado a su palabra con Clara, que durante aquella semana, lejos de acudir a las clases, se había encerrado en la biblioteca y había quemado sus pestañas buscando entre los libros.

—Bueno, poco importa si dios o semidiós. —Luis zanjó la cuestión—. Lo que está claro, y en eso coincidimos todos, creo —y todos asentimos—, es que se está hablando de Hércules, él es *Great Greek*, el Gran Griego. Lo que ahora debemos averiguar es cuál fue su última misión.

Mientras comíamos, Luis nos había convencido: de entre todos los griegos el más grande había sido Hércules; además, él era el único que había realizado varias misiones, varios trabajos.

—Si queremos un juego, hoy es el día —dijo Mario. Carole se había colgado de su hombro y sonreía—. Tenemos toda la tarde y toda la noche para resolver este nuevo enigma, para superar el nuevo obstáculo. Y tenemos toda la biblioteca para nosotros, porque esta noche no van a cerrar: los exámenes de abril están cada vez más cerquita y hay quien ya ha comenzado a estudiar en serio.

Clara miró a Luis, quien se hizo el distraído. Yo podía haber hablado, pero no dije nada.

—¿Qué os parece si comenzamos a investigar cuál fue, de todos ellos, el último trabajo de Hércules? —Luis no esperaba una respuesta; era casi un orden.

—No, ¡alto!, esperad. No hace falta. —María se había puesto en pie y hablaba desde el centro del comedor, apoyada en la mesa—. Lo sé. Recuerdo el último trabajo de Hércules —pero cuando parecía que iba a comenzar a

cubrirnos de cultura, dudó—: en uno de los trabajos lucha contra un león y también contra un monstruo con muchas cabezas...

Eric sonrió desde el sofá, moviendo la cabeza en señal de disculpa o perdón. María enmudeció y regresó junto a él, algo aturdida.

—Sí, claro. —Clara hablaba con cierta sorna—. También separó África y Europa, y creó el estrecho de Gibraltar. Incluso limpió unos establos. Son cosas que uno sabe pero que no consigue precisar.

—Necesitamos precisión —afirmó Luis, rotundo—. No nos basta con sugerencias. Propongo que vayamos a la biblioteca y comencemos a reunir toda la información que podamos sobre Hércules. Podemos trabajar individualmente —y luego miró a Clara— o por parejas. Tenemos toda la tarde —nos observó esperando una respuesta que nadie le dio—, creo que es un periodo de tiempo suficiente. Regresaremos aquí y durante, o después de la cena, cada uno de nosotros expondrá los resultados de sus investigaciones.

María parecía entusiasmada. Se abrazó a Eric y le susurró algo al oído, pero el gringo mostró un rostro de asombro y le respondió, también en voz baja.

—Tendré que buscarme un nuevo acompañante. —Y me guiñó el ojo—. Eric trabaja esta noche en K2U.

—Lo siento, Eric —le dije—. Bueno, lo siento por los dos.

Las chicas insistieron en que no era necesario lavar la vajilla: el primer grupo que regresara de su expedición podría limpiarla. Recogimos mochilas y libretas, bolígrafos o lapiceros y salimos a la calle, camino de la biblioteca. El cielo estaba cubierto y la tarde parecía avanzar calzando botas de siete leguas. Eric se despidió de todos y recibió los besos de María. Al final de la larga avenida su coche se transformó muy pronto en un punto de luz que tendía a entremezclarse y confundirse con el resto de las luces y de los coches que formaban una procesión laica y lenta.

Al llegar a la biblioteca nos separamos: María y yo acudimos en primer lugar a una enciclopedia —buscamos en la Larousse, en español; y luego, en la Webster, en inglés, que encontramos en la segunda planta—. Hallamos gran cantidad de información, pero los trabajos de Hércules únicamente aparecían enumerados, y en algunos casos el orden —que era lo que realmente nos

importaba— aparecía trastocado. Luego acudimos a antologías de literatura griega: fragmentos de Herodoto o Hesiodo, de Homero o Jenofonte; comedias de Eurípides y Sófocles; y sobre todo genealogías divinas y mitológicas de Albrico y Apolodoro, de Diodoro Sículo e Higinió. La información era interesante pero muy exigua: resultaba difícil entresacar algo que nos aprovechase, entre tanto nombre heleno y tanta trama familiar. Los literatos griegos habían cubierto la historia de Hércules con otros sucesos y con el relato de la historia de otros personajes. Además, y para terminar de desalentarnos todavía más, la mayoría de las obras estaban traducidas al francés.

Finalmente, recordé el diccionario mitológico de Robert Graves, pero fue demasiado tarde. Luis y Clara estaban usándolo ya cuando María y yo quisimos acceder a él.

—No os preocupéis —nos dijo Luis. Clara, a su lado, parecía feliz y se mostraba sonriente. Sin duda, convencida de que no podía derrotar totalmente a su enemiga, había decidido unirse a ella.

—Yo regreso a casa —comenté, al ver nuestro fracaso—. Estoy cansado. Dentro de unas horas sabremos el resultado. ¿Y Mario?

Luis lo había encontrado en la primera planta, ante OSCAR, buscando bibliografía sobre mitología grecolatina; Carole, junto a él, parecía algo cansada o aburrída, con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre la mesa, con visibles gestos de desidia.

María y yo regresamos a casa, un tanto decepcionados. Habíamos conseguido una cantidad considerable de información, pero intuíamos, como luego así nos demostraron, que el meollo de la cuestión estaba en el diccionario de Robert Graves. Fregamos los platos y luego nos sentamos en el sofá, separados por los movimientos cálidos y amables de *Lolita*. Afuera, la tarde del sábado agonizaba lentamente.

Había anochecido y, cuando el silencio invadía el comedor, uno podía escuchar el sonido de la hierba al comenzar a helarse. Las luces del semáforo bañaban las ventanas del salón. Sentados en el sofá Mario conversaba con

Carole a media voz, y la americana asentía, entre entusiasmada y asombrada. Los demás recogíamos los restos de la cena.

—No ha venido Armand —dejó caer María.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado Luis.

—Hace un par de días lo encontré en la biblioteca. Lo invité a cenar y ¡ni siquiera ha llamado!

—Debe de haberlo olvidado, el viejo —dijo Mario—. Igual chochea.

—Me hubiera gustado verlo —comentó María.

—Nos hubiera sido de gran ayuda —admitió Luis.

Luis y Clara, alternándose, comenzaron a relatarnos sus hallazgos tan pronto como todos los vasos y los platos se ahogaban, bajo un mar de espumarajos y manchas de aceite, en el fregadero de la cocina.

Hércules, nombre latinizado del griego Heracles, había nacido de Alcmena, una joven mortal, la cual había sido seducida por el dios Zeus: era, por tanto —y como Mario había puntualizado unas horas antes—, un semidiós, pero dotado de una fuerza sobrehumana. Ardía en deseos de casarse con Admete, la hija de Erísteo, el rey de Tirinto, en Micenas.

—*My God!* —exclamó Carole—. ¡Cuánto nombre más raro!

—Eso es solo el principio, querida —bromeó Mario—. Apriétate el cinturón porque esto no más acaba de comenzar.

Erísteo impuso a Hércules la realización de diez trabajos, de diez hazañas casi imposibles de superar, como condición para conseguir la mano, «y el cuerpo», comentó Mario, de su hija.

—¿Diez? —preguntó María—. ¿No eran doce?

—Si me escucháis un momento, todo se aclarará —aconsejó Clara—. Sucedió que el rey Erísteo no consideró como correctamente realizados dos trabajos, por lo que el héroe griego tuvo que realizar dos más. Los diversos documentos, obras literarias o históricas, diccionarios o enciclopedias, exponen los doce trabajos en un orden distinto.

—Pero hay algo en lo que coinciden todos —admitió Luis, esperanzado—. Las diversas fuentes a las que he acudido, hemos acudido, coinciden siempre en el último trabajo: pueden cambiar el orden de colocación de los otros once, pero todos, desde Apolodoro hasta Higinió, coinciden en la posición del

duodécimo trabajo.

Sobre la mesa habían extendido varios folios, a modo de chuletas, a los que acudían para localizar un nombre, o recordar cierto detalle de su exposición. Y así fuimos testigos de aquellas hazañas que los antiguos habían tenido a bien conservar y transmitir: el desollamiento del feroz león de Nemea; la muerte de la temible Hidra de Lerna; la caza y captura de la cierva de Cerinea; el apresamiento del jabalí de Erimanto o Arimantea; la limpieza, en un día, de los enormes establos del rey Augías; el enfrentamiento contra las aves que anidaban en el pantano de Estínfalo y que poseían pico, alas y garras de bronce que utilizaban para devorar a los hombres; la captura del toro de Creta, que arrojaba por sus narices llamaradas temibles; el robo de las peligrosas yeguas de Diómedes; el hurto del cinturón de oro de Ares que Hipólita, reina de las Amazonas, llevaba alrededor de su cintura... como única prenda; el robo de los bueyes de Gerión, el rey de los Tartesos y el hombre más fuerte de la tierra; la sustracción de las manzanas doradas de las Hespéridas, guardadas en el monte Atlas, para lo cual tuvo que matar al dragón Ladón y engañar a Atlante.

—Y bien. —Luis carraspeó. Era evidente que había llegado el momento esperado, el trabajo número doce de Hércules, el último—. La última hazaña de Hércules consistió en la captura de Cerbero... del Can Cerbero.

María lanzó un suspiro de alivio.

—¿Y dónde carajo vamos a encontrar un Can Cerbero? —Mario parecía contrariado—. ¿En algún equipo de fútbol?

—El Can Cerbero era el guardián del Tártaro, del reino de Hades, del Infierno. —Ahora Luis agitaba los brazos y sonreía sin cesar—. Su rabo estaba cubierto de púas y sus tres cabezas, encadenadas a la puerta del Aqueronte, ante las mismísimas puertas de los Infiernos, estaban cubiertas por unas cabelleras formadas con serpientes.

—¿Debemos domesticar al Can Cerbero? —preguntó María, visiblemente decepcionada—. Que alguno de vosotros me indique la puerta del Tártaro y bajaré al reino de Hades.

—La verdad es que no hemos llegado a ningún sitio —me lamenté—. Si el último trabajo de Hércules es la captura del perro de los Infiernos. ¿Qué

podemos hacer nosotros?

Luis permanecía callado. A su lado, Clara lo observaba con ternura y acariciaba su nuca y sus hombros.

—¿Hay algún libro sobre perros? —preguntó Carole.

—Sí, desde Lassie hasta Rintintín, incluso Snoopy nos serviría. —María destilaba su enfado a través de las palabras.

Y entonces vi la luz.

—¡Aquí tenemos un perro! —exclamé.

—Una gata, una gata —dijo Clara con sorna.

—No, joder. Hay un perro en la universidad, justo delante de la biblioteca. —La emoción agilizaba mi lengua—. No es un libro, pero tiene relación con ellos... y también con Hércules. Hemos estado escuchando descripciones de bestias cada cual más variopinta y extraña: piel de bronce, cuernos de oro, garras de hierro. El perro al que me refiero también es de bronce.

—¡La estatua de Oxley! —gritó Luis.

Y, entonces, todos comenzamos a hablar a la vez, a felicitarnos mutuamente, a observar la calle a través de las ventanas para comprobar que no nevaba, que podíamos salir afuera y caminar hacia el Óvalo.

—Pero no es un libro —dudó Luis—, ni contiene ningún texto.

—Hay un texto en la base de la estatua, una placa conmemorativa o algo así —aclaré—. Además, nadie nos dice que no pueda ser el último jalón, que esté allí, en la estatua del ilustre fundador de la biblioteca, el señor Oxley, la solución a la Trama.

—No, no es el último jalón —dijo Luis con seguridad.

—Nosotros vamos a comprobarlo —dijo María, que ya se había cubierto con su abrigo, su gorro y sus guantes.

—Me quedo aquí —dijo Luis, y se dejó caer en el sofá como un peso muerto.

Y allí permanecía cuando regresamos. Clara también se había negado a venir, alegando su temor ante el frío y la caminata, y se había entretenido limpiando los platos y los vasos. Luis Galvañ seguía sentado en el sofá, con la

mirada fija en un punto invisible situado entre él y la mesa del comedor. Cuando nos vio entrar, en silencio, giró la cabeza y nos dedicó una sonrisa: había vencido.

—Buenas noches. —La voz, que no era la de Luis, había surgido de un extremo del comedor—. Lamento visitaros a estas horas. Luis me dijo que quizá necesitaseis alguna ayuda. —Era Armand, sentado en una silla, con una mano en el bastón que balanceaba ligeramente.

Se levantó a recibirnos. Vi a María recobrar los colores que la noche había borrado de su rostro; vi la expresión idiota de Mario y, sobre todo, vi la incredulidad de Carole que creía estar viendo una alucinación, una figura que no cuadraba con su disciplina gringa de horas y rutinas. ¿Quién podía abandonar su casa tan tarde? ¡Desde luego nunca un norteamericano! A fuer de sincero también yo estaba extrañado por aquella visita a una hora tan intempestiva.

—Realmente debéis disculparme. —Armand se había vuelto a sentar en el sillón—. Precisamente venía de realizar otra visita a un viejo amigo. El autobús me dejó en High Street, no muy lejos de aquí. Me dije que tal vez, no sé, podría cumplir con lo prometido a... —miró a María—... a la señorita.

—María —le recordó ella.

—Sí, María. Vi luz aquí dentro y me decidí a llamar. Hubiera pasado de largo, desde luego, de no haber advertido la luz en la ventana.

Resultaba evidente que Armand no vivía muy lejos de nuestra casa.

—¿Vive usted por aquí? —se me adelantó Mario.

—Algo más al sur —describió el anciano—, junto al Thunder Village.

—¡Vaya! —exclamó Clara—. Unos amigos nuestros también viven en aquel barrio. César y Carmen. ¿Le hemos hablado ya de ellos?

Pero Armand no contestó.

Todavía recuerdo la caminata esperanzadora a lo largo de Neil Avenue, alumbrados por las farolas y la oscuridad que surgía de las casas. Era más de medianoche y Arabica estaba apagando las luces y bajando las persianas. Mario y Carole, María y yo caminábamos con paso rápido, sin girar las

cabezas al cruzar por cada una de las múltiples calles que nos separaban del Óvalo y de la estatua de William Oxley Thompson.

Dejamos el Mirror Lake a nuestra derecha, casi helado, huérfano de patos y aves, y ascendimos la ligera cuesta que nos llevaba al pie de la biblioteca, que permanecía totalmente alumbrada. Frente a su puerta y ante el ahora negro césped del Óvalo, se alzaba la estatua del fundador del edificio. Nos acercamos con sigilo, mirando a nuestras espaldas y cerciorándonos de que nadie nos observaba, de que todos los estudiantes que velaban aquella noche lo hacían dentro de la biblioteca o en los bares que salpicaban con luces y músicas, más al este, las aceras de High Street.

William Oxley Thompson se erguía, bien tieso y bien fuerte, desde hacía casi medio siglo. Adoptaba una postura relajada y a la vez aristocrática: apoyaba su peso y su codo de bronce sobre el alto respaldo de una silla de brazos. A sus pies, junto a la silla, distinguimos la silueta de un perro, sentado sobre sus patas traseras, con el cuello estirado.

—Traje una linterna —dijo Mario.

Un foco de luz cayó sobre el hocico del can, que no parpadeó. El haz de luz comenzó a recorrer lentamente la estatua.

—No puede llegar hasta arriba del todo —se lamentó Mario. La linterna trepaba hasta el pecho del generoso veterinario.

—No te preocupes —dije—. Si hay algo, tiene que estar en el perro. Ese era el último trabajo de Hércules, ¿no?

Conforme la luz recorría la estatua el rostro del perro, conforme la linterna nos desvelaba las arideces del bronce y sus perfiles, la ilusión decrecía.

—No hay nada —dijo María, y su voz sonó a derrota, a bandera blanca y rendición sin condiciones.

—Tal vez en la placa... —aventuré.

Mario dirigió la linterna hacia la base del monumento: la luz nos descubrió la sencillez de una placa que rezaba,

To
Mr. William Oxley Thompson
(1870-1939)

—Desde luego, si no más hay esto —se lamentó Mario—, creo que hemos pinchado.

Carole seguía dándole vueltas a la estatua.

—Tal vez —dijo—, mañana encontremos alguna cosa más, con la luz...

—¿Qué quieres hallar? ¿Una entrada secreta? —María estaba molesta—. Tenía razón Luis: la solución al jalón ha de estar en un libro. —Y contempló la biblioteca—. ¿Regresamos?

Mario apagó la linterna y la estatua se transformó en una sombra, en una silueta negra y sin rostro dibujada sobre el enorme edificio alumbrado. Estaría riéndose de nosotros, desde luego, pero ya no la veíamos: contemplar una mueca de desprecio y burla hubiera sido más trágico.

—Creo que Armand tiene, de nuevo, la solución a este jalón. —Luis estaba radiante.

María estaba desvistiéndose de su abrigo y sus guantes, Carole se había sentado sobre el radiador y temí por su integridad.

—Se os ve fríos —dijo Luis, y advertí un tono burlesco en su comentario.

—Allá no encontramos nada —contestó Mario.

—Escuchad a Armand —insistió Luis.

Yo me senté en una silla, junto a la mesa. Me desabroché el abrigo pero no me lo quité: necesitaba calentarme un poco más.

—*Great Greek* es, desde luego, el héroe Hércules —admitió el anciano—. En eso coincido con vosotros. Y sobre todo si lo relacionamos con *last mission*. Si existe algún personaje griego famoso por sus misiones, por sus trabajos, ese es, desde luego, Hércules.

—Hasta ahí correcto —dijo Mario.

—Este juego posee sentido siempre que los participantes sigan las mismas reglas —dogmatizó el anciano—. En realidad, esa ley debe cumplirse en todo juego: si los participantes utilizan reglas diferentes, llegará un momento en que será imposible jugar. Partiendo, pues, de esta premisa hemos de afirmar que cuando mister... —Miró a Luis buscando ayuda.

—Míster Kellermann.

—Sí, decía que cuando míster Kellermann decidió construir el juego, la Trama, como la llamáis vosotros, era evidente que pensaba en un adversario —dudó un momento—. No sé si es esa la palabra indicada, o mejor, compañero, no sé. Pensaba, decía, en un compañero que fuera, también, cómplice, que supiera las reglas. Debemos deducir, ya para concluir, que tuviera las mismas aficiones literarias (se trata de un juego desarrollado a través de los libros, no debemos olvidarlo nunca), que gustase del mismo tipo de literatura. En fin, que las pistas, los jalones, indicasen al compañero (o compañeros, ¿por qué no?), inmediatamente, el libro al que debía acudir.

Hubo un momento de silencio. Mario y yo terminamos de quitarnos la ropa de abrigo.

—Nosotros —nos miró con una especie de lástima. Era más de la una de la madrugada y, sin duda, estaba cansado—, vosotros no sois, ni somos, esos compañeros ideales; de ahí nuestros errores. Os habéis centrado en la mitología, pero habéis olvidado a otro gran Hércules. No es griego, desde luego, pero pensad que míster Kellermann tenía que escribir sus jalones, sus pistas de un modo críptico para los demás.

—¿Por qué? —preguntó Carole.

Nadie respondió.

—No es esa la cuestión... ahora —advirtió Luis. Y luego se volvió a Armand—. Siga, por favor.

—Lo ignoro: ¿por qué tuvo que crear este juego? No lo sé. —Respiró profundamente y apretó con más fuerza la empuñadura de su bastón—. Os decía que existe otro Hércules, también grande (aunque no sea griego), y que también ha realizado muchas misiones a lo largo de su vida.

La expectación crecía por momentos.

— Poirot. Hércules Poirot —dijo, al fin; y su mano se relajó.

—¡Claro! —exclamó Carole—. El maldito francés...

—Belga, querida —rectificó Mario. Y todos nos echamos a reír.

—¿Y cuál es la última misión? —preguntó Clara—. ¿Su último caso?.

—Es él, ¡está claro! —gritó Luis—. Recordad —miró a María y a mí— qué libros encontramos en su despacho: mucha literatura policiaca.

—Basta con pensar en S. S. Van Dine —puntualicé yo—, que ya utilizó anteriormente como clave.

—Y yo repito —Clara parecía impaciente—: ¿cuál es su último caso?

—*Curtain* —sentenció Mario, y todos lo miramos—. Lo siento... —sonreía—, en mis tiempos mozos devoraba, como quien dice, a la Christie.

Otra novela policiaca: nada más apropiado para seguir con la Trama. Bastaba recordar el listado de títulos que mister Kellermann había manejado para elaborar su juego, para advertir y deducir el tipo de literatura del que gustaba el viejo profesor: novela de misterio y de aventuras.

—*Curtain* —repitió María, pensativa; y luego tradujo—. *Telón*. No hay duda. —Miró a Armand con visibles muestras de agradecimiento—. Tiene usted razón. Nos equivocamos de Hércules.

la muerte visita la universidad

—¡Nada, nada! —repetía una y otra vez Luis, a gritos. Por suerte el domingo por la mañana no era el momento elegido por la mayoría de los estudiantes para acudir a la biblioteca.

Todos nosotros, exceptuando a Carole, que había preferido quedarse al abrigo de su lecho, ocupábamos las sillas de una misma mesa. El libro, tras ser localizado en OSCAR y recogido de la estantería, reposaba ahora sobre la mesa, como si fuera el centro de una diana: nuestros ojos, nuestras manos y, sobre todo, nuestras ansias eran las flechas y los dardos que volaban hacia él.

—¡Aquí no hay nada, joder! —Luis estaba enfadado.

—¡Déjame! —María le arrebató el libro de las manos y comenzó a pasar las hojas, casi frenética—. ¡Mierda, mierda, nada, joder, nada...! —iba repitiendo con cada hoja que pasaba.

Cerró el libro de golpe y nos miró buscando ayuda.

—¿Quieren no gritar, mis gachupines? —insistió Mario—. Esto es una biblioteca. —Y Clara lo obsequió con una sonrisa de consentimiento.

—Armand se equivocó —comenté.

—Nos lo vimos demasiado fácil —insistió Luis—. Ni un Hércules, ni el otro. Volvemos a estar como al principio.

—Peor —dijo Clara.

Y yo supe de qué hablaba: al principio todavía no existía la Trama.

Mario dejó la mesa y comenzó a pasear por la sala. El libro seguía en el centro de todos nosotros, pero ya no nos molestábamos en lanzar nuestras flechas sobre él. Cogí el libro y reinicié el tercer o décimo repaso a sus hojas.

—¡Coño! —grité.

Luis, que también había intentado incorporarse de su silla, se volcó sobre

mí.

—¿Qué ocurre?, ¿qué es?

—¡Somos idiotas! —Abrí de nuevo el libro—. Mister Kellermann nunca pudo pensar en este libro porque no había sido escrito.

—¿Es posterior? —preguntó María.

—Y tanto que lo es. Mirad. —Les mostré los datos editoriales: el libro había sido publicado en 1975—. Si Kellermann construyó su Trama en 1949. ¡Ya me diréis cómo pudo hacer para utilizar este libro!

Luis me arrebató el volumen de las manos: quería comprobarlo por él mismo. Echó un vistazo y asintió.

—Otro error. Como el de la estatua —recordó—, como el del libro de Cortázar.

—Hércules Poirot sigue siendo Hércules, ¿no? —Era evidente que sí, por eso nadie me contestó—. Quiero decir que tal vez deberíamos buscar en otro libro de Agatha Christie.

—La pista de la Trama era clara al respecto. —Luis se mantenía testarudo—. *La última misión*, no una cualquiera. Y si no nos engañó ni se equivocó Mario, *Curtain* es el último caso.

—De eso estoy seguro —asintió Mario.

—No cuesta nada intentarlo —insistí—. Busquemos en OSCAR otros libros de Christie, otros casos de Poirot.

—No hay que bajar a OSCAR. —Mario, consciente de que su solución había fracasado, procuraba enmendar su error—. En la misma estantería donde encontramos este libro, hallaremos los otros títulos.

Recogimos el libro y, abandonando la sala de lecturas, penetramos en el laberinto de estanterías. Guiándonos por la referencia y recordando el recorrido anterior, muy pronto alcanzamos nuestra meta.

—¿Y ahora? —La voz de María sonó cansada.

El espectáculo era descorazonador. Sobre los anaqueles, ocupando más de diez de ellos, se alineaban varios centenares de novelas escritas por la incombustible inglesa.

—¿Tendremos que hojearlos uno por uno? —De nuevo María parecía retirarse ante el trabajo—. ¿No hubiera sido mejor acudir a OSCAR y que él

nos hubiera dicho qué obras fueron escritas antes de 1949?

La solución no era del todo mala, pero ni Luis ni Mario admitían aquella alternativa.

—No costará nada —dijo Luis—. Unos que comiencen por los anaqueles inferiores, otros por los superiores.

Iniciamos la búsqueda. Cogíamos un tomo, leíamos el título, abríamos por las primeras hojas y comprobábamos la fecha de edición: si era anterior a 1949 comenzábamos a hojearlo lentamente, en caso contrario lo devolvíamos a su lugar. Cada novela, cada título aparecía repetido más de dos veces: no solo en su inglés original, sino en alemán, en francés, en español, en italiano, incluso en lenguas que imaginábamos serían el japonés o el chino, el árabe o el hebreo.

Hallamos más de quince ejemplares de *Asesinato en el Orient Express*, en varias lenguas; otros tantos de *Diez negritos*, de *Destination Unknown*, de *The Murder of Roger Ackroyd*; media docena de *Curtain*.

—¿Y si buscásemos en otro ejemplar de *Telón*? —preguntó María.

Pero Mario fue tajante:

—De todos modos la obra fue escrita en 1975.

Los títulos se sucedían casi sin tregua, sin que tuviéramos tiempo de recordarlos: *The big four*, *Three blind mice* —y su adaptación teatral: *The mousetrap*—, varias colecciones de pequeños relatos interpretados por Miss Marple, *Poirot investigates*, *Five little pigs*, *The mysterious Mr. Quin*, *The hollow* —y su traducción española: *Sangre en la piscina*—, *The mysterious affair at Styles*, su primera novela, publicada en 1920. Comenzábamos a estar un poco cansados ante la avalancha de títulos, pero la lista parecía no acabar nunca: *After the funeral*, *Sparkling cyanide*, *The seven dials mystery*, *Partners in crime* —protagonizada por el matrimonio Tommy y Tupence Beresford—, *Elephants can remember*, *The regatta mystery*, *Sad cypress...*

—¡Basta! —Escuché el grito de Mario sobre mi cabeza, porque yo permanecía en cuclillas a la sombra de la estantería, buscando entre los anaqueles inferiores—. ¡Lo tengo, lo encontré!

Dejamos nuestros libros en el suelo. —Luis dejó caer el suyo y el golpe sonó muy lejano, amortiguado por la moqueta que lo cubría todo—. Mario

señalaba, como un poseso, ciertos lomos de una hilera.

—¡Es ese!

—No seas estúpido —Luis parecía molesto por no haberlo encontrado él —, ni siquiera lo has cogido, ¿cómo puedes estar tan seguro?

—¡Miren ustedes!

Y leímos: *The labours of Hercules*. Junto a él se alineaban varios ejemplares también en inglés, uno en francés y otro en español: *Los trabajos de Hércules*. Como impelidos por un muelle invisible pero potente nos lanzamos a coger los libros.

—¡Tiene que ser, tiene que ser! —repetía una y otra vez Luis, mientras Mario asentía en silencio y con grandes cabezadas.

La primera edición era de 1939, pero yo manejaba una de 1944. Al comenzar a hojearlo, con solo la lectura del índice, supe que aquella obra —tal vez no aquella edición— poseía la solución al enigma. Agatha Christie, jugando con el nombre de su detective y con el del héroe griego, había concebido una serie de doce casos, doce misterios —trabajos, misiones—, que intentaban ser una imitación de los que había realizado el Hércules mitológico. Allí estaban, también: «El león de Nemea», «Los establos de Augías», «El rebaño de Gerión», etcétera.

—¡Lo tengo! —gritó Clara—. Kellermann no nos engañó: en el último trabajo... —Y leyó y tradujo—: «La captura del Can Cerbero». Aquí hay líneas subrayadas.

Dejamos nuestros libros en el anaquel, de cualquier manera, sin molestarnos en devolverlos a su justo lugar entre la fila de ejemplares. Luis inició la marcha hacia la sala de lectura y fue el primero en tomar asiento.

—Comienza cuando quieras —dijo.

Yo extraje el papel y me preparé para copiar. Al observar a Luis supe que la felicidad que le invadía estribaba en la sensación de victoria. Contemplaba a Clara entusiasmada, manoseando nerviosamente el libro que tenía ante ella; tal vez así —creo que pensaría Luis— con aquella victoria, con aquel hallazgo, la actitud de Clara con respecto a la Trama cambiase. Ahora también ella se mostraba radiante y feliz, como quien, tras largas fatigas, alcanza su meta y el reposo deseado.

Clara comenzó a leer lentamente, conforme iban apareciendo las palabras, muy diseminadas:

—Primero el texto subrayado en tinta negra. —Carraspeó y nos lanzó una amplia sonrisa. En aquel momento estoy seguro de que no pensaba que estaba regalando oxígeno a su enemiga—. *If... the wealth... comes from... your... robberies.* —Recorría con la punta de su dedo índice las líneas, cuidadosamente, temiendo saltarse alguna palabra—, ... *it won't... pass... the night...* —suspiró y concluyó— *with you.* Ya está —y repitió el fragmento de un tirón.

*If the wealth comes from your robberies
it won't pass the night with you*

Hubo un momento de silencio. Yo traducía mentalmente la oración escrita en mi hoja, pero María se me anticipó:

—«Si la riqueza te viene de los robos... procedente de los robos, no pasará la noche contigo.» Otra advertencia.

—Sigue el tono de los fragmentos anteriores —recordó Luis—. Por favor, Clara, continúa.

—Ahora el texto subrayado con tinta roja. —Nos miró buscando aliento y nosotros la recomfortamos con una sonrisa; Luis la besó en una mejilla—. *Thieves... shall... go down* —por un momento dudó, intentó preguntar algo pero Luis le pidió que terminara—, ... *to... the fires.* Ya está... *¿shall?*

—No es muy correcto, desde luego —admitió Mario—, pero acentúa el tono amenazador, la obligatoriedad, como si dijéramos.

—«Los ladrones descenderán a los fuegos.» —Esta vez nadie se me adelantó.

—¿Lo has copiado? —me preguntó Luis.

Yo asentí.

—¿Y ahora? —preguntó Clara. Su labor ya había concluido. Miró por la ventana: afuera el sol dominical caía sobre el Óvalo, pero nadie ocupaba la hierba.

Se había cerrado una puerta y alcanzado una meta, pero el camino

continuaba.

—Tendremos que procurar resolver la nueva pista —admitió Luis—. Parece que míster Kellermann nos lo puso difícil... ¡y largo!

Clara cerró el libro y nos contempló.

—Será mejor que vayamos a comer. Carole estará nerviosa.

—O durmiendo —advirtió Mario.

Abandonamos la mesa —sobre ella, mudo ya, quedó el libro de Agatha Christie— y caminamos hacia la salida. Luis y Clara se quedaron detrás, hablando entre murmullos: ella parecía feliz pero decidida, él asentía sonriente.

Aquel domingo ya nadie habló de la Trama, y cuando terminamos de comer, Luis y yo salimos con el fútbol en nuestras orejas y el caliqueño en la boca y paseamos a lo largo del río Olentangy. Aunque lucía el sol, el suelo seguía helado y los campos de hierba se mostraban desiertos. Al lanzar el humo de nuestros puros vimos su carrera veloz hacia el sur, corriendo ante nosotros: el viento del norte llegaba frío y presagiando la vuelta del mal tiempo.

Pero durante las dos semanas siguientes no nevó, aunque persistió el frío, y el mensaje del viento parecía haber sido una falsa alarma. Fue poco después de San José, en la tercera semana de marzo, cuando retornó la nieve y el invierno.

Mientras duró el buen tiempo la Trama desapareció de nuestras vidas. Aquellas primeras semanas de marzo estuvieron regidas por el sol y los paseos. Clara, después de su éxito al resolver el jalón, había convencido a Luis de que descansara durante un largo tiempo: los exámenes estaban cerca —a principios de abril— y el estudio debía ocupar el mayor número de horas posibles.

Nunca confié en las buenas intenciones de Luis y en su obediencia a Clara.

Mientras el buen tiempo lo invadía todo y la sangre comenzaba a calentarse y a adquirir nuevos ritmos y nuevos bríos —ignorantes todos del regreso de la nieve y del invierno—, yo me negaba a creer que Luis pudiera seguir con los brazos cruzados. Uno de aquellos días de luz y paseos, Luis ratificó mis sospechas.

—Tengo la dirección de míster Schlegel —me informó de golpe.

—¿Cómo? —Yo todavía me hallaba fuera de juego. En realidad, apenas había escuchado sus palabras porque, en mis orejas, el Betis acababa de encajar un gol en su partido contra el Valladolid.

Apagué mi *walkman* e, imitando a Luis, también me descubrí las orejas. Aquella tarde ya no seguiríamos escuchando más fútbol.

—Tengo la dirección —insistió—. La del amigo de míster Kellermann, ¿recuerdas?

Ahora sí. La señora Weaver había hablado de un amigo de la familia, de otro exiliado como ellos: un profesor alemán que los había acompañado y que residía en Columtown. Y no había dado su dirección, pero yo la había olvidado.

—¿Vive? —pregunté. Imaginé que tendría la misma edad que el difunto míster Kellermann.

—Lo ignoro —admitió Luis—. Según la dirección que nos facilitó la hija de Kellermann, el profesor Schlegel reside muy cerca de aquí, al norte de Lane Avenue, junto al Tuttle Park.

—Bonito lugar —recordé mis frecuentes carreras.

—Pero ignoro, al igual que ella, si nuestro hombre vive. —Volvió a fumar.

Seguíamos caminando lentamente. A nuestra derecha, el río nos acompañaba en nuestros pasos. Algunos patos habían regresado y se amontonaban en la orilla.

—Tendremos que hacerle una visita —concluyó Luis, y volvió a dar una fuerte calada. Se detuvo en su paseo. Aquel era un vicio que nadie había conseguido quitarle: cuando tenía que decir algo importante se detenía para hablar. Dio otra calada—. ¿Recuerdas el cuadro que había en el despacho de míster Kellermann?

—Desde luego, el texto de la Trama, ¡cómo no recordarlo!

—Seguro. —Y se golpeó el abrigo a la altura del corazón—. Rogué a la encantadora viuda que hiciera el favor, si fuera tan amable, de enviarme una copia, a ser posible traducida.

Yo no sabía qué decir ni qué pensar.

—Te arriesgaste —comenté, al fin.

—¿Arriesgarme?

—Descubriste nuestro juego: la mentira que tuvimos que inventar para poder ir a su casa.

—Nada de eso. En fin, no voy a entrar en detalles. —No estaba molesto, pero sí ansioso—. La señora Weaver fue tan amable que me envió el texto, completo, tal y como está en el cuadro. Y yo lo tengo aquí. —Y volvió a palmearse el bolsillo superior de su abrigo.

Regresamos a King Avenue, doblamos a la izquierda y caminamos hacia el apartamento; muy pronto el sol se ocultaría y el frío acrecentaría su intensidad. Luis se detuvo de nuevo, abrió su abrigo y extrajo una hoja de papel.

—Echa un vistazo. —Me tendió un folio doblado—. Ese es el texto que míster Kellermann ocultó, hace casi cincuenta años, entre los libros de la biblioteca.

Cogí la hoja que me tendía y la leí con atención.

—Como ves, he subrayado la parte del texto que nosotros ya hemos localizado.

EL QUE SE VE MUERTO, TENDRÁ UNA LARGA VIDA;

EL QUE SUEÑA QUE SE LE CAEN LOS DIENTES, PRONTO PERDERÁ A UN FAMILIAR;

EL QUE SE VE EN UN ESPEJO, DESGRACIADO DE ÉL, PUES ESTO SIGNIFICA QUE TENDRÁ UNA SEGUNDA ESPOSA;

EL QUE SE VE PRECIPITARSE EN UN POZO, ENCONTRARÁ LO QUE BUSCA;

PERO NO TE ESFUERCES EN BUSCAR RIQUEZA,

LO QUE TIENES DEBE BASTARTE.

TE DIRÉ LA VERDAD:

SI LA RIQUEZA TE VIENE CON EL ROBO, NO PASARÁ LA NOCHE CONTIGO.

Nuestra búsqueda nos había conducido hasta el final del texto, y así se lo indiqué.

—No del todo —comentó él.

—Las últimas líneas coinciden con el último jalón que hemos encontrado —aclaré.

—Es evidente, pero debes recordar que el libro de Agatha Christie nos daba un nuevo mensaje, una nueva pista a la que acudir.

Parecía absurdo, pero así era. ¿Para qué aquel nuevo jalón si el texto ya había sido completado?

—El bueno de míster Kellermann era inteligente. —Recuperó la hoja—. No hay duda de que la Trama es circular: el jalón del último fragmento debe conducirnos al primero de ellos. —Dobló el folio con cuidado y volvió a guardarlo junto a su pecho.

—¿Estás seguro?

—¿Dónde, si no, nos podría conducir el último jalón? Al primero, no puede haber otra solución; cerrando así el círculo y con él, el juego.

Por un momento me vi atrapado en una espiral loca e infinita, girando alrededor de todos los libros de la biblioteca, regresando al punto de partida y retomando la marcha, como un Sísifo absurdo y afanado, sin descanso, sin salvación —porque el círculo nunca se rompería y yo nunca podría huir de él.

—No importa dónde, en que libro penetres en el juego: su estructura circular te obligará a completar el texto. No hay pérdida.

—Ni escapatoria —admití, exteriorizando mis temores.

Luis sonrió, musitó unas palabras que no conseguí aprehender y reanudó sus pasos.

—Si tenemos alguna tarde libre —insistió Luis—, no estaría de más acercarnos a visitar a míster Schlegel.

—Si vive —advertí.

Luis asintió y, de una larga calada, consumió el puro. Lo arrojó sobre la acera y aplastó la colilla con la punta del zapato. Antes se había cerciorado de que nadie lo observaba: los yanquis son muy puntillosos para ciertas cosas.

La siguiente semana, y a pesar del sol y del cielo azul y nítido, habría de ser la peor de aquellos años. La Trama habría de superarnos: el horror, el miedo y la desconfianza caerían sobre todos nosotros como un edificio que se desplomase bajo las vibraciones de un terremoto. Mis temores ante la visión de un vórtice gigantesco y absorbente habrían de cumplirse.

En un primer momento temí que Mario o Brian se hubieran dejado algún grifo abierto. Afuera el suelo estaba seco y frío; la hierba, húmeda y verde; el asfalto, oscuro y sucio. El agua que cubría el suelo de la cocina no había entrado, en forma de nieve, adherida a las botas de nadie. Ya en el interior comprobé los grifos, pero no goteaban. Yo caminaba, adentrándome en la casa, y el agua salpicaba contra las paredes, contra las perneras de mi pantalón.

Cuando crucé la cocina y entré en el comedor supe que alguien había estado registrando el piso. Sobre el sofá, por el suelo y sobre la mesa aparecían libros abiertos, algunos rotos. Nunca supe de dónde habían salido tantos folios en blanco, no imaginé que tuviera tantas hojas en casa. No importaba a donde mirara porque las veía por todas partes: las que estaban en el suelo habían sido dañadas por el agua, el resto se extendía sobre los muebles, como enseres rescatados durante una inundación.

Alguien había estado buscando entre los libros. Las estanterías aparecían semivacías, con apenas algunos volúmenes en cada anaquel, colocados de cualquier manera, abiertos, algunos con las hojas desgarradas. Estaba seguro de que habían estado buscando la Trama, la hoja, quizá, donde yo había ido copiando los jalones y los fragmentos del texto. Habían entrado por la puerta principal, forzando la cerradura con alguna especie de destornillador o palanca. Al recordar la hoja que contenía el texto de la Trama corrí hacia mi dormitorio: el agua, bajo mis pies, emitía chasquidos, y salpicaba contra las paredes del pasillo.

También habían entrado en mi habitación: la cama estaba revuelta, como si

hubieran alzado el colchón en su búsqueda; los libros estaban esparcidos por el suelo y sobre la cama, apenas un par quedaban en el estante. Habían abierto los cajones de la mesilla de noche y volcado su contenido sobre el lecho. Los pañuelos, algunos bolígrafos, varios llaveros, fotos antiguas y diversos objetos —guardados sin recordar cuándo, ni saber por qué— estaban desparramados por todos los rincones de la habitación. La hoja de la Trama estaba allí, desplegada, como si la hubieran leído y luego vuelto a arrojar sobre la cama; oculta bajo una pequeña estatuilla del Gateway to the West comprada en Saint Louis. Cogí el papel, lo volví a doblar y me lo guardé en el bolsillo. Imaginé que habían tenido el tiempo suficiente para copiar aquellas pocas líneas; tal vez ni siquiera buscaran aquello. Pero entonces ¿qué les interesaba?

Sentí que el agua me humedecía los pies. La habitación de Brian tenía la puerta abierta. El colchón de agua era un montón de plástico y telas, amorfo, delgado como un papel de fumar. Los intrusos habían volcado toda su saña sobre él. Lo habían rasgado por diversos lugares. Advertí que los cortes eran limpios y largos, producidos por algún tipo de cuchillo o navaja. Sobre los restos de la cama, entre el puñado de sábanas y plástico, flotaban libros abiertos, totalmente mojados.

Me disponía a penetrar en la habitación de Mario cuando un ruido proveniente del piso de arriba me frenó. Alguien se movía lentamente en el apartamento de las chicas, podía distinguir sus pisadas tenues, delicadas, como si no quisiera ser oído. Pensé que si Ellos habían fracasado en la búsqueda en nuestro apartamento, tal vez hubieran decidido probar mejor suerte en el piso superior.

Cuando quise darme cuenta estaba ya saliendo por la puerta de la cocina y encaramándome a la escalera. Hoy, tres años después, vuelvo a recordar aquella tarde y pienso en la locura de mi acción. Era como si hubiera olvidado los libros desgarrados, los navajazos sobre el colchón de agua. Lo más lógico hubiera sido telefonar a la policía, o aguardar, oculto, a que Ellos salieran del apartamento; pero no hice nada de aquello.

La puerta de la cocina de las chicas estaba abierta, forzada: había astillas en el suelo, y la cerradura colgaba de un tornillo o clavo que había resistido el

embate de la palanca.

Cuando entré en el apartamento las pisadas ya no se oían. No encontré nada extraño en la cocina: las sillas estaban junto a la mesa, ordenadas; en las pilas del fregadero se amontonaban los vasos y los platos sucios. El suelo estaba completamente seco, al menos el de la cocina.

En el centro del comedor *Lolita*, colgada de la lámpara, se balanceaba lentamente, con la cadencia del péndulo de un reloj. Una media, de alguna de las chicas, estaba atada a su rabo y luego a uno de los brazos de la lámpara. Habían apartado la mesa a un lado, para que la gata, una vez atada y colgada, no se apoyara en el mueble. Una mancha considerable de sangre se había formado bajo la cabeza del felino: la sangre seguía goteando lentamente y por efectos del balanceo algunas gotas caían fuera del charco. *Lolita* estaba tiesa, con las patas estiradas, en tensión —como si la muerte la hubiera sorprendido en mitad de un salto o una carrera—; sin duda, antes de perder totalmente la vida, el pobre animal se había revuelto y agitado, porque había salpicaduras de sangre sobre la mesa y el sofá, resbalando por las paredes como lágrimas rojas y largas. La habían abierto en canal, como a un cerdo en un día de matanza. Tal vez la hubieran golpeado primero, y luego, tras anudarla y atarla de la lámpara, la habían abierto de un navajazo en el vientre. Detuve su balanceo cogiendo la media y la cola. Un grumo negro y ensangrentado, que debían de ser sus tripas, colgaba del vientre, junto a la cabeza, por entre las costillas que ahora, al contemplarlas tensas y exangües, me parecieron mucho más frágiles que unos días antes, tal vez unas horas, cuando la incitábamos a saltar del brazo del sofá, o le dábamos la vuelta, en el suelo, acariciándole la barriga.

También allí habían continuado con el registro: los libros aparecían arrojados por todas partes, algunos de ellos salpicados de sangre. Fui a la puerta principal y comprobé que estaba cerrada, sin señales de violencia. Pensé que los salvajes que habían matado a la gata o bien habían salido por la puerta de la cocina —por la que habían entrado—, o tal vez permanecieran todavía dentro del apartamento.

Y sonó algo, de repente: venía de uno de los dormitorios, un sonido metálico y chirriante, algo fatigado... tal vez los muelles de un colchón al

soportar o liberarse de un cierto peso. Solté la media y *Lolita* siguió balanceando su muerte.

Sigilosamente caminé por el pasillo. Notaba el sudor resbalando por mi frente, y las manos húmedas y pegajosas. El silencio reinaba otra vez. Abrí el cuarto de aseo de una patada, y la puerta, al chocar contra la pared, lanzó un estallido seco y enorme; entonces volví a escuchar el sonido. Ahora estaba seguro: provenía de la habitación de Clara, la última puerta a la izquierda del pasillo.

Regresé a la cocina; las piernas me temblaban. Cerré los ojos y durante unos segundos pasaron por mi mente cientos de imágenes: el colchón de agua destrozado a navajazos, los libros esparcidos por doquier, el cuerpo de *Lolita*, diminuto y sin alma, colgando de la lámpara. Lo más prudente hubiera sido salir de allí, llamar por teléfono pidiendo ayuda y permanecer oculto y alerta: pero no hice nada de eso. Busqué en los cajones de la cocina hasta encontrar el cuchillo más grande y llamativo. Tenía el mango de madera marrón, algo ennegrecido por el uso, y el filo alcanzaría los veinte centímetros.

De nuevo me adentré en el pasillo, asido al cuchillo con fuerza. No presté ninguna atención al resto de las habitaciones: las puertas estaban abiertas y, de pasada, pude columbrar el desorden que reinaba en ellas. Me detuve ante la puerta del dormitorio de Clara. Sequé el sudor de mis manos contra la pernera del pantalón, tomé oxígeno y propiné una patada a la puerta.

Cuando la puerta se abrió de golpe y se estrelló contra la pared, dentro de la habitación sonó un grito desesperado. Yo estaba en el vano de la puerta, empuñando el cuchillo, con la mano a la altura de la cintura. La persiana de la ventana estaba alzada y la claridad de la tarde, ya débil y anaranjada, caía sobre el lecho y los libros que cubrían el suelo, rotos, abiertos, pisoteados. Sobre la cama, Clara estallaba en gritos y lloros, con la espalda contra la pared, protegiéndose con una inofensiva almohada, con el cuerpo enrollado como un ciempiés o un feto. Su melena rubia se extendía sobre el cojín, cubriendo su rostro y sus lágrimas. Dejé caer el cuchillo y corrí hacia ella.

—¡¡Tranquilízate, cálmate, soy yo, soy yo, cálmate, Clara!!

Ella saltó de la cama y arrojó la almohada a un rincón del dormitorio, sin mirar. Gritó mi nombre varias veces mientras nos abrazamos con fuerza y

rabia. Estaba histérica, derrotada por los acontecimientos, derrumbada bajo el peso del miedo y el espectáculo de la muerte. Comenzó a decir mi nombre, y el de la gata, y luego comenzó a repetir el nombre de todos nosotros, mientras el llanto le ahogaba los ojos y el rostro, y el miedo le atenazaba la garganta y el habla.

—¡Cálmate, cálmate, por Dios! —Yo la apretaba con fuerza contra mi pecho y ella me abrazaba como un grillete, como si temiera que yo me fuera, dejándola otra vez sola—. Ya ha pasado todo, no te preocupes. Ya está, ya está...

Clara repetía mi nombre una y otra vez, y el de la gata:

—*Lolita, Lolita*, pobre *Lolita*... Dios, Dios...

Jadeaba y, aunque sus brazos me rodeaban con fuerza, yo notaba que sus piernas comenzaban a fallar. Sin dejar de abrazarla la conduje de nuevo hasta la cama.

—¿Los viste, los viste, Clara? ¿Viste algo, a alguien, viste quién lo hizo?

Ella negaba con la cabeza y su melena rubia se agitaba como un péndulo. Y entonces pensé en el cuerpo de *Lolita*, colgado en el comedor, atrapado por la muerte en su última cabriola.

Le levanté la cara, con una mano en su barbilla, y le aparté el pelo del rostro y de los ojos. Las lágrimas habían trazado un pequeño arroyo que unía ojos con labios.

—Por favor, Clara. Tranquilízate.

—No vi nada, no vi a nadie —me dijo de golpe. Hablaba mediante ráfagas: unas palabras o una frase pronunciadas sin respirar; y luego otra vez el llanto—. Ya estaba así. Todo, todo estaba así... Pobre *Lolita*...

La dejé sentada sobre la cama y salí a la cocina. Regresé con un vaso de agua que ella tomó y bebió con fruición, como si hubiera andado largo tiempo por el desierto.

—Pobre *Lolita*, pobre *Lolita*... —repetía una y otra vez; y el llanto, que no había cesado, había adquirido un ritmo ritual y repetitivo.

Me abrazó con fuerza e hizo que los dos cayéramos sobre la cama.

Ella seguía abrazada a mí, sin cesar de llorar, y yo tenía en una mano el vaso, ¡como un imbécil! Dejé caer el vaso a los pies de la cama y no escuché

el sonido de cristales rotos, quizás un libro había atenuado la caída. La estreché con fuerza contra mi pecho y sentí la calidez de sus pechos a través de su blusa y de su sujetador. Pasé mis manos por su cabello, acariciando su nuca y su espalda, sintiendo la tensión de su piel que vibraba con las lágrimas. Ella había aflojado su abrazo y yo aproveché el momento para incorporarme.

Ahora estábamos los dos de pie, ante la cama, abrazados en silencio —el llanto de Clara era apenas un murmullo—. Comencé a acariciar su nuca y sus hombros, los omoplatos cortados por la goma del sujetador, la espalda, la cintura torneada y acogedora, la línea vertical de su trasero; sentía sus pechos contra el mío, agitándose en cada sollozo ahogado. Apreté con fuerza su culo y ella alzó su cabeza: la melena rubia cayó sobre su espalda y sus ojos verdes, irritados por las lágrimas, me sonrieron. Comencé a besarla lentamente: primero la frente, luego las cejas y los párpados —que estaban cálidos y sabían a sal y a lágrimas—; más tarde descendí hasta la nariz que besé y mordí muy despacio, mientras notaba que su trasero se endurecía y sus tetas ascendían y presionaban contra mi pecho.

Clara había dejado de llorar y ya no me abrazaba con la misma fuerza y tensión que momentos antes. Sentí que sus manos se abrían lentamente y comenzaban a acariciar mi espalda. La besé muy despacio, como si temiera su veneno o su aliento, y sentí sus dientes pequeños contra mi lengua, y luego también noté su lengua. Musité algo, ya no recuerdo qué, tal vez alguna incongruencia, quizás un sonido que intentara reflejar mi estado. Ella se dejó besar y abrazar; recibió sin pestañear mis dedos que escarbaban bajo su jersey de lana, buscando su sujetador —que desabroché al instante—, su espalda desnuda y fría, sus pechos que, al rozar con las yemas de mis dedos, adquirieron la dureza de las piedras, erizándose sus pezones y el escaso e invisible vello que los cubría.

—No —dijo ella, de pronto.

Y se alejó de mí.

Todavía sentía en la palma de mis manos la presión de sus pechos, pero ella había puesto entre nosotros un desierto de negativas.

—No —repitió.

—Te quiero, Clara —dije. No sabía qué hacer con mis manos, con mis

brazos, con mi pecho y mi boca, con los ojos que intentaban mostrar los sentimientos de mi alma, con el sexo que notaba presionando contra mi pantalón.

Con un movimiento rápido ella volvió a abrocharse el sostén. Aproveché que tenía las manos ocupadas, y que no podría retenerme, para acercarme.

—Te quiero —repetí, y la volví a abrazar. Ella no se movió: no respondió a mis caricias, dejó caer los brazos, flácidamente, con desgana—. Te quiero, Clara.

—Ahora no.

Pensé en arrojarla sobre la cama, en arrancarle la ropa a mordiscos, en poseerla entre los libros revueltos, bajo los ojos muertos de *Lolita* colgando en el comedor y sentir cómo sus ojos verdes se hacían añicos y rozaban el misterio ante mis embates y mis ímpetus.

—¿Qué te pasa?! —Poco a poco se había vuelto a alejar de mí.

—Lo siento —mentí—. Lo siento... te vi en mis brazos, llorando... Perdona. —La saliva era una bola de hierro que no pasaba por mi garganta—. Te quiero...

Y entonces ella sonrió. Rompió el océano que nos separaba y, alargando su mano, me acarició el cabello.

—Lo siento —y añadió—: por ahora...

Yo pude haber volcado toda mi rabia hacia Luis, pude haber relatado cómo Luis había faltado a la palabra dada, cómo —poseyendo ya el texto completo de la Trama— seguía insistiendo en el juego y en el camino; pero no dije nada. Me había aprovechado del miedo y del llanto, y no quería aumentar mi traición con una delación.

La muerte de *Lolita* sembró en nuestros rostros la semilla de la desconfianza y el temor. María y Carole estallaron en lloros mientras Mario —que no había permitido que las chicas entrasen en el comedor— ocultaba los restos de la gata en una gran bolsa negra de basura y la depositaba en el contenedor de la calle.

Los estropicios provocados por el registro fueron visibles durante algunos

días más. A veces, al caminar, notábamos pedazos de cristal bajo nuestros zapatos, o aparecían hojas de papel en los lugares más insospechados.

Brian, tras contemplar descorazonado los restos de su querido colchón de agua, huyó del apartamento durante casi una semana. Se marchó con un amigo que vivía al este de High Street y, a veces, cuando lo encontrábamos por el Campus o por los pasillos de Cunz Hall, nos saludaba con un gesto seco y distante, acentuado por las ojeras que habían aparecido en su rostro: sabía que nuestro juego había sido la causa de aquel desastre, y aquello no nos lo perdonaría nunca.

Tragedies very seldom come singly. Los españoles son más pesimistas: *Las tragedias nunca vienen solas.*

Recordaré siempre aquella fecha —el 20 de marzo de 1995—, no porque el invierno regresara a Columtown y la nieve, aquel lunes por la mañana, comenzara de nuevo a desplomarse sobre la ciudad y sobre nosotros; no porque Brian continuara sin acercarse por el apartamento; ni porque Clara, cuando nuestras miradas se cruzaban, me lanzara unas breves sonrisas, y sus pupilas se mostraran más nítidas y más bellas; recordaré aquella fecha, aquel lunes en que la primavera parecía más lejana que nunca —desterrada en algún paraje fortificado—, porque, durante muchos días, aquella fecha aparecería una y otra vez en los periódicos, en las noticias de la televisión local.

—Están nerviosos —dijo Luis.

Lo había encontrado a la sombra del Cunz Hall y, ante la insistencia de la nieve, habíamos decidido refugiarnos en Arabica.

Una vez instalados —delante de dos tazas de café, ante la inmensa cristalera que nos permitía observar el exterior y resguardarnos del frío—, Luis me hizo partícipe de sus ideas.

—Esta noche haremos una visita al profesor Schlegel. Tenemos la dirección. —Me tendió un papel que yo ni siquiera miré—. La señora Weaver... ¿recuerdas?

Y recordé.

—¿Por qué hoy precisamente?

—Están nerviosos —repitió—. Ya viste lo que ocurrió en tu apartamento, lo que le pasó a la pobre gata. Tenemos que entrevistarnos con el viejo

profesor —bebió un sorbo de su café—, tal vez él nos pueda aclarar algo.

—Ya está todo claro. —Sin saber por qué razón sentía que la ira se apoderaba de mi estómago—. ¡Tú tienes la maldita Trama! ¿Por qué quieres continuar con esto? ¿Hasta dónde quieres llegar?! —Tomé aliento. Quería tranquilizarme pero la imagen de *Lolita* era como un acicate que me incitaba a hablar—. ¡Para ya, Luis! ¿Quieres que nos maten a todos? ¿Es eso lo que quieres? ¡Porque si es eso lo que quieres... creo que terminarás consiguiéndolo!

Luis no contestó. Advertí que la mitad de los parroquianos me contemplaba entre asombrada y preocupada. La mirada de Luis me incitaba a bajar la voz.

—Te está volviendo loco, y nos volverás locos a todos. —Ahora hablaba más bajo, pero con la misma rabia—. ¿No te das cuenta de que esto se está poniendo peligroso?

—Por eso mismo. Hay algo más que un simple juego, ¿no lo comprendes? ¿No lo comprende ninguno de vosotros? —Bebió un sorbo de su café y continuó—: Eres tú el que parece no darse cuenta de todo este maldito juego. ¡Hay algo más que un viejo alemán loco construyendo un camino en una biblioteca!

Sabía que estaba en lo cierto, pero el miedo —de nuevo la imagen de *Lolita* balanceándose como un péndulo, la sangre y el agua, el colchón hecho trizas de Brian— me atenazaba. No era necesario que Luis me dijera nada: era obvio que había algo más —pero ¿qué?— que una serie de libros subrayados con tinta de diversos colores.

—Será esta noche. —No era una pregunta.

Yo no había dicho nada, pero algo en mis ojos, en mi expresión —entre atemorizada e intrigada— había hecho suponer a Luis que iba a acatar sus órdenes.

—¿Qué quieres preguntarle? —dije, y sorbí de mi taza mientras contemplaba la calle cubierta de nieve, los viandantes andando apresuradamente, algún que otro automóvil que había tenido que encender sus luces debido a la oscuridad. Eran todavía las once de la mañana, pero el cielo tenía un color plomizo y denso, y una ligera niebla vagaba por las calles; aquel

día no veríamos el sol.

—Quiero saber qué hay detrás de todo esto, detrás de este juego, de la Trama.

—Tú ya conoces el final de la Trama: tienes el texto.

—¿Y tan importante son esas absurdas líneas para que alguien mate por ello? ¿De verdad crees que ese texto es tan importante como para registrar dos apartamentos, para destrozarse el colchón de agua de Brian —hizo ademán de sonreír, pero se contuvo—, para abrir en canal a una gata?

No contesté. Resultaba demasiado evidente que nadie en su sano juicio habría cometido aquellas atrocidades por una serie de líneas... que no significaban nada.

—Hay algo más —afirmé.

—Desde luego. Y quiero llegar a mister Schlegel antes que Ellos.

Tenía que moverme para no helarme. Ya no nevaba, pero lo había estado haciendo desde el mediodía hasta las cinco de la tarde. El sol había sido como un recuerdo lejano que las nubes y la niebla habían logrado ocultar. Había cesado de nevar y se había levantado un viento frío y cortante; traído desde algún recóndito e inhóspito lugar del norte para recordarnos que el invierno se resistía a abandonar y ceder su lugar a un clima más amistoso.

—No faltes —había dicho Luis antes de despedirnos—. A las ocho en la esquina que hay junto a Brenen's.

Yo había cumplido, pero él se retrasaba ya más de un cuarto de hora. El frío era intenso y las manos, enguantadas, se ocultaban en los bolsillos. No había un alma en High Street. Los semáforos emitían sus mensajes hacia contados coches, como seres perdidos en un lugar desconocido. Caminaba por la acera, observando el aliento blanco que salía de mi boca. Estaba cansado de mirar las novedades de la librería, los libros con tapas multicolores: la nueva novela de John Irving en edición barata o con tapa dura, la última pesadilla de King, las últimas lágrimas de R. J. Waller.

Observé la silueta de Luis surgiendo de una de las calles del sureste e incorporándose a High Street.

—Me he quedado como un pajarito —le recriminé.

Luis no pareció atender a mis palabras. Ni siquiera saludó. Apenas se percibían sus ojos ligeramente brillantes bajo su gorro negro de lana. Extrajo del bolsillo de su abrigo oscuro un folio y un plano. Durante unos segundos los contempló, alternativamente.

—Bien, vamos —ordenó.

Ascendimos por High Street hacia el norte, siempre en silencio. El Union y el Óvalo iban quedándose atrás, en la otra acera de High Street. Diez minutos después llegamos al cruce con Lane Avenue. Luis me hizo un gesto para que lo siguiera mientras él cruzaba la calle.

—Cuidado con resbalar —advirtió.

Eran las primeras palabras que había dicho durante todo el paseo. Caminaba a paso rápido, y de cuando en cuando extraía el plano y comprobaba unos datos que estaban vedados para mí. Tomamos Lane Avenue hacia el oeste, bordeando el Campus de la universidad que se extendía a nuestra izquierda: la Tower Taylor, la Drackett Tower, la Archer House... No habíamos caminado ni cinco minutos cuando de nuevo nos detuvimos. Estábamos en el cruce con Neil Avenue frente al Centro de Deportes Jesse Owens —un edificio en forma de hangar, con grandes puertas de cristal y diminutas ventanas circulares—. Neil Avenue —que nacía en Down Town, muchos kilómetros más al sur, justo en la curva del río Scioto, y se alargaba hasta el norte de la ciudad, para convertirse en la carretera estatal número 23 — se veía interrumpida por el Campus universitario. En cierta ocasión Mario me había dicho que Neil Avenue atravesaba la mitad del estado de Ohio: «Comienza en Columtown y llega hasta Cleveland».

Tomamos Neil Ave. y caminamos hacia el norte.

—Estamos cerca —me comunicó Luis. Sujetaba el plano con la mano izquierda, enguantada.

Solo tuvimos que caminar unos doscientos metros, hasta el cruce con Northwood Avenue, a nuestra derecha.

—¡Aquí!

Luis señalaba una casa de dos plantas, de marcado estilo decimonónico. Aparecía negra como la boca de una cueva: sin ninguna luz en su porche —al

que se accedía a través de una breve escalera—, ni en su interior. La única farola que alumbraba la calle quedaba lejos de nosotros. La nieve que cubría el jardín, que circunvalaba la vivienda, y los arriates, que se extendían a los pies del porche, acentuaba la oscuridad del edificio.

El camino que conducía a la entrada de la casa aparecía oculto bajo la blancura de la nieve. Caminamos a ciegas hasta alcanzar la escalera.

—No parece que haya nadie —dijo Luis, y golpeó la puerta con los nudillos.

No habíamos encontrado ningún timbre que pulsar, quizá porque no lo había o porque la noche nos cegaba como una sábana embetunada. Sentí un escalofrío: no solo era el helor que me trepaba por las piernas y las botas mojadas; había advertido el sentimiento del miedo.

—Vámonos, no hay nadie —insistí—. El viejo ya no vive aquí. Quizá murió hace muchos años.

Luis no estaba convencido. Golpeó de nuevo la puerta y, sin esperar una respuesta que supuso que no iba a recibir, comenzó a caminar por el porche. Miró a través de una ventana, aplastando su rostro contra el cristal.

—La casa está habitada —dijo—. Hay revistas sobre un sillón, y un televisor. No puedo ver nada más.

—Míster Schlegel debe de haber salido.

—¿Con este tiempo y a su edad? —Luis me miró con cara de asombro.

—Tal vez esté ya dormido. No son horas de visitar a nadie.

—Solo son las ocho y media. Es pronto.

—En España quizás, en Columtown es como si fuera medianoche, y sobre todo con el tiempo que hace hoy. Vámonos, joder. Me estoy quedando como un polo.

Pero Luis parecía empeñado en hablar con míster Schlegel. Llamó de nuevo, pero no obtuvo respuesta. Golpeó insistentemente y con fuerza. En el silencio de la noche los golpes contra la puerta se escuchaban atenuados por la nieve y la oscuridad. Estábamos armando más ruido de lo normal; pero ninguna luz se encendió, nadie pareció percatarse de nuestra presencia en aquel lugar. Las casas vecinas no respondieron: ninguna puerta se abrió, ninguna ventana nos mostró el rostro de una vecina curiosa, de un vecino

incitándonos a guardar silencio, ningún perro prorrumpió en ladridos. Un coche pasó hacia el norte sin detenerse ni aminorar la marcha.

—Busquemos otra entrada.

—¿Estás loco? —Estaba helado y comenzaba a tener miedo. Hubiera deseado estar en mi salón, junto al radiador, leyendo un buen libro, incluso un aburrido ensayo.

Descendimos del porche y yo seguí a Luis en su recorrido alrededor de la casa. Caminábamos sobre los arriates blancos de nieve, tropezando —sin caer— en las plantas secas e invisibles que circundaban la casa, como una prolongación del césped del jardín, también ahora invisible y blanco. Luis se detuvo bajo una ventana.

—Está abierta. Ayúdame a subir.

—Tú estás como una cabra. ¡Me voy! —Di la vuelta pero Luis me asió por el brazo.

—No entres si no quieres; pero yo he de entrar.

—¿Por qué?

Hablábamos en susurros, pero nuestras voces eran el único sonido audible en la noche.

—Necesito hablar con míster Schlegel.

—No está. De haber estado te hubiera abierto; creo que te han debido de escuchar hasta en Cincinatti.

—He de entrar.

Apretaba con fuerza mi brazo. Me revolví hasta conseguir soltarme.

—No te entiendo.

Pero Luis me interrumpió:

—Creo que hemos llegado tarde, temo que Ellos se nos hayan adelantado.

—¿Qué Ellos? ¿De qué cojones estás hablando?

La oscuridad me impedía ver su rostro, pero podía adivinar su expresión ansiosa, sus ojos refulgentes, sus labios húmedos.

—Ellos: los que mataron a *Lolita*, los que pusieron patas arriba tu apartamento y el de las chicas. Ellos, ¡joder! ¡¿Yo qué sé quiénes son Ellos?! Pero desde luego andan buscando la Trama, lo que hay detrás de la Trama.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que si son capaces de destripar a una gata de mierda, no van a detenerse ante nada. Si llegaron hasta nosotros, ¿por qué no habrían de llegar hasta míster Schlegel?

—¿Y si ya es demasiado tarde? —Contemplé la ventana abierta. El visillo de la cortina se balanceaba de un lado a otro.

—Si no entramos, nunca lo sabremos.

Ahora lo recuerdo como un sueño, recubierto por una pátina de niebla y humo, como un borracho puede recordar —en la resaca posterior— los hechos acaecidos la noche de antes:

Recuerdo a Luis encaramándose a la ventana, desapareciendo tras la cortina. Y luego veo su brazo extendido hacia mí, y escucho su voz ordenándome seguirle; y percibo la nieve bajo mis pies que buscan un apoyo donde descansar, desde el que coger nuevo impulso, hasta que definitivamente me contemplo junto a Luis, dentro de la casa, a oscuras.

—No te muevas, no hagas ruido.

Escucho la mano de Luis buscando en el bolsillo de su abrigo y luego la luz, muy breve y muy afilada, surgiendo de su barriga.

—Hay que ir preparados —argumenta, mientras una linterna diminuta arroja un haz de claridad delante de nosotros.

Estamos en la cocina y muy pronto, precedidos por el círculo de luz, salimos a un pasillo. No se escucha nada, salvo nuestra respiración jadeante —¿el frío, el esfuerzo, el miedo?—. Caminamos arrastrando los pies lentamente. Sentimos que el calor de la casa —la calefacción, claro— nos va desentumeciendo. Nos detenemos en una habitación que, adivinamos, es el salón: un televisor, un pequeño mueble junto a la pared, un sillón, algunas sillas, una mesa repleta de libros abiertos... y más libros por el suelo, junto a una estantería vacía.

—Ya han estado aquí.

Luis se agacha y recoge un libro. Se ha puesto la linterna en la boca para poder hojearlo. Ahora la luz surge de su rostro y es como un dragón legendario arremetiendo contra unos pobres aldeanos. El libro está en alemán. Lee en voz

alta, pero apenas puede pronunciar las palabras que se agolpan torpemente contra la linterna que bloquea su boca:

—Suseda a...

—¿Eh?

Cierra el libro. Aparta la linterna de su boca y me la tiende:

—Sujétala. Alumbra los libros. —Obedezco y él comienza a leer. Se ha puesto en cuclillas, a mis pies—. ¡Están en alemán! *Wilhelm Tell* de Schiller, *Faust* de Goethe, *Dichtung und Wahrheit* del mismo. *G. W. F. Hegels Werke*, *Vorschule* de Jean Paul Richter, otro de Schiller, el *Don Karlos*. También hay literatura más actual: *Stiller*, de Frisch y también *Homo Faber*. *Der Zauberberg* de Mann, y en inglés, *Confessions of Felix Krull*. *Die Blechtrommel* de Grass...

Luis deja los libros y me pide su linterna.

—Ellos ya han estado aquí. Creo que hemos llegado demasiado tarde.

Continuamos nuestro recorrido por la casa hasta detenernos ante los pies de una escalera.

—Está arriba —afirma Luis, y la linterna crea los peldaños que ascienden hasta la segunda planta.

—Vámonos —insisto—. Quizás estén Ellos también.

Luis comienza la ascensión... pero se detiene. Yo también siento un olor fuerte y agudo. Luis tose y carraspea mientras busca en sus bolsillos. Por fin surge un pañuelo blanco que cubre su rostro oscuro e invisible.

—Cúbrete. Creo que está muerto.

Y yo vuelvo a sentir el hedor penetrando en mi nariz y mi garganta: un olor agrio y punzante, el hedor de la putrefacción al mezclarse con el calor sofocante. La misma calefacción que nos ha desentumecido ha acelerado la descomposición del cadáver.

En el pasillo hay una puerta a nuestra derecha: es de dos hojas y está completamente abierta. Por encima del pañuelo que me cubre la nariz y la boca contemplo el haz de la linterna que recorre la estancia. Es el despacho de mister Schlegel: una mesa en el centro, frente a la puerta abierta, delante de una estantería que se muestra desordenada; unas sillas junto a las paredes. Libros por todas partes: abiertos y cerrados, bajo, encima, junto a las sillas y

la mesa, cubriendo el suelo, colgando de la estantería que muestra sus anaqueles desnudos, a los pies de una ventana que tiene las cortinas corridas y nos aísla de la blancura de la nieve, junto a un sillón que hay a mi izquierda bajo una lámpara de pie que se muestra amorfa, con la pantalla pronunciadamente inclinada, alcanzada por algún libro rechazado... libros cubriendo la mesa, delante del cuerpo sin vida de míster Schlegel.

Doy un traspié. El muerto me mira desde su sillón con sus ojos completamente abiertos y consumidos. Luis está junto a él. El haz de luz cae sobre el anciano y por un momento pienso que proviene de Dios: el amo recuperando a su siervo. Luis me anima a acercarme.

—Cosido a puñaladas. —Oigo su voz lejana, atenuada por el pañuelo que cubre su rostro—. Como un colador.

El anciano se muestra sentado y rígido, con los brazos colgando. Viste un batín sobre una camisa que fuera blanca: su pecho es un grumo de carne y vacíos, de alargados ojales oscurecidos por la sangre seca. Su rostro no muestra espanto ni temor: permanece con la mirada fija sobre un punto indeterminado entre él y la puerta; con los ojos completamente abiertos; pero la boca está cerrada, dibujando una fina línea recta sobre sus labios exangües, en un gesto de indiferencia o ignorancia. Tiene el cabello blanco y escaso, tras una frente ancha donde la muerte ha esculpido unas arrugas nobles y tenues.

Comienzo a contar las heridas, pero Luis aparta la luz. La sangre también ha corrido por sus brazos hasta el suelo. Sus manos están cubiertas de sangre. La linterna nos muestra el inmenso círculo dibujado en la moqueta que rodea y acoge el sillón y el cuerpo sin vida de míster Schlegel. Siento arcadas ante la imagen y el hedor. Aprieto con más fuerza el pañuelo.

—Lleva así varios días. Fíjate que la sangre ya está seca. —Luis advierte mi malestar—. Este maldito calor...

—Vámonos. —Creo que voy a vomitar.

Luis y la luz se colocan a la espalda del cadáver.

—Pobre viejo —comenta—. Tiene una herida en la cabeza, en el cogote. —Pero yo he comenzado a alejarme de la mesa. Necesito respirar aire puro, helarme, sentir la nieve que se funde bajo mis pies, el viento que hiela mis orejas y quiebra mi nariz; necesito salir de allí—. Un golpe seco, una pequeña

brecha con algo de sangre que debió de atontarlo, para luego ensañarse con él. —La luz recorre la habitación: el suelo, las paredes, los escasos muebles, la puerta abierta de par en par hacia donde yo he ido retirándome—. Los dejó entrar. —Hay unas sillas junto a la mesa, frente a lo que queda de míster Schlegel—. Debía de conocerlos, estuvieron hablando... No hay pelea, sino un registro después de haber matado al profesor.

—Vámonos.

Luis vuelve a morder la linterna y comienza a recoger libros del suelo, de la mesa, de la estantería casi vacía:

—Más de Schiller y Hegel, de Kant... de Böll y Mann... de Singer en inglés...

—Profesor de literatura —comento—. Profesor de literatura alemana, ¿por qué no habría de tener...?

Pero no concluyo porque Luis me está haciendo gestos para que me acerque. Sostiene un libro entre las manos. Trago saliva y me infundo valor para derrotar el hedor que ya me corroe el interior de los ojos y el cerebro. Cuando estoy a su lado, Luis comienza a mostrarme libros alemanes con títulos que no consigo descifrar: *Edelsteinkunde*, de un tal Bauer; *Edelstenen*, de ¿es Terpstra o Trepstar? —la linterna se agita presa del miedo o del asombro—, porque no puedo verlo con claridad; *Edelsteine und Perlen*, de un enrevesado nombre germano que comienza por Sch... Pero también hay títulos en inglés, y entonces comienzo a comprender la agitación de Luis: *The Diamon* de un tal Cattelle, *Diamanten, Gem Testing* de Anderson, *Der Diamant und seine Bearbeitung* —no alcanzo a recordar su autor—, *Gems, The Gemmologist's Compendium*...

Luis deja caer el último libro y saca la linterna de su boca. Ha guardado el pañuelo y ahora su voz suena nítida.

—Hay más libros en este despacho sobre joyas y gemas que sobre literatura.

Calla, y la linterna vuelve a alumbrar el cuerpo de míster Schlegel.

—Vámonos —suplico por quinta o enésima vez.

Luis asiente y comenzamos a retroceder hacia la puerta. De repente se detiene. Ahora sus dientes, blancos y sanos, aparecen en su rostro dibujando

una sonrisa.

—Tal vez Ellos deberían saber que hemos estado aquí.

Siento que me invaden de nuevo las arcadas. Niego con la cabeza pero no me atrevo a decir nada por miedo a vomitar.

—Tal vez sea mejor que Ellos sepan que nosotros los seguimos. — Mientras habla contempla las dos hojas de la puerta—. La llave está puesta, en el interior... ¿Y si les hacemos creer que sabemos tanto como Ellos, o quizá más?

Luis me tiende la linterna y yo la cojo. Me retiro hasta el pasillo mientras él comienza a cerrar las dos hojas. Está en cuclillas, contemplando el pasador que cierra una hoja clavándose en el suelo, como una falleba. Lo prueba varias veces. Solo observo la mitad de su cuerpo, oculto tras la hoja cerrada.

—Va muy suave.

Se yergue y se acerca a mí.

—Demasiado calor. La linterna, gracias.

Quedo a oscuras mientras él desciende la escalera bajando los peldaños de dos en dos. Durante unos segundos me sumerjo en la ignota oscuridad. Mister Schlegel permanece invisible a menos de seis metros de mí: distingo algunos trazos blancos de su camisa y su pelo, aquellos retales que no están cubiertos por la sangre. La luz y Luis regresan.

—He ido a la cocina —me informa. Se muestra sonriente—. El crimen perfecto: la habitación cerrada por dentro. —Está en el interior del despacho. Me ha devuelto la linterna y pide que lo alumbré. En cuclillas, ante la puerta cerrada me muestra en su mano un cubito de hielo.

No sé si comenzar a reír o comenzar a correr.

—Estás loco —digo.

Y, aunque creo que no me ha oído a través de mi pañuelo, Luis levanta su rostro y mira de frente el haz de luz.

—Loco no. Algo caprichoso.

Ha dejado el cubito de hielo dentro de la hendidura que hay en la moqueta. Se pone en pie y recorre la habitación. Se agacha de nuevo. Ahora sostiene un libro de considerable tamaño.

—Tiene que hacer algo de presión.

De nuevo agachado en el vano de la puerta, coloca el libro sobre el pasador de la hoja: de pie, clavando el borde de una de las tapas entre el hierro del pasador y la madera de la puerta. Luego se incorpora y se centra en la otra hoja: la luz me permite ver una cerradura y una llave en ella, en el interior del despacho. Luis la hace girar varias veces, como si comprobara su efectividad. Finalmente, la hace girar hasta colocarla en posición de cerrada, con el pestillo al aire.

Desde el pasillo, Luis comienza a cerrar las dos hojas a la vez, muy lentamente.

—Ahora mucho cuidado.

Poco a poco los bastidores se van acercando hasta que el pestillo de una hoja penetra en el hueco de la cerradura de la opuesta. La puerta está cerrada con llave; y la llave está dentro.

El rostro de Luis resplandece orgulloso y satisfecho bajo la luz de la linterna.

—Ahora a esperar a que el calor haga el efecto deseado.

El pasador ha quedado apoyado sobre el hielo y presionado por un grueso volumen. El hielo se derretirá —también mis sesos están casi a punto— y el pasador caerá en el hueco pertinente. O bien el libro también caerá al suelo al ceder la presión que ejerce contrarrestando el cubito de hielo, o bien caerá más tarde cuando la policía —o quién sea— se vea obligado a forzar la puerta para poder entrar en la estancia: un libro más entre todos los que ya cubren el suelo, ¿qué importa?

Luis comienza a descender y yo lo sigo.

Estamos ante la puerta de la calle. No está cerrada con llave. Luis comprueba la cerradura.

—Salieron por aquí, por donde entraron. El picaporte funciona como un pestillo de golpe.

Antes de salir, Luis ahoga la linterna y la oculta en su bolsillo. Abre un poco la puerta, y por la ranura penetra un frío que yo ansío con toda mi alma. Detrás hemos abandonado un cadáver y un misterio. La blancura de la nieve se muestra como una bandera de esperanza. Luis asoma al exterior.

—Nadie. Vámonos.

Salimos. Cierra la puerta y luego la empuja para comprobar que no cede.
—Cerrada. Todo está cerrado.

El regreso a casa es silencioso. Intento preguntarle por qué todo aquello, por qué la habitación cerrada; pero no puedo. Lo veo caminar con la cabeza agachada, apenas surgiendo los ojos bajo el gorro de lana. Sé que está solo, incluso más que yo y que todos los que, como nosotros —estudiantes o profesores—, habitamos en aquella ciudad y en aquel lugar olvidado de Dios, fustigado constantemente por el invierno y el anonimato. Imagino que ha necesitado crear aquel escenario para sentirse artista o actor, únicamente para llenar su autoestima. No ha sido necesario pactar: nada de lo que ha ocurrido esta noche debe salir de nuestra boca (Sé que estoy traicionándole al escribir esto; pero nadie va a leerlo.), nada deben saber las chicas ni Mario.

Un poco más al sur de Brenen's, ya en High Street, Luis se despide con un parco «hasta pronto». Desaparece en una bocacalle del este y yo continúo mi retorno al hogar.

El sueño ha concluido. Ahora es el turno de las pesadillas.

Fue el *The Columtown Herald* en su edición vespertina el que nos trajo las primeras noticias, bajo un titular inmenso:

DEATH IN THE UNIVERSITY

Pensé en lo espectacular del título, y también en que tenía el tono de una novela de Agatha Christie, la sensación de estar presenciando una vieja película de serie B. La noticia ocupaba varias columnas de la primera plana y luego se extendía a lo largo de seis u ocho páginas del interior, acompañada de diversas fotografías: una casa como otra cualquiera de un barrio residencial de Columtown, solitaria, con las cortinas cerradas pero la puerta abierta; un despacho abarrotado de libros, con las paredes invisibles tras las estanterías, y una mesa cubierta por las más diversos objetos; también libros en el suelo y sobre las sillas; el rostro serio y sereno de un anciano con escaso

y blanco cabello, de marcados rasgos alemanes; y junto a esta, otra fotografía de, al parecer, el mismo individuo treinta o cuarenta años antes, con el cabello oscuro y abundante, ante un fondo difuminado y liso como una pared encalada, o tal vez el cielo nublado de un mediodía cualquiera; la misma casa de antes, pero con los alrededores sembrados de curiosos, con una ambulancia aguardando con las puertas abiertas, con varios coches de policía de los que únicamente se apreciaba su parte delantera y sus sirenas, pues el fotógrafo los había cortado por la mitad.

Por supuesto ya conocía aquella historia. Y mientras leía el artículo y contemplaba las fotografías sentía la mirada silenciosa de Luis. Mario se mostraba poco menos que eufórico:

—Un crimen, chamaco. ¡Un chingado crimen en esta chingada y aburrida ciudad!

Míster Schlegel había sido hallado muerto en su casa. Aquella era una de las primeras oraciones que aparecían en la narración, luego esta se desgranaba hasta adquirir trazos escabrosos.

Hermann Schlegel, natural de Fráncfort, Alemania, había sido hallado asesinado en su casa de Northwood Avenue. El muerto contaba ochenta y nueve años de edad y residía, en el país y en la misma casa, desde 1936, año en que sus ideas y su religión —pues era judío— lo habían obligado a huir de la amenaza nazi. Durante su estancia en Columtown había impartido clases de Literatura inglesa y alemana en la Universidad de Ohio hasta su retiro en 1972. No se le conocían relaciones ni familia, pues nunca contrajo matrimonio.

Tras centrar y delimitar los contornos sociales y natalicios de la víctima, el periodista pasaba a relatar el acontecimiento relevante.

—Lo mataron. —Mario me interrumpió la lectura. Estaba nervioso e imaginé que no soportaría mi silencio, mi lectura muda—. Lo mataron a navajazos. El periodista dice que la policía contó más de doce heridas, repartidas entre la espalda y el pecho.

—Como un colador —dijo Luis.

En la cocina, Clara y María habían comenzado a calentar las sartenes.

—Se cebaron con el pobre viejo. La policía lo encontró en su despacho — y me señaló una de las fotografías: la mesa rodeada por los anaqueles—,

sentado ante el escritorio, cosido a navajazos. La puerta estaba cerrada por dentro. ¡Carajo! El misterio del cuarto cerrado... —Mario parecía divertirse y yo recordaba el hedor y la podredumbre—. Los polizontes tuvieron que tirar la puerta abajo para entrar: cerrado en la calle y cerrado en su despacho. No se lo explican.

Doblé el periódico y lo aparté hasta un extremo de la mesa: ya no iba a seguir leyendo, Mario nos relataría la historia. También nosotros podríamos referirle nuestra historia; pero no lo haríamos.

—Según los forenses lleva muerto más de una semana. Pobre viejo: lo asesinaron sin permitirle un gesto de defensa.

—Tenía ochenta y nueve años, ¿pensabas que podía salir corriendo o saltar por la ventana?

—inquirió Luis.

—La casa estaba patas arriba. Habían registrado todas y cada una de las habitaciones: los libros esparcidos por el suelo, los cajones sacados y vaciados. Nadie iba a ponerles ningún impedimento, claro. No más les faltó sino tomarse un whisky ni más tranquilitos, ¡los muy...!

Miré por la ventana: seguía nevando, apenas nadie paseaba por la acera.

—¿Cómo lo descubrieron? —pregunté, aunque imaginaba la respuesta.

—Una llamada anónima. Esta mañana, muy temprano. Desde una cabina pública.

Contemplé a Luis. Era la respuesta que esperaba. Luis permanecía en silencio. Mario seguía informando:

—El vecindario dice que solía pasear casi todos los días por Tuttle Park. Imagínense: más de una semana sin salir de casa y ningún vecino acude a preguntar. ¡Mierda de país! Viven como lobos en sus cuevas. —Y fingió escupir.

la Trama

No hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil.

J. L. Borges, *Pierre Menard, autor del Quijote*

Por aquel entonces nosotros pensábamos que la Trama era única y completa en sí misma, cerrada, sin ramificaciones ni apéndices. Meses más tarde advertiríamos que se desmembraba en otros caminos, como el jardín y los senderos de Borges.

Nadie, ni Mario ni ninguna de las chicas, pareció prestar mayor atención al asesinato de mister Schlegel: lo leyeron en los periódicos, lo contemplaron en la televisión, lo escucharon por los pasillos del Cunz Hall y en las mesas de las cafeterías; sin embargo —tal vez por ignorancia o porque, quizá, no estuvieran tan absorbidos por la Trama como Luis o yo—, no parecieron relacionarlo con nuestro camino y nuestro juego. Durante varios días, incluso semanas, los periódicos informaron de las pesquisas de la policía: de su fracaso y de su derrota. Era un misterio: el cuarto cerrado, el asesinato de un viejo profesor retirado. Pero paulatinamente el interés —de los periódicos, de los lectores, también de las autoridades— fue decayendo.

Resultaba evidente que para ellos —Mario, María, Carole e incluso Clara— la Trama era un simple pasatiempo que les servía para olvidar, por unas horas, el tráfigo de las clases, las horas ante los libros y los apuntes, el miedo al fracaso o los nervios a las preguntas difíciles. Para Luis, en cambio, la Trama se había convertido en una necesidad, en una obsesión, en una droga de la que, como cualquier otro adicto, necesitaba su dosis diaria o semanal.

María había estado en Athens, en la casa de la señora Weaver, pero

parecía haber olvidado todo lo relativo a aquella visita: los exámenes eran en abril, Eric apenas tenía un fin de semana libre —el trabajo en K2U lo absorbía por completo—; el ritmo de las clases había devenido en una vorágine que la arrastraba hacia su vórtice, donde el exterior no importaba, donde el afán por aprobar era la única meta.

Algo semejante ocurría con Mario y Carole: se encerraban en el cuarto de él y se pasaban horas enteras en silencio, con los codos apoyados en la pequeña mesa de estudio, besándose brevemente al concluir la lectura de un tema o un capítulo, al pasar una hoja; el mundo había dejado de existir fuera del cuadrilátero de un libro, un pupitre o un aula.

Aparentemente la Trama había sido relegada hasta después de los exámenes; pero Luis estaba decidido a no rendirse, y Clara, cuando su novio comenzaba a hablar, me lanzaba una mirada colmada de resignación y lástima.

Abril trajo el buen tiempo y los exámenes, el sol y las noches en vela — estudiando o recordando fechas y datos, dando vueltas en la cama—; abril devolvió a los estudiantes al Campus, a la grama verde y húmeda del Óvalo, pero a nosotros, en cambio, nos encerró en la biblioteca o en nuestros dormitorios. El sol golpeaba con fuerza —había estado muchos meses descansando y se había levantado ágil y repleto de energía— contra las ventanas de nuestro apartamento, y la calefacción permanecía encendida, como si nuestro casero no se hubiera percatado del estallido de la primavera.

El primer domingo de abril habíamos comido todos en el apartamento de las chicas —excepto María, que había salido muy pronto aquella mañana, y nosotros imaginábamos que estaría en el piso de Eric—. Ocupábamos la mesa del comedor y los sillones, ante libros y hojas de apuntes, arrojados por un silencio tenso rasgado a veces por el paso de las hojas o el correr de un bolígrafo sobre el papel.

Luis tomó la palabra. Yo había advertido que durante más de tres cuartos de hora había estado leyendo o solo observando la misma página de su libro.

—Conseguí desvelar el nuevo mensaje —dijo, y tuvo que repetirlo varias veces más hasta que todos, excepto Clara, que permanecía obcecada en su estudio, dejáramos por un momento nuestras lecturas y atendiésemos a sus palabras.

Yo recordé el texto completo que Luis me había mostrado semanas atrás, la copia del cuadro de míster Kellermann que su hija nos había remitido; era evidente que, según habíamos ido encontrando las oraciones que conformaban este, no quedarían más de dos jalones para completarlo.

—*Thieves shall go down to the fires* —dijo lentamente, como si recitara —: «Los ladrones descenderán a los fuegos».

—¿Y bien? —preguntó Mario. Carole, a su lado, se apoyaba en el hombro y todavía no se decidía a dejar su lectura—. No creo que tuviera usted que devanarse mucho los sesos, mi gachupín.

—Desde luego que no. La solución fue muy sencilla, apenas invertí unos minutos en descubrirla. Se refiere, claro, a los infiernos: los ladrones, tras su muerte, serán enviados, castigados a bajar a los infiernos...

—Y claro —me moría de ganas por intervenir: la solución era tan sencilla —, si hay una obra, por antonomasia, que hable de los infiernos, esa es la *Divina Comedia* de Dante.

—Hay que admitir que míster Kellermann no se devanó mucho sus sesos germanos para construir esta nueva clave. —Luis me guiñó un ojo y sonrió.

En un primer momento no hallé ningún sentido a aquella acción, más adelante, mientras él seguía hablando, encontré una explicación para aquella señal de complicidad: recordé la conversación que habíamos tenido unas semanas antes, cuando él me había mostrado el folio con el texto completo; y recordé que él había apoyado la tesis de la circularidad de la Trama. La novela de Agatha Christie era la última del juego, el último jalón que completaba el texto; si míster Kellermann había pensado —y los hechos así lo probaban— en una Trama circular y cerrada en sí misma, nada más fácil que crear una pista —puesto que el primer libro utilizado era la obra de Dante—, un jalón que hablase de ladrones y robos combinando las palabras de una novela policiaca.

Existían otras preguntas, otras dudas que nadie de nosotros —ni aquella tarde ni durante las siguientes— se preguntó: ¿por qué míster Kellermann había elegido la *Divina Comedia* dantesca como el primer libro de su juego?, ¿sabía acaso cuál habría de ser el último libro, el libro que cerrara la Trama?; es decir, ¿había configurado la Trama —el orden de los volúmenes a utilizar

— antes de plasmarla en cada uno de los libros?, ¿o, por el contrario, la elección de los libros había sido fortuita, obligada por las circunstancias, por los libros ya utilizados?

Luis seguía hablando:

—¿Sabéis cuántos ejemplares de la *Divina Comedia* hay en la biblioteca?

—Muchos, imagino —dijo Mario.

—Treinta y tres, claro. Por supuesto, en muchas lenguas. —Era algo importante, pero nadie de nosotros parecía haberse dado cuenta—. ¿Habéis leído el poema?

Reinó el silencio. Carole se alejó de la mesa y desapareció en la cocina, escuchamos el agua del grifo y sus pasos de vuelta.

—Pues bien —continuó Luis—, el poema gira, todo él, en torno al número 3 y sus múltiplos: está compuesto por tres partes (el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso), divididas, cada una, en treinta y tres cantos; y, a su vez, los versos se agrupan en tercetos. Desde luego, era evidente que la biblioteca no podía poseer sino 33 ejemplares.

Luis buscó en su mochila y extrajo un viejo libro, que colocó sobre la mesa. Era de tapas duras y de color marrón, con las puntas desgastadas.

—Míster Kellermann utilizó esta edición: 1933 (de nuevo el tres). Tuve que hojear otros muchos para dar con este libro, más de una veintena de ejemplares fueron comprados por la biblioteca antes de 1949.

—¿Y el texto? ¿Y el nuevo jalón? —preguntó Mario.

Luis nos mostró un folio escrito con tinta azul.

—Las palabras estaban repartidas a lo largo de varios cantos del Infierno —leyó—:

The man who see his death, he will have a long life.

»«El hombre que ve su muerte, tendrá una larga vida.» Si recordáis los anteriores fragmentos del texto, también este sigue una lógica. Los anteriores hablaban del hombre que se ve en un espejo, del hombre que se ve caer dentro de un pozo, en fin, el texto plasma una serie de premoniciones y sentencias, tal vez de advertencias.

—Semeja un oráculo —comentó Mario.

—Algo por el estilo. —Luis mintió—. Salvo que desconocemos su origen.

—¿Y el nuevo jalón? —pregunté yo—. ¿Hay otro?

—Sí, lo hay, aunque es fácil que nos lleve a un libro ya utilizado. —
Hablaban, claro, de la circularidad de la Trama, pero ni Mario ni Clara, la cual
no había dicho una sola palabra desde que Luis comenzara a hablar,
parecieron darse cuenta de aquello—. Creo que esta vez va a ser más difícil
que nunca. No hay palabras, se trata de números. En fin, juzgad por vosotros
mismos. Mister Kellermann señaló con tinta roja algunos números de los
cantos.

Nos mostró la hoja y pudimos contemplar una serie de palotes —como los
de un niño que se iniciase en el misterio de la escritura:

II III B B s IV

—¿Y esto? —Mario estaba tan atónito como yo. Carole había desistido de
nuestro juego y había regresado a sus apuntes.

—Eso es lo que hay —concluyó Luis—. Y si he de ser sincero llevo más
de dos semanas dándole vueltas y no sé siquiera cómo analizarlo: todo junto
—y escribió rápidamente: *IIII B B s IV*—, o por separado; o tal vez formando
grupos, ¿pero cómo distribuirlos? —Y comenzó a escribir mecánicamente
(evidentemente había reflexionado muchas horas sobre aquello).

III II B B s IV

III II B B s IV

III II B B s IV

.....

Mario y yo percibimos que, conforme Luis iba escribiendo sus
combinaciones, crecía la tensión en su rostro y su mano.

—¿Ha probado con las rótulas criptográficas, m'hijito? —preguntó Mario,
más que nada para romper la tensión que iba invadiendo a Luis.

—Nada de nada. ¿Cómo utilizar las rótulas si solo hay tres palabras, dos *B*

y la s? ¿Y qué rótula utilizar? Hay más de veinte, pero claro, también deberíamos tener en cuenta qué alfabeto, qué lengua es la empleada por mister Kellermann.

—No creo que sea tan difícil. —Luis me miró con rabia—. Quiero decir —aclaré— que no creo que nuestro alemán complicara tanto la pista. Los tropiezos que hemos tenido hasta ahora, el seguimiento de pistas falsas, se ha debido, más que a la complejidad del jalón, a nuestra torpeza.

—Más que a nuestra torpeza —puntualizó Mario—, a nuestra precipitación... y, sobre todo, a que no pensábamos como mister Kellermann, ni como aquel (o aquellos) a quien iba dirigida la Trama.

—No —Luis seguía contemplando las grafías, sus combinaciones posibles—, no creo que sea tan complicado; pero sucede que ignoramos la clave, eso es todo.

—Lo que sucede —dijo Clara, que había apartado sus ojos verdes del libro y contemplaba a Luis con rabia y, tal vez, impotencia; incluso Carole había alzado su mirada de los apuntes y observaba a su amiga, quizás admirada—, lo que sucede es que la semana próxima comienzan los exámenes; lo que sucede es que tendríais que estar estudiando en lugar de perder el tiempo con esas gilipolleces; lo que sucede es que vais a suspender y la universidad, a través de sus órganos de gobierno —uno no sabía si hablaba en serio o ironizaba—, os va a expulsar y vais a terminar en la puñetera calle...

Pero no eran gilipolleces, y Clara lo sabía.

Lolita había sido abierta en canal como un cerdo y colgada de la lámpara del comedor, la misma que aquella tarde nos alumbraba; el colchón de agua de Brian había sido acuchillado, había reventado y había terminado inundando todo el apartamento; los estantes, los cajones, los armarios habían sido volcados, revueltos, esparcidos por el suelo.

Y mister Schlegel, un antiguo profesor de la universidad, había sido asesinado en su casa solitaria y limpia; había sido acuchillado en su despacho, entre sus libros. Pero Carole y Mario, y María y Clara ignoraban aquello, como ignoraban la relación que existía (o que había existido) entre aquel

anciano de ochenta y nueve años asesinado en su pacífica residencia y mister Kellermann, el exbibliotecario y exprofesor, que había invertido un tiempo irrecuperable en la construcción de un juego, de una Trama, de un camino que no terminaba nunca, debido a su circularidad, y que parecía no tener un propósito decidido. ¿O tal vez sí? Y si lo tenía, ¿cuál era este propósito?

Luis y yo, aunque no habíamos sido explícitos en nuestras conversaciones, en nuestros temores, intuíamos que debía de existir alguna relación entre nuestra búsqueda de aquel camino elaborado casi medio siglo antes y el asesinato de mister Schlegel, la muerte de *Lolita*, el registro de nuestros apartamentos. ¿Pero cuál? Las combinaciones, las hipótesis, eran variadas y producían nuevas preguntas, nuevos interrogantes para los que seguíamos careciendo de respuesta:

a) Mister Kellermann y mister Schlegel elaboran la Trama en 1949. Cuarenta y seis años después, nosotros, casualmente, intentamos reconstruirla. Consecuencias: mister Schlegel es asesinado; acaso también lo hubiera sido mister Kellermann, de no estar ya muerto. ¿Por qué es tan importante la Trama? ¿Quién(es) tiene(n) conocimiento de ella?

b) Mister Kellermann ha elaborado solo, sin ayuda de nadie, la Trama. Nosotros encontramos en su despacho el texto íntegro. Mister Schlegel ha sido asesinado por ser amigo de mister Kellermann, aunque es posible que ignore la Trama. Pero desconocemos si mister Schlegel poseía o no un texto semejante al encontrado en el despacho de mister Kellermann. Volvemos a encontrarnos ante los mismos interrogantes que en a) más algunos añadidos: ¿cómo han llegado a relacionar a mister Kellermann con mister Schlegel? Después de todo (según testimonio de la hija de aquel), la amistad entre ambos se había roto hacía casi cincuenta años.

c) ¿Existía alguna relación entre la elaboración de la Trama por parte de mister Kellermann (ello supone admitir que solo él fue el creador) y la ruptura entre los dos amigos? ¿Por qué solo «dos» amigos? ¿Por qué no muchos más? Nosotros desconocíamos la existencia de otros elementos, de otros individuos (muertos, asesinados o vivos) a los que poder relacionar con la Trama; ¿por qué considerábamos que mister Schlegel era el único asesinado (junto con *Lolita*) en este juego? Evidentemente, porque era la única persona de la que

teníamos conocimiento, la única que podíamos relacionar con mister Kellermann, pero ¿y si no había sido aquella la primera víctima? O, lo que tal vez fuera peor: ¿y si no fuera la última?

La enumeración podía prolongarse hasta lo insospechado, pero tal vez conviniese cerrarla.

d) Una última hipótesis, quizá la menos probable. Mister Schlegel había sido la víctima de un intento de robo vulgar; tal vez su muerte no estaba relacionada con la Trama, sino que obedecía a otros motivos ignorados por nosotros. Pero esta teoría se caía por su propio peso: ¿por qué, entonces, había sido destripada *Lolita*?, ¿a qué motivo obedecían los registros efectuados en nuestros apartamentos? Si había un elemento que relacionase a *Lolita* y a nosotros con mister Schlegel, ese elemento era mister Kellermann; no cabía el menor atisbo de duda. Y si había alguna razón que nos relacionase con este, esa razón era la Trama.

A la postre, todos los datos conducían a la Trama; y todos nosotros lo sabíamos.

Lo mismo que sabíamos que llegar al final del camino, completar el juego, construir definitivamente el texto que conformaba la Trama, era perderlo todo. Luis era consciente de ello, y se resistía a concluir: disfrutaba, gozaba persiguiendo pistas y hallando jalones que marcasen una ruta, una calle adoquinada con los volúmenes de la biblioteca. María lo sabía, pero ella tenía a Eric (y este la tenía a ella) y no necesitaba llenar el vacío de sus fines de semana, las horas muertas entre clases. Mario lo sabía, incluso Carole lo sabía. Y Clara, aunque fingía ignorarlo, también lo sabía... y lo deseaba: llegar a la meta, cerrar el círculo, construir la Trama y contemplarla era un triunfo personal porque ello conducía a la posesión plena de Luis.

Yo también sabía que el final de la Trama era el final de todo. Quizá por esa razón no decía nada acerca del texto que Luis guardaba en su libreta (o en su apartamento): me resistía a conformarme con la solución del juego; entonces comprendía a Luis, porque también yo me dejaba absorber por la obsesión y la tensión, por las esperanzas y los hallazgos. Pero tenía miedo.

Aquel primer domingo de abril Armand Szanto vino a visitarnos.

Después de escuchar a Luis, después de intentar —vanamente y durante algunos minutos— de descifrar el nuevo hito, regresamos a los libros y a los apuntes. Muy pronto, con la lectura de las primeras líneas, olvidé la Trama y centré mi atención en la literatura del siglo XVI.

Cuando la tarde comenzó a caer y tuvimos que acudir a la luz de la lámpara, llegó Armand Szanto. Vestía con la elegancia que habíamos admirado con anterioridad: traje marrón y zapatos oscuros; el mismo bastón de siempre, que manejaba con un desparpajo admirable; camisa beige sobre la que resaltaba —aunque discretamente— una corbata con finas rayas diagonales, de tonos cercanos al color del traje. Nos saludó sonriente, con un aspecto más que saludable.

—Este tiempo es fantástico para mi viejo cuerpo —admitió; y luego se sentó en un sillón, con el bastón entre las piernas, apoyando sobre la empuñadura plateada sus manos blancas y bien cuidadas.

Dejamos los libros, abandonamos la obligación del estudio y comenzamos a charlar: primero del tiempo, de la benignidad de la primavera; luego —contestando a sus preguntas— de nuestras obligaciones, de los exámenes que nos llegaban la próxima semana. Pero muy pronto dejamos aquel tema (nadie parecía querer profundizar en la herida, en la llaga siempre abierta). A instancias de Clara, Armand comenzó respondiendo a preguntas concretas sobre su vida, sobre su pasado húngaro: finalmente, sus palabras devinieron en un monólogo lento pero agradable que contenía su historia y sus pensamientos.

Sus primeros años en Debrecen, su ciudad natal: el duro oficio de su padre —era carpintero, y nosotros lo imaginábamos calvo y con gafas gruesas de miope, con el rostro cubierto por el fino polvo del trabajo y las virutas del serrín, entre el frío magiar y la escasa luz de una bombilla o un quinqué—, los primeros años en la escuela, las primeras letras, la magia de la lectura y la escritura, de las operaciones matemáticas, la circularidad del mundo, el conocimiento del Otro. Más tarde, siendo ya un adolescente, la emigración a Keszthely, justo al otro extremo del país, al oeste, junto al lago Balaton donde su padre había pensado alcanzar metas más prósperas.

—Se equivocó. El hambre también estaba allí.

Corría el año 1931, y desde el Tratado de Trianón, la nación había caído en la miseria más profunda.

Escuchábamos embelesados, atrapados por la entonación áspera y lenta del acento magiar. El soliloquio continuó durante casi una hora: la ayuda prestada a Alemania durante la guerra, la ocupación posterior rusa. Y luego la llegada a Norteamérica, la huida de la tierra materna.

—Nunca más volveré a verla. —Y por un momento temimos que comenzase a llorar—. Mi vida ya está aquí —dijo, y apretó el puño del bastón con fuerza.

Cansado, quizá, de escuchar su propia voz, aprovechó un instante de silencio —la breve pausa para tomar aliento— y se precipitó a cambiar el tema de la conversación.

—¿Cómo continúa aquel juego? —preguntó.

Luis parecía estar esperando aquel momento.

—En un callejón sin salida, como siempre. —Se mostraba resignado y algo triste, pero yo lo conocía demasiado bien (o creía conocerlo) para saber que la ansiedad por preguntar a Armand, por requerir su ayuda y sus consejos, se ocultaban bajo aquellas muestras de desolación—. Encallados ante un enigma aparentemente indescifrable. Como siempre.

—¿Buscasteis en el libro que os dije? ¿Conseguisteis solucionar el problema?

—Sí, aquello ya está resuelto. Tenía usted razón: era Christie, era Hércules Poirot. Ahora estamos ante una clave más difícil. —Y extrajo el folio que antes nos había mostrado a nosotros.

Armand lo contempló durante un minuto que pareció durar una eternidad.

—¿Y bien? —dijo, sin apartar la mirada del texto, entornando los ojos, como si le costase apreciar los números romanos escritos; como si, con aquel gesto, afilando la mirada, pudiera introducirse en los resquicios del enigma y llegar a su centro y su solución.

—Y nada —dijo Mario—. Eso no más. No hay modo de ir más allá.

—¿Es así tal y como aparece en el libro? —Pensé que con aquellas preguntas redundantes Armand quería ganar tiempo para poder pensar.

—Tal cual.

—¿Con letras mayúsculas y minúsculas, con números romanos?

Luis extrajo de su mochila la *Divina Comedia* —que había guardado— y, abriéndola, comenzó a mostrarnos los fragmentos del jalón. Mister Kellermann había subrayado con tinta roja parte de los dígitos romanos que enumeraban los cantos: *II* —el canto II—, y luego: *VII*, *XI*; después había utilizado nombres propios para las mayúsculas: *Giovanni Bautista* y *Guido Bonatti*, y para la minúscula —*Asdente*—; para terminar con *XXIV*.

Armand nos pidió un lápiz y se lo dimos.

—¿Puedo escribir en la hoja? —dijo, refiriéndose al folio donde Luis había escrito el jalón.

—Sí, claro.

El anciano copió completos los números de los cantos y las palabras que contenían fragmentos de la pista. Subrayó los dígitos y las letras que mister Kellermann había utilizado para construir su juego. Escribía sentado en el sillón, sobre un libro que Mario le había acercado y que era utilizado como soporte. El bastón descansaba apoyado en un brazo del sillón, a su derecha. Después de subrayar, volvió a copiar los números y las letras. Y durante varios minutos se enfrascó en la elaboración de combinaciones.

Clara se había desentendido del anciano y había vuelto a sumergirse en sus libros. Carole seguía junto a Mario, los dos en silencio, observando las acciones de Armand.

—No consigo sacar nada —dijo, y su voz sonó derrotada, como si surgiera de un pozo.

—No hay manera de hincarle el diente —confirmó Luis.

Armand contempló de nuevo la hoja. Advertí en su mirada un signo de rabia. Pensé que quizás él también había sido subyugado, atrapado por el vórtice de la Trama, pero juzgué aquello imposible: apenas había intervenido en nuestro juego, todo lo más nos había ayudado en la búsqueda de un jalón. No obstante recordé que había llegado a nosotros merced a otro juego: el mensaje que Luis había lanzado en aquel libro.

—No hay nada que hacer. Es el fin —dijo Luis.

Y Armand no le respondió. Debió de pensar algo semejante a aquello

porque comenzó a recitar lentamente el nuevo jalón : «dos dos uno be be ese cuatro», «dos dos uno be be ese cuatro»...

De repente, el libro y la hoja cayeron de sus manos. Había dejado de recitar y sus ojos se habían abierto de par en par. Su mano comenzó a tantear en el aire y en el brazo derecho del sillón buscando el bastón, el asidero y la tabla de salvamento, como un náufrago arrastrado por la negritud de las profundidades. Algo iba mal. Luis se abalanzó sobre el anciano y lo asió de los hombros, agitándolo, repitiendo su nombre.

—¡Armand, Armand!

Clara dejó de leer y contemplaba la escena: Mario y Carole, asustados, paralizados ante lo peor; Luis zarandeando al anciano; yo gritando exclamaciones de lo fatídico —«¡Ya está, Dios! ¡Ya está!»— y corriendo hacia la cocina en busca de un vaso de agua, de unas pastillas para el corazón que nunca encontraría en nuestro cuarto de aseo.

Y Armand continuaba en silencio, con la mirada azul fija en un punto por encima de nosotros, agitándose bajo los impulsos de Luis.

—¡Armand, reaccione! ¡Armand, por Dios! —seguía gritando Luis cuando yo regresé al comedor, con un vaso de agua que acerqué al rostro del anciano.

—¡Tumbadlo en el sofá! —gritó Clara.

Pero Mario y Carole eran dos estatuas de sal ante la destrucción de su ciudad, ante el horror de la muerte.

Entonces Armand parpadeó y sus ojos perdieron la fuerza que habían poseído unos instantes antes. Su mirada volvió a posarse en los que lo rodeábamos. Ante semejante reacción, Luis soltó sus hombros y el anciano permaneció estático, esbozando una sonrisa.

—Siento mucho haberos preocupado... pero ya está. —Yo me sentía como un imbécil con el vaso en la mano, temblando. Armand depositó su mirada recobrada en sus rodillas, buscando el libro y el folio que había dejado caer —. La hoja, la hoja, por favor —dijo.

Me incorporé y me bebí el vaso de agua de un solo trago. Luis se había alejado del anciano unos metros. Clara se arrodilló junto al sofá y recuperó la hoja que pedía Armand.

—Gracias —dijo al tenerla en las manos—. Ya está, ya está la solución.

Ha de ser esa. Es la única posible —hablaba como si unos segundos antes no hubiera estado al borde de la muerte, como si no reconociera en los que le rodeábamos el rostro del miedo—. El error, el vuestro y el mío, en un primer momento, consistió en querer interpretar el jalón con la vista. Contemplábamos estos signos, estos números y letras, y no nos decían nada. Hubiéramos estado toda la vida intentando combinaciones y no hubiéramos conseguido nada.

Luis había regresado a la silla y contemplaban admirado la fuerza del anciano. Mario y Carole escuchaban embelesados; Clara había olvidado sus libros y seguía atentamente la explicación de Armand.

—Nos habíamos equivocado al leerlos. O mejor dicho, al verlos. Los mirábamos, los contemplábamos, y no nos decían nada. ¿Qué es II, qué es I?

—Son números —admití—, números romanos.

—¡Números! ¡He ahí la clave! Olvidemos que son romanos, transcribámoslos a los dígitos árabes. El II se convierte en 2; el I en 1.

Comenzó a escribir:

2 2 1 B B s 4

—¿Cómo, ahora, una vez transcritos, debemos leer estos dígitos?

—Dos, dos... —comenzó Luis.

—¡No! —le interrumpió Armand—. Doscientos veintiuno Be. Pausa. Be. Ese. Pausa. Cuatro. Esa es la ordenación correcta, ¿y no os sugiere nada?

—El primer segmento me recuerda a algo —admití—: doscientos veintiuno Be... pero no consigo recordar qué.

Armand sonrió. Su rostro se ensanchó como una flor que se abriera ante el buen tiempo: estaba satisfecho, y no quería disimularlo.

—Es una dirección: 221B. Es el número de una casa. Y sabiendo eso es fácil deducir y completar el resto del jalón. 221B, en be ese, es decir, en Baker Street... cuatro.

—¡Holmes! —gritó Luis—. ¡Sherlock Holmes!

—Elemental —dijo Armand—. Sí, no puede haber duda. Míster Kellermann nos está hablando del detective londinense, de Sherlock Holmes.

Él es quien vive en el número 221B de la calle Baker...

—Todo encaja —comenté—. Primero S. S. Van Dine, luego Agatha Christie... Ahora Conan Doyle. Es evidente que el destinatario de la Trama era, al igual que su creador, un aficionado al género policiaco. —Pero algo había quedado suelto—. ¿Y el 4 final?

—Sí, el 4, claro. —El anciano daba ligeras cabezadas mientras sonreía—. Cuando comprendí que los números romanos tenían un significado una vez transcritos, debo confesar que el número cuatro me confundió. Pero al recordar a quién correspondía la dirección, a qué nuevo libro nos enviaba míster Kellermann. Entonces supe cuál era el significado del 4.

—Está claro —dijo Mario. Y Armand lo miró concediéndole la palabra, el permiso para referir la solución última—. Nuestro hombre nos envía a Sherlock Holmes, pero ¿a qué Holmes, qué libro de Holmes contiene el nuevo jalón, el nuevo fragmento de texto? La obra de Conan Doyle es algo voluminosa. No sé cuántos relatos o novelas son protagonizados por el listo sabueso... ¿cincuenta?, ¿setenta quizá?

—Probablemente —afirmó Armand, y aprovechó para tomar el relevo y concluir la explicación—. Míster Kellermann debía centrar el libro, facilitar la labor a aquel, o aquellos, que intentaran reconstruir la Trama: el 4 es la parte del jalón que delimita el terreno a buscar. Recordad las aventuras más famosas de Holmes y decidme: ¿no os sugiere nada el número 4?

—*¡El signo de los cuatro!* —grité.

—Efectivamente, ahí es donde debéis buscar.

Luis saltó de su silla.

—Vengo en un segundo. Corro hasta la biblioteca, ¿alguien quiere acompañarme?

—¡No! —gritó Clara—. No más Trama, no más juego. ¡Basta por hoy! ¡Basta ya por un tiempo! —Estaba colérica y Armand había hecho un intento por hablar pero ante la expresión de Clara había decidido callar.

—Por favor, Clara... —Luis suplicaba, con el abrigo entre las manos—. Por favor, cariño... Debo ir a la biblioteca.

—Debes estudiar, debes aprobar los exámenes. —Su tono era enérgico y su mirada azul era afilada como un cristal o un lapicero.

—Tal vez sea un poco tarde. —Mario intentó mediar, rebajar la tensión de la situación—. Mejor vas mañana, Luis.

—¡No! —Clara se mostraba firme—. Mañana tampoco. Ni al siguiente. Prométeme que nada de juegos hasta después de los exámenes.

Pero Luis continuaba con el abrigo entre las manos. Ante lo incómodo de la situación Armand había fijado su mirada en la empuñadura del bastón, en un intento por hacerse invisible; Mario y Carole habían agachado las cabezas y fingían no ver, no escuchar. Yo seguía contemplando a la pareja, percibiendo los hilos que los unían, tensos, tan estirados que podían romperse de un momento a otro. Y entonces sonó el timbre de la puerta.

Todo fue muy rápido.

La tensión se rebajó. Armand fue víctima de un ataque de tos —breve, y quizá fingido— que contribuyó a relajar el ambiente. Carole abandonó el salón para abrir la puerta. Luis devolvió el abrigo a la percha y se acercó sonriente a Clara: la besó, ella le correspondió con una breve risa; se sentaron uno junto al otro, como si unos minutos antes no hubiera pasado nada entre ellos. Escuchamos voces en el recibidor.

—¡Sorpresa! —dijo Carole, apareciendo en el comedor.

Tras ella caminaban, sonrojados por el frío de la calle, Carmen y César.

—No queríamos molestaros —comenzó disculpándose Carmen—. Pensamos que estaríais estudiando como yo, todo el santo día; y me dije que no estaría de más haceros una visita. Así consigo que, de paso, César deje por un momento su trabajo y hable de algo que no sean sus cuadros.

El aludido sonrió sin mucha efusión.

—Debo irme —dijo Armand, y se levantó rápidamente del sillón—. No quiero molestar.

—No se vaya, Armand —le rogó Luis—. Cene con nosotros, no es molestia.

—Lo es, seguro. Un viejo como yo estorba entre tanta juventud. —Hubo un momento de indecisión—. Adiós, me marchó, gracias por vuestro tiempo.

—Aguarde, espere. —Clara lo había asido de un brazo y lo empujaba hacia Carmen y César—. Me gustaría presentarle a unos amigos. También son españoles.

Carmen y César, que hablaban con Mario y Carole, mostraron un rostro de sorpresa al encontrarse con la mirada del anciano.

—¡Vaya...! —Alcanzó a decir Carmen, y enmudeció.

Clara percibió aquella señal y miró a Armand buscando una respuesta.

—¿Usted por aquí? —preguntó César. También estaba sorprendido.

—Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? —Armand retrocedió unos pasos liberándose de la mano de Clara—. Debo irme... No quiero molestaros más. Gracias y adiós. Nos veremos, adiós.

Siguió diciendo palabras de despedida mientras abandonaba el salón y desaparecía tras el tabique del pasillo. Clara corrió tras él y consiguió alcanzarlo en el recibidor, ante la puerta. Escuchamos el sonido de la cerradura al abrirse y, de nuevo, las palabras de agradecimiento y despedida del anciano.

—¿Seguro que no quiere quedarse a cenar con nosotros? —La voz de Clara sonaba distante y cribada por las paredes. Armand debió de negar, de nuevo; y Clara continuó—: Como usted quiera... No es ninguna molestia, se lo puedo asegurar. —De nuevo la respuesta muda del anciano—. Adiós, entonces. Ya nos veremos. No dude en volver cuando lo desee. —Y entonces la voz de Clara disminuyó su tono en busca de la confidencialidad—. Perdone, por favor —llegaba a nosotros como un murmullo—, si antes me comporté como una imbécil... —La voz susurrante del anciano, ininteligible desde la distancia—. Luis me pone... bueno, me preocupa... —De nuevo la voz recobrada, fuerte—. Adiós.

Y la puerta se cerró. Clara apareció en el comedor sonriendo.

—Realmente tenía prisa —señaló—. Tal vez lo habéis asustado.

César y Carmen se miraron.

—Nos sorprendió —dijo él; ella había decidido delegar en su novio—. No esperábamos encontrarlo aquí. Nunca imaginé que pudiera ser un conocido vuestro.

—¿Lo conocéis? —preguntó Luis, y parecía seriamente interesado.

—Desde luego. —Miró a Carmen buscando alguna señal y esta asintió varias veces—. ¿Os ha hablado Carmen en alguna ocasión de nuestra tertulia?

—Nunca —dijo Clara.

—No es nada especial. —Ahora era Carmen la que hablaba, buscando una justificación innecesaria y que nadie le había pedido—. César la llama «nuestra tertulia», pero realmente no es nuestra, sino de Gregg. Es un señor ya mayor, también pintor, que César conoció cierto día, al principio de llegar aquí.

—Una mañana coincidimos en el mismo parque: los dos pintábamos y terminamos entablando una conversación muy interesante. Quedamos varios días más, y al final nos invitó a su casa, bueno, a su estudio. Cada jueves por la noche se reúnen allí ciertas personas: Gregg, varios pintores más, un periodista que escribe en la prensa local, imagino que será algún crítico de arte, o algo así, porque siempre interviene en todas las conversaciones, en todos los temas que salen a la luz. En fin, solemos reunirnos una docena de personas.

—Yo voy a veces —dijo Carmen—. Y desde luego, Karl también va...

—¿Karl? —pregunté. Estaba confuso, pero una sensación de alerta me hacía sentir las peores noticias.

—Sí, él —dijo César y con un giro de cuello indicó hacia la puerta por la que unos minutos antes Armand había salido.

—¿Armand? —preguntó asombrado Mario.

—¿Armand? —Ahora el sorprendido era César—. ¿Qué Armand? Era Karl. No recuerdo su apellido, tal vez ni lo sepa... Karl, alemán. Si he de ser sincero todavía no sé si se dedica a pintar o a escribir. No habla mucho en las tertulias.

—Se llama Armand, Armand Szanto, y es de Hungría —dijo Clara, como si repitiera una tonada aprendida muchos años antes—. Se llama Armand.

—Memeces —sentenció César, resuelto—. Se llama Karl, todo el mundo en la tertulia lo conoce.

El silencio había conquistado la habitación. Las miradas se cruzaban entre todos y formaban una tela de araña en la que habíamos sido atrapados. Luis se dejó caer en una silla, con la mirada perdida. Al advertir la tensión de la situación, César intentó ayudar en lo posible.

—¿Cómo lo conocisteis? —preguntó. Y yo, sin saber por qué, creía adivinar que también él conocía la respuesta a aquella pregunta.

—De la forma más curiosa que te puedas imaginar —dijo Luis—. Hace algún tiempo Clara y yo lanzamos una especie de mensaje en un libro...

—Sí, lo sé —cortó César. Luis pareció sorprendido.

—Yo se lo conté —dije, como disculpándome.

—Verás: Armand o Karl, o como diablos se llame, contestó al mensaje; había cogido el libro y encontrado la nota. Curioso.

—Curioso sí, pero no casual. —César también había ensombrecido su rostro y ahora la seriedad era como una pátina que endurecía sus rasgos—. En una tertulia, no recuerdo cuánto tiempo hace ya, yo también hablé del mensaje en el libro, del juego. Cité el libro, y sé que Karl estaba allí. Sí, seguro, él estaba allí y se mostró muy interesado...

LIBRO CUARTO

LA DIÁSPORA

súper califrasqui listi cuespi halitoso (revisiones primaverales)

El lunes (¿fue el lunes?) telefoneó mi mujer.

Ya ni recuerdo el tiempo que hace que se marchó a Santander, junto a sus padres, con mi hijo. En un primer momento no supe qué responder, me costó reconocer su voz y cuando lo hice no supe qué contestar a sus preguntas —qué tal me iba, qué había comido, si había salido, si hacía mucho calor... cómo marchaba la novela—; dije a todo que sí, y mentí al afirmar que comía bien, al asegurar que el calor había disminuido y que, por las noches, había comenzado ya a refrescar. Entonces ella me sugirió que cogiera una manta, que en el armario de nuestro dormitorio (¿en qué cajón?) encontraría una.

Tal vez no fueran mentiras porque, una vez sumergido en la redacción de la novela, en la recreación y el recuerdo de los acontecimientos de aquel invierno americano de 1995, todo lo demás se olvidaba: la comida, el calor, mi mujer, mi hijo incluso... Eso sí son mentiras.

Quiere que vaya, quiere que termine pronto con todo esto, con el pasado, con la penitencia que me he impuesto. Yo le recuerdo a Luis, y eso le duele: no mi obra, mi narración, sino mi actitud, mi obsesión, la manía que está consumiendo todo mi tiempo y todo mi ser, que me impide dormir, que me ha aislado en medio de varios millones de personas y treinta y ocho grados de calor. Falta muy poco para concluir con todo esto... y luego no sabré qué hacer.

Ayer decidí dar un paseo y salí a la calle. Olvidé el ascensor y descendí a pie las diez plantas que me separan de la ciudad. Al principio creía que el tráfico y los viandantes iban a devorarme. Ya ni recordaba la última vez que había pisado la calle, ¿desde la marcha de ella?, ¿desde que me alimento de

pan de molde que tiende a terminarse (claro) y latas de atún o de fruta en almíbar? Mido el tiempo en latas vacías y bolsas de Bimbo amontonadas en la pila del fregadero.

Di un largo paseo por las calles hasta llegar al Retiro. Ahora sé que si hay algo que odio realmente en esta vida es el verano, porque es cruel y sincero: repele las largas perneras que ocultan unas piernas deformes, y acoge ajustadas camisetas que dibujan una espalda convexa en demasía. He columbrado grupos de turistas de origen incierto parapetados tras sus cámaras y sus sombreros de paja, caminando sobre sus piernas blancas y combadas; he admirado cuerpos atractivos y semidesnudos de muchachas tostadas en playas lejanas y atestadas, cuerpos tan llamativos como un anuncio de neón.

De regreso a casa he comenzado a silbar: he ahuecado los labios, he lanzado la respiración, he seguido modulando los golpes de aire y los labios y la lengua. La gente ha comenzado a mirarme y he notado en sus ojos la expresión de la duda y la sorpresa. Caminaba silbando y distraído, pero consciente de las miradas de asombro del resto de los transeúntes y, mentalmente, he jurado seguir silbando hasta que los labios se encallezcan, o una mañana, al levantarme de la cama donde me tiendo vestido, no encuentre el jilguero en la jaula de mi pecho... o no encuentre ya mi pecho.

He contemplado mi rostro en el espejo del ascensor que, esta vez sí, he tomado: apenas me he reconocido bajo una barba negra, poblada e irregular, tras unos ojos y una mirada enrojecida y febril, bajo una cabellera sucia y grasienta, alborotada como una aliaga. He dejado de silbar al localizar una mancha considerable a la altura del esternón y, un poco más abajo, a la altura de las últimas costillas, restos de comida seca y apelmazada, que he comenzado a rascar y a quitar con las uñas.

—¿Hasta dónde pretendes llegar? —le pregunté.

Ahora salíamos del Arabica donde nos habíamos refugiado más de dos horas antes, cuando el sol había comenzado a declinar. Durante todo ese tiempo habíamos estado estudiando y leyendo; al menos yo, porque Luis había permanecido con los brazos sobre la mesa, mirando a través del cristal cómo

la luz desaparecía, cómo los transeúntes iban escaseando: de cuando en cuando miraba el libro que tenía delante de él y fingía leer o lo intentaba, pero no podía. Buscaba en el bolsillo de la camisa, a la altura del corazón, y extraía un papel doblado en varios pliegues, lo extendía sobre la mesa y fijaba en él toda su atención. Un par de veces me lo alargó: era la Trama; pude comprobar que se trataba de los fragmentos de texto, las pistas, todos los datos que habíamos recabado día tras día en los libros.

Comenzaba a explicarme una posible teoría sobre todo aquello, pero yo le impedía continuar. Frenaba su locuacidad y seguía estudiando —al día siguiente tenía el primer examen de una larga serie que ocuparía las dos próximas semanas—; o al menos intentaba reanudar la lectura y el estudio, aunque yo no podía dejar de observarlo, allí sentado, en medio del bar pero solo, como un náufrago o un ermitaño. Percibía sus ojos alerta y penetrantes, su mirada posada en la hoja donde habíamos estado fantaseando e imaginando un camino, reconstruyéndolo; advertía el estremecimiento que le sacudía cada vez que se abría la puerta de la cafetería y alguien entraba y con él el murmullo de la gente y del viento que había comenzado a soplar.

—¿Dónde pretendes llegar? —pregunté de nuevo.

No dijo nada, no contestó mi pregunta y se limitó a sonreír.

—Hasta mañana —me dijo.

Como él no había respondido mi pregunta tampoco yo le devolví el saludo y seguí andando junto a él.

—No —me dijo, sin dejar de caminar—, creo que te has equivocado. Tú vives en dirección contraria. —Estábamos junto al Mirror Lake, y, aunque ya no veíamos los patos, porque la tarde se nos había echado encima, oíamos su aleteo sobre el agua.

—Te acompaño.

—Vaya —parecía algo intrigado—, ¿qué te sucede hoy?, ¿vas a atreverte a cruzar la frontera?

—Así era como él llamaba a High Street.

—No tanto, te acompaño solo hasta High Street.

Y seguimos caminando. Dejamos atrás el pequeño lago y la mole imponente de la biblioteca. Pisábamos ya la hierba del Óvalo cuando insistí en

mi pregunta.

—¿Qué pretendes?

—¿Qué quieres decir? —Solía detenerse cada vez que hablaba, como si necesitara pensar mucho las palabras y temiera que, con el caminar, estas se escaparan o quedaran rezagadas a nuestro paso. Andábamos a intervalos: con cada pregunta un parón, con cada respuesta otro.

—Lo que te estoy preguntando es adónde esperas llegar con esto.

—¿Con la Trama?

—Con la Trama y con todo y con Clara... Olvida ya el juego, ya está completo. Y en lo que respecta a Clara. No creo que se merezca lo que le estás haciendo: pasas más tiempo en la biblioteca que junto a ella. Creo que disfrutas más con ese embrollo que tú mismo has creado que...

—No he creado nada, no soy Dios. Ese embrollo, como tú lo llamas tan despectivamente, ya estaba ahí: yo únicamente me he limitado a juntar las piezas. Todos las hemos ido buscando, también tú. ¿Qué te ocurre ahora?

¿Cómo referirle mis sentimientos por Clara? ¿Cómo decirle que él no la merecía? ¿Cómo exigirle que la dejara, que yo la amaba, que él podía quedarse con su juego y sus libros?

—Pero ya está —dije—. La Trama ha terminado y el texto está completo. Olvídalo ya.

—No ha terminado todavía. ¿No recuerdas a Schlegel?, ¿has olvidado a *Lolita*? Aquí hay algo más. ¿Qué me dices de Armand? Si es que realmente se llama así.

—¿Y qué esperas conseguir con ello? ¿La fama, algún secreto que durante muchos años ha permanecido oculto? ¿Acaso no te has detenido a pensar que, tal vez, ¡sí merecía permanecer oculto!?

—No, no es el éxito lo que busco. Tampoco es la meta, es la persecución en sí lo que me embelesa y me atrae.

—También Clara fue una persecución. —Quería preguntar pero me surgió, sin poder evitarlo, una afirmación.

Nos habíamos detenido en el centro del Óvalo, donde todas las calles confluían —nacían o morían—, detrás resplandecían las luces de la biblioteca, y sus once plantas con sus ventanas que eran como ojos que nos

vigilaran, como oídos que escucharan nuestro diálogo; también la estatua de W. Oxley parecía observarnos con curiosidad. Ante nosotros se alzaba el Union, ya sin luz, muerto, vacío de estudiantes con la boca llena de comida; a sus espaldas podíamos escuchar el tráfico, las bocinas de los coches, y veíamos los colores verdes, rojos y amarillos de los semáforos de High Street.

—Sé que tú también querías a Clara —dijo él, pero esta vez no se había detenido para hablar.

—¿Quería?

—Todavía la quieres... entonces.

—La quiero, y por eso no soporto que le sigas haciendo daño.

—No te comprendo. —Y su voz y su rostro confirmaban aquella frase.

—¿No me entiendes? Creo que es sencillo: está bien que salgas con ella, si te gusta y ella te corresponde. Ella te quiere; y eso no me molesta gran cosa: no se puede regir a las personas. Lo que realmente me enfada es tu actitud. No la atiendes, no te interesas por ella, tienes la cabeza y el corazón en esa maldita Trama. —Señalé hacia su pecho, donde guardaba la hoja—. ¿Cuánto tiempo hace que no salís a cenar... a cenar vosotros dos solos?

—No creo que sea asunto tuyo.

Callé. Caminamos en silencio.

—¿Cómo llevas el examen de mañana? —pregunté; quería relajar la tensión.

Luis se encogió de hombros y emitió un extraño sonido, mezcla de silbido y suspiro.

—¿Mañana por la tarde?

—Por la mañana —le corregí—, a las diez en la clase de la segunda planta.

Había llegado a mi meta.

—Te dejo —dije.

—Hasta mañana entonces.

Era como si no recordara ni una palabra de nuestra conversación: desde luego mis palabras no habían mellado ni alterado su espíritu ni su intención.

—Hazme un favor, ¿quieres? —Yo asentí—. Si ves a Clara ahora, al volver a casa... por favor, dile que me llame, o mejor... déjalo. Yo mismo la

llamaré.

—Sí, será mejor si tú das el primer paso. Se alegrará si te interesas por ella. —Tenía un nudo en la garganta: era un maldito estúpido que se arrojaba piedras sobre su propio tejado—. No merece eso...

Luis aprovechó un instante en que la calle quedó sin tráfico y cruzó corriendo hasta la acera opuesta.

—¡Buenas noches! —me gritó, y desapareció entre el movimiento de los transeúntes.

Al pensar que ahora debía volver solo a casa me arrepentí de haber acompañado a Luis hasta tan lejos. Resignado, desanduve el camino. Me dije que aquel era un mundo loco y que nosotros estábamos constituidos por un montón de misterios y contradicciones. Solo cuando llegué al centro del Óvalo recordé que Luis no tenía teléfono.

Luis Galvañ no se presentó a los exámenes. Durante las dos semanas que invertimos en el estudio y la presión ante la hoja y las preguntas, Luis no apareció en nuestra vida.

—¿Qué le ha sucedido a tu amigo?

Yo entregaba el último de mis exámenes y, sentado tras su mesa, el profesor Mellam me interrogaba sobre Luis.

—¿Qué amigo? —Fingí no saber a quién se refería.

—Luis —pensó unos segundos—, Luis Galvañ. ¿Qué le ha sucedido?

—Lo ignoro.

¿Cómo hablarle de la Trama, cómo decirle que mi amigo había hipotecado su vida y su futuro en un juego?

—Si lo ves dile que quiero hablar con él, que todos queremos hablar con él. El profesor Hearn está muy molesto. —Yo estaba poniéndome nervioso: de pie ante la mesa, con el examen todavía en la mano, escuchando unas palabras que no me incumbían, que tanto yo como el resto de nosotros habíamos imaginado inevitables—. Tu amigo no ha hecho ni un solo examen. No se ha presentado a ninguno, y tampoco a sus clases. —Tosió para aclararse la voz—. Ha desatendido a sus alumnos de español y hemos tenido que arreglarlo

como buenamente hemos podido con otros becarios, incluso el profesor López ha tenido que atender sus clases en varias ocasiones. ¡Intolerable!

—No sé nada de él. Desde que empezaron los exámenes no lo he visto.

Dejé el examen y di media vuelta para abandonar la clase.

—Recuérdalo. —Ahora hablaba más alto; algunos estudiantes que todavía ocupaban la clase alzaron su mirada del examen, curiosos—. Si lo ves, dile que venga a mi despacho cuanto antes mejor.

Y lo vimos, desde luego.

Se presentó en el apartamento de las chicas aquel domingo, el tercero de abril. Traía la mochila repleta de libros y al dejarla en el suelo, junto a la mesa del comedor, sonó como si contuviese toda la biblioteca. Nos saludó como si no hubiera ocurrido nada, feliz y risueño: besó a Clara —que se dejó besar sin más efusiones—, nos zarandó a Mario y a mí, abrazó a Carole y a María como si regresara de un viaje eterno y lejano.

—Quiéren hablar contigo —dije.

—¿Quiénes? —Había comenzado a vaciar su mochila: la libreta con las tapas negras, algunos libros que ya conocíamos porque eran los que conformaban la Trama.

—Mellam, Hearn. Todos los profesores.

—Ya los veré.

—No hiciste los exámenes —dijo Clara. No se había levantado del sofá.

Luis no contestó y todos nosotros advertimos la tensión. Mario intentó salir de la habitación pero Luis lo retuvo.

—Que no se vaya nadie. Tengo novedades. —Miró a Clara y enmarcó una sonrisa que, creo, no convenció a nadie—. No hice los exámenes porque no estaba preparado, lo siento... En cuanto a los profesores... —Ahora me miraba a mí—. No os preocupéis, todo se arreglará.

Se sentó a la mesa, ante los libros que había extraído de su mochila y una hoja que había extendido.

—Quiero que miréis esto. —Hizo un gesto para que nos acercásemos—. Es la Trama completa: el texto, las pistas, las obras y las fechas en que fueron

tomadas de la biblioteca. Armand o Karl, o como quiera llamarse, tenía razón: había que buscar en *El signo de los cuatro* de Conan Doyle. No fue difícil localizar el nuevo jalón e interpretar la nueva pista: *sweet night*; que nos llevaba a *Suave es la noche*.

—Y vuelta al principio —dijo María.

—No del todo. Realmente es una Trama circular. Mirad la hoja que he preparado y lo entenderéis mucho mejor.

Obedecemos.

La Trama	Jalones	Obras	Cronología
The man who see his death, he will have a long life.	II II I B B s IV	Dante, Divina Comedia	20 mayo; 1 junio 1949
Who dreams his teeth are falling, he will miss a brother.	sweet night	Conan Doyle, El signo de los cuatro	20 junio
Oh, aware the man who recognize his face in a looking-glass —he´s going to take other woman;	you ought to go up, if you want to go down	Scott Fitzgerald, Suave es la noche	1 julio; 13 julio 1949
Who looks at oneself falling in a pit, he´ll found what he´s looking for.	NETLEW 08	Carroll, Al otro lado del espejo	18 julio
Mais ne t´en-courage pas en trouver de richesse,	Egipt SS	Verne, La vuelta al mundo en 80 días	sin fecha
What you have is quite.	Mark his sojourn	Van Dine, El caso del Escarabajo	22 julio
I shall tell the whole truth.	Great Greek last mission	Marco Polo, Libro de las Maravillas	sin fecha
If the wealth comes from your robberies, it won´t pass the night with you.	Thieves shall go down to the fires	Christie, Los trabajos de Hércules	27 julio 1949

—Y aquí está la traducción de la Trama.

Dio la vuelta a la hoja y pudimos leer el texto.

El que se ve muerto, tendrá una larga vida.

El que sueña que se le caen los dientes, perderá a un hermano;

El que se ve en un espejo, desgraciado de él, porque tendrá una segunda esposa;

El que se ve precipitarse en un pozo, encontrará lo que busca.

Pero no te esfuerces en buscar riquezas,

Lo que tienes debe bastarte.

Te diré la verdad:

Si la riqueza te viene del robo, no pasará la noche contigo.

—Lo he averiguado —siguió diciendo—, he estado buscando en los libros con la ayuda de la señora Weaver, claro.

—¿Quién? —preguntó Carole.

—La señora Weaver, la hija de míster Kellermann. Este texto proviene de dos fuentes diversas: el *Libro de los sueños* y *Las instrucciones de Amenemope*. Son libros del Antiguo Egipto. Era la afición de nuestro querido míster Kellermann.

—¿Y qué significan? —preguntó Mario.

Luis se encogió de hombros.

—Lo que hemos leído es una serie de consejos, una serie de premoniciones y agüeros, rematado con una especie de amenaza acerca de un robo.

—¿Y ya está? —confesé, algo decepcionado—. No creo que míster Kellermann invirtiera su tiempo solo para ese propósito.

—Además —irrumpió María—, hay algo que no funciona.

—¿Qué quieres decir? —Mario era la voz de todos.

—¿Qué pinta aquí el *Infierno* de Dante; incluso los viajes de Marco Polo? Fijaos bien: están junto a obras de puro entretenimiento como la Christie, S. S. Van Dine, Conan Doyle. Son obras tan alejadas en el tiempo, y en la calidad,

desde luego... No sé.

—¡Bravo! —exclamó Luis—. También yo advertí esa contradicción. Parecía cosa barroca: una conjunción de contrarios y opuestos. Por eso decidí reconstruir la Trama. Quiero decir el proceso de su elaboración. Pongámonos en la piel y la mente de mister Kellermann.

Reinó el silencio. Tanto él como María tenían razón: en aquella lista de libros había algo que no cuadraba completamente, era algo extraño que flotaba en el ambiente, que parecía querer salir de nuestras bocas, pero que no lográbamos localizar, delimitar.

—¿Por qué no imaginamos un poco? —Era una pregunta retórica: nadie contestó—. Se trata de un juego, no hay duda. Imaginemos, construyamos... o mejor, reconstruyamos la historia. ¿Qué perdemos?

—Nada, desde luego —afirmó Mario—. ¿Pero qué historia hemos de construir, o reconstruir?

—La de mister Kellermann, por supuesto. La de él y la de su, o sus, amigo o amigos. —Luis cogió la hoja y la agitó delante de nosotros—. Tenemos todos los datos: los libros empleados, los textos de la Trama, la fecha en que fueron utilizados. En fin, tenemos al protagonista, nuestro querido profesor alemán. ¿Qué más necesitamos? ¡Tenemos incluso a los actores secundarios!

—Tal vez fuera arriesgado construir o reconstruir el *modus operandi* de mister Kellermann. —María parecía dudar—. No estábamos allí. ¿Cómo saberlo, cómo conocer cuándo y de qué modo construyó la Trama? Y lo que es más importante: ¿por qué? Desde luego hay algo extraño en esos títulos, en esas fechas. Hay algo, como una premonición...

Luis se mostraba ansioso. Su paciencia tenía un límite —tal vez menor que el nuestro—, y parecía haber llegado a él.

—¡Basta, joder! —Dio una fuerte palmada sobre la mesa y extendió la hoja—. ¡Aquí está todo! ¡Aquí y en lo que vimos en la casa de mister Kellermann! Y, desde luego, no hay que olvidar lo que nos contó su hija y lo que, más tarde, nos dijeron los periódicos sobre mister Schlegel. ¡Coño! —Clara le lanzó una mirada recriminatoria—. ¿Tanto os cuesta echarle un poco, un poquito de imaginación?

Nadie respondió.

—Decidme la verdad: ¿qué podemos perder?

Me arriesgué a contestar:

—Nada.

—¡Nada! No podemos perder nada. —Se encogió de hombros—. Tal vez unos minutos, quizá media o una hora. ¿Y qué? Fuera es ya casi de noche, hace frío, es domingo y mañana no hay que madrugar... demasiado.

—Y los exámenes ya han pasado —concluyó Clara.

Luis calló de golpe y declinó su rostro. Aquella vez la flecha había dado en el centro de la diana. Acercó una silla a la mesa y se sentó ante el folio. Los demás lo imitamos.

—Concentrémonos —comenzó. Era como si Clara no hubiera hablado, como si los exámenes no hubieran tenido lugar unos días antes. Luis comenzó a hablar y, conforme su narración iba progresando, nosotros dejamos de existir —. Imaginemos: Alemania, año 1936. Según lo que nos refirió la señora Weaver, ella y su padre huyeron de Alemania durante los Juegos Olímpicos de aquel año. ¿Fecha? —Nadie dijo nada. Luis tenía bien aprendida la lección—. La primera quincena de agosto.

Mientras escuchaba su soliloquio, yo lo había imaginado las semanas anteriores —cuando el resto de nosotros nos devanábamos los sesos ante los libros y los apuntes y, más tarde, ante el folio en blanco que debíamos cubrir con nuestra ortografía, nuestros saberes y los fragmentos de nuestra memoria —: Luis buscando en la biblioteca; Luis repasando uno a uno los libros que — cincuenta años antes— m^íster Kellermann había utilizado para elaborar una tela de araña y un juego; Luis confeccionando listas de datos y palabras, de claves e hipótesis; Luis recordando, ya de noche, en su lecho solitario, las palabras de la señora Weaver, el rostro de unos muertos contemplados en una fotografía; Luis soñando, imaginando, creando y, quizás, inventando una historia antigua, una trama envolvente y peligrosa: la Trama.

—M^íster Kellermann y m^íster Schlegel son, además de amigos y profesores en la Universidad de Bonn, judíos. La persecución antisemita se había iniciado unos años antes, en 1933, con el ascenso al poder de Hitler y la expulsión de todo judío de los organismos oficiales. A partir de aquella fecha reina el miedo y, a veces, la sangre. Los dos amigos, los dos exprofesores

todavía soportan tres años más la situación, pero en 1936, y aprovechando el suficiente descontrol y, quizá, la mínima apertura al exterior, los dos amigos recogen sus cosas y a su familia y llegan a Columtown. Hasta aquí el primer acto de esta obra.

Tomó aliento y nos sonrió, pero nadie dijo nada. Observé a Mario y Carole, a María y Clara, y si hubiera habido un espejo en el comedor me hubiera contemplado a mí mismo, para llegar a una única conclusión: Luis nos había atrapado.

—Mientras en Europa comienza el exterminio judío y la guerra, en Estados Unidos los dos amigos ingresan en la Universidad de Columtown como profesores. Se visitan continuamente, según el testimonio de la hija de Kellermann, como dos compatriotas en un país extranjero. ¿Si ya eran buenos compañeros en su Alemania natal, por qué habrían de dejar de serlo en su nuevo país? La vida sigue: la guerra termina, la normalidad parece regresar a todos los ambientes, pero en 1949 mister Kellermann elabora su Trama. Las fechas de los libros no pueden conducirnos a error alguno. Cuando el segundo acto, que más bien fue de transición, ha tocado a su fin, se inicia el tercero que está repleto de interrogantes: ¿qué es la Trama, por qué es elaborada, con qué finalidad? ¿Por qué precisamente trece años después de su llegada a América, de su huida?

Mario respondió:

—La Trama es un texto. Este texto —y señaló con fuerza la columna izquierda del folio—, y no hay más.

—La primera pregunta ha sido contestada. ¿Qué hacemos con las demás?

—Nada. —Mario se encogió de hombros—. No más se puede responder la primera. Las otras dos nunca podrán contestarse: mister Kellermann murió, ¿no se acuerda, mi amigo?

—Cierto. De eso no hay duda: nos lo dijo su hija, y no hay motivo para desconfiar. Imagino que una tumba con su lápida correspondiente será la prueba definitiva que encontraríamos en el cementerio de Athens. Sin embargo, imaginemos el resto. Sigamos construyendo la historia, el relato de lo que creemos que pasó. ¡Tercer acto! —continuó—. Observad la columna de la derecha. —Nos señaló el lugar exacto en el folio—. Las fechas que

aparecen en las guardas de los libros utilizados, las que el bibliotecario escribió o marcó como la fecha del préstamo, pueden servirnos para reconstruir el proceso de elaboración de la Trama. Para construir el texto nos hemos valido de ellas; vayamos un poco más lejos. —Y cerró los ojos—. Intentemos imaginarnos la situación, el momento, incluso el clima que nos marcan estas fechas.

Por un momento reinó el más completo silencio.

—La Trama fue construida entre el 20 de mayo y el 27 de julio de 1949 — dije.

—¡Se le cayó un huevo! —exclamó Mario.

Luis chistó con fuerza pidiendo silencio, tal vez concentración. Me dieron ganas de reír: por un momento me sentí haciendo el mayor de los ridículos. Luis abrió los ojos y tomó la palabra:

—El 20 de mayo, míster Kellermann, profesor de Historia Antigua, toma en préstamo de la biblioteca la *Divina Comedia* de Dante. Podemos inferir que se trata de algo concerniente a su trabajo, a sus clases. El curso está a punto de concluir. Imagino que, al igual que hoy, la universidad cerraría su año lectivo durante la primera semana de junio.

—¿Por imaginar... que no quede! —La voz de Clara sonó escéptica.

Luis pareció no haber escuchado el comentario y continuó con su relato:

—Míster Kellermann está elaborando algo, quizás, algún trabajo o artículo que quiere, o debe, entregar antes del final del curso. No creo que importe. Lo realmente significativo es que se trata de lo que podríamos llamar un «libro serio». El 3 de junio vuelve a renovar el préstamo. Del veinte al tres hay — por un momento calló—... catorce días. ¡Justo! Tal como sucede hoy en día: el préstamo de un libro no puede exceder en dos semanas. Míster Kellermann, alemán y aplicado, renueva el libro e, imagino, continúa con la elaboración de su trabajo.

»El siguiente libro tomado en préstamo es *El signo de los cuatro*, de Conan Doyle. Una novela de detectives. Nuestro admirado y querido Sherlock Holmes. En comparación con la obra de Dante... ¡nada! Perdón —y nos sonrió—, quiero decir que no es un libro serio.

No debía de serlo porque nadie dijo nada; y Luis continuó:

—La novela de Doyle es tomada en préstamo el 20 de junio. Desde luego mister Kellermann ya ha concluido su trabajo, puesto que no necesita a Dante, y las clases de la universidad han terminado. Nunca se alargan hasta esas fechas. —Mario asintió. El razonamiento de Luis era correcto—. El bueno de mister Kellermann quiere relajarse y comienza a leer un libro «no serio». Las vacaciones veraniegas y la literatura ligera, sobre todo la policiaca, han sido siempre buenos compañeros de viaje. Hay que recordar, además, la afición del anciano por ese tipo de literatura. Basta recordar su despacho, ¿verdad?

»De todo ello debemos inferir que a finales de junio la Trama ya se ha iniciado. ¿Cómo? Sigamos imaginando. El profesor renueva el préstamo de la *Divina Comedia*, pero el día 5, o quizás, incluso, el día 8 de junio ya ha concluido con el libro, ya no lo necesita. También el trabajo está terminado porque las clases, en una correlación, han llegado igualmente a su fin. Todavía puede tener el libro en su poder unos días más, hasta el 17. Con la mente caliente, con la imaginación acelerada por el esfuerzo en su tarea, mister Kellermann decide confeccionar la Trama.

—¿Por qué? —pregunté de un modo tajante.

—Dejemos ahora el porqué, estamos contestando al cómo. —Creyó, y con razón, que no había contestado a mi pregunta y siguió mostrando excusas—. Tal vez porque le apeteció, porque quiso entretenerse, porque sabía que aquel verano no iría a ningún sitio... ¿Qué sé yo? ¡Dejemos eso!

»Sigamos. Aburrido, tal vez, decide elaborar la Trama. No tiene prisa... por ahora. Conocemos el texto: un fragmento del *Libro de los sueños*,

El que se ve muerto, tendrá una larga vida.

El que sueña que se le caen los dientes, perderá a un hermano;

El que se ve en un espejo, desgraciado de él, porque tendrá una segunda esposa;

El que se ve precipitarse en un pozo, encontrará lo que busca.

al que añade una líneas de *Las instrucciones de Amenemope*...

Pero no te esfuerces en buscar riquezas,

Lo que tienes debe bastarte.

y un verso de su propia cosecha, el penúltimo

Te diré la verdad.

Para terminar volviendo a *Amenemope*

Si la riqueza te viene del robo, no pasará la noche contigo.

»Nuestro profesor ama esos textos, y sobre todo, la unión de ambos: no olvidemos que decidió elaborar una hoja y enmarcarla en su despacho. Míster Kellermann está divirtiéndose al tiempo que lee obras “no serias”. Comienza el verano y ha decidido no aburrirse ese año como, quizá, se aburrió los anteriores.

»El 1 de julio toma en préstamo *Tender Is the Night*, la novela de Scott Fitzgerald. No se trata, desde luego, de una obra tan ligera como aquella de Holmes, pero tampoco es una obra de la seriedad y la dureza de la *Divina Comedia*. *Suave es la noche* es una gran novela, ¿quién lo duda? Pero ideal, por lo entretenida, para acompañar las eternas tardes del verano. Ya lo he dicho: nuestro hombre no tiene prisa. Ha invertido diez días en leer *El signo de los cuatro*: es una novela más bien breve. La novela de Scott Fitzgerald va a costarle más. El día 13 de julio, sin dejar que se cumplan los catorce días permitidos, decide renovar el préstamo. Míster Kellermann disfruta del buen clima, del sol y de los juegos de su hija O tal vez de las preocupaciones, porque esta ya tiene —dudó un momento— quince o dieciséis años. Pero sobre todo disfruta de la Trama y su confección: busca lentamente las palabras que le puedan ser útiles y, cuidadosamente, las subraya con el color correspondiente. Es un trabajo lento, pero debemos admitir —no ya basta con imaginar—, que míster Kellermann está disfrutando.

»El día 18 de julio toma en préstamo un nuevo libro. Continúa con la literatura de entretenimiento... y no la abandonará hasta el final de la Trama. Esta vez ha invertido 17 días, más o menos, en la lectura de la novela anterior.

Si observamos las fechas comprobaremos que desde el inicio de la Trama —mediados de junio— hasta que aparece el cuarto libro, *Al otro lado del espejo*, mister Kellermann ha invertido un mes. Un mes y tres libros. Un trabajo lento, podríamos decir que relajante. Concentremos nuestra atención en el resto de los libros: cinco más —Carroll, Verne, Van Dine, Marco Polo y Agatha Christie— en ¡tan solo nueve días!, desde el 18 de julio hasta el 27 del mismo mes.

—Más días —aclaró María, certeramente—. El último es tomado el día 27, pero ignoramos cuando lo devolvió.

—¡Correcto! —admitió Luis—. No obstante, hay que admitir que son muy pocos días para tanto libro. Sobre todo si los comparamos con el mes invertido para los tres libros anteriores. Desde luego algo le sucede a mister Kellermann, algo pasa con la Trama.

—Tiene prisa por terminar —dije.

—Pero ¿por qué?

—Otro por qué —recordó Mario.

—Uno más... y tal vez no sea el último —sugerí.

—Dejemos este porqué y regresemos al cómo —continuó Luis, y sonrió. Aquel gesto, aquella expresión de su rostro y sus ojos me hicieron pensar que él sabía la respuesta a esos interrogantes—. Observad los libros. No solo podemos advertir la prisa de mister Kellermann sino, y aquí me atrevo a lanzar una hipótesis arriesgada, la desesperación: ya hemos hablado de la seriedad del libro de Dante; Conan Doyle, Scott Fitzgerald, Carroll, Verne y Polo tal vez no alcancen la magnitud del florentino, pero no dejan de ser buenos ejemplos de literatos y literatura. Pero, por otro lado, ¿qué hay de Van Dine o de la Christie?

—¿No te gustan? —pregunté.

Luis me puso la mano sobre el hombro en un gesto de protección o complicidad.

—Desde luego, me gustan... y mucho, sobre todo el americano, pero no podéis negarme que se trata de sub-literatura.

—Eso está claro —admitió María—. Novela policiaca. Yo incluso añadiría a Conan Doyle.

—No me opongo —aceptó Luis—. Lo que quiero que comprendáis es el hecho de que Van Dine y Christie, incluso Verne y Marco Polo, son los autores que mister Kellermann utilizó con prisas. Acudió a ellos porque sabía que podía encontrar allí lo que le exigía su texto, el texto de la Trama que, sin duda, tenía ya prefijada antes de comenzar a elaborarlo todo.

»Mister Kellermann sabe que el fiscal del distrito que aparece en las novelas de Van Dine se llama Markham, ¿cómo no utilizarlo si sabe que el siguiente jalón ha de ser el libro de Marco —Mark— Polo? Es una muestra. U otra, quizá mejor. El primer libro utilizado es el infierno dantesco. En cualquier infierno se alojan ladrones, ¿cómo no buscarlos —*thieves*—, para crear el nuevo jalón, en una novela de Agatha Christie?

»El 18 de julio toma en préstamo el libro de *Alicia*. El siguiente libro, el de Verne y su vuelta al mundo, no es extraído de la biblioteca. Lo mismo sucede con el de Marco Polo, ¿por qué?

—De nuevo otro porqué —recordé.

—Y esta vez no creo que tenga ninguna respuesta —se lamentó Luis. Y su rostro demostró que lo sentía sinceramente: le hubiera gustado responder a todo, edificarlo todo, como un dios... o como mister Kellermann—. Nuestro hombre utilizó los libros dentro de la biblioteca, sin llevárselos a casa. En cambio, sí tomó en préstamo la novela de Van Dine, el día 22, y la de Christie, el día 27. ¿Por qué?

Nadie respondió.

—¿Acaso no tuvo tiempo de llevárselos a casa? —se arriesgó María tímidamente.

—Quizá no pudiera sacarlos de la biblioteca —Luis se había relajado—, afuera lo esperaba un grupo de gánsteres dispuesto a impedirselo, o una congregación de estudiantes contrarios a las novelas de viajes, porque fueron los libros de Verne y de Polo los que no salieron del edificio.

—Ironías del destino —comenté—. Los más viajeros no se mueven. Los amantes del crimen en la habitación cerrada atraviesan los muros y salen al exterior.

—¡Carajo! —gritó Mario, y golpeó con su mano abierta sobre la mesa. Carole dio un pequeño brinco y se le encaró entre asombrada y recriminatoria

—. ¡Chingados de mierda! —nos gritó. Y luego se incorporó bruscamente de la silla y corrió hacia la cocina—. ¡Claro, claro!

Escuchamos su carrera precipitada descendiendo la escalera.

—¿Qué le pasa a este? —pregunté.

Nadie dijo nada. Se limitaron a encogerse de hombros mientras Carole lanzaba algunos improperios en inglés que nadie consiguió entender.

Habían transcurrido apenas dos minutos cuando escuchamos, de nuevo, la carrera del mexicano. Ahora ascendía por la escalera. Golpeó la puerta de la cocina y María corrió a abrirle. Entró en el comedor jadeante, con una hoja doblada entre las manos. Se sentó a un extremo de la mesa, cogió un bolígrafo y un folio y comenzó a escribir. El resto observábamos en silencio, expectantes, meros contempladores de unos actos que no comprendíamos.

—¿Qué días tomó los libros? —preguntó.

—¿Qué libros? —preguntó a su vez Luis.

—Estos últimos, los de la prisa.

—El día 18 de julio sacó el de Carroll.

—¿1949?

Luis pareció extrañado.

—Desde luego.

—El día 18 de julio... —Y mientras Mario repetía las palabras de Luis escribía en el folio—. ¿Y...?

—Luego consultó el libro de Verne, pero no lo sacó de la biblioteca porque no tiene fecha de préstamo. Le sigue el de Van Dine, el día 22 —Mario escribía y murmuraba—; luego el de Marco Polo, que tampoco lo sacó de la biblioteca; y por último el de Agatha Christie, el día 27.

—¿De julio?

—Por supuesto: julio de 1949.

—Bien —dijo Mario. Dejó de escribir y nos miró con una sonrisa de satisfacción—. ¡Aquí está!

Y diciendo eso, nos acercó el folio sobre el que había estado escribiendo segundos antes. Había construido el mes de julio de 1949. Y entonces todos lo vimos claro: había buscado entre sus cosas un calendario universal y sobre él había reelaborado el mes de julio en el cual mister Kellermann había

edificado su Trama. Mario había encerrado en un círculo los días 18, 22 y 27: lunes, viernes y miércoles.

—¿Y bien? —preguntó María.

—¡Está claro! —Mario se mostraba eufórico—. El lunes 18 toma el libro en préstamo. Sin duda, míster Kellermann había pensado en tomarse la elaboración de la Trama sin prisa alguna, pero ¡lo que son las cosas!, se presenta un chingado imprevisto. Conque no tiene tiempo ni para sacar otro libro de la biblioteca, así que el siguiente libro lo lee allí y subraya el texto del jalón.

—¿Y por qué no hace la misma cosa con el resto? —preguntó Carole.

—Por suerte no lo hizo. —Luis había tomado la palabra—. De haberlo hecho nunca habiéramos podido corroborar la fecha de la Trama, o nos hubiera costado un poco más.

—Desde luego —admitió Mario—. Pero otra cosa le impidió trabajar en la biblioteca. La pregunta no era la que ustedes intentaban responder: ¿por qué no sacó esos libros? Lo más fácil, dado que tenía prisa, quizás alguien le amenazaba, no sé... Lo más cómodo hubiera sido trabajar sin salir de la biblioteca. Conque la pregunta no es esa, sino la contraria: ¿por qué se arriesgó a sacar los libros de la biblioteca, sobre todo el que sacó el día 22? Está en medio de los dos que utilizó dentro del edificio.

Mario respiró hondo como si se alimentara de nuestra expectación y nuestra incertidumbre.

—¡El viernes! —Y señaló el día 22 en el calendario que él mismo había elaborado—. El día de marras es viernes.

—¿Y? —María no comprendía, pero yo ya sabía la solución.

—El viernes cerraban la biblioteca. ¡Tuvo que llevarse a casa para trabajar con él! ¡Por eso se arriesgó! No porque no pudiera salir, sino porque no podía entrar.

—Los viernes no cierran —dijo Carole.

—Ahora. —Luis también se había contagiado de la vitalidad de Mario—. Ahora no cierran, pero ¿quién nos dice a nosotros que en 1949 era igual que hoy?

—No lo sabremos. —Clara regresó con su escepticismo.

—¿Y qué importa? —siguió Luis—. Hemos construido una historia atendiendo a unas fechas... sigamos con ellas. ¡Bravo, Mario! —Y le golpeó la espalda—. Mister Kellermann sacó el libro el día 22 porque era viernes, de lo contrario hubiera actuado como en el anterior y el posterior: hubiera seguido elaborando la Trama en la biblioteca, sin préstamos.

—¿Y el día 27? —pregunté—. Es miércoles. Por esa regla de tres, mister Kellermann no debería haber tomado en préstamo este libro, puesto que podía hacer uso de él en la biblioteca, directamente, ante la estantería.

—La prisa había concluido —dijo Mario—. La amenaza, el temor... qué sé yo... lo que fuera ya había pasado. El alemán podía llevarse los libros a casa también entre semana.

—¡Desde luego que sí! —gritó Luis. El proceso de elaboración de la Trama había sido imaginado y reconstruido: todo encajaba, cada pieza cuadraba con su pareja, cada resorte con su muelle—. No puede ser de otro modo: el peligro, las prisas habían comenzado el día ¿19?, un día después de sacar relajadamente el libro de Carroll, y habían concluido el día 27.

—¿Y quién había motivado esas prisas... o qué?

—Hemos contestado al cómo. —Luis se levantó y estiró los brazos—. Tomemos un vaso de agua y sigamos con el porqué.

—Hemos buscado y elaborado la reconstrucción de la Trama merced a los datos que nos suministraban los libros utilizados por mister Kellermann. — Luis se había sentado en el sofá y hablaba con aplomo, como si el trabajo de la hora anterior lo hubiera colmado de tranquilidad y seguridad—. Para responder al porqué tal vez haya que buscar fuera de los libros. Desde luego, no debemos olvidar nunca las fechas que estos nos señalan. Resumamos: tenemos una serie de datos aparentemente inconexos: *a)* Mister Kellermann y mister Schlegel son, ambos, judíos, alemanes y amigos. *b)* Mister Kellermann y mister Schlegel huyen juntos de Alemania y van a parar a Columtown, ambos trabajan en la misma universidad.

—Ocultaban algo —dijo Mario—, sin duda, huyeron de Alemania y trajeron algo.

—¿Pero por qué aguardar tanto tiempo hasta elaborar la Trama? —preguntó María—. Si llegaron a aquí en 1936, ¿por qué esperar hasta 1949 para esconder ese algo?

—Vayamos por parte, amigos. —Luis sonrió—. Un vistazo al texto de la Trama deja entrever que se oculta algo. Aún más, que es algo robado.

—No podemos estar seguros de eso. —El escepticismo de Clara era patente—. Únicamente estáis imaginando cosas.

—¿Tú crees? —Luis se encaró con ella—. ¿Crees que esto es únicamente un divertimento?

—Sí.

—¿Y qué me dices de *Lolita*, y de míster Schlegel?

Clara no contestó.

—Sé lo que se oculta aquí —dijo Luis con aplomo, sonriente y satisfecho—. Sé qué hay tras la Trama...

Nos removimos en nuestros sitios: sentíamos el cosquilleo de la curiosidad, la expectación del suspense.

—¿Qué se puede esconder en una biblioteca? —preguntó.

—Muchas cosas, infinidad de cosas —contestó Carole.

Luis la miró con aire recriminatorio.

—En un bosque se esconderá un árbol o una hoja. En un montón de manzanas, una manzana.

El resto de la deducción era evidente.

—En una biblioteca se esconderá un libro —dije.

—Correcto.

—¿Qué clase de libro? —Mario dudaba—. ¿Por qué habría necesidad de esconderlo?

—No intentemos correr antes de comenzar a andar: por el momento admitamos que se trata de un libro. Quizá cuando lo hallemos sepamos por qué estaba escondido. —Luis tosió para aclararse la voz—. Los datos que nos reporta la Trama no nos proporcionan la solución.

Pensé en el *Libro de los sueños*, y en el otro utilizado para elaborar el texto.

—No hay nada en ellos —me respondió él, cuando le expresé mi

sugerencia—. El *Libro de los sueños*, además, fue comprado por la biblioteca en la década de los sesenta. En cuanto al libro de Amenemope, no figura en sus estanterías. Mister Kellermann no pensaba en ellos, no se refería a ellos. Tal vez él los tuviera en su casa, en su despacho; pero, desde luego, no estaban en la biblioteca en 1949.

Por unos minutos nadie dijo nada. Luis permaneció en silencio, observándonos, contemplando nuestros rasgos, nuestros ceños fruncidos y expectantes por conocer la verdad de todo aquel juego que, desde hacía algún tiempo, no solo nos divertía, también nos asustaba.

—Dos cuestiones. —Luis reanudó su monólogo—. La primera: ¿qué es común a todos los libros de todas las bibliotecas de todas las ciudades del mundo?

—Las tapas, las páginas... —María estaba derrotada—. ¿¡Qué sé yo!?

—No, porque eso también es común a los libros que ¡no! están en las bibliotecas. Eso es común a todos los libros. ¿Qué es común a ellos y únicamente a ellos?

Pero nadie respondió. Luis nos miró con resignación y continuó:

—La segunda cuestión: ¿y si la Trama fuera una manera de jalonar el camino, pero no el verdadero camino?

—¿Qué quieres decir con eso? —No entendía su pregunta, no lograba comprender su razonamiento.

Luis tomó un libro de los varios que poblaban la mesa y me lo tendió.

—Es el libro de Scott Fitzgerald —dijo—. Fue el primer libro que encontramos: el inicio de la Trama. No es, desde luego, el primero que utilizó mister Kellermann, como podemos ver por las fechas... y ya hemos discutido eso. —Volvió a coger el libro que me había dado y lo abrió al azar—. Buscad.

Lo tomé y busqué entre sus páginas. Hallé palabras subrayadas en tinta roja y en tinta negra: los fragmentos del texto, los jalones del camino, las pistas y las claves de mister Kellermann.

—Aquí está la Trama —dijo Mario, que estaba a mi lado, ojeando el libro.

—¿Solo?

—Sí.

—¿No recordáis nada? —Nos dio la espalda y regresó a su silla, junto a la mesa—. He de confesar que yo también lo había olvidado, pero una noche, la semana pasada... no podía dormir, la Trama solo hacía que darme vueltas. ¿No recordáis nada más?

Negamos en silencio. Entonces él se acercó a nosotros, tomó el libro y lo abrió por las páginas iniciales. Nos señaló el título, el nombre del autor con que comenzaba el libro.

—Observad ese círculo.

La O que aparecía en *SCOTT*, estaba rodeada por tinta azul. Le dije que ahora recordaba haberlo mencionado, antes de Navidad, pero que él mismo lo había desechado.

—Sí, no me pareció importante. Me obsesioné y me cegué con las palabras subrayadas.

Regresó a la mesa y cogió dos libros más. Entregó uno a María y a Carole, y otro a Mario y a mí; Clara seguía en el sofá, ajena a todos nosotros, como si no hubiera nadie en la habitación, como si una barrera invisible la aislara y la protegiera de todos nosotros.

—Buscad, hay más círculos.

En nuestro libro —el diario de Polo— hallamos la R de *MARCO* envuelta en un círculo. María y Carole localizaron también la R de *CARROLL*.

—Todos los libros poseen una letra, incluso unos números rodeados por un círculo de tinta azul. ¡Esa es la Trama! ¡La verdadera Trama! El resto, lo que nosotros seguimos, el texto, es un señuelo... una trampa. Mister Kellermann ha jugado con nosotros. Supongo que imaginó que aquel que hallara los jalones seguiría la pista del texto. Nos engañó. Nos puso delante un caramelo y nosotros corrimos tras él como un grupo de mocosos.

—¿Y para qué estas letras marcadas con un círculo? —pregunté.

Luis volvió a la mesa y cogió un folio.

—Aquí están todas las letras que mister Kellermann marcó.

Nos tendió el folio y pudimos leer ocho elementos, uno por cada libro.

XVI ; M ; O ; R ; V ; I ; R ; II

—¿Y esto que significa? —Ahora era María la que interrogaba. Yo ya sabía la respuesta.

—¿Recuerdas la primera pregunta?

—Sí. ¿Qué es común a todos los libros de una biblioteca?

—¿Y sabes ya la respuesta? —Luis disfrutaba alargando la tensión, estirándola como un chicle o una goma.

María negó.

—Eso —dijo Luis, y señaló la hoja. María la contempló dubitativa—. Una referencia.

—¿Cómo?

—Todos los libros de una biblioteca, ¡de cualquier biblioteca por pequeña o grande que sea!, poseen una referencia, poseen un número a través del cual acceder a él.

María observó de nuevo el folio.

—Aquí hay únicamente letras... y números romanos.

Luis cogió el folio. Tenía un bolígrafo en su mano derecha.

—Basta con agrupar las letras, separar los números. Recordad las referencias de los libros de esta biblioteca. —Nos mostró el libro de Lewis Carroll—. Mirad en el lomo: «*XIX/ CAR/ THR/ 2*». Los números romanos indican el siglo en que fue escrito: el diecinueve. Las tres primeras letras señalan el apellido del autor: Carroll. Las tres siguientes aluden al título: *Through the looking-glass*, etcétera. Y por último, el número, en arábigo, indica el número de tomos... quiero decir el número de ejemplares que posee la biblioteca. Comprobad el del libro de Dante. —Nos lo mostró—. Esta vez el número es el 7. Es el séptimo ejemplar del fondo de la biblioteca.

Rápidamente trazó unas líneas verticales que dividían el conjunto de letras:

XVI/ MOR/ VIR / II

—Se trata de un libro del siglo XVI —dijo María.

—Por supuesto. Lo cual indica que se halla en la tercera planta, obviamente. Sabemos que el apellido de su autor comienza por MOR; y la

obra en cuestión, por VIR —agregó Luis.

—Esta vez no hay números arábigos, sino romanos —señalé.

—Lo cual significa que la biblioteca de la universidad únicamente posee un ejemplar, pero que este está compuesto por dos tomos.

—O más —comentó Mario.

—Cierto. Pero a nosotros únicamente nos interesa el segundo de estos tomos. —Recogió los folios y los libros que nos había dado y los depositó sobre la mesa—. ¿Quién quiere venir mañana a buscarlo conmigo?

Y todos levantamos los brazos, eufóricos y contentos. Todos excepto Clara, que permanecía en silencio.

quiquid latet

Ved en cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos

Jorjue Manrique, *Coplas a la muerte de su padre*

Algunas noches, ya en la cama, rodeados por la calidez de la oscuridad y el lecho, regidos por la respiración lenta y pausada de nuestro hijo, a escasos metros, Clara y yo recordamos aquella tarde lejana de la muerte de *Lolita*. Ella confiesa haber estado asustada, rodeada de desolación, de muerte y de sangre. Sonríe, aunque yo no la veo porque estamos a oscuras, pero sé que sonríe al recordar mi entrada en la casa, mi intento frustrado de asaltarla. «¿A quién se le ocurre? —me dice—. En aquel lugar, lleno de trastos, con todo lo que había pasado allí. Desde luego, hay que tener ganas...» Y los dos nos echamos a reír, cubriéndonos mutuamente la boca, para no despertar al niño.

A veces me pregunto cómo un hombre como Luis Galvañ, con aquella energía y vitalidad, puede vivir enclaustrado, encerrado en Lanzarote. Hay días o noches —cuando me desvela el llanto de nuestro hijo y ya no logro conciliar el sueño—, en las que me da por imaginar que todo es mentira: que no son ciertas ninguna de aquellas cartas que recibo desde la isla, desde el aislamiento más total, rodeado por el mar y los volcanes; me pregunto si Luis no continuará en Estados Unidos, ocultándose de Ellos (sé su identidad, pero el pronombre se resiste a abandonarme), huyendo de ciudad en ciudad —como un fugitivo de las películas antiguas—; o lo sueño —tras el éxito de la venta— rodeado de coches de lujo, de criados que le encienden los caliqueños, de

amantes que le calientan la cama, en una mansión junto al mar tropical... pudriéndose bajo la cirrosis o la sífilis.

A veces creo que me miente en sus cartas. Como yo le miento a él en las mías al no decirle que Clara está conmigo; al no relatarle cómo aquel verano —después de la diáspora, después de su huida y de mi vuelta obligada a España—, encontré a Clara en Madrid.

Leo sus cartas —la rutina de su trabajo en el hotel, el noviazgo, la boda con Amparo— y me da por pensar que también él me está mintiendo. Mis cartas no hablan de Clara, no describen nuestro encuentro fortuito ante el escaparate de una librería (¡siempre los libros!).

Cómo decirle que nuestra relación en Madrid fue consolidándose, afirmándose con el recuerdo de aquellos días en que la Trama lo era todo, incluidos nosotros. Clara y yo nos reímos rememorando aquella tarde trágica del ahorcamiento de *Lolita* —la tarde del registro de nuestros apartamentos—, aquella tarde en que mis sentimientos afloraron con rabia e inoportunidad.

Pero también ella se ha ido. Ella y mi hijo están lejos. Tampoco le hablo de eso en mis cartas.

¡Miento! O simplemente callo y no cuento todo lo que realmente me está sucediendo. «Eres como él», me dijo Clara. Y cogió la maleta que ya tenía hecha, cogió también al niño y salió.

Sí, como él... Obsesionado por esta historia que me vence, por los recuerdos que me impiden dejar de escribir. Ahora comprendo a Luis: al Luis de Columtown, al Luis ahogado por la Trama, sordo a Clara y a la vida, atrapado por los libros y la biblioteca; y también al Luis que finge y calla para olvidar el pasado, al Luis que vive encerrado en su mundo de Lanzarote, escondido en el hotel, en su vida rutinaria, en Amparo (¡¡a mí me falta Clara!!), en sus paseos por el Mal País, en miles de nombres: el Atlántico, Arrecife, el Charco de San Ginés, Villa Teguisse, la Isleta, Soo, Punta Caballo, Tías, Mala, la Cueva de los Siete Lagos, y tantos, y tantos otros...

En la pantalla de OSCAR apareció el arcano que míster Kellermann había ocultado durante cuarenta y seis años.

—*De las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas*
—leyó Luis.

Mario y yo lo acompañábamos. Las chicas habían preferido no madrugar: los domingos por la mañana las camas emanaban una calidez especial, como una red que las atrapaba y las inmovilizaba.

—¡Joder! —exclamé—. Es un libro español. Lo que son las cosas.

Luis continuó leyendo los datos editoriales que le mostraba OSCAR.

—Publicado por vez primera en 1598, en Toledo. Escrito por Gaspar de Morales.

—Un tratado de alquimia —concluyó Mario—. No hay la menor duda.

—No seré yo quien lo niegue —afirmó Luis—, al menos hasta no haberlo visto con mis propios ojos. Los libros en torno a las propiedades mágicas de las gemas, en general de todos los minerales, son una tradición que viene de antiguo.

—Como el *Lapidario* alfonsí —recordé.

—Por ejemplo —y siguió leyendo—. Dos tomos: cuatrocientas y pico páginas el primero, y algo más el segundo, casi quinientas. Obra del siglo XVI —Luis se levantó de la silla—, tercera planta.

—O quizá décima: sección de esoterismo. Tal vez octava: química —apuntó Mario.

Luis nos señaló una línea del texto que aparecía en la pantalla.

—Tercera planta, aquí lo dice. ¡Vamos!

Apenas pudimos seguir la estela de su carrera, escaleras arriba. Mario había hecho un primer intento por tomar el ascensor, pero la rapidez de Luis lo hizo desistir de su idea. Alcanzamos la tercera planta exhaustos: la silueta de Luis se movía ante nosotros nerviosamente. Avanzábamos por los pasillos, precedidos por Luis, conducidos —arrastrados casi— a través de estanterías y anaqueles que nuestro guía rechazaba tras una breve inspección.

—Aquí ha de estar. —Se había detenido y, con el dedo índice de su mano derecha, recorría los lomos de los volúmenes.

Llegamos junto a él. Mario jadeaba como un perro. Lanzó algunas quejas e improperios pero, ante la imagen seria y concentrada de Luis, se calló. Luis frunció el ceño. Percibí que algo andaba mal. Su dedo índice dudó un instante.

Mario y yo lo contemplábamos vacilando ante el lomo de un volumen. Finalmente y con un rápido movimiento, Luis lo bajó. —El libro estaba en uno de los anaqueles más elevados.

—¿Es ese? —pregunté.

Luis permanecía en silencio. Había abierto el libro y pasaba sus hojas con rapidez. Lo cerró. Permaneció unos segundos mirando su portada, le dio la vuelta. La luz era débil, la sombra de las estanterías caía sobre nosotros. Por fin me tendió el libro y yo lo tomé.

—Es el primer tomo —dije, tan pronto leí el título que aparecía en la portada, de tapas duras y negras.

—No hay otro —musitó Luis, casi en un susurro.

De nuevo se centró en la búsqueda del libro por los anaqueles.

—La pareja no ha de estar muy lejos —señaló Mario.

—No debería....

Durante casi diez minutos recorrimos todos y cada uno de los anaqueles de aquella estantería, sin ningún éxito. Conforme avanzábamos en nuestra búsqueda y nuestra derrota comenzaba a hacerse más evidente, la rabia de Luis crecía. Su excitación era palpable y el nerviosismo lo obligaba a moverse sin orden ni concierto, recorriendo una y otra vez anaqueles que ya habíamos registrado.

—No hay que desalentarse —dije, porque comprendía que de no terminar con aquello Luis iba a estallar.

—¡No me jodas! —Estaba a un paso de comenzar a gritar, quizás a llorar—. No está el libro, no sé si lo entiendes. ¡No! ¡está! ¡el! ¡libro! ¿Me entiendes? ¿Quieres que te lo repita de nuevo? —Tomó aire. Pensé que se había dado cuenta de que su actitud estaba rozando la histeria—. Todos estos meses buscándolo... ¡y ahora no está!

—Tiene razón. —Mario me apoyaba: la Trama tampoco lo había vencido—. No hay que arañarse la cara... nomás... quién sabe... a lo mejor solo fue que algún mentecato lo tomó en préstamo, ¿no?

Aquellas palabras parecieron calmar a Luis. Pero su deseo era más fuerte que la razón.

—También pudiera ser...

—¡Claro! —insistió Mario. Había apoyado su manaza sobre el hombro de Luis y lo incitaba a caminar, a dejar la sala—. ¿Y quién le dice a nadie que no? Es lo más normal del mundo, ¿verdad? Una biblioteca está para eso, ¡digo yo!

—Abajo, en el mostrador, deben saberlo —comenté.

La idea convenció a Luis y, liberándose de la mano de Mario, comenzó a caminar rápidamente hacia la escalera. De nuevo, como había ocurrido unos minutos antes, pero esta vez en sentido opuesto, Mario y yo seguimos la estela de nuestro amigo. Cuando le dimos alcance, tras descender la escalera de tres en tres peldaños, Luis ya estaba preguntando a la joven que atendía en el mostrador de los préstamos.

—¿Qué libro?

Luis repitió, de nuevo, el título, pero más lentamente. La muchacha sonrió: un título tan extenso como aquel y en una lengua que no era la suya se mostraba como un obstáculo.

—Lo siento... —La muchacha suplía sus carestías con una agradable sonrisa que excavaba en sus mejillas dos tenues hoyuelos.

Luis se estaba impacientando, pero Mario, más rápido que yo, salió al quite.

—¿No será más fácil si toma nota de la referencia?

La muchacha sonrió y asintió. Rápidamente Mario deletreó la referencia del ansiado libro mientras la chica escribía.

—¿Y dicen que este libro no está?

—No, no está —admitió Luis, tomando así, de nuevo, el liderazgo de la expedición—. Imaginamos que alguien debe de haberlo tomado en préstamo.

—No me está permitido dar esa información. —Algo en el rostro de Luis obligó a la joven a continuar—. Quiero decir que no puedo decirnos quién ha sacado este libro. Es información confidencial, bueno... a menos que lo tenga más de un mes, entonces sí... —También ella estaba nerviosa.

—Pero imagino que ¡sí! podrás decirnos, al menos, si está tomado en préstamo. No queremos saber más.

La muchacha asintió y se sentó ante una pantalla de ordenador. Ninguno de los que aguardaba su turno, junto a nosotros, parecía impacientarse. La

muchacha introdujo los datos.

—Si el libro está fuera —dijo Luis a media voz—, esperaremos.

La muchacha se levantó y con un gesto y una sonrisa un tanto forzada nos rogó que aguardásemos un instante. Se ocultó tras una puerta abierta.

—¿Y ahora? —pregunté. Había advertido en sus ademanes y su expresión una sensación de alarma, de perplejidad.

Tras unos segundos de espera la muchacha salió de la puerta y se nos acercó.

—Siento no poder ayudaros. —Intentaba mostrarse simpática—. Míster Gallahan atenderá vuestra petición. Si me disculpáis, la gente espera.

Durante unos segundos no supimos si saltar sobre ella o echar a correr. La muchacha había comenzado a atender a los estudiantes que esperaban su turno. Mario, Luis y yo nos miramos indecisos. Por la misma puerta que había entrado y surgido la muchacha, apareció un individuo pelirrojo, a horcajadas entre los cincuenta y los sesenta años. Noté cómo Luis y Mario daban un breve salto.

—Es míster Gallahan —dijo Mario a mi oído—. Ojalá no se acuerde de nosotros.

El hombre estaba ahora a un extremo del largo mostrador, inclinado sobre él. Sostenía entre las manos la hoja que debía de haberle dado la muchacha. Nos sonrió y, moviendo la cabeza, nos invitó a acercarnos. Luis y Mario caminaron lentamente —al menos esa fue mi impresión—. Yo contemplaba el rostro de míster Gallahan y no advertí nada extraño en él, ningún gesto de sorpresa, ninguna mueca ni señal de reconocimiento. Debía de haberlos olvidado.

—¿Buscáis vosotros este libro? —nos preguntó cuando estábamos a su altura.

—Sí —contesté. Mario y Luis se habían quedado mudos.

—Soy el bibliotecario jefe... —Dudó entre ofrecernos la mano o sonreírnos. Nuestro aspecto le decidió por lo segundo—. ¿Os hace mucha falta?

—Hemos encontrado el primer tomo —contestó Luis. Evidentemente no era aquella la respuesta a la pregunta de míster Gallahan, pero no podíamos

decirle la verdad—. Pensamos que el segundo está fuera, dejado en préstamo. Solo queríamos saberlo, y que nos dijeran cuándo sería devuelto. Nos gustaría leerlo, claro.

Míster Gallahan sonrió y asintió lentamente. Permaneció en silencio casi un minuto, como si reflexionara, con la vista fija en la hoja que sostenía entre las manos.

—El segundo tomo... —dijo al fin—. Ya me gustaría, también a mí, poderlo encontrar.

—¿Cómo?

—No está.

—¡La referencia está en OSCAR! —exclamó Luis. Aprovechando la altura del mostrador le cogí por el pico de su abrigo, intentando que se calmase.

—Sí, lo sé. ¿Cómo explicároslo? Simplemente no está. —Se mostraba dubitativo—. Estaba, claro... Tal vez tenga que comenzar por el principio. En el año setenta me hice cargo esta biblioteca. —Supuse que había sido muy joven para ejercer la dirección de la biblioteca, o quizás era más mayor de lo que su aspecto mostraba—. El libro estaba, os lo puedo asegurar. El fondo estaba ordenado por fichas, escritas a mano o a máquina. Yo, junto con algunos ayudantes, repasamos libro a libro todas las entradas.

—¡Menudo trabajo! —silbó Mario.

Míster Gallahan asintió:

—Se comprobó que no faltaba ningún libro. Aquellos que habían desaparecido o fueron restaurados o la ficha se destruyó. —Míster Gallahan miró de nuevo la hoja que sostenía—. Unos años después, casi en el ochenta, la universidad decidió informatizar la biblioteca. Fue un trabajo largo y duro: introducir ficha por ficha todos los libros. Decidimos también repasarlos. Como habíamos hecho unos años antes volvimos a cotejar las fichas y los libros: faltaron algunos. En mi despacho tengo una lista de las ausencias, una lista que va reduciéndose conforme los libros son restituidos: nuevas compras, hallazgos fortuitos en un lugar que no era el suyo. En fin —agitó el papel—, el libro que buscáis es uno de los desaparecidos.

—¿Quiere decir usted que alguien lo robó? —preguntó Luis, nervioso.

—Tal vez sí, o tal vez no. Quizás esté en la biblioteca, en el edificio, pero

en un lugar que no es el suyo. Por una razón u otra, lo cierto es que este libro está ilocalizable. —Y arrugó el papel hasta formar una pequeña pelota.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Ahora nada. ¿Quién sabe si la universidad se decidirá algún día por comprar otro ejemplar? Tal vez alguien lo encuentre por casualidad, fuera de su lugar correspondiente. En ambos casos hay que esperar.

De nuevo habíamos sido derrotados.

—¿Dice usted que el libro desapareció entre el año setenta y el ochenta? —Pero Luis no se rendía tan fácilmente.

—Sí, aproximadamente. Cuando yo tomé posesión del cargo el libro estaba; sin embargo, unos años después, ya no. Imagino que durante ese espacio de tiempo el libro o fue robado o cambiado de lugar.

—Gracias, señor —dijo Luis.

—Siento no poder ayudarlos.

Nos alejamos lentamente. Mister Gallahan permaneció un momento reclinado en el mostrador, contemplando nuestra marcha.

—Está aquí —dijo Luis, a media voz, cuando la distancia entre nosotros y el bibliotecario era la prudente.

—¿No escuchó usted al jefe? —Mario se había dado por vencido.

—Presiento que el libro sigue aquí. Mister Kellermann lo escondió.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunté.

—El cargo que ocupa ahora él —y señaló a su espalda, sin girarse—, fue de mister Kellermann. El libro estaba en su sitio cuando él ejercía como bibliotecario jefe. Imagino que quería controlarlo, vigilarlo. Luego, cuando abandonó el puesto tuvo que ocultar el ejemplar.

—¿Por qué? —preguntó Mario.

—Tal vez cuando tengamos en nuestras manos el dichoso libro sepamos por qué.

Afuera el Óvalo estaba casi desierto. La temperatura era agradable, pero las mañanas de domingo no eran las más indicadas para pasearse por la universidad. Cruzamos la hierba hasta llegar al inicio de Neil Avenue. Arabica estaba abierta.

—¿Entramos? —invitó Mario.

—No, mejor regresemos al apartamento —recordó Luis—. Las chicas deben de estar ansiosas por nuestras noticias.

Pensé que a Clara le tendrían sin cuidados nuestras palabras.

—Míster Kellermann debió pensar en ello —dijo Luis. Habíamos dejado atrás la cafetería y caminábamos a paso lento hacia casa.

—¿Debió... o debió de? —insinué. Dudaba de la Trama y del éxito de nuestra búsqueda. Los continuos fracasos, las derrotas que salpicaban nuestro camino habían comenzado a minar la fe, la esperanza del éxito.

Luis me contempló como si descubriera —tras mi abrigo y mis gafas, tras la barba de cuatro días que ese día o al siguiente tendría que afeitarme— a un enemigo hasta entonces desconocido.

—¿Crees que estoy loco? —Se había detenido. Mario había continuado andando, lentamente.

—No, no creo que estés... todavía... loco. Lo único que creo es que te estás tomando todo esto muy en serio. —Iba a defenderse pero le detuve con un gesto—. Sí, lo sé. Sé que es serio. —Dudé un momento—. Ya hemos hablado de esto antes: creo que estás yendo demasiado lejos a la hora de imaginar cosas.

Luis sonrió.

—¿Acaso no he acertado en mis anteriores fantasías?

—Sí, pero ello no quiere decir que siempre tengas que acertar.

Luis reanudó sus pasos y yo lo acompañé, a su izquierda.

—Sé que míster Kellermann —dijo— había previsto su marcha. Era absurdo que pensara ser el bibliotecario jefe toda su vida. Sabía que la jubilación significaría el abandono de la biblioteca. También, desde luego, tenía pensado el nuevo lugar del libro, tras su marcha.

—¿Quieres decir que, durante el verano de 1949, míster Kellermann ya sabía dónde habría de ocultar su libro más de veinte años después? —Sonreí. Evidentemente aquella teoría se sustentaba únicamente en las suposiciones y las creencias.

—Sí... y como lo creo, el único medio de demostrarlo es enseñarte la solución.

—¿Qué solución? —Desde luego Luis ya había decidido algo.

—Ya lo he dicho antes. El texto de la Trama marca, indica, señala... ¿quieres más? —ahora su voz sonaba irónica y triunfal—... descubre, muestra... en fin, ayuda a que aquel que sabe leer pueda hallar el lugar en que se esconde el maldito libro.

—¡Vengan! —Mario nos esperaba—. ¡Vengan ya, gachupines! ¡No voy a estar sujetando la puerta toda la mañana!

Míster Kellermann no podía dejar el libro en su lugar correcto. Si dentro de él se hallaba el secreto —¿un objeto, un nuevo texto?— que tan celosamente había ocultado, no podía dejar el libro tal cual, expuesto a una mano cualquiera, a unas personas que no habían realizado el camino de la Trama.

—Míster Kellermann tuvo que esconder el libro —dijo Luis. Estábamos de nuevo en el apartamento de las chicas. Clara, al vernos regresar, se había encerrado en su habitación, como si nos temiera—. No quiero decir que lo ocultara debajo de una piedra o en el conducto de la ventilación. El mejor modo de ocultar un libro es, sin duda, una biblioteca; pero, evidentemente, no podía dejar el libro en su lugar correcto. Con solo cambiar el volumen un par de anaqueles más arriba o abajo, o incluso una estantería... sería difícil de encontrar, desde luego. No digo nada si lo cambió de planta: imposible de hallarlo siguiendo la referencia.

—Pero de nada serviría la creación de la Trama —advertí—, si, después de todo, míster Kellermann terminó ocultando el libro. ¿Para qué la molestia del juego, de las citas, de las claves y de las pistas? ¡Cuánto más fácil y cómodo hubiera sido subir, por ejemplo, hasta la novena planta y colocar el libro entre los de matemáticas!

Luis volvió a contemplar el folio que tenía extendido ante sí y permaneció varios minutos en silencio. María aprovechó para beber agua en la cocina; Mario se levantó y bostezó sonora y exageradamente en el centro del comedor. El dormitorio de Clara continuaba en silencio: imaginé que había protegido sus oídos con algodón.

—De todo ello —dijo Luis, todavía con la vista sobre el folio—, de todo

ello se deduce que realmente ¡sí es importante el texto! Quiero decir: el texto elegido para la Trama ha de tener su sentido. Desde la decepcionante entrevista con mister Gallahan, en la biblioteca, he estado dándole vueltas. Hay un hecho evidente: mister Kellermann eligió este texto por alguna razón.

—Ya lo comentamos —afirmó Mario—. Se trata de una serie de advertencias, de amenazas. Además, compañero, no olvide usted que Egipto era un mundo que fascinaba al alemán.

—De todos modos hay algo más. —Abandonó la mesa y se dirigió hacia la cocina—. Hay *tres detalles* que me llaman la atención —seguía hablando en la cocina, mientras llenaba un vaso de agua y bebía—. El primero es el verso de puente.

—¿De puente? —preguntó Carole.

Luis había regresado al comedor.

—El texto está compuesto por dos fragmentos de antiguos libros egipcios. Hasta aquí correcto, pero existe, además, un verso que es de cosecha propia... quiero decir de mister Kellermann. Escribí a la señora Weaver y ella, tan encantadora y amable como siempre me contestó: los cuatro primeros versos pertenecen al *Libro de los sueños*. Son aquellos que comienzan con «El que sueña... el que se vea...», etcétera. De los cuatro siguientes versos: tres pertenecen al libro de Amenemope, y uno, según la señora Weaver, lo más probable es que haya sido creado por su padre. Se trata del penúltimo: *Te diré la verdad... I shall tell the whole truth*. Sabido esto, la pregunta es: ¿por qué?

—Tal vez el bueno de mister Kellermann pensó que el texto precisaba un verso de unión. —La opinión de María parecía acertada—. Al tratarse de la fusión de dos fragmentos provenientes de dos lugares distintos, lo más lógico es que fuera necesario un verso de transición, unas palabras que sirvieran para relacionar los dos segmentos.

—Buena deducción, pero equivocada. —Luis cogió el papel y nos lo mostró mientras continuaba hablando—. El verso de mister Kellermann no está uniendo los dos fragmentos. Estos aparecen escritos sin transición. Realmente el verso de marras está introducido como una cuña dentro del fragmento de Amenemope. —Dejó de nuevo el papel sobre la mesa.

*Pero no te esfuerces en buscar riquezas,
Lo que tienes debe bastarte.*

Te diré la verdad.

Si la riqueza te viene del robo, no pasará la noche contigo.

»La pregunta sigue en pie: ¿por qué este verso y por qué en ese lugar precisamente?

No hubo respuesta.

—Hete ahí el primer detalle. —Mario se mostraba interesado—. ¿Qué hay de los otros dos?

—El segundo elemento a tener en cuenta es el verso número tres — continuó Luis mientras nos lo señalaba y lo leíamos de nuevo:

Oh, aware the man who recognize his face in a looking-glass —he's going to take other woman.

—Propio de machistas —dijo Carole; y María asintió.

—Poneos en la situación de mister Kellermann. —Luis retomó la palabra—. Imaginad que estáis elaborando la Trama, que estáis leyendo y buscando en un libro. —Miró la hoja—. Estáis leyendo *Suave es la noche* y, con el texto del *Libro de los sueños* al lado vais cotejando, buscando y marcando aquellas palabras que os puedan servir para vuestro propósito. Esta es mi duda: ¿os preocuparíais por buscar la interjección *Oh*? ¿Creéis que es importante para el sentido del verso? Si observáis la traducción que hice comprobaréis que yo la suprimí.

El que se ve en un espejo, desgraciado de él, porque tendrá una segunda esposa.

Efectivamente, él no había copiado aquella interjección. Tenía razón: no era un elemento fundamental, imprescindible para el sentido del verso.

—Aún hay más. —Se le veía eufórico—. ¿Creéis que esa interjección se halla en el texto original del *Libro de los sueños*?

Mario se encogió de hombros.

—Imagino que sí —afirmé, convencido.

Luis se agachó ante su mochila, junto a la mesa y extrajo un libro.

—Comprobadlo. —Sobre la mesa, con un golpe seco, había dejado el *Libro de los sueños*—. ¡No hay interjección! Lo busqué, localicé el texto, no fue muy difícil. ¡Y no hay interjección! Otra pregunta: ¿por qué mister Kellermann introdujo en la Trama esa interjección?

El silencio fue nuestra única respuesta.

—¿Y el tercer detalle? —pregunté; era una manera de mostrar nuestro interés y ocultar la carencia de respuestas.

—El tercer y último detalle es el verso quinto: está escrito en francés. *Mais ne t'en-courage pas en trouver de richesse* —leyó Luis—. ¿Por qué un verso en francés, extraído de un libro en francés, cuando todos los demás versos están en inglés?

—Tal vez porque Verne era francés, y su novela estaba escrita en francés —apuntó socarronamente Mario.

—Sí, al principio pensé en ello, es lo más lógico. El resto de los autores son ingleses o norteamericanos. Mister Kellermann, desde luego, prefería acudir a las obras originales. ¿Pero por qué no actuó así con el libro de Marco Polo?

Yo iba a señalar la dificultad de encontrar un libro como aquel en su versión original —el francés del siglo XIII; y su primera traducción al alemán del siglo XV—, pero Luis, con un gesto brusco, lo impidió.

—Sí, ya sé... Casi imposible —siguió diciendo—. Pero ¿qué me decís de Dante? En la biblioteca se puede encontrar la *Divina Comedia* en versión italiana, original. ¿Por qué Dante no, y por qué Verne sí?

—Imagino que ya tendrás la solución —dijo María.

—Sí, la tengo. Al menos eso creo. —Tomó la hoja y nos la mostró—. Tal vez mister Kellermann quería que ese verso, el quinto, comenzase con *Mais*, y no con *But*, como hubiera ocurrido de haberlo tomado de una traducción inglesa de la novela.

»Recapitulemos, entonces: primero, encontramos la interjección *Oh* en el tercer verso (y sabemos que es una invención del propio Kellermann);

segundo, el verso quinto está escrito en francés (y no hallamos ninguna razón aparentemente lógica); y, tercero, el séptimo verso, el penúltimo, es todo él invención de nuestro amigo (ya hemos admitido que no es un verso de enlace ni de transición).

—¿Por todo lo cuál, qué se deduce? —Teníamos aquellos detalles pero no conseguía deducir nada de ellos. Podía extraer conclusiones de cada uno, por separado, como ya Luis había realizado antes; pero me era imposible agrupar los tres y deducir una única conclusión—. ¿Adónde nos conducen todos estos datos?

—Ya os lo dije antes: la Trama, el texto, debe tener un mensaje... entrelíneas. Mister Kellermann, advirtiéndolo, quizá, que los versos de que disponía no podían dar ese mensaje, tuvo que introducir nuevos detalles. —Luis sonrió. De un momento a otro iba a desvelarnos la solución—. ¡Un acróstico!

Carole abrió ojos de asombro.

—¿Un... una... qué...?

—Un acróstico. No cabe duda. —Y miró a Carole, en actitud paternal—. ¿Recordáis *La Celestina*? ¿El poema inicial? Leyendo las letras iniciales de cada verso nos da el nombre del autor: eso es un acróstico. —Señaló el texto—. ¡Y esto también!

No había otra solución posible a la actitud de mister Kellermann: había introducido aquella interjección porque quería que el tercer verso comenzase con la letra *O*; había escrito el verso cinco en francés porque prefería la letra *M* a la *B*; y, desde luego, había añadido un verso de invención propia porque necesitaba que la penúltima entrada de la Trama comenzase con la letra *I*.

Luis, mirando el texto, copió las iniciales de cada verso:

T

W

O

W

M

W

—*Two* es la única palabra legible —admitió tras estudiar la serie de letras—. Imagino que debe de referirse a la segunda planta.

—No lo escondió mucho —observó María.

—No era preciso —aclaré—. Imagino que un libro como el que andamos buscando... —No recordaba el título.

—*De las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas* —apuntó Mario.

—Gracias. Decía que un libro como ese tal vez resaltara más en la cuarta planta, entre libros de filosofía; o en la novena, en medio de tratados matemáticos —continué—. Con todo, bastó desplazarlo de la tercera planta, pues su referencia señala el siglo XVI y es allí donde debía estar, a la segunda, entre libros del siglo XIX y XX. De ese modo tan sencillo el libro resultaba ser prácticamente invisible.

—¿Y el resto de las letras? —preguntó Mario.

—Sabe Dios. —Luis parecía perdido. El ímpetu y la ilusión de unos momentos antes parecían haberse desvanecido con el descubrimiento del arcano—. No hay otro modo de averiguarlo que ir allí... —Pero no parecía muy seguro.

De repente sonó el teléfono. Era Eric.

—Lo siento, amigos —dijo María tras haber hablado con su novio—. No voy a poder acompañaros hasta allí. Eric pasará dentro de un cuarto de hora a recogerme. Salimos a cenar. —Parecía contenta—. Me hubiera gustado llegar hasta el final —sonrió—, pero ya me lo contaréis.

—Bien. —Luis se ponía ya su abrigo—. Vamos allá. —Eran las nueve de la noche.

Carole no se movió de su silla. Mientras me ponía mi abrigo observé que hablaba al oído de Mario.

—Nosotros no vamos —dijo la pelirroja.

—¿Por? —Luis ya cruzaba el comedor, buscando la salida.

—Es muy tarde. Mario y yo nos quedamos. —Pero Mario no decía nada:

había agachado la cabeza, displicente—. Lo sentimos mucho. Clara se queda acá, además.

Luis frunció el ceño: la había olvidado.

—Como queráis. —Me hizo un gesto para que lo siguiera y yo obedecí (imagino que igual de servil que Mario)—. Ya os contaremos, hasta luego.

Mario quedó junto a la mesa, sin levantar la cabeza, mientras Carole sonreía con esa falsedad propia de los norteamericanos. El cuarto de Clara seguía en silencio.

quiquid latet... apparebit

Mientras ascendíamos a la carrera los escasos peldaños que nos depositarían en la segunda planta, advertimos que el edificio estaba casi vacío. Habíamos realizado el camino desde el apartamento hasta la biblioteca en silencio y a paso rápido.

Luis se detuvo en el rellano de la escalera. A su derecha aparecían las mesas vacías, con algunos volúmenes dispersos y desordenados; a su izquierda se extendía el silencio de los libros que nos aguardaban. Luis sostenía entre las manos el folio donde había copiado las letras del acróstico.

—Bien —dije, para romper la tensión que ya comenzaba a invadirnos—, ya estamos en la segunda planta, ¿y ahora?

—La siguiente letra es una W —dijo Luis—. Si fuésemos mister Kellermann, ¿dónde hubiéramos escondido el libro? En la sala de lectura. —Miró a su derecha con un gesto de desaprobación—. No, hay pocos libros allí: diccionarios, libros de consulta, enciclopedias. Un libro como el que andamos buscando no podría esconderse entre ellos, llamaría muy pronto la atención.

—Lo más lógico es que el libro esté escondido entre otros libros. Hay que ir a la izquierda.

Pero Luis no se movió.

—¿Cómo está orientada la biblioteca? —preguntó.

—¿Eh?

—Si entramos en la sala de las estanterías, ¿hacia qué punto cardinal no dirigimos?

Intenté ubicarme. Sabía que High Street marcaba la dirección norte-sur. Sabía, igualmente, que la entrada de la biblioteca se hallaba en posición perpendicular a High Street; es decir, la puerta se abría al este del edificio

que, según estábamos nosotros allí, de pie, en el rellano del segundo piso, quedaba a nuestra derecha.

—Hacia el oeste. La sala de lectura está al este del edificio, porque está justo encima de la puerta principal; por consiguiente la sala de los libros está orientada hacia el oeste. —Era un razonamiento obvio.

—Oeste: *West*. —Miró de nuevo la hoja—. *Two*, en la segunda planta; *W*, oeste.

No esperó mi opinión y se adentró en la sala. Reinaba el más completo silencio. Si uno prestaba atención podía escuchar el sonido de los microbios que habitaban en el papel, los chasquidos de la madera de los estantes, el rumor de los tubos fosforescentes que cubrían de sombras los pasillos.

—La siguiente letra es *M* —dijo Luis, y se detuvo en el umbral de la sala.

Intenté pensar, concentrarme en la búsqueda de alguna solución, en el hallazgo de alguna palabra que comenzara con *M*, alguna palabra que nos abriera la última puerta que nos quedaba; pero me fue imposible. Contemplaba las altas estanterías, los lomos de los libros que nos observaban. La luz difuminaba sus líneas y, desde los anaqueles más elevados, parecían surgir unas risas contenidas, un murmullo de cuchicheos y pícaras burlas.

—Míster Kellermann era profesor de Historia Antigua. —Luis continuaba devanándose los sesos: como un prisionero empeñado en excavar un túnel con una cucharilla, o de serrar los barrotes con un cortaúñas. La Trama era la cárcel. Los libros y los jalones eran los grilletes que amordazaban sus tobillos y sus ideas—. La *M* podría ser el número mil, mil... —Y comenzó a caminar en línea recta, contando los pasos a media voz.

Yo lo seguía advirtiéndole su tensión, deseando su ruptura definitiva con Clara, comprendiendo que la Trama no era sino un juego para los solitarios; porque la verdad no estaba en los libros —ni en uno, ni en un millón, ni siquiera en ocho—; porque la dicha no sería encontrada nunca en las letras de imprenta; porque la vida no era la Trama, aunque míster Kellermann se lo hubiera hecho creer a Luis. Mientras escuchaba sus pasos y la cuenta de ellos —quinientos diez, quinientos once...—, estuve tentado de detener a mi amigo, de gritarle que no valía la pena, que el secreto podía permanecer oculto otros cincuenta años más porque, al fin y al cabo, ni este arcano ni cualquier otro

podría nunca compararse a la belleza de un crepúsculo, a la sensación de plenitud y vida que nos colma cuando somos acariciados por una brisa marina, al verdor de un bosque de abetos, al azul y al blanco de una montaña nevada e inaccesible. Incluso podía haberle gritado que los libros no podrían compararse nunca a una mirada de Clara, a una de sus sonrisas o a uno de sus reproches.

—¡Mierda! —Su exclamación me devolvió a la noche dominical de la biblioteca—. ¡Seiscientos veintitrés! No me caben los mil, ¡joder!

Yo le había seguido como un caballo con los ojos cubiertos y ahora estábamos los dos ante la pared.

—Tal vez no era en línea recta —comenté tímidamente.

—La *M* es otra cosa, pero ¿qué?

Yo continuaba buscando palabras que empezasen por la letra *M* y que tuvieran alguna relación con los libros o la biblioteca.

—Módulo —dije, y yo mismo me sorprendí al escuchar mi voz.

Luis me miró intrigado.

—*Module* —insistí, y golpeé con la palma de la mano una estantería—. Un módulo, es decir, una estantería... ¿no?

—¿Estás seguro que en inglés *Module* significa estantería? —Luis no parecía muy convencido.

—Lo que sí sé es que *Module* comienza por *M*, primero; y segundo, que un Módulo bien puede ser un mueble, y que una estantería es un mueble.

—Bien, admitamos *Módulo*. Pasemos a las otras letras —y leyó—. Una uve doble, *W*, y dos íes, *II*. ¿Cómo hacemos que esto encaje con tu módulo? —Percibí un tono irónico y pensé que estaba celoso por no haberlo descubierto él.

Durante no más de un minuto permanecí en silencio. Me dije que era un imbécil: después de haber deseado acabar con todo aquello era yo quien ayudaba a continuar el juego; luego intenté recordar algo que ya había visto anteriormente y que —mirando las letras escritas en el folio que Luis sostenía — adivinaba que podía ser la clave.

—Los números romanos —recordé—. Cuando manejamos *La Divina Comedia*, ¿recuerdas cómo mister Kellermann nos proporcionó la pista para el

siguiente jalón?

Luis pensó unos segundos pero yo no le permití continuar.

—Los números romanos que marcaban los distintos cantos —señalé las últimas letras del acróstico—. Las dos íes o bien pueden traducirse por once: *II* igual a 11; o bien por dos: *I* más *I* igual a 2.

—¿Y la uve doble? —preguntó Luis—. No recuerdo que exista la uve doble como número romano.

—Y no existe. Pero sí la uve, *V*, el cinco. Y una uve doble —sonreí—, evidentemente son dos uves: *V V*, cinco y cinco: diez; o quizá cincuenta y cinco. Luego las tres últimas letras —*W I I*— se convierten en cuatro: *V V I I*. —Sin saber muy bien por qué razón percibía un sentimiento de plenitud que me inundaba—. Mister Kellermann nos dice: en la segunda planta, *TWO*, hacia el oeste, *W*, buscar en el módulo, *M*, es decir, en la estantería número 5 5 1 1, *V V I I*.

—No hay 5.511 estanterías en esta planta, ni siquiera creo que las haya en todo el edificio.

—Tal vez no sea un único número, sino cuatro números que se han de sumar: 5 más 5 más 1 más 1 —era sencillo—: doce. ¡El módulo 12!

Luis dobló el papel lentamente y en silencio. Luego me contempló de arriba abajo.

—Creo que tienes razón —dijo. Yo sabía que aquellas palabras suponían un esfuerzo para su orgullo.

Las estanterías estaban numeradas y no nos costó hallar la que buscábamos.

—¿Y ahora? —preguntó.

Estábamos de pie ante la estantería número doce. Igual que las demás, estaba formada por cinco divisiones, y cada una de ellas contenía siete anaqueles.

—Ahora a buscar y a rogar que hayamos acertado en nuestras soluciones —dije y comencé a cotejar las referencias de los lomos.

No podía ser muy difícil encontrar un libro del siglo XVI entre cientos de referencias del siglo XIX. Y no lo fue.

—¡Lo tengo! —exclamó Luis.

Yo me había puesto en cuclillas para buscar entre los anaqueles inferiores. El libro había aparecido en el segundo anaquel contando desde arriba. Luis pasaba las hojas con avidez de hambriento. Repetía una y otra vez que lo había encontrado, y otras palabras que yo no conseguía comprender. Su rostro, eufórico y animado, cambió de golpe.

—¡Nada! —Había llegado al final del libro.

—¿Nada?

—Ni una palabra subrayada, ni la más pequeña señal: nada de nada.

—¿Qué esperabas encontrar?

Luis se encogió de hombros. Lo cierto es que ninguno de nosotros había hablado sobre ello: ¿qué esperábamos hallar? Camino de la biblioteca había pensado que un libro, por extraño o caro que fuera, no justificaba la Trama, los jalones y toda aquella serie de claves y misterios. Cogí el libro que Luis sostenía entre sus manos, el hallazgo final: la meta y la solución no eran una recompensa satisfactoria.

—Tal vez se trate del mismo libro —comenté, y empecé a hojearlo.

Luis permaneció en silencio.

—No se trata de una primera edición, ni nada parecido —comentó.

Era cierto. Era un ejemplar encuadernado con tapas negras, publicado por el librero Juan Castro, de Madrid, en 1899. La edición podría valer su dinero —considerando la antigüedad y el tema del libro—, pero en ningún momento podíamos pensar que aquel volumen costara una fortuna, ni mucho menos la vida de una gata y un anciano.

—Además —insistió Luis, como si hubiera leído mis pensamientos—, si se tratase de un libro tan valioso, ¿por qué esconder solo el segundo tomo?

—Quizás encontremos en él otro jalón, otra pista que nos remita a otro libro. —Y volví a pasar las hojas desde el principio, con más empeño y más interés.

—No hay nada. Yo no he visto nada.

Pasaba las últimas hojas rápidamente y al cerrar el libro sentí un roce extraño en la yema de los dedos. Acudió a mi mente la sensación de haber encontrado la puerta, pero como una caricia, como el roce de una hoja de árbol o una brizna de hierba que sientes golpearte, aunque sin lograr atrapar.

Me detuve en el acto, absorto. Luis debió apercibirse de mi estado porque se interesó por él, pero yo me resistí a contestar. Quería recordar, quería volver a notar en mis dedos aquella sensación de algo nuevo, de algo extraño que había conseguido socavar mi sensación de fracaso.

—¿Hay algo? ¿Qué es?

No respondí. Miré el libro —negro, con el título grabado en letras doradas, con los cantos roídos y desgastados—. Comencé de nuevo a pasar las hojas, lentamente, con la vista fija en el anaquel que se extendía a la altura de mis ojos. No quería ver las hojas, ni las líneas negras ni los claros pálidos. Una voz —quizás el instinto— me decía que la vista me engañaría, que debía volver a sentir aquel roce en los dedos. Luis, a mi lado, permanecía en silencio pero inquieto. Intuía su mirada posada en mí, como un interrogante; sus ojos escrutando en mi mudez y mi estatismo, en el paso lento de las hojas.

Detuve mis dedos: había llegado al final del libro y volvía a sentir el roce. El final de nuestro camino estaba allí. Contemplé el libro abierto: la última página, la guarda que sujetaba la tapa.

—Está aquí —dije.

Contemplé una página totalmente blanca.

—¿Dónde están las fechas? —pregunté, pero yo ya sabía la respuesta.

Luis puso cara de asombro.

—Las fechas de los préstamos. No hay ninguna. ¿Nunca ha sido sacado este libro de la biblioteca? —insistí.

—Tal vez no —dudó Luis—. Estaba escondido.

—Pero no siempre. Este libro tiene más de cien años. Debió de ser comprado por la universidad hace mucho tiempo; pero no existe ni tan siquiera una fecha de entrada.

Todos los libros de la biblioteca poseían la fecha en que habían sido adquiridos por la universidad; tras esta, aparecían las sucesivas fechas en que había sido sacado en préstamo. Pero el libro que teníamos entre las manos carecía de cualquier fecha. Luis me arrebató el libro.

—¡Cierto! —exclamó. Estaba emocionado—. La ausencia de fechas indica una única cosa. Esta hoja no es la original, ¿cierto?

—Cierto —corroboré—. Mister Kellermann o bien quitó la hoja original y

colocó esta en su lugar, o bien... O bien pegó esta sobre aquella.

Luis pasó los dedos por encima, lentamente. Luego miró la tapa de perfil.

—Aquí hay algo. Lo noto en los dedos.

—Yo también lo sentí —admití.

Con sumo cuidado Luis comenzó a despegar la hoja, aprovechando una arruga en una esquina. No fue menester arrancar toda la hoja. Mister Kellermann había rozado el interior de la tapa hasta crear una pequeña concavidad, había colocado en aquel lugar una pequeña llave —la que ahora Luis tenía en sus manos— y luego había pegado una nueva hoja.

—La llave de nuestro tesoro —dijo Luis, y sonrió.

Era un llavín.

—Parece la llave de un candado —dije— o la de una apartado de correos.

—Quizá se trate de eso: de algún apartado.

—O una caja de seguridad —añadí.

Luis daba vueltas a la llave. Sobre una cara aparecía grabada una serie de números —26003—; sobre la otra se mostraban tres letras: MWB.

Luis repitió los números y luego las tres letras.

—¿Otra adivinanza? —se dijo.

—Middle West Bank —dije, instintivamente, tal vez influido por el juego y la necesidad de buscar palabras a partir de iniciales.

Luis apretó la llave en su puño y la guardó en el bolsillo. Todavía tenía el libro entre las manos.

—¿Sabes que tal vez tengas razón? —Sonreía, eufórico—. El Middle West Bank: el Banco del Medio Oeste, ¿cuál sino habría de haber en Columtown?

—¡Dádmelo!

Eran los libros los que habían hablado, de ellos, de sus páginas y de los personajes que las poblaban había surgido aquella orden. Luis y yo buscamos con la mirada la voz que había gritado. Temí que un libro brincara desde su lugar en el anaquel y se presentara ante nosotros.

—¡Dádmelo, muchachos!

Ahora la voz llegó acompañada de un tono reconocible.

—Es él —dijo Luis, en voz baja—. Es Armand, o cómo demonios se llame.

Las pisadas, lentas y arrítmicas, comenzaron a acercarse desde un lugar todavía desconocido. Junto al sonido definido de los pasos escuchábamos un tercer golpe a contratiempo.

—Dadme eso, muchachos. Me pertenece.

Armand había aparecido al inicio del pasillo en el que estábamos. Se apoyaba sobre el bastón con la empuñadura reluciente, y había extendido la mano izquierda como si esperase de nosotros una limosna o una dádiva.

—Por fin nos quitamos la máscara —declaró Luis. Su voz era pausada y tranquila.

Armand tenía cubierta aquella salida, pero nuestro pasillo conectaba con otro en el extremo opuesto.

—He de afirmar que, aunque al principio no confiaba en vosotros, no me habéis decepcionado. —El anciano se había adelantado unos pasos, todavía con el brazo extendido—. Debo agradeceros el trabajo: más de cincuenta años ando detrás de eso.

—¿De qué? —preguntó Luis.

—De lo que hay en el libro, claro. —Y sonrió.

Luis cerró el libro con fuerza y el golpe, seco y contundente, retumbó en la amplia sala.

—¿De verdad es esto tan importante? —preguntó Luis. Percibí en su voz un tono de falsa inocencia e ignorancia.

—¿Acaso lo dudas? ¿Crees que de no serlo seguiría yo aquí, después de tantos años? Si supieras la gente que ha muerto por él, si solo lograras imaginar las mentiras, las trampas y las envidias que ha provocado.

Yo no sabía de qué o de quién hablaba. Me sentía perdido y turbado, convidado de piedra en medio de una conversación que no lograba entender.

—Sé de algunas muertes: la de mister Schlegel, la de nuestra gata.

—Hermann era un imbécil: lo cierto es que siempre lo fue. ¡Un cerdo judío! No puede definirse como un asesinato, no creo haber segado la vida de ningún joven. —Su sonrisa se asemejaba a un gruñido—. Lo de vuestra gata... Creedme si os digo que no sufrió mucho; solo pretendía asustaros. —Pareció

dudar—. ¿Estuvisteis allí? —No respondimos—. Sí, por supuesto. Vosotros preparasteis el numerito de la habitación cerrada y luego avisasteis a la policía. Teníais que meter vuestras narices en todas partes, ¡por supuesto!

—También sé de algunas mentiras como la suya, como usted mismo: Armand Szanto. ¿O quizá sea mejor Karl, Karl alemán asqueroso?

Armand sonrió.

—Con insultos no iremos a ninguna parte. Dadme la piedra, hijos.

—¿Qué piedra? —preguntó Luis.

—La que oculta ese maldito libro: el Gran Mogol. Venga muchachos, acercadme ese dichoso libro. Me pertenece.

—¿Por qué? —insistió Luis.

—¿Por qué?! ¿Y tú me preguntas por qué? —Su tono había crecido. Sus palabras eran órdenes—. Kellermann, Hermann y yo lo encontramos, aquella noche. ¡Hace ya tantos años! ¡No quiero seguir hablando más! ¡Dadme el Gran Mogol! ¡Es mío! Durante más de cuarenta años he estado buscándolo. No ha habido día en que no recorriera las estanterías de esta biblioteca, en que no hojeara decenas de libros, en que no palpara el forro de las sillas esperando hallar su forma, su brillo, el fulgor de su riqueza. Hace muchos años recorrí todos los edificios de la universidad, cada una de sus aulas, cada uno de sus despachos. Sabía que debía estar aquí. Llegué a cavar en el jardín de Kellermann, cuando ellos no estaban, por supuesto. —Pareció recordar algún hecho concreto y gracioso porque sonrió—. ¿Habéis intentado buscar algo tan pequeño como el Gran Mogol en la inmensidad, no ya de un continente, porque yo sabía que el roñoso de Kellermann no gustaba de viajar, sino de una ciudad de mala muerte como esta, incluso de una universidad? Podréis estrechar el círculo todo lo que queráis pero siempre será inmenso en relación al objeto que se oculta. Hasta que aparecisteis vosotros y el trabajo se aligeró. ¿Cómo no imaginar que el erudito de Kellermann habría de esconderlo en la biblioteca? ¡Judío cegato! Ahora devolvédme, muchachos. —Su brazo izquierdo se extendió con más fuerza y el puño derecho apretó con crispación el mango del bastón.

Luis se agachó hasta ponerse en cuclillas, dejó el libro sobre el suelo reluciente. De pie, junto a él, podía advertir su posición ridícula, y el brillo de

ansiedad que había aparecido en los ojos de Armand.

—Es tuyo —afirmó Luis.

—Acércamelo —sonrió—, a mis años cada vez me cuesta más moverme innecesariamente.

—Creo que, habiendo llegado hasta él, nos merecemos la verdad, las razones de todo este camino. Mister Kellermann ocultó el Gran Mogol aquí. Pero ¿por qué la Trama? ¿Por qué este camino largo y sinuoso?

—Kellermann siempre fue un pobre infeliz, un ingenuo. Nació pobre, vivió pobre y murió pobre. ¡Teníamos el Gran Mogol, teníamos la piedra! Podíamos haberlo dejado todo: nuestro trabajo, nuestra familia incluso. Podíamos haberlo vendido y haber pasado el resto de nuestras vidas sin problemas ni inquietudes, decidiendo, todo lo más, qué traje debíamos vestir que no hubiéramos usado el día anterior.

»Fue una casualidad, como casi todo lo realmente importante que ocurre en esta vida. Un paseo nocturno, unas cervezas —nada de borrachera... yo era muy joven y ellos eran mis profesores— y de regreso a casa la contemplación de una brutalidad: las Fuerzas de Asalto desvalijando una casa de antigüedades. Judíos, claro, como lo eran Kellermann y Schlegel. Y después de los gritos y de las carreras, y después de la sangre y los cristales rotos, a nuestros pies, estrechados contra la pared opuesta, expectantes e indecisos entre la huida o la ayuda, apareció una pequeña bolsa. Cuando, al abrirla y al desatar el saquito de piel marrón, contemplamos el brillo del diamante, enmudecimos.

Reinó el silencio.

—Imagino que Kellermann guardó el diamante —dije yo. Y me extrañó escuchar mi propia voz tan serena, sin muestras de nerviosismo a pesar de la situación.

—Lo guardó él, sí. Unos días más tarde nos comunicó de qué se trataba. Había consultado con cierto conocido, joyero. Otro judío. Era el Gran Mogol. Aquel había querido comprárselo por diez mil marcos. ¡Y Kellermann se negó! ¿Sabéis vosotros qué hubiéramos podido hacer con esa cantidad entonces?

—Puedo imaginármelo —comentó Luis.

—Tú nunca podrás imaginarlo, hijo. Por mucho que lo intentes nunca sabrás qué significaban aquellos diez mil marcos en el año 1935: huir de aquel país a punto de precipitarse en una guerra, huir de las continuas «diversiones» nazis, huir...

—¿Acaso no lo es usted? ¿Acaso no es usted un asqueroso nazi? —le interrumpió Luis.

—Yo no necesitaba salir de Alemania: era alemán, y como tal serví a mi patria en la guerra. Imagino que llegué a odiar a los judíos por generalización.

»Kellermann se resistió a vender. Según dijo, aquella joya no tenía precio, nunca lo tendría. Había indagado acerca del origen y la historia del Gran Mogol, y sabía que poseía una de las joyas más buscadas y más deseadas por todo coleccionista. —Sonrió de nuevo, como si la memoria le devolviera momentos dichosos del pasado—. No, no quería más dinero, quería conservarla. Schlegel estuvo conforme con él desde el principio pronto: la ética, después de todo la joya no era nuestra, la habíamos encontrado accidentalmente, y el prestigio del diamante nos impedía comerciar con él. Debíamos poseerlo y contemplarlo. Kellermann siempre tuvo mucho de místico y santo, pero fue solo un miserable judío. Decía desechar el dinero, el poder que confiere una fortuna, el prestigio y los privilegios unidos al caudal y la riqueza. Una vida modesta, decía. No logré convencerlo. Y Schlegel siempre fue un alma simple e infeliz, sin carácter, como un perrito de lanas dispuesto a seguir las últimas palabras, o las más agradables. ¡Si supierais cuánto llegué a odiarlos, cuánto desee su muerte! Pensé en denunciarlos. Hubiera sido fácil, por tratarse de judíos; pero luego rechacé la idea. La joya tal vez hubiera caído en otras manos, o se hubiera perdido para siempre. Luego huyeron, sin avisar. Cuando me acerqué un día a sus casas ya no estaban: habían escapado del país.

—Y vinieron a Norteamérica. Y luego usted, una vez concluida la guerra, llegó tras ellos.

—No creo que os interese saber cómo llegué a adivinar su paradero. Además, sería una historia muy larga. Llegué aquí creyendo encontrarlos nadando en la abundancia, dispuesto a matarlos si no conseguía mi parte. Pero nada había cambiado: Kellermann se mantenía tan pobre y humilde como

siempre; y Schlegel tan obediente como el perro faldero que siempre había sido.

—Entonces fue cuando Kellermann construyó la Trama para ocultar la joya. Otra casualidad.

—O quizá no, tal vez desde Alemania algún conocido le informó de mi viaje. No lo sé. Pero ya, ¿qué importa?

—¿Quizás el mismo que le informó a usted del paradero de ellos? —pregunté.

—¡Basta de charla! —exclamó Armand, cambiando el tono. Estaba inquieto, quizá cansado después de tanto recuerdo y tanta palabra.

—¿Y Schlegel? —inquirió Luis. Se resistía a dejar sin terminar el relato. Quería completar el camino, poseer todos los jalones.

—¿Qué pasa con Schlegel?

—¿Conocía la Trama?

—Lo ignoro. Imagino que no, supongo que Kellermann pensó que no podría confiar en él.

—Quizá por eso se enfadó.

—¿Quién? —Ahora era Armand el que mostraba vacíos que quería rellenar.

—Schlegel. Aquel verano de 1949 se enfadó con Kellermann. Según la hija de este, ya no volvieron a hablarse nunca —aclaró Luis.

—¿Usted conocía la Trama? —pregunté.

—¿Crees tú que de haberlo sabido hubiera aguardado cincuenta años para tener el Gran Mogol en mi poder? ¿Acaso piensas que hubiera buscado por los lugares más inverosímiles, si hubiera sabido dónde encontrarlo? Kellermann nunca me dijo nada. Miento. Volvió a decir que aquella piedra no nos pertenecía, que había sido una casualidad haberla encontrado, que no era éticamente correcto aprovecharnos de aquel modo de un objeto como aquel, el cual, según sus palabras, era algo más que una joya. ¡Éticamente correcto! ¡Maldito estúpido! ¡Él me hablaba a mí de ética! ¡A mí, que había luchado en una guerra y la había perdido!, mientras él se quemaba las cejas leyendo obras de egiptología y novelas policiacas.

Calló unos segundos. Apretó con más fuerza el bastón y avanzó algunos

pasos más, todavía a una distancia prudente y segura de nosotros.

—Me dijo que si el azar nos lo había dado, el azar nos lo habría de quitar —siguió diciendo, ya más calmado—. No lo entendí, claro. ¿Cómo iba a imaginar que había ocultado el diamante en esta biblioteca para que cualquiera lo pudiera hallar? Había decidido jugárselo todo a la carta de la casualidad. Escucha, me dijo. Todavía me parece verlo, en su despacho, envuelto por libros y polvo. Luego me recitó una especie de poema, unas advertencias. Era un texto que tenía enmarcado y colgado en una de aquellas paredes. Siempre fue enigmático: un judío miserable y enigmático.

Al fin y al cabo, míster Kellermann había construido la Trama para nosotros porque el azar nos la había regalado a nosotros. El alemán había edificado todo aquel laberinto de libros y citas para aquel o aquellos que tuvieran, primero la suerte de hallarlo, y, luego, la paciencia y la sabiduría para saber interpretarlo. Habíamos sido nosotros, pero hubieran podido ser otros muchos.

—Ahora dádme lo —ordenó de nuevo Armand—. He recorrido muchos kilómetros y he consumido muchos años en su búsqueda.

Luis, todavía en cuclillas, lanzó el libro, que se deslizó velozmente y golpeó varias veces en los anaqueles inferiores de las estanterías. Frenó a pocos pasos de Armand.

—Gracias —dijo el anciano. Se agachó, sin apartar la mirada de nosotros, y tomó el volumen. Sonrió mientras intentaba leer el título—. ¿Español?

—Sí.

—¡Vaya casualidad! ¿Qué significa?

Luis se lo tradujo al inglés.

—Habla de las propiedades mágicas de las joyas y las gemas, y también de las propiedades medicinales. Cosas de alquimia —concluyó.

—Desde luego el libro más indicado para ocultar el Gran Mogol.

Armand abrió el libro y, conforme iba pasando las hojas, su expresión de gozo iba mudándose.

—¿¿Dónde está?! Aquí no hay nada. No está aquí dentro. ¡Devolvédme lo!
—Había llegado a la última página y contemplaba, desolado y furioso, el desgarrón de la guarda—. ¡Estaba aquí, estaba aquí!

Cerró el libro con fuerza y comenzó a caminar. Tal vez confundidos por la luz ambigua que provenía del techo, no advertimos el libro que volaba hacia nosotros. Lanzado por Armand, el volumen golpeó contra otros libros cerca de la cabeza de Luis, tirándolos al suelo y moviendo la estantería.

Dimos media vuelta y caminamos alejándonos de allí. Escuchamos las pisadas rápidas de Armand, el golpe del bastón contra el suelo, los insultos y maldiciones en inglés y en alemán (que no entendimos). Un acuerdo tácito nos impedía correr: sabíamos que, de hacerlo, Armand nunca nos podría alcanzar. De repente reinó el silencio. Luis me sujetó el brazo y nos detuvimos. Los gritos habían cesado, y también el golpe del bastón en el suelo con cada paso.

—Silencio —dijo Luis, a media voz.

A nuestra izquierda, a escasos metros, percibimos el sonido de unos pies que se arrastran al andar. Por fin apareció Armand, con los ojos encendidos por el odio y la rabia. La sorpresa nos había paralizado, y el anciano aprovechó la sorpresa para abalanzarse sobre nosotros: el bastón se había transformado en un estoque largo y brillante. Tal vez fuera la intención homicida que advertimos en sus ojos, o quizá fuera un mero reflejo animal, pero lo cierto es que brincamos al unísono y hacia atrás justo medio segundo antes de que el estoque, arrojado por Armand, volara por delante de nuestros ojos y fuera a clavarse en el costado de una estantería. Comenzó a mimbrear mientras el sonido del golpe resonaba en la sala, y algunos libros caían al suelo.

—¡Dádmelo, dádmelo! ¡Me pertenece, es mío! ¡Dádmelo! —Armand seguía gritando.

Echamos a correr hacia la escalera mientras el estoque, clavado en la madera, seguía moviéndose como un junco o la copa de un ciprés; mientras Armand seguía gritando y reclamando lo que consideraba como suyo. Antes de abandonar la sala y presentarnos en la escalera, entre los grupos de estudiantes que subían y bajaban, ajenos a todo, creímos escuchar unas palabras en alemán, amargas y a la vez dolidas, como una oración o una invocación que concluyera en un sollozo.

Al escuchar el relato de nuestro encuentro con Armand, Clara aparcó el escepticismo y la actitud de desprecio y mostró claras muestras de preocupación. Se sentó junto a Luis y lo tomó por el brazo, sin dejar de mirarlo, como si el verde de sus ojos pudiera curar y cerrar las heridas inexistentes.

—Mañana iremos al banco —dijo Luis. Se dejaba querer por Clara con una sonrisa de satisfacción; y yo me consumía.

Carole parecía dudar: tal vez la llave no perteneciera a la caja de seguridad de ningún banco, quizá se tratase de algún otro lugar: un apartado de correos, la consigna en una estación de ferrocarril.

—¿Dónde está la oficina principal del Middle West Bank? —preguntó Luis. Tenía la llave en la mano y la contemplaba embelesado.

Carole pensó unos minutos y luego explicó la ubicación del edificio, en el Down Town.

Cenamos deprisa —eran más de las diez—, hablando sobre Armand y sus palabras; intentando descifrarlas, contemplando la llave que Luis había dejado en la mesa como la prueba evidente de su derrota, como la promesa de un mañana más feliz y más rutinario, cuando todo hubiera ya concluido, cuando el arcano que encerraba la llave —y el camino, y los libros, y la Trama— fuera una verdad y un objeto.

—¿Y qué es el Gran Mogol? —preguntó Carole.

—Un diamante —respondí—, y a juzgar por las palabras de Armand, y por el trabajo que se tomó míster Kellermann en ocultarlo, uno de los más valiosos.

—Creo que sería conveniente averiguar algo más sobre esa joya —dijo Luis. Había terminado ya de engullir su plato de ensalada de pasta.

—¿Vas a volver a la biblioteca? —Clara estaba asustada.

—Sí, quiero saber algo sobre el Gran Mogol.

—Es peligroso.

—No importa —dijo. Tenía ya el abrigo puesto—. Mañana quiero saber qué es lo que tengo entre las manos. ¿Me acompaña alguien?

Nadie contestó. Yo estaba cansado y tenía miedo: todavía podía escuchar los insultos de Armand, y contemplar el balanceo de su estoque hincado en la

estantería.

El Middle West Bank era un edificio antiguo, con la fachada ennegrecida por la contaminación y los años, que se alzaba en la calle Lazelle, a la espalda del State Capitol. A las diez de la mañana, cuando Mario, Luis y yo llegamos a él, después de haber descendido del autobús en el cruce de High Street con Broad Street, el ancho vestíbulo aparecía abarrotado, cubierto por largas colas de clientes que se acercaban al mostrador. Aguardamos nuestro turno en silencio, avanzando poco a poco conforme la cola se movía y disminuía. Comentó Mario que tratándose de lunes resultaba normal aquel tráfigo. Durante la espera, las dudas comenzaron a asaltarnos.

—¿Y si nos piden algún justificante? —pregunté.

—¿Qué clase de justificante? —Luis se mostraba optimista, sabedor de que muy pronto el camino emprendido casi cuatro meses atrás llegaría a su fin.

Recordé que aquella llave tenía alrededor de cincuenta años, que tal vez se nos exigiera un recibo, la documentación pertinente que probara y que justificara la posesión de esta.

—No es tan antigua —replicó Luis—. Tal vez tenga esos cincuenta años, o quizá solo tenga quince o veinte. ¿No recuerdas lo que nos contó míster Gallahan? El libro desapareció en los años setenta. Ignoramos si esta llave se hallaba en él antes, cuando construyó la Trama, o fue colocada por míster Kellermann más tarde, cuando dejó su cargo de bibliotecario.

Mario se apresuró a responder:

—¿Y qué carajo importa una cosa u otra? Tenemos la llave, y punto. Nadie nos va a pedir nada. Además, si míster Kellermann quería que esa llave fuera encontrada, ¿por qué diablos habría de hacer más difícil, si cabe, el juego?

Luis no respondió. Tenía la llave en la mano, apretándola con fuerza.

—Buenos días. ¿Qué desean, señores? —La voz de una simpática muchacha nos devolvió a la realidad.

Luis sonrió pero, o bien los nervios y el miedo le impidieron responder con rapidez, o bien la expectativa del éxito cercano lo había dejado sin habla. Farfulló algo ininteligible. La muchacha esbozó una sonrisa y se encogió de

hombros.

—¿Puedo ayudarlos en algo, señores? —No se mostraba azorada. Había sido adiestrada para batallar contra las circunstancias más adversas.

—Verá usted, señorita —dijo Mario, impertérrito, como si no hubiera hecho otra cosa durante toda su vida que hablar con las oficinistas de los bancos—. Tenemos una llave, la llave de una caja de seguridad —Luis depositó la llave en el mostrador— y nos gustaría ver el contenido de dicha caja.

—¿Me la dan, por favor? —La muchacha tomó la llave y la contempló durante unos segundos—. Aguarden un momento, señores.

Se alejó de nosotros y desapareció tras una puerta entreabierta. Ninguno de nosotros habló. Observé que Luis estaba avergonzado. La muchacha regresó al cabo de unos minutos, sonriente, con la llave entre los dedos.

—No hay problema. ¿A quién de ustedes pertenece la llave?

Creo que todos pensamos en salir huyendo de allí, pero ninguno se movió.

—Verá... —comenzó Mario.

Pero la muchacha, siempre con la sonrisa, continuó con sus preguntas:

—No es por nada, solo que es una caja muy antigua, quiero decir que hace muchos años que fue abierta —tecleó algo en el ordenador que tenía a su izquierda—; y ¡lo que son las cosas! nunca, desde el día de su contratación, fue utilizada, es decir, nunca fue abierta de nuevo.

—Mi tío, mi tío Kellermann... —Mario dudaba pero sonreía. La muchacha se mostraba tranquila, como si la mezclanza de sangre judía y mexicana fuera algo de lo más normal; tal vez ni siquiera estaba pensando en ello. Luis y yo habíamos enmudecido bajo el peso del miedo—. Tío segundo, para ser más exacto, hermano de mi abuelo materno. Verá, de él es la llave. Imagino que él abriría la caja, ¿no?

La muchacha buscó ayuda en la pantalla del ordenador.

—Efectivamente. Franz Kellermann. En el año 1949. Todos los años pagó su alquiler correspondiente. Rectifico: en el año noventa pasó a pagarlo una tal señora... señora Weaver.

—¡Sí! —asintió Mario—. Mi prima, es decir, su hija. Quiero decir la prima de mi madre. En fin, que como la señora Weaver vive en Athens —la

muchacha consultó con el ordenador y asintió—, pues nos pidió que fuésemos tan amables de averiguar qué hay en la caja —la muchacha atendía a Mario, aburrida o interesada, tras una sonrisa de oreja a oreja—, por si era necesario seguir pagando un alquiler por una caja de seguridad que nunca se había utilizado, o cancelarla.

Calló y suspiró. La joven dio un último cabezazo de asentimiento y se alejó del mostrador. Regresó tras unos minutos de incertidumbre, acompañada por un hombre alto y de aspecto tosco.

—Si son tan amables de seguir al empleado —dijo—. Él les acompañará hasta la sala de las cajas de seguridad.

Pero el Gran Mogol no era tan pequeño como las palabras de Armand, en la biblioteca, podían habernos hecho imaginar. Ahora lo contemplábamos extasiados.

El empleado nos había acompañado hasta la puerta de una habitación cuyas paredes estaban cubiertas por cajas de seguridad. Nos había rogado que entrásemos e hiciésemos nuestra consulta mientras él permanecía en el exterior, junto a la puerta, aguardando nuestra salida y velando por nuestra seguridad.

Mario lanzó un silbido largo y agudo, dejando escapar el aire por entre los dientes.

—¡Al fin! —exclamó—. El Gran Mogol.

Ocupaba el centro de la palma de la mano.

Luis sabía ya mucho de él: durante toda la noche del domingo había estado consultando libros y enciclopedias, buscando en los anaqueles de la biblioteca. Lo habíamos prevenido contra Armand, pero él no pareció atender a razones: el apetito de conocimiento podía más que el miedo o el filo de un estilete asesino.

Vólcados en su contemplación supimos que se trataba de una piedra preciosa tallada y sin engarzar, que tenía alrededor de ochocientos quilates y pesaba más o menos 150 gramos; supimos —y su contemplación venía a confirmarlo— que la talla de la tabla superior tenía forma octogonal, que la

cintura era casi cuadrada, que poseía en la corona ocho pares de facetas de transición, cuatro facetas de ángulo y ocho facetas de estrella, las mismas que recorrían el dosel y remataban en una punta. El brillo destilaba un tono ligeramente verde.

—Es como una selva —dijo Mario. Y la forma del diamante se reflejaba sobre su ancha cara morena.

—Es nuestro —dije yo, con seguridad.

—Gracias a míster Kellermann —recordó Luis.

—O a pesar de míster Kellermann —dijo Mario, y sonrió.

No solo conocíamos su historia técnica, su forma, su grado de perfección, su peso; también Luis había averiguado su historia vital, el relato de las leyendas sin número que lo envolvían.

—El Gran Mogol —dijo Luis, satisfecho, vaciándose del miedo y la ansiedad en cada sílaba, en cada fonema—. El Gran Mogol.

El sonido de aquel nombre comenzó a repiquetear en mi cabeza y creí escuchar viejos cantos cosacos y pisadas de caballos bárbaros.

Luis comenzó a hablar, sin tregua ni pausas, como si todo lo que la noche anterior había llegado a saber estuviera golpeando en la puerta de su lengua para salir. Yo apenas lo oía: nombres sueltos y agrupados por mi imaginación, ciega y sorda a causa de la visión de la apetecida joya.

En una sala privada del Middle West Bank, de Columtown, Ohio, tuve conocimiento, por primera vez, del Gran Mogol y de sus muchos avatares; de su deambulante paso por los más remotos lugares del orbe; del brillo intenso y cortante de sus aristas; de su belleza inigualable. Mi mente fue haciendo acopio de datos —fechas, lugares, muertes—; mi imaginación fue gestando su imagen, su silueta inabarcable (porque era onírica y porque las leyendas sobre su mal agüero pesaban casi tanto como su valor)... pero nunca pude tocarlo, nunca las yemas de mis dedos lograron siquiera rozar aquella piedra que pasaba por ser la más hermosamente sangrienta. Tocar el Gran Mogol, que Luis sostenía en la palma de su mano como una hostia consagrada e inviolable, hubiera sido llegar hasta míster Kellermann, formar parte de su Trama y su ética.

Pero viajé, con el diamante —dentro de él— y por el diamante —a través

de él—, al ritmo lento y monótono de las palabras de Luis. Pronto un estado de delirio pasivo vino a cubrirme y, sin moverme de allí, sentado en una silla metálica con el respaldo y el asiento de espuma forrada, extasiado ante la forma y la belleza de aquel octaedro tan ansiado, me dejé llevar por la cadencia de la historia que Luis declamaba con gestos ensayados para este momento.

Balanceándome a lomos de un camello, sintiendo la cálida arena del desierto en mi rostro de cristal, escuchando la cadencia de la lengua genovesa, dejaba tras de mí el palacio de Kublai Khan, en un siglo remoto. Mis últimas miradas, a través del cristal de la piedra —donde yo me hallaba—, iban destinadas a los jardines que circundaban la ciudad, al sonido de sus fuentes y a las risas de las concubinas del gran Khan. Luego el embarque en Fugiu, rumbo a Persia, donde mis dueños —los Polo— debían entregarme al Khan Argón, junto con una bella esposa.

La travesía eterna y agotadora, la llegada al puerto de Ormuz, a la entrada al golfo Pérsico... y el robo. De nuevo la peregrinación farragosa e incómoda por los caminos y por las manos sucias: en Harat y en Balj, en la ruta de la seda hacia Cambaluc, y, finalmente, en Samarkanda donde fui a reunirme con toda la caterva de piedras preciosas que, desde la India, pasaban por Pakistán. Mercaderes malolientes y turtos, esclavos maltratados, camellos lentos y agonizantes; pequeños grupos de ladrones y asesinos nos asaltaban a cada momento, mientras bordeábamos las letales aguas del mar Muerto. Cambiaba de manos con la rapidez con que cambia el desierto azotado por el viento: bolsillo, bolsa de cuero, alforjas, lugares sudorosos entre las fajas, suelas de zapatos.

Tal vez mil siglos o tal vez solo uno —porque allí el tiempo se medía en muertes; y yo había visto tantas, causado tantas como granos de arena componen los desiertos y las playas— transcurrieron antes de mi llegada a Europa, a través de Estambul (donde las mujeres se relajaban en calles estrechas y escalonadas; donde la vida del prójimo y la propia eran cuestión de suerte).

Luis continuaba entusiasmado, inmerso en su relato —nombres, fechas, ciudades...—, ahogado en un mar de acasos y dudas que yo suplía con la

certeza de mis sueños y mi imaginación: Sofía, Bucarest, Odessa, Kiev. Y es Moscú definitivamente quien me atrae como un imán, y es allí donde continúan los dudosos accidentes, las ventanas lamentablemente abiertas, el hilo que facilita el resbalón. Caigo, caigo en una caída sin fin (como todas). Noche. La negrura me cubre por entero, pero aun así siento el golpe, la llegada al suelo. Y ahora sé que formo parte de una mano que se abre con la lentitud del que saborea el último segundo, el áspero estertor de la muerte; de una mano que forma parte de un cuerpo destrozado contra la nieve; de un cuerpo bajo una ventana. Y mis ocho ojos (mis dieciséis ojos, mis treinta y dos ojos, mis cuarenta ojos) iluminan la noche semestral y moscovita; y en la ventana asoma un tropel de caras espolvoreadas, de pelucas ridículas y canosas: Pedro I el Grande, Pedro II, Pedro III, incluso rozo el escote de Catalina de Rusia —una noche dormí perdido en la sinuosidad de sus valles y estrecheces—. Como una epidemia de tifus recorro las ciudades sembrando la tragedia: Novgorod, Riga y San Petersburgo, donde las triquiñuelas y los enredos cortesanos me llevan a Varsovia.

A pesar de los años transcurridos desde mi salida de la infinita Mongolia, de mi veloz paso por Persia, de mi estancia en Samarkanda, la vejez también me teme y mi aspecto, como el de un buen caldo, parece mejorar con los años. Comerciantes semitas me silencian; por un breve (¿largo?) tiempo soy la palabra de Yahvé y la ilusión de un regreso a un país que (todavía no lo saben) aún no se ha inventado. Candelabros de siete brazos me deslumbran y judíos con casquete me hacen bailar entre sus dedos; pero los sótanos y las trastiendas son oscuros y húmedos. La Ciudad de la Luz es mi deseo, mi sueño siempre repetido una y mil veces, cuando me duermo bajo el arrullo del violín.

—París es su próximo destino. París revuelto y alzado en armas. —La voz de Luis Galvañ me desvela por unos segundos—. El París de los tiempos de la Comuna es su residencia, ¿o debería decir su deseo y su voluntad? —La voz de Luis será mi somnífero como aquel violín (años atrás) chirriando en la noche de Varsovia.

Durante la última década de aquel siglo de revoluciones y cambios asisto a reuniones ocultas: 36 sabios judíos reunidos en la clandestinidad del metro

parisiense, confeccionando unos protocolos y unas leyes sionitas.

Ahora estoy en Berlín, años más tarde, y las bombas estallan junto a mí. Es la primera gran contienda mundial. Los fogonazos conseguirán volverme loco: ocho caras, ocho ojos, ocho pantallas donde las escenas de horror se suceden, donde las máscaras son inútiles contra la metralla y las bayonetas, donde la metralla y las bayonetas son inútiles contra los gases que —como un topo— ascienden por las narices y corroen el cerebro, donde todo es inútil y no para de llover, y el barro que impide la vida me hace resbalar hasta la ciudad de los canales: pelirrojos holandeses me temen tanto que se protegen sus ojos tras los monóculos, arqueando sus cejas con asombro.

—La historia o la leyenda concluye aquí. —Regreso de mis sueños, de mis viajes. Mario parpadea mientras escucha a Luis, también ajeno a todo—. Nosotros sabemos la continuación: está en Alemania en 1935, y un año más tarde llega a aquí, a Columtown. Lo demás nos lo dijo míster Kellermann a través de su Trama, y nos lo amplió Armand ayer mismo.

Pero hay otra historia, claro: otras leyendas. Y Luis también se encarga de suministrarnos los datos:

Tal vez no les fuera robado a los Polo, quizá sí llegara a ser entregado en Bagdad al Khan Argón, para ser robado años más tarde, durante el saqueo de la ciudad, cuando las tropas mongolas lideradas por Tamerlán invadieron Persia. Llevado a Samarkanda, donde sería robado años más tarde, para terminar en la India, en el palacio de Agra. Saqueado por Jonathan Small durante el dominio inglés: conducido a Londres y ahogado allí, como cuenta el doctor Watson, en el Támesis, en el año 1888.

O tal vez fuera cierta otra historia, esta vez narrada por el doctor Gulliver: el emperador de la isla de Luggnagg habría de obsequiarle con él ante la inminencia de su partida. El doctor afirma haberlo vendido por cien mil libras en Londres. Corría el año 1710.

Otro dato: en 1927, el especialista catalán Onofre Bouvila dice haberlo contemplado en Barcelona. Tal vez hubiera sufragado alguno de los gastos de la Exposición Mundial de 1929.

—En fin —concluyó Luis—. Datos, historias y leyendas. —Cerró el puño y ocultó el diamante entre sus dedos—. Sea como fuere: ahora es nuestro y lo

tenemos aquí.

Tomó la bolsa de piel y se disponía a guardarlo cuando Mario lo detuvo: quería verlo de nuevo.

ex solitudine salus

Ma journée est faite; je quitte l'Europe. L'air marin brûlera mes poumons; les climats perdus me tanneront. Nager, broyer l'herbe, chasser, fumer surtout.

A. Rimbaud, *Une saison en enfer*

Pensamos que las desgracias nunca nos alcanzan.

Creemos que solo los demás mueren, solo los demás caen enfermos. Llegamos a convencernos de que el olor de los hospitales, las luces de la ambulancia, los gritos desesperados pertenecen a otros. Nos imaginamos inmunes a cualquier desgracia, a todo accidente; pero es mentira.

Y entonces llega un día de mediados de mayo en que la desgracia y la pena son una llamada de teléfono, una voz familiar y lejana, entrecortada por la emoción y las lágrimas; entonces llega un día en que las ambulancias y los hospitales también son tuyos, en que unas palabras emitidas a miles de kilómetros, te dejan asido al teléfono, casi temblando, mudo por el dolor y el llanto que brega y empuja por fluir.

Dejé Columtown y la universidad, el Campus verde de grama, los castaños de Indias y las largas avenidas; abandoné para siempre el cielo cubierto de nubarrones presagiando una tormenta que yo ya tenía encima; olvidé el Olentangy y su ribera; perdí los paseos con Luis y el fútbol, el humo de los caliqueños; ya nunca más volví a contemplar el brillo hechicero del Gran Mogol.

Cogí un avión y marché hacia España. En aquel tiempo los estudiantes retozaban ya sobre la verde hierba del Óvalo y las muchachas risueñas,

regordetas, saltaban y brincaban mientras los chicos se entretenían lanzando sus discos, calados con sus gorras de béisbol. Los exámenes finales estaban ya ahí, al doblar el mes, pero el sol lucía y el tiempo era tan benigno que nadie parecía darse cuenta del final próximo. Y entonces, aquella tarde de domingo, cuando en España estaba amaneciendo o anocheciendo (al oír la voz entrecortada de mi madre todo devino una pesadilla en que los objetos y las personas que me rodeaban adquirieron forma y rasgos oníricos, indefinidos; y el tiempo dejó de existir y de sucederse) una llamada vino a romper mi vida.

Más tarde lo vi sentado en la primera fila de bancos, frente al juez y los abogados. No tendría más de treinta y cinco años: el pelo muy corto y algo canoso; habían pasado ya tres meses desde el accidente y la muerte de mi padre, pero en su rostro pétreo clareaban, como dos estigmas bíblicos, las cicatrices que habrían de acompañarle toda su vida, como un remordimiento o la mordedura de la conciencia; tenía los ojos húmedos y azules, tensos ante la parafernalia de la Justicia; sus labios, cerrados y apretados, formando una línea recta, como otra cicatriz, delataban la expresión asustada y contenida del condenado a muerte. Fue acusado a una multa económica cuyo montante ya he olvidado y a la retirada del carné durante varios años.

Tres meses antes, un domingo por la noche, ahíto de alcohol y marihuana, se había saltado una señal de stop y un hombre ya maduro, rozando los sesenta, padre de dos hijos, había tenido el infortunio y la desgracia de pasar por allí. La suerte no le permitió elegir otra carretera, transitar por otra vía, rechazar aquel cruce y esquivar la muerte y el coche de un borracho.

Esa misma noche mi madre me llamó desde el hospital, desde los pasillos largos y solitarios impregnados del olor a enfermedad y medicinas, colmados de pasos prudentes. Me llamó y me dijo que mi padre había muerto, que aquel hombre —soltero y de ojos azules que se sentaba en el banco de madera— se había saltado una señal de tráfico y mi padre había tenido la desgracia de transitar por allí en ese preciso segundo, ni uno más ni uno menos, como si la muerte fuera, además de arbitraria, una certera cazadora.

La novela ha concluido.

Dejo el ordenador, recojo las hojas de las que me he servido para realizar anotaciones y lleno con ellas la papelera. La impresora comienza a funcionar. Mientras escucho el sonido estridente (es una impresora antigua, de agujas) siento que me invade la libertad, que la conciencia vuelve a mí, que el pasado es ya algo lejano y olvidado: solo el testimonio de unos folios sembrados de palabras y espacios en blanco.

Clara y mi hijo me esperan ante el mar Cantábrico.

Conforme van surgiendo las hojas de la impresora —como si las escupiera—, recuerdo la primera carta de Luis, de la que no he hablado hasta ahora. La busco y la encuentro oculta en un libro cuyo título prefiero omitir. (¡Estoy harto de libros!) Es lo único que me resta para zanjar la cuestión, para sentirme de nuevo libre y dueño de mis actos: leerla de nuevo, volver a crear sus palabras, a recrear sus imágenes y descripciones. Luego la destruiré, la romperé en mil pedazos... y dejaré Madrid.

La primera carta de Luis Galvañ llegó a mediados de julio de 1995. La dirección que figuraba en el remite me era desconocida: un lugar remoto de Lanzarote.

Querido amigo:

Todo ha terminado. ¿Recuerdas a Rimbaud? Yo dejo América. Huyo de esta tierra inmensa y fría, borro de mis recuerdos las llanuras infinitas y la nieve... Yo, como aquel, también prefiero «un sueño sobre el arenal».

Aquí, en esta isla barrida por los cálidos alisios, tengo que templar mis pulmones con el fuego de volcanes extintos, debo curtir mi piel en la arena negra y lávica que cubre sus playas. Nadar, pasear, quizás aventurarme en la infinitud oceánica (en la costa oeste de Lanzarote, en Punta Caballo, hay una pequeña bahía desde la que se observan los restos oxidados de un barco naufragado, y las aletas expectantes de los tiburones que circundan su mástil y su casco); no regresar nunca. Olvidar todo y comenzar de nuevo.

Ser ocioso pero no brutal; y, desde luego, carecer de oro y de riquezas.

El Gran Mogol ya no existe. Como las leyendas, como el humo y las victorias de Ciro, el Gran Mogol pertenece al pasado, ha regresado a la Historia. Hoy me he deshecho de él.

Releo una y otra vez su carta: busco en ella algún resquicio, alguna grieta por la que penetrar en su mente y en su espíritu. Analizo cada una de sus palabras e intento descifrarlas como si se tratase de una nueva Trama, de otro juego.

Unas semanas después de tu marcha, amigo mío, llegó lo inevitable. La reunión a la que había sido convocado fue breve: los profesores que conforman el Departamento, y mister Hearn como catedrático, me comunicaron mi despido; mi beca no iba a ser renovada —no había asistido a los exámenes, había abandonado mis obligaciones para con los estudiantes norteamericanos—. En fin, expresiones de condolencia, apretones de manos, palabras de ánimo, un puñado de hojas donde me comunicaban mi despido y donde se reflejaba la cuestión monetaria... y la puerta cerrada a mi espalda.

No volví a ver a Armand (o Karl o como diablos se llame), aunque Mario dijo haberlo vislumbrado paseando por delante del apartamento, rondando al acecho de algo que consideraba suyo... y que tal vez lo sea. Imagino que el viejo todavía soñaba con hacerse rico, con cobrar una fortuna considerable vendiendo el Gran Mogol. ¡Pobre iluso! Debe de tener más de setenta años y aún espera vivir otros cien.

Llevé la piedra conmigo, oculta entre las ropas de mi petate. No vendrán a buscarme a esta isla, aunque a veces tengo miedo e intuyo sombras en la noche, ruidos de pasos o murmullos de espías —los golpes secos y fuertes de un bastón.

Trabajo en un hotel de Teguisse: hoy hace dos semanas que llegué. Contacté con algunos amigos con los que había realizado el servicio militar. Uno me buscó este trabajo que hoy me mantiene y me ayuda a comer; otro me mostró la Cueva de los Siete Lagos. Se halla al noreste de la isla, entre

Guatiza y Mala, lejos de la carretera principal, oculta de turistas y visitantes.

Cierta tarde, provistos de linternas frontales y de pequeñas mochilas, descendimos por una breve pared de lava fría y milenaria. Imagino a las autoridades de la isla edificando, años atrás, un pequeño muro y una reja que los visitantes se han entretenido en derribar. La entrada de la cueva se mostraba como una boca mellada y amorfa. Durante los primeros metros la luz del exterior nos sirvió de guía, luego la oscuridad y el silencio fueron nuestros cicerones. «Es la primera laguna», me avisó mi acompañante y señaló una pequeña charca, a nuestra derecha, sobre la que se reflejaban las luces que, como un tercer ojo, brotaban de nuestras frentes. «Hay días en que el nivel sube más y ya hay que mojarse», aclaró mi amigo.

El camino estrecho y sinuoso, por el que avanzábamos, tendía a descender. Mi amigo se detuvo: estábamos ante la segunda laguna. Me invitó a descalzarme, porque debíamos cruzarla a nado y era preferible no llevar peso en los pies. Guardamos las zapatillas en la mochila y nos sumergimos en el agua. Estaba cálida y en calma. Mientras avanzábamos, a través de una galería de considerable envergadura, las luces que nos precedían bailaban y brincaban por entre las piedras de las paredes. El silencio era, a un tiempo, sepulcral y reconfortante, roto apenas por nuestro nadar lento y contemplativo. Quise preguntarle si algún pez habitaba aquellas aguas pero me contuve. Duró la travesía unos diez minutos por lo que deduje que habíamos avanzado más de quinientos metros. Volvimos a tocar tierra firme. Nos calzamos las zapatillas —mojadas y más pesadas— y continuamos el camino.

El mundo, allá abajo, se convierte en un fragmento de rocas y de agua, circundado por la oscuridad y lo ignorado. Nuestras linternas enfocaban el suelo, el camino que, paso a paso, iba creándose, construyéndose. Sobre nosotros se movía, palpitaba, vivía una isla y unas gentes que ignoraban nuestra expedición por sus entrañas. Nuevas dudas surgieron durante el camino: si el nivel del mar —porque se trataba de agua salada— aumenta y cubre la galería, ¿cómo íbamos a poder salir de allí? La visión de la tercera laguna me hizo olvidar las dudas. Era más bien corta, rematada en una

pared de piedra que penetraba en el campo de luz de nuestras linternas. «Para pasar a la siguiente laguna —me comunicó mi amigo—, debemos cruzar esta y luego pasar por un pasadizo submarino.» Pregunté la longitud de este, pero no me la supo decir. Decidimos, entonces, regresar.

Mientras desandábamos el camino, mientras volvía a sentir en mi cuerpo el agua cálida y negra de la segunda laguna, mientras acelerábamos el paso al contemplar la luz de día, la claridad del exterior que nos esperaba, supe con toda certeza que volvería a aquel lugar.

Paso las seis hojas que conforman la carta de Luis, y mientras releo por enésima vez sus palabras y sus descripciones, sé que ya nunca más volveré a ella.

La decisión ha sido fácil: me ha bastado recordar el invierno pasado en Columtown y comprender los ideales de mister Kellermann. Debo de haberme contagiado de su debilidad o su integridad: tampoco el Gran Mogol es nuestro. Lo fue el camino, y todo lo que él nos provocó —odios, envidias, amores... traiciones—. Como siempre, la meta no era lo importante —aunque en un principio hubiéramos pensado que sí, sobre todo ante la contemplación de la joya—, lo realmente importante era el camino por el que transitábamos. Lo importante fueron las enseñanzas recibidas, los errores cometidos: las ilusiones y las lágrimas con que sembramos nuestro trayecto.

Mientras escribo esta carta, querido amigo, ha caído la noche. Hace apenas dos horas estaba, de nuevo, en la cueva. Esta vez he llevado el Gran Mogol conmigo, dentro de la misma bolsa de piel en que lo hallamos, allá en Columtown... ¡tan lejano, tanto tiempo ya! Dentro de la cueva la noche lo era todo, y a la luz de la linterna los lagos subterráneos semejaban ríos prehistóricos. Al cruzar la segunda laguna mi cabeza ha rozado el techo de la caverna: he pensado en la rapidez de la marea ascendiendo, en mi muerte junto a la de la piedra que me acompañaba —esta carta nunca hubiera sido escrita, tú jamás la hubieras leído.

De pie ante la tercera laguna, sintiendo el agua enfriarse en mi piel, la

arena adhiriéndose a la humedad de mis zapatillas, he arrojado el Gran Mogol tras haberlo sacado de su bolsa. Su brillo se ha mostrado, ante el haz de luz de mi linterna, como el reflejo de una estrella fugaz y muerta. Luego he escuchado el golpe acuático y de nuevo el silencio. Nadie lo encontrará nunca, creo estar seguro. Tal vez alguno de los peces innominados y ciegos que pueblan aquellas profundidades muera con él en su vientre, tal vez la lava fría y el agua salada lo cubran y lo transformen en una imagen del pasado. Estoy seguro de que es lo mejor: las desgracias que atesoran su brillo y sus quilates no seguirán aumentando; he perpetuado su leyenda y he alargado la agonía en aquellos que todavía lo buscan.

Antes de que el Gran Mogol desapareciera para siempre he recordado el relato de Armand, en la biblioteca, la última vez que lo vimos y nos habló. No sé por qué he pensado que tal vez aquello no fuera cierto: el pobre infeliz había estado medio siglo buscando una piedra que tal vez no fuera la que él creía. ¿Y si este diamante no fuera el Gran Mogol? Ellos, los dos profesores y su discípulo, lo habían imaginado así, pero nada de lo que había dicho era una prueba irrefutable. He imaginado, mientras seguía el vuelo fugaz de la piedra, al pobre anciano, aún joven, recorriendo libro por libro los anaqueles de la biblioteca, cavando en el césped del Óvalo —ya de noche, a la luz de una linterna agonizante—; y luego, ya bajo el peso de los años, rondando las casas de sus dos antiguos profesores, en el entierro de Kellermann, asesinando a Schlegel con la misma saña senil que hubiera empleado para acuchillarnos a nosotros de haber podido, abriendo en canal a la pobre Lolita, desvalijando nuestros apartamentos... buscando y enfadándose por un diamante que quizá no lo fuera. Lo he imaginado —en ese momento el Gran Mogol ha caído al agua y ha desaparecido para siempre— muriendo de rabia e impotencia allá en Columtown, desgarrándose el rostro con sus uñas y el vientre de su bastón, consumido por el odio y la visión (falsa) de nuestro éxito y nuestra riqueza. El Gran Mogol ya no existe para nadie excepto para ti y para mí: toda una isla, ignorante, se sienta sobre él.

De vuelta a casa he visto anochecer, he contemplado el sol ocultándose tras la silueta de los volcanes y, por primera vez en mucho tiempo, me he

sentido feliz. Dejo de escribir, visito el baño antes de meterme en la cama, camino lentamente por el pequeño piso que ahora me sirve de vivienda y me dispongo a dormir sin pesadillas ni temores: mañana he de madrugar... y vivir.

Yo dejo de leer: la carta ha concluido. Le prendo fuego en la pila del fregadero, junto con el resto de las palabras que he ido recibiendo puntualmente: palabras que hablan de rutinas y monotonía, que describen noviazgos y casamientos; palabras que no mencionan ni recuerdan el tiempo de América ni al Gran Mogol. Yo, como Luis, como quizá Mario y María, como Carole y Clara, como Eric, también quiero olvidar aquel pasado. No he quemado la novela: prefiero ahogarla en el mar, lanzarla a las olas como un mensaje que se desteñirá sin la protección de una botella.

Mientras los recuerdos se consumen y se ennegrecen yo me ducho y me afeito. Luego me visto pulcramente y preparo la maleta. El humo ha inundado la cocina, pero me resisto a poner en marcha el ventilador temiendo que las cenizas se dispersen por el piso. Abro el grifo y dejo que el agua se lleve las hojas quemadas hacia las cloacas.

No voy a leer una nueva carta de Luis, no voy a tomar el bolígrafo para escribirle palabras y mentiras. La vida comienza de nuevo.

Estoy en el ascensor, junto a mi maleta, y pienso que quizá también Luis me ha mentado como yo le he mentado a él. Lo imagino viviendo a cuerpo de rey en Lanzarote, gastando la vida y el dinero reportado por la venta de la joya en baños y caricias de mujeres alquiladas, a la sombra de los volcanes. Tampoco yo le he hablado de Clara ni de nuestro hijo.

Nuestra existencia se asienta sobre cimientos de mentiras. Tal vez sea lo mejor; quizá sea lo único en esta vida siempre envuelta en tristes sueños nunca realizados.

Anochece.

Un cartel —negro sobre blanco— indica los escasos kilómetros que me separan de Laredo. A mi izquierda la inmensidad del mar acoge, en su seno

rojo y cálido, al sol de agosto. Detengo el coche en el arcén y desciendo.

La playa está vacía y el sonido de un mar algo agitado, vespertino ya, comienza a inundar mi mente y mi pecho. Respiro hondo. Comienzo a desnudarme mientras camino por la arena —la camisa, los zapatos, los calcetines, los pantalones, los calzoncillos; solo las hojas que conforman esta novela permanecen en mis manos—: el mar me recibe con su agua salada y cálida, con sus olas que se rompen contra mis piernas. Cuando me zambullo en el cristal sus alfileres me calman y me espolean a un tiempo. Al emerger contemplo los folios que forman un círculo a mi alrededor: con cada nueva ola van sucumbiendo, desapareciendo bajo el agua, arrastrados hacia el horizonte inalcanzable.

Todo ha concluido.

En la continuidad de la línea costera comienzan a encenderse las luces de la ciudad: sé que una de ellas es para mí; sé que uno de aquellos brillos es la puerta que me aguarda siempre abierta, son los brazos que se abren para ocultarme y consolarme, es el pecho cálido y palpitante de Clara... y su cabello rubio que me cubrirá la mirada cegada en lágrimas, y sus labios cálidos que saciarán mi sed y curarán las llagas de mi memoria.

Pienso que esta agua que me purifica y me sana es la misma que —una hora antes, pero al mismo tiempo— está sirviendo de acomodo a Luis, en Lanzarote. Y pienso que...

Pero el mar me trae la risa de un niño, la expresión feliz de mi hijo que me devuelve a la vida y al presente.

Otoño de 1996 - Verano de 2001; Verano de 2006

Agradecimientos

Quien crea que la persona que firma un libro es la única que lo escribe es un ingenuo.

Que estas breves líneas sirvan para expresar mi agradecimiento a todos aquellos que me han prestado su apoyo y su ayuda, y sin los cuales este libro nunca hubiera visto la luz:

A Mari Paz, Rosa, Eileen, Ana, Lauren, Esteban, Eric, Félix y Gregg; a los profesores Salvador García Castañeda y Samuel Amell; y a otros muchos amigos que me acogieron en el otoño estadounidense de 1995.

A Jorge Ribera (mi amigo Jordi) que movió los hilos necesarios para imprimir mi obra. Gracias por su confianza.

A mi amigo Robert Colomina por sus apreciaciones sobre gemología: de algunos de sus libros surgieron partes de este.

A Luis Trinitario, amigo y editor, que confió (y, creo, sigue confiando) en mi escaso talento y que calificó estas páginas de «una trama cojonuda».

A María Joaquina y Manolo, porque estoy convencido que harán todo lo que esté en sus manos para que este volumen se convierta en un superventas.

A Marta y Julio, a Nieves y Carlos por poseer la paciencia necesaria por leer el primer borrador de esta obra.

Sin el apoyo de mi esposa Ana y las alegrías de mis hijos, María y Pepe, nada de esto hubiera sido posible. Para ellos mi reconocimiento más profundo.

BIOGRAFÍA



José Payá Beltrán nació en Biar (Alicante) en 1970. Es profesor de Lengua Castellana y Literatura en el IES Professor Manuel Broseta (Bañeres de Mariola, Alicante). Colabora como crítico literario en el suplemento «Arte y Letras» del diario *Información*.

Tiene en su haber otras cuatro novelas: *Castilla o los veranos* (2004) y *Morirás muchas veces* (2016) —ambas en la editorial Agua Clara (Alicante)—; *Puzle de sangre* (2012), en colaboración con Mario Martínez Gomis, y *La última semana del inspector Duarte* (2015) —las dos en Click Ediciones—; un libro de cuentos, *La segunda vida de Christopher Marlowe y otros relatos* (2011), publicado por el Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, así como diversas ediciones críticas: *Beltenebros*, de Antonio Muñoz Molina, y *La tragedia española*, de Thomas Kyd, ambas en la editorial Cátedra.

Destilando fantasmas

José Payá Beltrán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, José Payá Beltrán

© José Payá Beltrán, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-08-17070-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com